

LEOPLÁN

Magazine Popular Argentino

80

CONTIENE 48
PÁGINAS DE

En este número:

En este número:

**EL HOMBRE
DE ARRIBA**

apasionante novela policial
de WILLIAM IRISH

EL PUGILISTA

famosa novela corta de
JACK LONDON

EL ULTIMO PERRO

DRAMATICA NOVELA ARGENTINA DE

VILLERMO REUSE

*El bienestar tiene un nombre
y una CALIDAD TRADICIONAL*

Muebles Barzi



84 años de experiencia consagraron como INOBJETABLE la CALIDAD de Muebles BARZI. Es que, con materiales selectos, mano de obra maestra y seria dirección artística, logró hacer de su nombre un sinónimo de BIENESTAR!



PERCHA
"ESSENTIAL"
Para conservar
mejor su ropa \$ 40.-

Fabrica fundada en 1884

RIVADAVIA 2201

CHIFFONIER

Estilo francés, práctico complemento para dormitorio. \$ 1.200

LEOPLAN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO
UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

En este número:

AÑO XIV - N° 338
16 de junio de 1948

PERIÓDICO
ARGENTINO
- Semanal -

FRANQUEO A PAGAR
CUENTA 78
TARIFA REDUCIDA
CONCESION 3016

ESMERALDA 119
T. A. 33 - 0063
BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 246.085



EL ULTIMO PERRO, una bella novela argentina de **Guillermo House**, en cuyas dramáticas páginas se narra con extraordinaria riqueza la vida de aquellos que, en la soledad infinita de nuestras pampas, conquistaron el desierto al salvaje indómito 46

YUM-YUM, EMERATRIZ, la ópera que antaño originara un conflicto, hoy se representa en el Japón y es un éxito de rosa. Una nota de **Walter Steward** 4



EL HOMBRE DE ARRIBA y la escalofriante aventura de una mujer que cree servir de cómplice a un terrible asesino, su propio hermano. Una sorprendente novela corta de **William Irish** 8



¡NO ERAMOS MALOS... TENIAMOS HAMBRE!, con esta frase se explica el origen y también los motivos de la rápida desaparición del "scusca", el niño italiano abandonado que ganara su difícil vida como lustrabotas y como activo agente del mercado negro. Una nota de **Vicente Sánchez-Ocaña** 12

ENTRE LIBROS Y AUTORES, la vida intelectual en la Argentina y un ameno reportaje a uno de los más valiosos hombres de teatro de la actualidad: **Juan Oscar Penferrada** 14

EL PUGILISTA, famosa novela corta de **Jack London**, donde se narra, con el estilo realista que hizo famoso al gran escritor, una tragedia del ring 16

CINE, todo lo relacionado con la pantalla argentina y extranjera a través de los comentarios de **Amelia Monti** 20



CAZA FURTIVA, cuento, por **Elipe Herrero Gorzón** 22

ACTUALIDADES GRAFICAS 24

DELGADINA EN SAN SILVESTRE, un relato de **Vicente Barbieri** donde descubre, milagrosamente encarnada en tierra nuestra, la vieja y dolorosa leyenda 26

EL ALEGRE PUCK DE NUESTRO TEATRO, esa fue de acuerdo con el nuevo artículo de "Fonemas de entre dos siglos", la serie evocativa de **Valentin de Pedra**— **Enrique García Vellaso**, el inolvidable hombre de teatro 28

LA LIBRETA DEL BORRACHO, cuento, por **Juan García Orozco** 30

DONDE HABITA EL RECUERDO, el Museo de Arte Hispano Americana, **Isaac Fernández Blanco**, uno de los más bellos rincones de Buenos Aires 32

DE QUIRICO, O LA NOSTALGIA DEL INFINITO, un artículo de **Ramualdo Brughetti** sobre una de las figuras más representativas del arte contemporáneo 34

RISA Y SONRISA, una pausa para el buen humor 37

CLELIA LLEGA, cuento, por **Gladys B. Elisha** 92

SAHIB, cuento, por **León Miras** 104

ANGUSTIA EN LA MONTAÑA, cuento, por **Antonio Pacheco Borquez** 110

AQUI LE CONTESTAMOS, correo de "LeoPlan" 114

ILUSTRARON ESTE NUMERO:

ARTECHE - LISA - MARIANO
ALFONSO - OLIVAS - VALDIVIA

DIBUJOS E HISTORIETAS DE:

IANIRIO - ANDRINO GONZALEZ FOSSAT - VALENCIA, etc.



En el próximo número:

Una gran novela moderna cuya versión cinematográfica le ha dado celebridad mundial:

UN ENVIADO DEL CIELO

la obra de **ROBERT NATHAN**, joven y valioso escritor norteamericano, cuyos personajes principales han sido interpretados por **CARY GRANT * LORETTA YOUNG * DAVID NIVEN**



LEOPLAN aparece el 7 de julio



Una escena de la obra de Gilbert y Sullivan, que antaño escandalizara.

YUM-YUM,

GILBERT Y SULLIVAN ESCRIBIERON ALGUNA VEZ UNA OBRA QUE CAUSO SENSACION Y QUE ACTUALMENTE, AL REPETIRSE, ATRAJE EL INTERES Y DESPIERTA LAS SONRISAS DEL PUBLICO DE TOKIO



La versión actual de "Yum-Yum, emperatriz" fue acogida con beneplácito, pero nadie sabe por qué.

EMPERATRIZ

Por
Walter Steward
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"



Miho Nagato y Nanki.
Pa. dos estrellas japone-
sas de la obra que nos
ocupa.

Múltiples películas cam-
bianas durante el trans-
curso de "Yum-Yum, em-
peratriz".



EN 1885, cuando Gilbert y Sullivan presentaron ante el público a la emperatriz Yum-Yum, se produjo una violenta protesta diplomática japonesa. Hoy goza del favor de los súbditos de Hirohito. Así es de cambiante la gente. Como para fiarse.

Pero debemos aclarar algunos puntos. Gilbert y Sullivan lo que presentaron ante el público inglés fue una ópera en broma, con el título de "Mikado", en la cual se le toma el pelo, perdonando la expresión, a la sagrada persona del emperador y a la casa real y sus atribuciones. En una palabra: se ponía en solfa al Mikado, con buena prosa inglesa y música occidental. Mas al presente ha habido



Tsunejiro Iwasaki realizando ejercicios vocales, antes de actuar.

una mutación completa. A los japoneses se les ha despertado el sentido del buen humor y, luego de poner la obra de Gilbert y Cía. en japonés, la han representado en el Hibiya Public Hall, de Tokio.

Ficción y realidad

Los personajes de ficción que figuran en la ópera son sumamente reideros y llevan nombres como éste: "el Ministro Manavilloso", etc. Yum-Yum es la heroína principal y emperatriz de la escena. Nada falta para producir hilaridad, ni siquiera el real acento japonés de los actores, quienes, de acuerdo con el libreto y sus exigencias, cambian varias veces de peluca durante la obra, porque, a lo que parece, los personajes mudan de peinado en relación con el estado de ánimo o con las exigencias del ceremonial de corte.



Bellas japonesitas, de largos ojos almendrados y enigmático sorriso, ante los ojos de uno oboe se que nadie sabe qué se de quién.

Lo cierto es que toda esta ficción logra llevar bastante público al Hibiya Public Hall de Tokio, lo que hace decir a los actores que nadie mejor que ellos podían poner la pieza en escena. Entre el público concurrente a esta divertida ópera en que se sonríe del pasado, estuvo... ¡el hermano del emperador! (del emperador de verdad).

Admiración curiosa

Los pueblos orientales no son fáciles de comprender. Cuando en China la aviación arrojó las primeras bombas, los chinos le levantaron un monumento a la bomba aérea, y, como un acto de homenaje, cuando algún nuevo diplomático occidental los visitaba, le llevaban flores a la bomba. No cabe duda que los chinos saben gastarse también sus buenas bromas. Los norteamericanos han descubierto durante su ocupación del Japón, que los japoneses no son del todo ajenos a este tipo de humorismo y que cuando elogian o adoptan un concepto o una costumbre americana, por una causa o por la otra, la costumbre o el concepto concluyen cayendo en el ridículo. En el caso de la ópera que nos ocupa, bien pudiera ocurrir, por ejemplo, que los japoneses se rieran de Gilbert y Sullivan por las tonterías que dicen, género de humanismo que antes no podían disfrutar por no existir la costumbre de traducir a los malos autores extranjeros. "Uno no puede llegar a saber nunca lo que en realidad piensa esta gente — dijo a sus relaciones un conocido periodista, refiriéndose al público japonés que llenaba la sala—. A lo mejor —añadió— se están riendo de nuestra ignorancia del ceremonial de corte para presentar un emperador. Yo, por mi parte, no me reiré junto con ellos hasta que no esté seguro de que no lo estoy haciendo de mi mismo."

Prescindiendo de la desconfianza del corresponsal, lo cierto es que aquella célebre pieza que motivó el entredicho diplomático en 1885, hoy goza del favor del público japonés, con el añadido de que ha tenido la virtud de despertar el gusto por la ópera entre el pueblo de Hirohito, cuyos artistas afirman que en japoneses todas las óperas son mejores, por tratarse de un pueblo nacido para ellas. *



Tadashi Kurimoto, uno de los actores principales.

ACIDEZ ESTOMACAL? tome UVASAL!

Usted ha comido con exceso y ahora está pesado, molesto, desganado. Tome UVASAL en seguida y se sentirá recobrado!

UVASAL activa suavemente la función intestinal regularizando el proceso digestivo



Un producto de los
Laboratorios del
GENIOL

Uvasal

LAXANTE, ANTIACIDA, ESTIMULANTE

T O S
I N F A N T I L
Tosantil

CALMA LA TOS Y TIENE RICO SABOR



EL HOMBRE DE ARRIBA

célebre cuento de Intriga policial, de
WILLIAM IRISH

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

Al alba, Mrs. Collins trepó lentamente la escalera que conducía a la habitación de su inquilino, en el segundo piso, llevándole el agua caliente para afeitarse. Ese era el único modo en que podía suministrársela: no había agua caliente en su vieja y decrepita casa. El amanecer llegaba tarde en aquellos helados días invernales. Afuera el pueblo dormía aún profundamente, y las calles estaban oscuras. Un silencio frío y sepulcral pendía sobre la casa, quebrado tan sólo por el crujido de sus pasos en la gastada escalera.

Golpeó a la puerta, esperó.

Había sido su inquilino durante más de diez años ya, desde aquella vez... bueno, desde que Jerry, su hermanastro, había tenido aquella dificultad y había sido encarcelado. Si no hubiera sido por él, por el viejo Mr. Davis, habría perdido hasta el techo que la cubría, estropeado y

derrumbado como era. La pitanza que obtenía de él cada semana en pago de su habitación era su único medio de subsistencia. La gente decía que era un avaro. Solían preguntarle si era verdad que él tenía una gran suma de dinero oculta en su habitación. Ella no lo sabía a ciencia cierta. Pero aunque lo hubiese sabido no les habría dicho. Era su único amigo.

Demoraba un poco en responderle hoy. Golpeó nuevamente, más fuerte.

—Mr. Davis, aquí está su agua caliente —gritó.

Un apagado gemido llegó a sus oídos. Había algo en él que no le gustó. Era más el gemido de alguien que se estruiese muriendo, que el de alguien que despertara. Dejó apresuradamente el agua en el suelo, y probó el picaporte.



La puerta estaba abierta. El siempre la dejaba así cuando se iba a dormir. Se sentía seguro en casa de ella. La abrió de un empujón; inmediatamente su oído le esclareció el enigma. Gas de carbón. La muerte insidiosa que no puede ser vista. Aquella estufa vieja, panzuda y defectuosa que él tenía. Le había advertido que no tratara de usarla. Debía querer calentar la pieza con ella antes de comenzar a vestirse.

Actuó con rapidez, sin detenerse a pensar en su propia seguridad. Alzó su delantal, con una mano lo llevó a la nariz, y atravesó como un dardo la mortífera estancia, en dirección a la ventana. Eso era lo primero que debía hacerse: que entrase aire fresco. La muerte que saturaba el aire era invisible al ojo, pero no por eso dejaba de estar allí. Una débil refracción del calor que danzaba perezosamente sobre la casi apagada estufa era el único signo delator. Una figura a medio vestir yacía espata-

rrada de espaldas a través de la cama, con un brazo cruzado protectoramente sobre la cara. Se había desvanecido al inclinarse para ponerse los zapatos.

Abrió la ventana todo lo alto que pudo. Después regresó corriendo hacia él, logró sacarlo en brazos de la cama, y medio arrastrándolo, medio guiándolo, lo acercó a la ventana. Era una carga bastante pesada para su cuerpo diminuto y anciano, pero tuvo éxito en su intento. Lo sostuvo erguido junto a la ventana abierta y lo abanicó vigorosamente con su delantal.

Vió que casi, casi... había ocurrido. Un minuto o dos más que se hubiera demorado habría sido demasiado tarde. Pero después de uno o dos segundos expectantes sus ojos revolotearon abriéndose, tosió ahogadamente,* y se apretó débilmente la garganta. Lo había sacado con vida.



Arrojó agua en la mortífera estufa, para apagarla definitivamente. Después notó una esquina de su delantal, regresó y frotólo con ella la frente.

—¿Que... qué ocurrió? —tartamudeó él—. Creí que me salvó la vida.

—Le dije que no se acercara a esa estufa —lo retó—. ¿Ve lo que casi le pasó?

Para cuando ella dejó la habitación y retornó a sus tareas domésticas, él estaba en pie nuevamente, un poco tembloroso, pero sin revelar ningún otro indicio de su milagrosa escapatoria.

Cuando descendió, más tarde, para ir a ocuparse de su negocio de librería, ella estaba barriendo el umbral de la entrada. Mr. Davy tenía un pequeño puñado de libros, en el otro extremo del pueblo, que manipulaba él solo. Debía ser más bien un trabajo que realizaba por simple cariño; muy rara vez entraba nadie a comprar nada. Pero él amaba tanto a los libros que era feliz con sólo estar entre ellos, picoteando aquí y allí algún trozo de lectura, durante todo el día. Nunca regresaba a la casa hasta va entrada la noche. Y hasta había ocasiones en que realizaba escapadas, de dos o tres días de duración, fuera del pueblo, para comprar un ejemplar a algún coleccionista, algún volumen raro y de mucho precio que había oído ofrecían a la venta en algún remate de libros de los que se realizaban en las ciudades más importantes. Ese era probablemente el origen de los rumores que corrían sobre su fortuna oculta.

Mrs. Collins siguió barriendo placidamente el umbral, mientras lo veía alejarse trabajosamente por la calle. Sus ojos siguieron la figura enjuta y lenta hasta que dobló la esquina y desapareció de la vista. Después dejó súbitamente de barrer, entró nuevamente en la casa y cerró la puerta con llave. Dejó la escoba a un lado, fue al fondo del *hall* y descendió un tramo de sonrientes escalones que llevaban a la puerta, firmemente cerrada, del sótano.

Golpeó celosamente a la puerta; al otro lado resonó el bajo gruñido de un perro.

El cerrojo fue corrido, y la puerta se abrió muy poco. Dos ojos la miraron, uno encima del otro. Uno, un ojo humano, otro el negro y redondo cañón de un revólver.

—Ha salido y no volverá en todo el día —sussurró la mujer—. Puedes subir, ahora a tomar el café, Jerry.

Desapareció el ojo más bajo, la abertura de la puerta se ensanchó, y el semblante macilento y sin afeitar de un hombre, de unos cincuenta años de edad, la contempló fijamente. Todo su rostro tenía la inconfundible palidez que deja la prisión.

—¿En hora —repuso asperamente—. ¡Está lo bastante húmedo aquí como para congelarte los huesos a uno! Asegúrate de que todas las cortinas de las ventanas estén corridas, ¿me comprendes?

El hocico de un perro la espionó por entre las piernass del hombre, siguió gruñéndole sospechosamente. El hombre bajó la mirada, volteó de pronto todo su latente mal humor en aquella victima inocente de sus caprichos.

—¡Cállate! —dijo ferozmente—. ¡Me delatarás todavía, haciendo eso, uno de esos días! ¡Yo te enseñaré a quedarte quieto!

Comenzó a quitarse de la cintura un cinturón de cuero crudo y a enroscarlo en torno al puño, de modo que la pesada hebilla colgara libremente a un extremo.

—No, Jerry... —le suplicó Mrs. Collins.

—Tú cuida tus propios asuntos —graznó, humedeciéndose áridamente los labios—. ¡Arrástrate aquí, Rags, donde pueda alcanzarte!

Mrs. Collins se volvió y ascendió corriendo la escalera, oprimiéndose los oídos con las manos, para no escuchar los horribles sonidos de lo que iba a suceder. La puerta del sótano se cerró, pero los mordiscos sibilantes del cinturón y los aullidos de Jolse se filtraron lo mismo, débilmente.

Cuando subió a la cocina, limpiaba la hebilla con un pedazo de trapo. Un pedazo de trapo con manchas rojas. Ella se estremeció y le volvió la espalda.

El volvió a ajustarse el cinturón, se sentó pesadamente a la mesa de la cocina. Mrs. Collins le trajo café, y él lo sorbió ruidosamente.

Ella volvió junto a la estufa. De pronto habló, sin mirarlo:

—No puedes quedarte más aquí, Jerry. Hace ya tres días que estás. Averiguarán que te ocultas aquí, más tarde o más temprano. Nunca he tenido las cortinillas corridas en pleno día, como ahora. La gente comenzará a murmurar.

—Entonces consiguen algo de dinero, como te dije, para que pueda salir de aquí.

—Te he dado cuanto tenía. No tengo más.

—Mendaces de diez y de cinco? — se movió —. Quiero decir plata verdadera. Lo suficiente como para ir adonde no puedan alcanzarme.

—¿Dónde lo conseguiré?

Lanzó al techo una mirada significativa.

—¿Qué me dices de él? Debe tener una buena pila guardada en esa pieza.

Ella se volvió rápidamente, sin contestarle.

Se quedó observándolo, con un cigarrillo colgándole flojamente de una esquina de la boca.

—¿Qué pasó allí arriba hace un rato? Te oí andar a los saltos, apurada.

—Nada — replicó con voz sofocada.

El extendió el brazo y la apresó por la muñeca, le dio un tirón y ella viose obligada a mirarlo de frente.

—Vámonos, nada de eso! Vámonos, contéstame, ¿qué fue?

Le soltó la muñeca. Entornó los ojos malignamente.

Tuvo que decirle, a pesar suyo.

—La estufa, eh? — su boca se torció con una mueca oblicua —. Lástima que tú quisiera meter la cuchara — murmuró —. Habría venido de perillas.

—¿Qué quieres decir? — preguntó, asustada.

—¿Qué estás diciendo?

Sicudó la ceniza de su cigarrillo, la contempló, pensativo.

—Bueno, si hoy, por ejemplo, tú no hubieses llegado a tiempo... Todo el dinero que él tiene anontonado ahí sería tuyo, de derecho: él no tiene familia ni amigos — guiñó los ojos hacia ella —. Yo soy tu querido hermanastro, ¿no es verdad? Mitad y mitad.

El rostro de Mrs. Collins estaba blanco, temblaba.

Pero si yo no hubiera tratado de salvarlo, habría sido... asesinado! — exclamó —. Jerry, eres incurablemente malo.

El siguió sonriéndole, sin conmoverse.

—No te asustes tanto. ¿Quién dijo nada de asesinato? ¡Si algo semejante ocurriera con esa estufa por segunda vez... sin que nadie le pusiera la mano encima... sería eso asesinato?

Entornó hacia atrás la silla, se incorporó lentamente, se desvaneció, contento. Después volvió a guiñarle los ojos deliberadamente, con sangrienta ironía, y salió de la cocina.

Ella quedóse inmóvil allí, como convertida en una piedra. Lo que él acababa de decir seguía sonando en sus oídos interminablemente, como una especie de aterrador estridido: "¿Sería eso asesinato? ¿Sería eso asesinato?"

Al alba del día siguiente trepó otra vez, desprecio, la escalera, llevándole el agua para que se afeitara. El mismo silencio mortal cobijaba la casa, sólo quebrado por el crujir de sus pasos. Se detuvo ante la puerta y golpeó.

No hubo respuesta. Ni un gemido esta vez; nada.

No esperó a golpear nuevamente. Puso rápidamente la vasija del agua en el suelo, acercó la cara a la rendija de la puerta, olfateando. Un débil olorcello parecía adherirse a la madera. Algo así como azufre, algo así como huevos podridos, algo así como... la muerte en su madriguera.

Abrió la puerta de un golpe.

Después se detuvo bruscamente. El cuarto estaba vacío, él no estaba allí.

El aire de adentro era fresco y limpio. La ventana estaba completamente abierta. Pero aquel olor letal exudaba todavía de la madera blanda y esponjosa del marco, como si estuviera allí de antes.

La cama había sido usada, los cobertores estaban completamente arrugados. La cama de dormir, pasada de moda, que él usaba, no aparecía por ninguna parte. Pero tampoco se veían sus ropas, la ropa que usaba todos los días.

Como si se la hubiera puesto sobre el camión de dormir. ¿Y cuándo había él hecho eso?

Fue hasta la estufa, se inclinó a tocar su vientre redondo. Estaba caliente todavía. Tibia, a la misma temperatura de la sangre, poco más o menos. *Había sido usada recientemente.*

Alzó la tapa y atisbó en el interior. Las cenizas estaban apiladas; en el centro un pequeño charco de agua, que alguien había arrojado para extinguirlas, no había alcanzado a filtrarse todavía. No había tenido tiempo de penetrar a través de ellas y desaparecer. No era el agua que ella había arrojado allí veinticuatro horas antes, y que hacía mucho debía haber sido absorbida.

—¿Sería eso asesinato? ¿Sería eso asesinato?" Las palabras seguían silbando en sus oídos.

En su semblante apareció una crispada expresión de certeza. Notó otras cosas en la habitación, signos delatores, pero eran detalles secundarios en relación con aquel hecho principal: la estufa mortífera había sido encendida poco tiempo antes, y el viejo no estaba allí. Vio que en algunos sitios el papel de la pared había sido rasgado, como con un corresponsal. En otros sitios el zócalo había sido aflojado y desprendido. Hasta el asiento de una muñeca silla había sido destruido, y algo de la crin que lo llenaba se había derramado. Como si al-

(CONTINUÁ EN LA PÁGINA 101)

INEFABLE EN TODO TIEMPO CORDOBA EN INVIERNO ES INCOMPARABLE



DIRECCION PROVINCIAL DE TURISMO

EN BUENOS AIRES

Av. Roque Sáenz Peña 640

EN CORDOBA

Gral. Paz 11

EN ROSARIO

General Mitre 720



ESTAS FOTOS DOCUMENTAN UN PASADO INMEDIATO, PERO YA SUPERADO, VENISE EN ELLA NIÑOS ITALIANOS ENTREGADOS A LAS MÁS VARIADAS TAREAS CALLEJERAS

TAMBIEN HABIA MUJERCITAS "SCIUSCIAS", DOLOROSOS REZAGOS DE UNA GUERRA QUE NI LA INOCENCIA DE LOS NIÑOS RESPETA



UN "SCIUSCIA" TÍPICO. LA GUERRA LO ARRANCO DEL HOGAR Y LO LANZO A LA CALLE. PRECOZMENTE DEBIO HACER EL DURO APRENDIZAJE DE LA VIDA.

NO ERAMOS MALOS...

ESTA SENCILLA FRASE RETRATA AL "SCIUSCIA", EL CHICUELO ABANDONADO QUE DEBIO GANARSE LA VIDA, EN ITALIA, DE MÚLTIPLES MANERAS Y NO TODAS RECOMENDABLES

Por

Vicente Sánchez-Ocaña

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

LUSTRABOTAS = "SCIUSCIA"

La profesión de lustrabotas o limpiabotas florece a orillas del Mediterráneo, particularmente, En el Norte de Europa, y aun en el Norte de los países mediterráneos, casi no existe esa industria, que junto al mar de Ulises moviliza a batallones de muchachos. El hombre del Mediterráneo mima a sus zapatos, que le pagan los niños brillando bajo el sol; en las tierras barrosas y oscuras del Norte se sabe que los zapatos no refulgirán de ningún modo; ¿para qué acariciarlos?

Millares de lustrabotas se precipitaron, pues, sobre los fastuosos calzados, anglosajones en Palermo y en Nápoles.





ASI ARREBATASE AL ARROYO LOS "SCIUSCIAS". SIN VIOLENCIA, PERSUABIEN-
DOLOS, REINTEGRANDO A LA SOCIEDAD LOS POBRES CHICUELOS ABANDONADOS



UN REFORMATARIO. LOS PEQUEÑOS REYES DEL MERCADO NEGRO, DE ACUERDO CON
LA LEYENDA, LOS PINTORESCOS "SCIUSCIAS" VUELVEN A LA SOCIEDAD.

UN NIÑO HA SIDO RETOMADO BAJO LA TUTELA SOCIAL. ESTE ESPECTACULO ERA
FRECUENTE, NO HA MUCHO, EN LAS CIUDADES ITALIANAS

TENIAMOS HAMBRE...



—*Sboe-shiner!*... *Sboe-shiner!* — anunciaban.
O, mejor dicho, pretendían anunciar. El *sboe-shiner* (lustrabotas)
pasado por la prosodia napolitana, se transformaba en este
grito:

—*Sciussia!*

Y este grito concluyó por quedarles como apelativo nuevo a
los lustrabotas del sur de Italia.

"SCIUSSCIA" = MALEANTE

Los *sciusscias*, además de limpiar los zapatos de los soldados
(CONTINÚA EN LA PAGINA 106)



Entre libros y autores

Ponferrada en procura de

JUAN Oscar Ponferrada, el joven y dinámico director del Instituto Nacional de Estudios de Teatro, hace un paréntesis a su intensa labor habitual para recibirnos. Cinco libros de poesía. *Calesitas* (premio "La Peña" de 1929), *La noche y yo*, *El alba de Rosa María*, *Flor mitológica* (premio municipal de 1938) y

Lour de Nuestra Señora; y tres obras de teatro: *La creciente* (1936), *El carnaval del diablo* (1943) y *El trigo es de Dios* (1947), prestigan la alta calidad de este poeta y dramaturgo, a quien entrevistamos para interrogarle sobre algunos aspectos de su obra dramática.

—¿Por qué escribe teatro? ¿Qué propósito esencial persigue a través de las piezas que tiene escritas?

—Aparte la necesidad natural de la vocación, que es una forma de realizarse a uno mismo, contribuir a la definición de una conciencia nacional. Me parece en estos momentos más necesario que nunca que los escritores concentren todas sus potencias en la revelación del alma argentina. Los problemas estéticos deben, a mi juicio, ser aplicados en ese sentido. Y el teatro, como ninguna otra expresión de arte, parece tener la función de determinar el carácter de los pueblos, en este caso el nuestro. Por eso oriento mis ambiciones hacia el teatro, y dentro del teatro hacia los temas del interior argentino. Interior tanto en sentido geográfico como en sentido de profundidad. El medio físico y la ecuación



psicológica. Por ahora no importan las imperfecciones literarias, si, a pesar de ellas, conseguimos manifestar al país en su verdad y en su destino futuro.

—¿Hay, pues, una relación de continuidad entre lo que lleva hecho y lo que ahora proyecta, o prevalece acaso en su labor actual una inquietud distinta?

—Creo que todos los escritores, entre una y otra de sus obras, abren un paréntesis interrogativo. Por lo menos a mí me sucede así. Y en estos paréntesis se ocupa uno de

DECIA CERVANTES...

No puede haber gracia donde no hay desgracia.

• El andar a caballo a unos hace caballeros; a otros, ca-ballerizos.

• La mejor salsa del mundo es la hambre; y como ésta no falta a los pobres, siempre comen con gusto.

• Como es pobre, sea luego

• Si algún poeta dijere que es pobre, sin otro juramento creído por su simple palabra, no morirá o averiguación alguna.

• La verdad bien puede enfermar, pero no morir del todo.

• Entre el sí y el no de la mujer no me atreviera yo a poner una punta de afiler, porque no cabría.

• Bien sé lo que son tentaciones del demonio, y una de las mayores es ponerle a un hombre en entendimiento que puede componer e imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanto fama.

• No hay razonamiento que, aunque sea bueno, tanto dinero, lo parezca.

FREUD Y LOS SURREALISTAS

Esta graciosa anécdota ha sido referida por el escultor yugoeslavo Olem Nemon, quien cuenta:

—Un día hallábame en compañía de Freud, el célebre médico vienés, hablando del surrealismo y de los surrealistas. Le ha-

cía notar yo al descubridor del psicoanálisis, que la mayoría de los artistas agrupados en aquella escuela se amparaban en su nombre. Más aún: afirmaban que sus respectivas obras estaban inspiradas en los descubrimientos y revelaciones que él había llevado a cabo.

—Es curioso —replicó Freud—. Los surrealistas suelen enviarme sus órganos de opinión con entusiasmas dedicatorias, que a veces ocupan toda la primera página. Y bien, dudo confesar a usted que leo tales revistas y periódicos, y, salvando las dedicatorias, no entiendo absolutamente nada.



NOTICIAS BREVES

Con el argumento de una próxima película, "El hombre de la esquina rosada", que acaba de serles aceptado por una productora local, se incorporan a las actividades cinematográficas, en calidad de libretistas, los prestigiosos escritores Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares.

• "Cancionero de la Antártida" (poemas de las tierras polares) es el título del libro que dará a la estampa el escritor

lo nacional

verificar si anda en buen camino o si se ha extraviado. Uno siente el llamado de nuevas inquietudes. Y éstas parecen distintas invariablemente. Pero si todo lo referimos al primer objetivo, la continuidad de la obra resulta inevitable. Por ejemplo: la pieza que ahora estoy escribiendo no guarda analogía de forma con las anteriores; pero responde al objetivo que me he trazado: hace diez años, cuando empecé a escribir para el teatro; esto es, revelar algo de lo nacional. Esta vez no serán tipos y costumbres del norte, sino de Buenos Aires.

—¿Y es esa obra...?

—Una farsa dramática o, más propiamente, un grotesco. El asunto me ha sido sugerido por un cuento de Mateo Booz, el gran narrador santafesino, uno de los escritores argentinos que más admiro.

—¿Cómo se llamará esa pieza?

—Hasta ahora se llama *Llévame a la selva, amor*. Su argumento comienza, precisamente, donde termina el cuento de Mateo Booz. Es una historia distinta que arranca de la otra, lo que también es una forma de continuidad en lo nacional.

—¿Qué otros proyectos tiene en vista. Ponferrada, referentes a la creación dramática?

—En cuanto a proyectos, tengo muchos. Uno de ellos me obligará a explorar el mito de Pachamama, la madre tierra. Pero ello ocurrirá siempre y cuando la Pachamama no me castigue antes por pretender revelar su misterio.

don Luis Ortiz Behety.

• Con el título general de "López" han sido vertidas al alemán y publicadas en Viena las "Escenas de la guerra del Paraguay", de Manuel Gálvez.

• Con motivo del centenario del nacimiento de Groussac, la Academia Argentina de Letras ha resuelto editar su obra "Mendoza y Garay" en la serie de Clásicos Argentinos, que publica la corporación. La edición llevará un estudio prologal del doctor Carlos Ibarquén.



Ana Rosa Tarrio, la conocida poetisa cordobesa, que acaba de publicar un tomo de poesías titulado "Don Martín, su lecha", donde exalta con armonioso lenguaje la figura señera del prócer máximo de la argentinidad.

Maria Míguez, cuya novela "El nuevo Leviatán", que fuera distinguido en la feria de libros de un premio de la revista "Caja Trampota", revela a un escritor de fibra, capaz de ahondar en el estudio de los caracteres



LIBROS Y PUBLICACIONES RECIBIDOS

LOS NOMBRES DE LA VIDA, poemas, por Carlos Augusto León. 155 páginas. Ed. Síntesis. Venezuela.
HOMENAJE A JORGE MANRIQUE, poema, de Carlos Augusto León. Ed. Bati. var. Venezuela.
PEQUEÑA OBRA DE LA DIVINA PROVIDENCIA, periódico de los Oloros de San Orión.
LA GENARQUIA, doctrina y organización del estado progresista, por Julio Aquiles Mengua. 500 págs. Ed. Perilado Bs. As.

LA INDUSTRIA NECESITA QUIMICOS



Sea usted uno de los primeros en capacitarse y podrá actuar en las industrias QUIMICAS.

HAGASE QUIMICO

La E. E. Q. enseña por CORREO las 32 ESPECIALIDADES QUIMICAS que se dictan en sus aulas y laboratorios, y usted podrá realizar los experimentos en su propia casa.

Escriba hoy mismo solicitando programas.

El 18 de JULIO se inicia el CURSO ORAL para la profesión de QUIMICO INDUSTRIAL, 3 años de estudio.

Cursos diurnos y nocturnos. Para señoritas: Cursos especiales. Prácticas en laboratorios y plantas industriales. También se inician cursos de especialidad en Tintorería.

ESCUELA ESPECIALIZADA DE QUIMICA

Rivadavia 6081 - Bs. As. - Rep. Arg.

EL PUGILISTA

novela corta de

JACK LONDON

ILUSTRACIONES DE ARTEGHE

ELLA y él estaban en la tienda más concurrida de Oakland, frente a una gran variedad de tapices extendidos sobre el suelo.

Dos cornudos de Bruselas requeridos por la pareja habían sido ya rápidamente desechados, mientras otra veintena de tapices con sutuosos dibujos atraían sus miradas y excitaban visiblemente su codicia.

La lucha interior que se libraba entre sus deseos y su capacidad económica hacía vacilar a los jóvenes, por lo que el empleado que los atendía rogó por teléfono al jefe de la sección, ausente en ese momento, que viniera en persona a hacerse cargo de aquellos dos clientes.

Genoveva había advertido ya el respeto que provocaban, y recordó la cara absorta con que los contemplaba el ascensorista. También había visto a la gente volverse a su paso andando por la ciudad, y a los chiquillos señalarlos con el dedo, más de una vez, con admiración.

No ignoraba que aquellos homenajes no se referían a ella, sino a su acompañante, Joe, el pugilista predilecto del público.

Como el jefe de la sección les había rogado que esperaran unos instantes, libre Genoveva por el momento del fastidio de la elección de aquellos tapices de tan elevado costo inclinóse hacia su compañero y le dijo dulcemente, pero apoyando las palabras como si pusiera término a una conversación momentáneamente interrumpida:

—No, Joe. No veo en absoluto, te aseguro, el placer que puedes encontrar en el box.

El rostro del joven pareció oscurecerse con una ligera sombra, bien pronto disipada por un destello de ternura.

—¡Bah!... — le dijo —. Una vez más, sólo una... Tengo un compromiso que cumplir; pero te prometo que ésta será la última vez. A pesar de la sonrisa de Joe, la muchacha estaba convencida de que no era íntimamente sincero. En su ardiente deseo de poseer por entero al hombre que amaba, sentía los celos morderle el corazón, imaginando que su amor no era sólo para ella y que el maldito ring le disputaba a su Joe, haciéndola sufrir cruelmente.

—Vamos, vamos — agregó él con calma —; hay que ser razonable. Mi anterior combate con O'Neil me ha permitido completar el pago de la casa de mi madre. Es bueno considerar que estoy tranquilo en ese sentido. Un último combate con Ponta me deparará seguramente mis buenos cien dólares de bolsa; y cien dólares no son para despreciar. Tendremos una excelente oportunidad para instalarnos cómodamente en nuestro nidito.

—El dinero no me importa — repuso Genoveva — y te repito que no comprendo tu pasión por el box. ¿Qué satisfacción...?

—El joven la interrumpió bruscamente:

—¿...qué satisfacción?

Se detuvo, pues las palabras le eran insuficientes. Con mayor claridad se expresaban sus puños en el ring cuando ponía en juego sabiamente todos los músculos de su cuerpo y todo

su ser tendía a la victoria final. ¿Qué satisfacción? Sin duda era incomparable; pero puesto así en el trance de analizarla, no se sentía capaz. Trató, pues, con palabras imprecisas, de explicar sus sensaciones, de describir el placer de la pelea con todas sus alternativas, opositas o favorables. Había llevado a Genoveva hasta una ventana, apartada de los tapices ahora abandonados, y le hablaba a media voz, con frases breves, describiendo la felicidad que se experimenta cuando se es el más fuerte y el público aclama con entusiasmo desde los cuartos costados a quien ha combatido bien y ganado la partida. Mientras hablaba parecía ver interiormente el estadio iluminado y a su enemigo tambaleante, en medio del estruendo del público puesto de pie.

De pronto, Joe se interrumpió. Genoveva, presa nuevamente del temor al ring, su rival, había palidecido. ¿Cuán débil se sentía ante ese Joe de cabellos alborotados por una alegría irresistible y brutal! Su Joe, el Joe a quien amaba, a quien había creído poseer del todo y tener moralmente a su merced en el hueco imperioso y dulce de su mano pequeña, le parecía ahora desvanecido repentinamente para dar paso a otro hombre desconocido. En lugar de un rostro fresco y travieso, de ojos tiernos, de labios finos y bien delineados, veía ante sí una máscara de acero, severa y contrainda; una mirada trémula de acero que parecía deleitarse con las luces del ring, una boca de pronto endurecida, cuyas mandíbulas semeaban los extremos de la abertura de una trampa. No obstante, por más que no reconociera en él a su amado; por grande que fuera su miedo al hombre que ahora la enfrentaba, sentíase orgullosa de él, envidiosa por un sentimiento de vanidad. Era mujer, por un viejo atavismo, la virilidad del macho obraba inevitablemente sobre ella, impulsándola hacia el atleta que sería en adelante su compañero en la vida, propiciándole el amparo de su fuerza.

Genoveva no hubiera podido definir claramente aquella atracción que sobrepasaba al amor, obligándola a someterse a su poder. Su ingenuo corazón de mujer sufría; pero a ese sufrimiento se mezclaba una cierta dulzura, provocada sobre todo por la firme promesa de Joe de sacrificar en el futuro esos gozos brutales. El combate anunciado sería el último.

—A la señora Silverstein no le agrada el box ni los boxeadores — dijo con un gesto —; y tiene sus buenas razones.

Joe sonrió con indulgencia, disimulando una pena que no era nueva para él, a causa del desprecio de Genoveva por aquel aspecto de su naturaleza, por aquella parte de su existencia de la que sentíase particularmente orgullosa. Cuando enamorado de Genoveva había solicitado su mano, era su vigor, su imaginación, su talento sobre el ring, conquistado merced a un constante esfuerzo, lo que había colocado a soberbiamente a sus pies.

He ahí lo que suponía hubiera justificado su derecho a poseerla; y ella sería la recompensa de todo eso: una recompensa más hermosa que

todas las otras. Pero Genoveva no había comprendido.

—La señora Silverstein es una vieja loca — dijo Joe riendo—. Por otra parte, qué oficio más saludable para el hombre que el de boxeador! Baños, masajes, ejercicio regular, vida metódica, buena alimentación, pero sin excesos — ahora que tantos comen como puercos —, y nada de alcohol y tabaco. En fin, tener el cuidado de hacer todo aquello que favorece a la salud, y evitar todo lo que la perjudica. ¿Podrán decir otro tanto los viejos Silverstein? ¿Acaso tú misma? — Vió entonces que Geo-





veva se mordía los labios, y agregó: —Con sinceridad, dime si miento.

La tomó de un brazo y se lo estrechó respetuosamente, pero con fuerza.

—Tu carne es delicada — ¡ah! —, muy delicada. Prueba a tocar, en cambio, la de mi brazo.

Recogiéndose una manga del saco oprimió con suavidad la mano de la joven sobre su bíceps desnudo. Ella palpó una dureza tal que esbozó un gesto de dolor.

—Es muy firme, ¿no? — dijo él—. Todo mi cuerpo es igual. Mi sangre, mi carne, mis músculos, todo es puro en mí; todo es sano

hasta la médula de los huesos. Cada mañana, cuando despierto y me dispongo a vestirme, la salud hierve en mis venas. Y si siempre ves mi piel lisa y brillante, el *cold-cream* no figura en eso para nada.

¡Sí! Había amado apasionadamente aquel deporte y nada le parecía más hermoso en el mundo, hasta aquella tarde en que, por azar, entró en la confitería de los Silverstein y Genoveva apareció de pronto en su vida, oscureciendo todo lo demás. Sino por un razonamiento contrario a su espíritu sencillo, sólo por instinto, empezaba a comprender que un

nuevo elemento absorbería siquiera algo de su existencia; que la mujer es necesaria al bienestar del hombre, y que sería preciso sacrificar a ese ser exigente y concreto una buena parte de los placeres del ring.

Debatase aún contra esa necesidad que lo cercaba, y comprendiendo que tarde o temprano cedería ante ella, sentía fastidio de sí mismo.

Tampoco razonaba Genoveva; y no por ello sus sentimientos eran menos complejos. En el instante mismo en que admiraba los claros ojos de Joe, la piel blanca de su rostro, sus maneras dulces y suaves como las de una muchacha,



más fuerte era su odio al deporte todopoderoso que le robaba su amor.

—¿Cómo hubiera preferido enfrentarse con una rival de carne y hueso! Ella habría encontrado la manera de contrarrestar su influencia con sus armas femeninas. Pero en presencia de un desconocido enemigo que se le ocurría, sentíase impotente. Tan doloroso era para ella ese pensamiento, que sus labios temblaron y, repentinamente, inundáronse sus ojos de lágrimas.

—¿En nombre del cielo! ¿Qué tienes? —exclamó Joe—. Perdoname si te he hecho sufrir.

Ella sonrió en medio de su llanto, como expresándole perdón.

El joven no comprendía con exactitud cuál era su culpa, y estrechase también, confundido como Genoveva. Impulsivamente, tendió una mano; mas ella, erguida en toda su altura, rechazó el cordial ademán mientras, a pesar suyo, se acentuaba el brillo de sus ojos.

En ese momento irrumpió como una tromba el señor Clausen, el jefe de la sección, a quien estaban esperando y

del que ya habíase olvidado.

Instantáneamente, gracias a esa especie de sortilegio de mutabilidad maravillosa propio de la mujer, hizo Genoveva desaparecer de su rostro toda señal de turbación y dijo, con suma naturalidad:

—Joe, he aquí al señor Clausen.

—Señorita, le ruego me perdone —pidió el jefe de la sección—. Buen día, Joe..., buen día, señorita Pritchard. Estaba de conferencia con el dueño... Ustedes comprenden. Dispense, señorita Pritchard.

Era un hombre de aspecto agradable, de cara blanca y rosada, con largas patillas, que reflejaban una austeridad desmentida por sus dos ojillos sonrientes.

—¿En qué puedo servirlos? —dijo con volubilidad—. ¿Están ustedes por instalarse y desean escoger un tapiz? Ya veo que prefieren estas moquetas estampadas. ¿Encuentran el precio un poco elevado? Si, sí, va comprendo. Yo tampoco nadaba en oro cuando me casé. Ganaba catorce dólares semanales; pero, señorita, cuando uno se casa, todo le parece poco para arreglar su nido. Ah...

Se inclinó sobre la etiqueta para examinarla. —Evidentemente, es cara, pero de primera calidad. Ya se sabe que lo más caro dura más y es más conveniente. Escucheme, Joe.

El señor Clausen bajó la voz, y presa de un repentino arranque de filantropía, dijo al oído del joven con un cuchicheo confidencial:

—Haré con usted una excepción que no haría con nadie. Si. Para que esté usted conforme, le concederé una rebaja del quince por ciento. Solamente...

Aquí la voz del jefe de la sección adoptó una impresionante solemnidad:

—...solamente deberá usted prometerme no decir a nadie cuánto ha pagado por este artículo realmente soberbio. ¿Está bien así?

Ambos jóvenes asintieron con un movimiento de cabeza tras una rápida consulta.

—Bueno —concluyó el jefe—. El precio se entiende, naturalmente, por el artículo acondicionado y puesto en su domicilio. Y para cuándo es la apertura del nido? —agregó con grandilocuencia—; para cuándo despegarán las alas y contraerán nupcias?

—Mañana —respondieron.

—¿Mañana? ¡Magnífico! ¡Admirable!

El señor Clausen se detuvo un instante a girar los ojos estasiados. Luego, con aire paternal, envolvió a la pareja en una radiante mirada.

Joe había respondido como convenía, sin preocuparse mucho, a aquellas cortesías desmedidas; pero Genoveva gorgioleó. El señor jefe, con dudosa corrección, se había interesado por su intimidad más de lo que ella creía conveniente. No era mojigatería convencional y afectada, sino el sentimiento de que ciertas alegrías deben permanecer ocultas.

Siempre sonriente, Clausen los condujo al

ascensor, adoptando aires de condescendencia y gestos protectoros mientras los empleados volvían la cabeza con curiosidad para seguir con la vista a Joe y su compañera hasta que hubieron desaparecido.

El señor jefe optimó el timbre del ascensor y se puso repentinamente serio.

—Entonces, esta tarde vuelve usted a pelear con John Ponta? ¿Se siente en forma? ¿Piensa derrotarlo?

—Así lo espero —repuso Joe—. Jamás me he sentido más seguro.

—¡Bien! ¡Perfecto! Estaré allá, ya lo sabe. Comprenda, estoy un poco inquieto. Estando en vísperas de su casamiento, yo me preguntaba... en fin, yo tenía mis preocupaciones más dulces le tripudiaran dominar sus nervios. Está emocionado, ¿verdad? Recuerdo cuando yo me casé. Pero todo saldrá bien. Se siente usted seguro.

—¡Ah!... Basta una mirada para darse cuenta de ello. Vamos, buena suerte, mi amigo, y hasta luego. Bien sé que vencerá usted, Joe, no, no tengo la menor duda.

El ascensor había llegado y Clausen hizo pasar a Genoveva.

—Hasta luego, señorita Pritchard, hasta luego. Espero que una vez casada me visitará a menudo; me encantará. Hasta luego.

(CONTINUA EN LA PAGINA 94)

ADHESION
AL DIA DE
LA BANDERA



HETESIA



PARA LAS CUATRO ESTACIONES Y TODAS LAS EDADES

Cine

por AMELIA MONTI

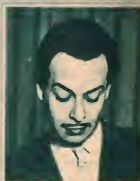
ANGULOS Y ENFOQUES

Ha comenzado el rodaje de la película biográfica del poeta Eduardo Gutiérrez, con dirección de Carlos Rinaldi, en argumento de Florencio Escardó. El film será presentado por el sello Artistas Argentinas Asociados con el título "La cuna vacía". Identificará al poeta el actor Angel Magaña.



Narciso Ibáñez Menta está trabajando intensamente.

Filmó, en breve, una producción para Argentina Sono Film y para octubre interpretará también el personaje central de una película que filmará el sello Emelco.



Un evidente progreso ha marcado, en nuestro cine, el género alegre. Benito Perojo proyecta una nueva versión —esto vez criolla— de "El congreso baila". Su título provisorio es "Escándalo en la corte", y su posible protagonista la destacada actriz Mirtha Legrand.



En carácter de primicia adelantamos que Saslavsky será llamado a dirigir para la producción local de "El ángel azul", para cuyo papel central femenino se ha pensado en la bella Moria Félix.

Informaciones que nos llegan de París dicen que Zully Moreno tiene el propósito de animar una película sobre Jorge Sand. Nadie más indicada el personaje histórico, pleno de



matiz que ella para animar los matices contrapuestos.

"Luces de la calle Corrientes" es el título provisorio de una producción de Film Andes que producirá Luis Saslavsky. La dirección está a cargo de Vignoly Barreto y en los papeles centrales actuarán Marianito Mores y Yeya Duciel.

UN ASCENSO MERECIDO

Informo Artistas Argentinos Asociados que se acaba de nombrar jefe de su departamento de publicidad al señor Ricardo Llano, vastamente vinculado al ambiente cinematográfico argentino, donde actuó en distintas compañías, entre las que se cuentan Estudios San Miguel y Productores y Artistas de América.

La designación del señor Llano para tan alto puesto será, indudablemente, recibida con simpatía en el ambiente cinematográfico local.

ENTRE ASTERISCOS

Tasmania está representada en Hollywood solamente por Merle Oberon. Orinda de ese Estado australiano, la destacada estrella pasó la mayor parte de su infancia en Bombay y Calcuta. La iniciación de su carrera cinematográfica tuvo lugar en Londres.



JOSEPH Gotten goza fama de ser un excelente narrador. Habla despaçosamente y va suscitando el interés de su auditorio hasta el momento final. Opina que el arte de la conversación está muy descuidado y personalmente hace lo posible por revivirlo.

Una de las actrices más versátiles de la pantalla y a quien más

variados y opuestos personajes ha tocado interpretar es, sin disputa, Paulette Goddard. Desde los lejanos días en que interpretara con Chaplin el papel de aquella adorable pordiosera en "Tiempos modernos", ha encarnado, alternativamente, papeles de gran dama o figuras frívolas, desempeñándose siempre con singular eficacia.



CONTINUANDO con la diversidad y amenaza serie de películas en las que se presenta el famoso trío de los "caminos": Bing Crosby, Bob Hope y Dorothy Lamour, Paramount ha llevado a la pantalla un argumento de Eduardo Beloin y Jack Rose, que con el título "Camino de Río" marca un nuevo cénit en la ruta que comenzó hace algunos años con "Camino de Singapur" y a la que siguieron "Camino de Zanzibar", "Camino de Marzucco" y "Amor por mal camino".



ROSALIND Russell ha sido distinguida con las más altas clasificaciones en el aula de extensión cultural de la Facultad Americana de Sacramento. La bella actriz siguió allí cursos especiales a fin de competirse al máximo con el espíritu de las estudiantes y mujeres, y lograr así dar verismo al papel que le han asignado para un gran film sobre el tema.

LUIS SANDRINI NO TIENE "DOBLE"

La brillante carrera cinematográfica de Luis Sandrini ofrece panoramas de interés. Por de pronto, jamás ha aceptado "dobles", y así lo hemos visto cuando en auténtico loca en una película reciente; pescar un pez-velo en "El hombre", en cuya ocasión se dió el chaparrón más "famoso" de su vida; un breve interludio en España para su película "Flor de terrores" que filmó en la Madre Patria, y en "Yo soy tu padre", película que en breve conocerá el público porteño, donde su petra con la pericia de todo un profesional. Claro está que todo esto tiene un subido precio en golpes y fiascobos, pero Sandrini es hombre de coraje; volvió a mentar varios veces el endiablado pinga, hasta que lo tuvo menfido. Después de todas estas pruebas, el físico le queda algo resesido. La película donde damos pitos su título "Yo soy tu padre" la dirigió César Muriel. Será presentada por Intermunicipales dentro de pocos semanas y... hora reir, Estamos seguros.

LORETTA YOUNG, JOVEN VETERANA DE HOLLYWOOD

LORETTA YOUNG, a quien la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de Hollywood acaba de premiar como "la mejor actriz de 1947", aparece en uno de los papeles más importantes de su carrera artística en la película de Samuel Goldwyn "Un enviado del cielo" — la novela de Robert Nathan que publicará LEOPLAN en su próximo número —, que distribuye R. K. O. y que es "su" película número 55. Es necesario tener en cuenta que Loretta comenzó a esforzarse los cámara a los 5 años y que ya a los 13 le encargaron papeles de actores, habiendo trabajado con casi todos los mejores actores de Hollywood, y todas ellas, sin excepción, le consideran la mejor comica fuera del film e insuperable como leading woman.

En "Un enviado del cielo" comparte la responsabilidad del film con Cary Grant y David Niven.

EL "LUBISCH" DEL CINE ARGENTINO

Carlos Schlieper, a quien, a raíz de la realización de "El retrato" se ha apodado al "Lubisch" del cine local, prosigue activamente la filmación de "Cita en los estrechos", comedia brillante original de Verbitsky y Villalba Weiss, de la que son protagonistas María Duval y Juan Carlos Thorry. Relacionado con este film, Emelco informa que ha sido integrado el reparto con los nombres de Alberto Bello, Héctor Calcaño, Osvaldo Miranda, Ana Lía Gode, Santiago Robelli, Albe Mujica, Domingo Minio, César Marín, Celcilio de Vega, Adela Vellich, J. Langhney y Ar. Luis Arcori.

En el transcurso del rodaje, grandes cuentos filmados en un sumptoso decorado le otorgan al film carácter espectacular. Se anticipa que, con esta película, Emelco refina la línea del gran despliegue que tuvo "El retrato".

LA NOVIA DE DON JUAN

se halla por sobre toda ponderación por eso simpático, tan buoy, tan exclusivamente suyo, que lo imparte al solo verla. Ambos actores desempeñan papeles destacados en la próxima adaptación de Argentine Sono Film, en la que Luis Sandrini nos hará conocer su versión del célebre burlesco de Sevilla. Todo hace predecir, y esperar, que el film será otro éxito más del destacado actor cómico.

Virginia Luque personifica una Doña Inés con rasgos propios, y Tito Marella

Don Juan, tan exclusivo- mente suyo, que lo imparte al solo verla. Ambos actores desempeñan papeles destacados en la próxima adaptación de Argentine Sono Film, en la que Luis Sandrini nos hará conocer su versión del célebre burlesco de Sevilla. Todo hace predecir, y esperar, que el film será otro éxito más del destacado actor cómico.





CAZA FURTIVA

LA noche era tempestuosa y fría. Un viento helado barría los páramos de Castilla, trayendo entre sus ráfagas granizo y nieve, y haciendo aún más grata la permanencia en la gran cocina, caldeada por el alegre fuego de las jaras que ardían en la amplia chimenea. Llegaban los hombres arrebozados en sus tapabocas, sacudiéndose las zamaras moteadas por los copos de nieve, y dando fuertes patadas para desprender el barro de las botas.

—Buenas noches a toda la gente... ¡Qué frío, madre mía! En cuanto calme un poco el viento, va a caer una nevada que no se podrán ver ni los tejados de las casas... ¡Pero mira quién está aquí, Virgen Santísima! ¡Si es nada menos que el primo Ubaldo, que estaba en las Américas! Dame un abrazo...

Y así uno tras otro. Todos aquellos rudos hombres de rostros curridos por los saludables vientos castellanos, debido a los múltiples casamientos entre familiares, resultaban parientes míos. Unos eran primos hermanos, otros sobrinos, aquél, tío, este otro estaba casado con la hija de un primo...

La rústica cocina va iba siendo chica para tantos. En la habitación inmediata, el dueño de la casa —mi tío Antonio— jugaba al tresillo, al amor de una mesa con camilla, con el señor cura y el médico del lugar, es decir, las dos personas más notables de Peñausende, después de él, naturalmente, que era el Secretario del Ayuntamiento.

Estaba nada menos que en la casa de mi tío Antonio, aquel caserón legendario de mis mayores, del que tanto había oído hablar cuando era un niño. Entonces, en mi imaginación novelera se me representaba como la vetusta casona solariega castellana de mis antepasados, con escudo de armas roído por los años, piedras labradas y oscuras habita-



Cuento, por

Elipio Herrero Garzón

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACIÓN DE LISA

ciones con viejos muebles y panoplias en las paredes... En realidad, se trataba de una casa sencilla, de un solo piso, pero construida "al estilo de la ciudad", como decían las gentes del pueblo, o lo que es igual, que no había otra similar en todo Peñausende.

Casa de labradores ricos, con cocina espaciosa, despacho para administrar justicia "en privado" y preparar las elecciones; una sala al frente que hacía las veces de comedor, y en los profundos arcones de roble, manteles y sábanas de hilo de Holanda perfumados con espliego, y rica vajilla y cubiertos de plata —los mismos que hubo necesidad de esconder cuando "la francesada"— que sólo se usaban en las grandes solemnidades, cuando venían de Madrid a cazar en la dehesa de mi tío un conocido general, o el conde de "F..."

Todo aquello que en la lejana provincia de Buenos Aires se me aparecía como a través de un velo de leyenda y tradición gloriosa, con algo de página cervantina, estaba ahora allí, al alcance de mi vista y de mi mano. Aquella era la augusta Castilla, el vientre fecundo que se desangró sobre las Américas; allí estaban sus hombres, sus pueblos y sus paisajes ásperos y fuertes...

Sus hombres... Eran aquellos mismos que me llamaban "primo" y me asfixiaban con sus abrazos desbordantes de cariño sincero. Eran aquellos mismos que cuatrocientos años atrás, vestidos con jubón y gregüescos, dejaron de ser labriegos para marcharse a las Indias, obsesionados por el oro azteca...

—Así que has venido de los Buenos Aires... Rica tierra es aquella, lástima que algunas veces le falten las lluvias y no rinda todo lo que debiera. Si no fuera por eso ¡yaya cosechas! Allí no hay que pensar en abonos ni en nada parecido...

—¿Conoce usted a la Argentina? —Le pregunté al que así hablaba, un viejecillo arrugado, de mirada penetrante y boca sumida.

—¿Qué si la conozco? Antes de que tú nacieras ya estaba yo tomando mate al pie de las trilladoras, en el partido de Pehuajó, allá por el año novecientos dos...

—¿Y cómo fué que no se quedó por aquellas

tierras? ¿No le gustaba la vida de América?

—Gustarme ya lo creo que me gustaba; pero la familia puede mucho en estas cosas, ¿sabes tú? Mi mujer —que Dios tenga en su santa gloria— le tenía un miedo terrible al mar, y no había forma de hacerla subir a un barco. Dos veces fui yo a la Argentina a trabajar en las cosechas, y tantas pesetas traía, que pude levantar las hipotecas que pesaban sobre la casa y las tierras que tenía. De haberme quedado allá hubiera hecho la "América" como tantos otros de este mismo pueblo; primero chacarero, y luego estanciero. En aquellos tiempos era cosa fácil hacerse rico en el campo...

Los moctrones vestidos de pana, que recién empezaban a vivir y no conocían más horizonte que el de su pueblo natal —si acaso, algún viaje deslumbrador a Zamora que dejó en sus retinas por mucho tiempo el recuerdo inborrable de altos edificios, los puentes sobre el

(CONTINUA EN LA PAGINA 108)

APRENDA
RADIO
TELEVISION
CINE SONORO
y demás Aplicaciones
Electronicas

UNA CARRERA
DE BRILLANTE
PORVENIR!

CIENTIFICAMENTE MEDIANTE EL AFAMADO
SISTEMA "ROSENKRANZ" DE ESTUDIO POR CORREO

Esta oportunidad está al alcance de su mano, mediante el afamado sistema "ROSENKRANZ" de estudio por correspondencia, que se imparte en forma amena, fácil y práctica por excelencia.

Establecidos en los Angeles, California desde 1905 - Socorridos por todo el continente

NATIONAL SCHOOLS
GRATIS GRANDES EQUIPOS DE EXPERIMENTACIÓN. LOS HERRAMIENTAS Y TODO LO NECESARIO PARA LAS PRÁCTICAS

Pida este Libro, GRATIS

NATIONAL SCHOOLS
140 W. Angeles Commercial

Sucursal: H. YRIGOVEN 1556 Depto. N° RH3086
Buenos Aires, Rep. Arg.

Mándeme su Libro GRATIS sobre RADIO-TELEVISION

NOMBRE _____ EDAD _____

DIRECCION _____

LOCALIDAD _____ PROV. _____



LOS FESTEJOS DEL 25 DE MAYO.— Con el brillo y la adhesión popular que son ya tradicionales, conmemorase en todo el país el 138° aniversario de la Revolución de Mayo. En Buenos Aires, dichos actos culminaron con los realizados en la histórica Plaza de Mayo, frente al viejo Cabildo, y el solemne tedeum, actos a los que dió carácter oficial la presencia del presidente de la Nación, ministros del Poder Ejecutivo y altos funcionarios del Gobierno. En los aspectos más salientes de ellos, se ve aquí al general Perón, el doctor Quijano y los señores ministros, dirigiéndose al tedeum; el presidente, en el momento de izar la bandera en la Plaza de Mayo; parte del público que asistió a los actos y, finalmente, al presidente y su esposa y otros altos funcionarios pasando revista a la gran concentración de escolares.



ANIVERSARIO. — Con motivo de cumplir un nuevo aniversario de la independencia de Cuba, realizado en esta capital un simpático acto de homenaje, organizado por "Amigos del Teatro", al que concurrieron numerosas personalidades de la colectividad cubana y de nuestro país.



ACTO CULTURAL. — Adhiriéndose a los festejos realizados con motivo de nuestro efemérides patria, el Círculo de la Prensa efectuó una reunión cultural que tuvo señalado éxito. Varios oradores hicieron uso de la palabra y el acto culminó con una exposición de trabajos artísticos que contó con ejemplares de gran interés.

EXPOSICION. — Una serie de óleos, acuarelas, templos, etcétera, constituyen la muestra que inaugura el pintor Leopoldo Fuchsbein en el Salón Peuser, donde se puede apreciar el delicado y personal estilo del artista.

ARTISTICAS. — Una vez más Liber Fridman nos brinda una muestra de la calidad de sus obras en la exposición realizada recientemente en los salones Peuser. Sus tipos y paisajes merecen el elogio de la crítica y el público.





CULTURALES—En la República Dominicana, se agregó cultural de nuestra embajada, doctor Horacio Parro Durán, adhiriéndose a un simpático acto cultural realizado en la Facultad de Santo Domingo. Aquí, el licenciado Pedro Trancoso Sánchez, decano de la Facultad de Filosofía, hace uso de la palabra ante los otros miembros de la Universidad del país hermano.



RECITAL—La bailarina Ofelia Vidal de Tepperley, que ofreció un recital de dances en el teatro Odón, sin duda muy aplaudido por el numeroso público asistente.



RADIOTELEFONICAS—Ha iniciado sus ediciones por radiotelefonía la prestigiosa cantante Julie B. Polanco, cuyas recitales ponen de manifiesto sus amplias dotes vocales y su singular comprensión musical.



CANTANTE—Auspiciada por la firma comercial Tangee, en su programa radiotelefónico "Una estrella y una incógnita", obtuvo con éxito el cantante melódico Raúl Vialé.



VIAJERO—Procedente de los Estados Unidos llegó a nuestro capital el señor E. A. Spicko, superintendente general de fábrica de la firma comercial Calgate Palmolive Peet C°.



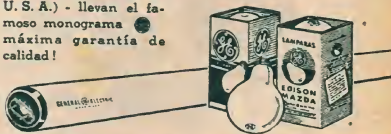
AGASAJU—Fueron agasajados con una comida, que transcurrió en un grato ambiente de camaradería, el señor Agustín Cancio y su esposa, con motivo de su viaje a España. La reunión puso de manifiesto los sólidos vínculos de amistad que han sabido granjearse los viajeros en nuestro país.

Para sus ojos 'vitamina' G-E



La salud visual es de máxima importancia en todos los órdenes de nuestra vida. Los tiernos ojos del escolar, la vigilante mirada de la madre y el esfuerzo continuo que realizan los órganos visuales del hombre que trabaja, exigen una consciente y eficaz atención.

"Alimente" sus ojos con la luz abundante de las lámparas **GENERAL ELECTRIC**. Cada una y todas - ya sean lámparas incandescentes **GENERAL ELECTRIC-EDISON MAZDA** o lámparas fluorescentes **GENERAL ELECTRIC** (Made in U.S.A.) - llevan el famoso monograma de máxima garantía de calidad!



EDISON MAZDA

INDUSTRIA ARGENTINA

GENERAL ELECTRIC

Producto de General Electric Co., U.S.A.

GENERAL ELECTRIC
SOCIODAD ANONIMA

DEL CADENA



LIBERATO Casas tiró el pucho fuera del galpón y dijo, después de un prolongado bostezo:

—De aquel año que llovó pescas, no había vuelto a cair tanta agua... ¿Se acuerda, don Martín?

El viejo se sonrió y tardó un rato en contestar:

—Y como no me vía acordar?... Si una tarde tuve que dir hasta lo de don Faustino Beltrán... ese que trabajaba en sogas, ¿no? Güeno, ¡llovía que daba miedo!... Y cuando volví a mi rancho, me encontré que tenía un bage tamaño así en el sombrero...

—¡Juá, juá! —hizo Liberato Casas—. ¡Venílo al viejo desajerao. No es ninguna desajeración —retrucó muy serio don Martín—. Son cosas que a veces le saben pasar a los cristianos.

Después de esta salida, se quedó como si tal cosa. Uno de los peones recordó antiguas crecidas y aseguró que esa agua de ahora "no era nada" comparada con las de antes, cuando sabía llover "pa tirar pa arriba". Hilario Rodríguez dejó a un lado la guitarra y terció en la conversación:

—La pucha, ese año!... Caiban sapitos con cola, y en los charcos era un hervidero. Las gallinas y los patos se hacían cada baniquete, que no les digo nada. Fue pa el año veinte, ¿no es así?

—Jue —asintió don Martín Lima—. Me acuerdo que pa aqueya época me agarró el vomitico en las patas... Se me pusieron así la rodilla, la micúca, don Ventura, me dió un ingifento y se me pasó el mal por un tiempo, y una ocasión que di una costalada en el patio me volvieron a agarrar estos dolores... Pero ahora ya estoy medio acostumbrao.

Entonces, entre Hilario Rodríguez y Liberato Casas se produjo el diálogo que con frecuencia se repetía cuando ambos se cruzaban en el patio, en las tareas del campo, o por cualquier motivo:

—Así son las cosas.

—Colgadas, parecen bolsos.

—Y dándolas vuelta al revés?

—Bolsos, otra vez...

La peonada y algunos comedidos se encontraban en el galpón de la casa de Carreño aguardando que pasara el mal tiempo. Esté tenía de mal humor a los chacaereros, pues estaba comenzada la recolección del trigo y urgía terminar con los trabajos, ya que la mayoría del grano se había adelantado bastante en San Silvestre este año. La escasez de brazos, por otra parte, obligó a los colonos a "prestarse" los peones, de manera que de una chacra pasaba todo el equipo a la próxima; así se hizo el trabajo en lo de don Jesús Servent y en lo de Callegari y Vanneri, y ahora le tocaba el turno —y ya se ve con qué tiempo— al trigo de don Claudio Carreño.

Por el aspecto del día, no había miras de que cesara la lluvia, de modo que la gente trataba de gastar el tiempo entre mare y mare y truco y truco, por ahí se hacía un silencio, y la guitarra de Hilario Rodríguez sonía una nota melancólica ayudada por la persistente tristeza de la lluvia. De tanto en tanto, don Claudio Carreño cruzaba el patio sorteando los charcos y entraba en el galpón; andaba con cara de pocos amigos. En el galpón había una semioscuridad acogedora y las voces de los que jugaban al truco sonaban como lejanas y mezcladas al susurro del agua sobre las chapas de cinc.

... y había que verlo al catalán estaba contando uno de los peones con el auro que echaba el último bocao de tumba, y va salía al patio y decía riéndose, como si eso fuera muy gracioso: "Güeno, muchachos: va hemos comido y el trabajo nos está esperando..." "Ni un respiro nos daba!... Pero cuando pasamos todos, y él también, claro, con su gente, a lo de don Benvenuto Vanneri, ¡aquí te quiero ver, escopen!... Vanneri decía: "No hav por qué salir con todo el rigor del sol, descansemos un rato primero." Y la gente piraba, se tomaba unos mates a la sombra, y después se salía con más ganas al trabajo... Y, claro, el catalán se los tenía que mordir, porque no estaba en su casa... ¡Qué angustia pal trabajo!

—Güeno, también, así hacen la platira, pues —apuntó uno de los truqueros. Se referían a don Jesús Servent, cuyo amargorismo era de todos conocido.

—En cambio aquí don Claudio —comentó don Martín Lima, que se encontraba "como de florita" entre la peonada y a quien la lluvia había impedido llegar hasta su rancho—, a él le gustaba tener a su gente a galpón, como los toros finos...

—¿Que le va hacer al dolor cuando remedio no tiene! —entreció Hilario Rodríguez haciendo sonar las cuerdas con un rasguño liviano.

—En lo de Callegari —refirió Liberato Casas— me tocó trabajar mano a mano al lao de una de las gringuitas... No crean: estaba bastante en condiciones... Ahírá la cosa.

—¡Jué la que te dió un sopapo las otras tardes, porque te le quisiste

EN SAN SILVESTRE

Por **Vicente Barbieri**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIONES DE LISA

pasar al patio? — preguntó Hilario Rodríguez, volviéndose hacia mí y guiñando un ojo.

— Güeno — se disculpa el otro —, pero me parece que jué porque la Marieta no me entendió bien... Como ellos tienen su dialecto, a veces no comprenden bien la castilla... Yo quisé decirle un cumplido, no más. Y en el momento en que me alcanzaba una horquilla, le dije... le dije... ¿Cómo era? Güeno, me preparé y le dije un versito:

*Chiquitita y bonita
te me estás criando;
para la otra cosecha
te estoy guardando.*

— ¡Juá, juá! — Mirclón al rumbiador! — festejó don Martín. — ¿Y qué pasó después?

— Viene la gringa bruta y me acomoda tamaño guantazo en la trompa, que me hizo caer el sombrero. Y pa' peor, estaban todos mirando... Ahí tá la cosa... Me hizo hervir la sangre... Y encima, de vapo, el tringo Calleja se pone a decir muy arondo: "¡Eh, Carrieto, la mochacha sale como la madre, tiene un puño propiamente de burro, tiene..."

— ¡Bí tá la cosa — dijo don Claudio Carrieto, repitiendo el estrillito de Liberato Casas, y salió del galpón disimulando la risa.

Un coro de carcajadas apagó por un momento el tamborileo del agua en el techo del galpón. Después se produjo un silencio largo. Yo miraba ensimismado el caer de la lluvia: continuado, eterno. Allá lejos se veía el campo, como resignado. Me produjo una sensación indecible ver allá en el camino un sulky que avanzaba como agachado bajo la lluvia; alguno que tuvo la necesidad impostergable de ir a buscar los "viejos", pensó, por pensar algo, y lostecé ampliamente estrinando los brazos.

La guitarra de Hilario Rodríguez comenzó a quejarse como si refiriese quien sabe qué historia desgarradora. Algunos dormitaban; el fuego comenzó a anorriguarse poco a poco invadido por la ceniza. Había como un sabor de tristeza que ceadraba muy bien al ánimo en reposo.

— Cantá algo — le pidió Liberato Casas a Hilario Rodríguez.

— ¿Y desde cuándo cantamos, compañero? — arajó el otro.

— No se me achique, mozo — intervino don Martín Lima —. Cuando yo era de su edad, allá por el noventa, no sabía hacermelo rogar... Ni pa' cantar ni pa' otras cosas.

Sin decir una palabra, Hilario Rodríguez agarró la guitarra por el cuello y se la tendió a don Martín.

— Estoy olvidao — se disculpó, ladino, el viejo. Entonces, intervino yo:

— Vanos, don Martín... Miré que vo no lo escuché nunca.

Vació el viejo, y luego dijo tomando la guitarra:

— Güeno, amigo, viá tratar de complacerlo. Pero después no se me queje, don.

No se floró mucho en las cuerdas, pues bordonó brevemente y en seguida se agachó sobre un estilo: se veía que la voz no le daba ya, pero su tono era agradable y él trataba de chispearlo un poco con intencionados intervalos. Cantó una décima:

*De amores de una niñata
muy curtaria pa la guerra,
boy me encuentro, juerte perrot,
como tero en una pala.
Y ella no sabe la niñata,
que aunque soy medio hickeno
sigo troñando a lo loco
como circo atrás del coche,
y ctoy desvelao de noche
ma si y otra tampoco.*

Con comentarios diversos fué saludada la

(CONTINUA EN LA PÁGINA 107)



*Fantasma
de entre los
siglos*



Por
Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPOLDO"

El alegre Puck de nuestro

ENRIQUE GARCIA VELLOSO, FUE DUENDE DE LA ESCENA NACIONAL, "PEQUEÑITO, CHISPEANTE, INGENIOSO, VIVAZ, LLANO DE TRAZAS Y DE CUENTOS..."

por una voz que tiraba de él como un hilo mágico: una bien timbrada voz que decía versos. Pronto advirtió que eran los versos de El Vértigo, de Núñez de Arce.

Fue acercándose entre bastidores hasta la primera "caja" y desde allí pudo ver que el que recitaba era un muchacho de pequeña estatura, excesivamente pequeña para los diez o doce años que debía contar. Declamaba admirablemente. Arsenio Perdiguero se quedó muy impresionado. ¿De dónde había salido aquel di-

minuto actor, poco más o menos de la edad? Buscó su nombre en el programa: Enrique García Velloso. El nombre entonces se le olvidaría. Pero algunos años después, cuando volvió a encontrárselo, siendo él ya actor profesional y Enrique García Velloso crítico teatral y autor incipiente, lo reconocería en seguida y su nombre ya no se borraría de su memoria.

Primeros aventuras escénicas

El que "Velloso", como le llamaban sus compañeros del Colegio Nacional, recitara El Vértigo, de Núñez de Arce, tiene su significación. Es toda una época. Los grandes actores españoles que venían a Buenos Aires por aquel tiempo — Rafael Calvo, Antonio Vico, José Valero —, solían declamar, en noches de gala, aquel poema, que les daba ocasión de lucir sus facultades de recitadores, y resultaba de una se-



Enrique García Velloso.

gura eficacia sobre el público, impresionado por la rotundidad de sus décimas:

*Guarneciendo de una ría
la entrada incierta y angosta,
sobre un peñón de la costa
— que bate el mar noche y día,
se alza imponente y sombría
cierta torre secular,
que un rey mandó edificar*



La primera Comisión Directiva de la Sociedad de Autores Argentinos, fundada en la casa de García Velloso, y de la que el conocido hombre de teatro fué presidente.



Paravicini, en su caracterización de "El tango en París", de García Velloso, que aparece a su lado

teatro

a manera de atalaya,
para defender la playa
contra los juegos del mar.

Si la poesía marcaba una época, la pura dicción del recitador revelaba su escuela española, como que su primer maestro fué su padre, español de gran cultura y fino de espíritu, don Juan José García Velloso, profesor de latín, griego y filosofía, que alternaba su labor pedagógica con sus aficiones literarias y periodísticas.

Con su padre asistiría en Rosario, donde nació y donde transcurrió su infancia, a las representaciones teatrales de las compañías españolas que actuaban en aquella ciudad. De ahí las influencias que se advertían en el pequeño recitador de *El Vértigo*. De su padre también le vendría su afección a las letras, revelada prematuramente, pues no tenía más que diez años cuando conquistó un premio en un concurso literario.

Prematuramente se inicia también en el teatro. A los 15 años. Cuando estaba ya en el Colegio Nacional de Buenos Aires, donde su padre era profesor de literatura. De aquel tiempo, Ricardo Rojas lo recuerda así: "pequeñito, chispeante, ingenioso, vivaz, lleno de trazas y de cuentos, como lo fué en el resto de sus días..." Cierzo. "Como lo fué en el resto de sus días." Así lo conocimos años después, cuando era uno de los más populares y prestigiosos hombres de teatro en nuestros medios bonaerenses.

En su primera aventura escénica le acompañó, como colaborador, Mauricio Nirenstein, y como compositor un músico negro: Zenón Rolón, porque hay que decir que el engendro, titulado *Chin-Yonk*, era una zarzuelita. Enrique García Velloso nació, pues, como actor, bajo el signo

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 112)



García Velloso sentado junto a Pablo Podestá, y en medio de ellos, de pie, Joaquín de Vedia.



Enrique García Velloso cuando estrenó "Fruto Picado", en el teatro de la Comedia, de Madrid, el año 1913. Fotografía hecha en el estudio de el gran escritor Mariano Benlliure.

PERMANENTES PLUMA

SUAVES - SEDOSAS

PERMANENTES CORONITA

MAGNÍFICAS Y PERFECTAS

PERMANENTES PLUMA

PARA PEINADOS

PERMANENTES AL OLEO CREMA

COMO SEDA

PERMANENTES "ROBERTS"

PERFECTAS

PERMANENTES AUTOTERMO DE

BUCLES MARAVILLOSOS

TINTURAS

"POLICROM" al aceite

TINTURAS LAS MAS ELEGANTES

PEINADOS Hermosos

Masajes y Manicura

CANAS

Tintura instantánea "POLICROM"

al aceite. Hermosos colores y de

fácil aplicación para particulares.

En venta en "La Esmeralda",

C. Pellegrini 425 y sucursales.

Envíos al Interior, contra reembolso



LA ESMERALDA

(La mejor y más grande peluquería de varadero en Sudamérica)

S. R. L. - Capital: \$ 400.400

Casa Central: C. PELLEGRINI 425

T. A. 35- 6045 - 1231

La libreta del borracho



Luis Montagout, el dignísimo Montagout, desempeñaba desde hacía mucho tiempo un puesto en la Municipalidad de un pueblito de Bretaña, donde él naciera. Feliz con esa vida sin atribajos ni sobresaltos, incolora, simple, como las de tantos pequeños burgueses, ansiabala llegada del domingo para salir de paseo por las callejitas arboladas o ir al casino a beber su pocillo de café, charlar con los amigos y fumar su buen puro. A veces lo acompañaba su pequeño León, hijo único, blanco, paliducho, enclenque, terno como una planta joven, calco perfecto de Genoveva, su madre, con el mismo mirar azul, transparente, límpido, sonnoliento.

Desde que Montagout se empleara siempre joven aun, y antes de casarse, en nada cambiaron sus costumbres: todas las mañanas a las ocho bebía su taza de chocolate, que antes le preparaba su madre y ahora Lisbet, la mucama; hojeaba el periódico "La Mañana"; daba un beso a su esposa y otro al pequeño León, y bajaba lentamente las escaleras para dirigirse a su oficina. Constantemente pensaba en lo feliz que era; sólo ambicionaba jubilarse y vivir hasta ver a su León no siendo un triste empleado como él, sino un marino, un militar prestigioso, un abogado de nota o un médico que llamara la atención en el mundo por algún descubrimiento. Soñaba con realizar ese anhelo aunque le preocupase la falta de salud del pequeño. El médico de la familia —el viejo y querido doctor Larbout, de lueugos barbas patriarcales, fuerte aun a pesar de sus ochenta años— le había recomendado que lo sacara a pasear por el parque cuanto fuese posible. Desde entonces el bonachón de Montagout dejó el casino y las tertulias, para dedicarse por entero a su hijo. Cuantas horas disponibles tenía, eran para salir con León. En ningún otro momento era más feliz Montagout que cuando iba llevando de la mano a su niño vestido con traje de marino, en eva gorra redonda la cinta azul, con blancas letras, ceñía la frente amplia, blanca, dejando sobresalir rios de dorado cabello.

Parecía que el sol y el aire puro del parque mejoraban la salud de León: comía con más apetito, estudiaba con más ahínco las lecciones de la escuela y en la blanca y pálida cara comenzaban a aparecer rosáceos indicios de salud. Para Montagout se colmaba su felicidad. Vivía emborrachado viendo crecer al pequeño como él deseaba.

Genoveva, a veces, le decía molera:

—Parece que no hay más que León... Yo no existo para ti...

El marido nada respondía. Acariciaba al hijo, lo observaba atento, lo besaba preso de infinito gozo, y luego respondía con chichez:

—Mamá te quiere, pero vo más... más... ¡ja, ja... ¡mi pequeño León! —y quedaban los dos abrazados largamente...



Aquel verso apasionado le cayó como una bomba. Montagout lo leía y releía sin poder convencerse. ¿Pero es que acaso ella?... Se le enturbiaron las pupilas y la boca se le reseó. ¿No era posible! ¿No era posible! Arrancó la hoja del periódico donde estaba el atrevido poema, y la guardó doblada en su cartera, junto a su herido corazón. En un instante toda su felicidad se derrumbaba, desaparecía.

Llegó con el gesto hosco a la oficina. Le parecía ver en sus compañeros actitudes y miradas distintas, y hasta cuichechos no usuales. Montagout observábalos, solispado, por sobre las gafas de arco de oro, silencioso, taciturno, recordando insistentemente la atrevida declaración de amor en verso. Pensó retar a duelo al director de "La Mañana" si no le decía quién era el desfachistado que firmaba con las iniciales R. S., pero ¡le parecía tan humillante para su dignidad de hombre, bueno y limpio de alma! Las letras R. S. giraban en su mente y se grabaron en su corazón persistentes, tenaces, inborrables. Aludían a su mujer los versos, y también al bello León, su hijo. El noblite de Montagout no podía fijar su atención en los expedientes que tenía frente a sus ojos, absorbido por una tenaz preocupación, embarrado por la angustia y la duda. Empezó a repasar sus años de noviazgo, sus viajes, el comportamiento de su esposa, sus relaciones. Ansiaba febrilmente recordar y recordar con exactitud todos los acontecimientos de su vida. Pensó en una broma o en la acción de un envidioso de su felicidad que lanzaba el dardo envenenado. Se sosegaba cuando al recapitular los hechos

Cuento, por
Juan García Orozco

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACION DE ARTECHE

de sus años de matrimonio, ninguna sombra, ningún punto obscuro podía confirmar la insidia: su mujer siempre lo quiso, siempre le fue fiel a carta cabal. Pero, ¿eran tan vehementes los versos? ¿Acaso desprecio de un enamorado? Y volvían a girar en su imaginación, que mientes y dolorosas, la iniciales S. R. causantes de su desventura.

Entró hosco a su casa. No ascendió alegre las escaleras, ni llamó a su hijo ni a su mujer como solía hacerlo todos los días cuando regresaba a almorzar.

—¡Oh, Luis, qué pálido estás! ¿Te sucede algo? ¿Estás enfermo?
—No, nada... nada... — y sin mirarla sentóse en el sillón y se puso a releer el diario.

Geneveva no preguntó más. León vino a darle un beso. El padre lo acarició y lo miró fijamente en las pupilas, y luego observó con atención las líneas del rostro, taciturno y sombrío.

—Papá, el domingo hay circo, ¿me llevarás?

—Sí, hijo, sí... ¡ya lo creo!

Lisset trajo la sopera y Geneveva se dispuso a servir. El almuerzo transcurrió, por primera vez, en silencio, sin que ninguno pronunciara ni una sílaba. Montagnout conía con la vista en el plato.

—¿To no me dices la verdad... algo te sucede...?

—Sí, algo sucede... ¡ya hablémoslo...! — y clavó sus pupilas febriles en las de su mujer, como queriendo sondear el interior de su vida.

Esa noche, Montagnout no regresó a su casa a la hora de costumbre, sino mucho más tarde y con algunas copas de más ingeridas en el Casino. Necesitó sujetarse al pasamanos para no correr el riesgo de dar un traspiés y caer rodando escaleras abajo.

—¿Luis! ¿Qué te ocurre?

—¿Qué?... ¡Ah, nada!... ¡Ya hablémoslo!

—¿A estas horas! — y lo siguió con la mirada, viendo cómo él se introducía en el dormitorio sin mirarla siquiera.

Se desahogó cubitiendo, tectoreando, recordando las pullas lanzadas por los amigos en el Casino. Ya sabía quién era el autor de aquellos versos. Evidentemente, algo debía haber sucedido entre Geneveva y René Semain, el poeta romántico, de lacia y larga melena en ojos apasionados; si, se afirmaba que acaso siempre se amaron: aparecía ante sus ojos afiebrados la imagen de René, burlona y triunfante.

León entró en el dormitorio. Montagnout se irguió en la cama, y tomándolo de las mejillas quedóse largo rato contemplándolo: la gallarda figura de René aparecía ante sus ojos, triunfante, mordaz, insolente.

—Ya sé todo... todo... — murmuró cerca del oído del niño.

—¿Qué, papá?

—Nada, vete...

Ahora iba viendo con más lucidez: sus amores, su boda, el nacimiento de León, sus amigos, sus viajes; y, sobre todo, un viaje, aquel que él hiciera para inspeccionar, mandado por la Municipalidad, las propiedades rurales cuando sus duchos reclamaron por el aumento de los impuestos. Ya sabía bien cómo dividía todo su tiempo en esos años, y podía discernir. Recordaba que al volver encontraría en su mujer, y algunas palabras de ella, volientes y despectivas. ¡Oh, ahora le parecía casi una confesión! ¡Ah, era horrible!

• • •

Las luces de sangre de "Amour" atraen las vidas nocturnas de Montmartre. Al compás de la música dislocada lanzan las parejas bodas llegadas de todos los confines de la tierra: bohemios, estudiantes, desahogados de la vida, jugadores, viciosos...

Luis Montagnout, ¡ah, qué desirito a aquel don Luis bonachón, sencillero, crédulo, de la Municipalidad de un pueblito de Breñañ, se ha dejado crecer la barba, nevada prematuramente. Pasa casi todas las noches en el bar zindio y bebiendo. Se marcha cuando amanece sobre las torres de París, dando tumbos y caídas por las calles zigzaguanas, luciendo en la solapa de su vieja chaqueta, sucia y rida, una flor roja, semeando una herida abierta permanentemente. Ya cantando las coplas picarescas aprendidas en "Amour" de tanto oír las; en el quicio de cualquier puerta, cuando lo rinde el cansancio, se acurruca, se ovilla, hasta que el sol alto lo despabila. Su figura es popular, y cuando los vecinos lo oven cantar y reír, ebrui, hacen coro y palmotean al compás hasta que Montagnout, cansado, se detiene y los mira como un loco.

La niebla de aquel frío amanecer cubre las torres y las calles de París y cala los huesos de los desahogados. Montagnout siente una rara helazón en la carne y una sensación extraña en el cerebro. Pero continúa su marcha, con la picaresca canción en los labios, la última oída esa madrugada en "Amour". Recuerda, sin saber por qué, a Geneveva y a León, lejos de París; una sonrisa amarga, hiel de su corazón, le hace torcer los labios quemados por el alcohol y nublar las pupilas.

(CONTINUA EN LA PAGINA 112)

SI SU ORGANISMO LO REQUIERE...



**GIROLAMO
PAGLIANO**
PURGANTE - DEPURATIVO

en sus 3 formas:

JARABE - POLVO - SELLOS



AHORA! SU OPORTUNIDAD



**TECNICO
en MOTORES
a EXPLOSION**

El parvenir del mecánico especializado en automotores es promisor. La capacitación le dará al joven mecánico bases, trabajo seguro y esplendidas jornadas.



SOLICITE INFORMAS

INSTITUTO DE MECANICA ESPECIALIZADA
AV. SAN MARTIN 3241 - BUENOS AIRES

DEPARTAMENTO DE ENSEÑANZA POR CORREO

Sr. Director del
INSTITUTO DE MECANICA
ESPECIALIZADA
Avda. San Martín 3241
Srvase: mandarme in-
formes del curso que
elegí y que marco en
el cuadro con una X
así:

DIJUNO TECNICO ☐
ELECTROTECNICA ☐
AUTOMOTORES ☐

Nombre
DIRECCION
LOCALIDAD



ENVÍENOS
ESTE
CUPON



DONDE HABITA EL RECUERDO

Fotografías del álbum
"Culture, de la Municipi-
palidad de la ciudad de
Buenos Aires.



ZAGUAN, CANCELA Y REJAS



PATIO Y FRENTE INTERIOR

ES UN BELLO
RINCON DE
BUENOS
AIRES EL
MUSEO DE
ARTE HISPANO
AMERICANO
ISAAC
FERNANDEZ
BLANCO

QUIZÁ, todavía, Buenos Aires necesita ser descubierta. La premura del transeúnte priva a sus ojos del delicado placer de una contemplación lenta y enamorada. El Museo de Arte Hispanoamericano Isaac Fernández Blanco, por ejemplo, bien merece la serena contemplación del porteo, constantemente apresurado. Ofrece, para los más puros delectos del espíritu, la visión de un pasado muy nuestro y maravilloso. Las artes de la colonia, las tallas del imaginero, las sutilezas del orfebre, las telas donde el artista expresó su profunda fe religiosa con la ingenuidad de quien todavía contemplaba el mundo con ojos de indígena.

En sus salas habita el recuerdo... su penetrante poesía. ♦



ARCANGEL CON ARCABUZ



LA INMACULADA CONCEPCION

De CHIRICO, o la nostalgia



"CABALLEROS EN EL VALLE", UNO DE LOS BELLOS Y FAMOSOS OLEOS DE GIORGIO DE CHIRICO

El enigma vive en las cosas. Uno no sabe qué rara vida se agita detrás de una ventana, qué silencios encierra un parque nocturno, qué rigores del alma pueden sobrevenir de los espacios libres, de una playa abierta hacia el cielo, de una ancha boca por la que se mira el mar. El hombre de espíritu asiste a acontecimientos mínimos, vengan ellos fie la hoja o de la flor, del mineral o el agua fluyente; siempre una raíz de secretos decires, de subterráneos ardores, concluye por hacernos extraño o adorable el paisaje que cotidianamente retienen nuestros ojos.

Y qué decir de las obras de arte, de

una pintura, de una escultura, o de una sinfonía, y qué alegar del universo de un escritor, sea éste el poeta Hölderling o el filósofo Nietzsche? Cada página nace y crece en nosotros, los personajes-ideas se nos vuelven al cabo familiares, creemos descubrirlos en los vecinos, en los amigos, y las imágenes líricas o trágicas cobran fuerza de símbolos, se vuelven energía mitológica: nos hacen pensar, exaltarnos o angustiarnos, ya delirantes o soñadores... Y surge la transposición poética.

Giorgio de Chirico, el pintor hijo de padres italianos nacido en Grecia (Volo, 1898), desde sus años juveniles,

transcurridos en Munich, acude a una convocación de hechos misteriosos en el que no son ajenos los signos de la nostalgia y de una antigua gloria, donde un más allá imprevisto se cierne con sus infinitos fulgores. En instantes en que el futurismo blandía los instrumentos de su dinamismo plástico, todo movimiento, toda subversión convulsiva — simultaneidad y líneas de fuerza — en la forma y en el mirar, y, el fierismo, o el cubismo, aducían formalidades y ajustes de ritmos o violencias, hasta trastocar el orbe real, lo puramente figurativo del cuadro, de Chirico se apasiona y establece los ejes de un arte

del infinito

Por **Romualdo Brughetti**
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

hecho a la medida del equilibrio que nace del recuerdo y la evocación como para escaparse de los horrores de un siglo que todo lo entrega al desorden de los sentidos y a la abstracción mental del pensamiento. Hölderling y Nietzsche, le hacen dirigir su vista hacia la vieja e inmortal Grecia, pero ya en su primera época, y viviendo en París, son los italianos Paolo Uccello y Piero della Francesca que le guían a trazar arquitecturas, perspectivas, espacios, tajantes sombras entre las cuales se esconde la caricia expectante de un oráculo o el enigma de una tarde meditativa de otoño. Esos paisajes de plazas Renacimiento y esos estatismos concretados en colores pictóricamente ceñidos, que ya aluden a la melancolía o a la partida del poeta, que alcanzan una torre o un tren que huye resoplando sobre la línea del horizonte, para que, luego, la fatalidad y lo inconsciente vayan a acrecer sus caudales de inquietud al punto de que aparecen personajes construidos con puras formas geométricas, trazados matemáticos y elementos materiales (hasta bizcochos y guantes de cirujano pintados con dedicación minuciosa), Chirico da, en su primer impulso, nacimiento a la pintura metafísica.

Es la época en que el artista, después

de recorrer los museos de Italia, vive en París y es amigo de Picasso y del poeta Apollinaire. Esto ocurre entre los años 1911 y 1915. El pintor ha transpuesto apenas la barricada de los veinticinco años. Pronto, regresa a la península, viaja, se instala por años en Roma y Florencia. Siente el simbolismo romántico y fantástico de Boecklin, y pinta la serie de sus autorretratos, villas romanas y la partida del caballero errante. Su dibujo se torna minucioso y adquiere su instrumento pictórico acenos que, si se adaptan a caracteres antiguos, esta vez ha de ser con aire legendario. Una nueva etapa nace en de Chirico entre los años que marcan el dominio del superrealismo en Francia. Entre 1924 y 29, gladiadores, truncadas columnas, y más preferentemente sus famosos caballos "dechirichianos" entran en su pintura, igual que si se tratara de espectros sólidos, macizos y encabritados, con amplias crines, sueltas al viento, gallardas y oscuras. En ese momento en que incluso sus maniquises señalan en el mundo del arte la presencia de un automatismo mecanizado, esos caballos escultóricos traen el ardor inextinguible de la tierra helénica. Así como Picasso atestigua la aventura contemporánea de la descomposi-



"LUCHADORES EN LA ORILLA DEL MAR", DEL GRAN ARTISTA.

APRENDA MECANICA DENTAL

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES, CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS

Toda persona torpe o temerosa necesitará hacer dientes artificiales, que los mecánicos para dentistas ejecutan para los profesionales. HAY GRAN DEMANDA. No hace falta experiencia mecánica previa; ¡ABRASE CAMINO EN LA VIDA! GRATIS. — Pida inmediatamente el interesante folleto explicativo, o mejor pague o convencer personalmente. — Escríbanos hoy mismo.

Profesión lucrativa para ambos sexos.

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires
2021 - RIVADAVIA - 2021

NO SE DICTAN CLASES POR CORRESPONDENCIA

Nombre

Calle

Localidad

GRATIS aprenda a tocar la

FLAUTA BLOCK

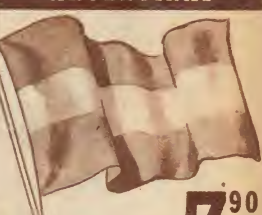
Con pocas lecciones de nuestra método ejecutar sus melodías favoritas.

MODELO DE LUJO, con método de regalo \$ 760
(franqueo al interior \$ 0.60)

Casa América

Av. DE MAYO 959 - Bs. As.

BANDERAS ARGENTINAS



Especial para balcón,

1.50 x 0.80 m., alg.

2 x 1 \$ 9.90

2.50 x 1.20 \$ 15.90

DE PURA LANA

1.50 x 0.80 \$ 14.90

2.00 x 0.90 \$ 20.00

2.50 x 1.35 \$ 32.00

3.00 x 1.50 \$ 36.00

Nos especializamos en banderas reglamentarias para escuelas, confeccionadas en gro.

SOLICITE CATALOGO

Envíos al interior contrarrembolso en el día.

CASA PEREL

NAZCA 1085

MAIPU 317

T. A. 59-2550

T. A. 31-9434

59-5072

31-9482

ESCULTURA DECORATIVA

ESTUFAS - ARANAS

DRESSOIRS - APLICACIONES



N. Giuliani

TALLER Y EXPOSICION

Av. Tte. Gral. J. F. URIBURU 1410
V. LOPEZ, FCCA. T. A. 741 - 1316

SUCURSAL

JUNIN 1492 CAP. FEDERAL
T. A. 42, CALLAO 9072

Solicite Catálogo de Estufas

ción de las formas, Chirico, hacia 1929-1930, cultivaba una expresión sometida a las apariencias, un arte que se rinde devoto a Rafael tanto como a Courbet, un realismo objetivo que no es más que la continuidad de otro realismo, el mágico o metafísico, sometido a la actitud a que le mueven desnudos y naturalezas muertas en su proyección real. Al apartarse del superrealismo — que, por lo demás, es también una tendencia antiplástica — halla su tono en la descripción precisa de bodegones en que, hasta la más mínima materia lo conduce a cuidar de cada uno de los componentes del cuadro. Hay también una hora en que Renoir y Delacroix lo cautivan; mas él sigue fiel a sí mismo, a una profundidad volcada hacia lo exterior de los objetos sensibles y de los hechos que narra su pincel.

Claro está que, lograda una pintura, como la de nuestro siglo, que rompe con toda rémora realista en la ventura de colores y tonos, planos y volúmenes, líneas y visiones icono-



"CABALLOS", OTRA DE LAS OBRAS DE GIORGIO DE CHIRICO

clastas, el hecho sintomático de que Giorgio de Chirico se aparte de descubrimientos contemporáneos para creer que un buen dibujo o una buena pintura serán siempre Rafael, significa un cambio de frente que, aun en sus errores, ha de servir de llamado al orden, de culminante referencia para una articulación distinta de la plástica de días futuros. Durante el año 1947 tuvimos en Buenos Aires una exposición nutrida de obras de Chirico, obras que sindicaban la faz actual de su extensa producción. Todas aquellas naturalezas muertas que vimos, o aquellos caballeros setecentistas en sus cabalgaduras, que observamos rodeados de bosques o junto a castillos feudales, nos indican que su natural y controlada inteligencia plástica ha sido invadida por un pintoresquismo ausente de sus reconocidas calidades y rigores. Lo cierto es que, olvidándonos un tanto de sus actuales formas pasatistas, seguimos pensando en aquel Chirico que es fe y permanencia de la tradición greco-renacentista, aquel Chirico que nos dió la medida de un mundo poético concluso, mundo poético que lo comprende y lo trasciende en la busca y revelación de un misterio, algo así como la nostalgia de infinito que anima a las criaturas de Dios en esta tierra sacudida por tormentas y desengaños, la cual, no obstante, todavía levanta la erguida música de un soñar eternidades.

Giorgio de Chirico — romántico, neoclasicista, antimoderno — nos hace entrever una antigua gloria caída: Grecia, Roma, el Medioevo, el toque fantástico de un mundo semiderruido por las luces de los tiempos nuevos. *

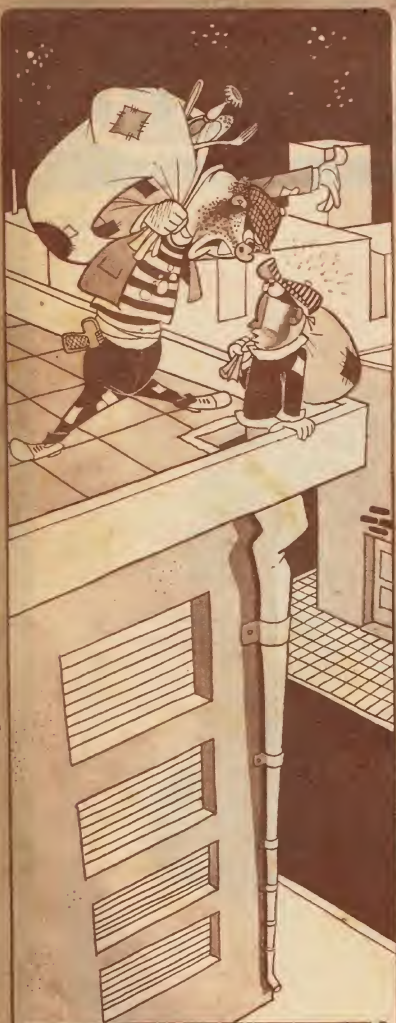
RISA Y SONRISA

TENIA RAZON

Por HERNAN GARCIA

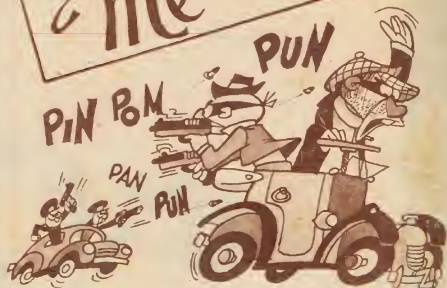


—¿Se puede saber quién nos ha presentado?



—¡Bestia! ¡Por afuera del caño tenés que bajar!

**¡Auxilio,
Socorro,
me asaltan!**
por Ialliro



—¡Maldita matraca, cada día hace más ruido!



—¡Sí, vos dijiste que antes de dormirse leía un poco, pero no aclaraste que era "La divina comedia"!



—¡Perdónelo, agente, es un principiante!



—¡Registre a ese hombre, agente!



—¿No tiene dinero? ¿Y ahora qué digo en casa?



La cocinera de Molière

Por
Chamico

Dibujos de GUBELLINI

*Aunque la reina, que es gorda
para ocultar su pasado
aquí os tenga encerrado,
¡Oh, príncipe, sursum corda!*

—Un momento, Camuseo. ¿Por qué éste le dice príncipe?

—Para contrarrestar el efecto deprimente que pudiera causarle la disminución de título que le hace el carcelero. Es un drama psicológico.

—¿Qué quiere decir psicológico?

—Pero, ¿es posible? ¿No lo sabes?

—Yo sí, pero me supongo que la cocinera de Molière no, y como estoy ocupando su lugar...

—Ya te he dicho que no te hagas el vivo, que no te sienta. Contando: Dichos y el capitán Negro.

—Espera un momento. ¿Quiénes son dichos?

—El conde, Emérica, el carcelero.

—¡Ah, sí! el marqués, el príncipe... Sigue.

—El capitán Negro entra y palpa al prisionero:

*«Este es el negro, ¡pardiez!
que en la plaza del Epido
adquirí por onzas tres.
O este negro está al revés
o se halla muy destefido.»*

—Me parece, don Pepe, que eso de que un conde, marqués o príncipe sea vendido por ne-

gro, encombrecer demasiado el drama. Además, la suposición del Negro, que puede ser un negro destefido, es poco científica.

—¡Qué saben de ciencia las cocineras! — dijo Camuseo de mal modo. Y prosiguió: —Habla, Emérica:

*Levántate del suelo en el que yaces,
nuevo Sansón, pues crecen tus melenas,
arráncas tus cadenas
y a estos canallas crúzalas las faces.*

“El conde lo hace como se lo han dicho: empuja una espada que Emérica saca de su seno, y después de matar al carcelero y al Negro, se va con ella por la grieta dejando la gruta, y al alejarse grita:

*Así este conde responde
a sayones y secaces,
¡cadáveres contumaces,
voy a vivir como un conde!*

—Aquí termina el acto primero. ¿Qué te parece?

—No te lo puedo decir, pues se me está quemando el anado —dijo de acuerdo con el personaje que don Pepe Camuseo me había asignado en la lectura. Y lo dejé plantado, entredándose en los pliegues del telón, que caía lentamente. ☺

Mi querido y españolísimo amigo don Pepe Camuseo vino a verme la otra tarde, entre las tres y las cinco, y me dijo:

—Estoy escribiendo un drama.

—¡Hombré!... ¿Tú?

—En persona. ¿De qué te admiras?

—No, de nada... Fué la sorpresa, el desconcierto natural en el hombre que vive tranquilo y de pronto se encuentra abocado a una situación dramática... Y ¿cómo se llama tu obra?

—Dios me perdona.

—Lo mismo digo.

—¿Te gusta el título? ¿Es un título? ¿Te imaginas lo que hubiera hecho Calderón si se le llega a ocurrir?

—No se le hubiera ocurrido nada.

—No seas adusto, y escúchame: ¿Sabes lo que hacía el gran Molière con sus obras teatrales?

—Las hacía representar, según he leído.

—Eso, después, pero antes, en cuanto las terminaba de escribir, ¿a que no lo sabes?

—Sí, dejaba la pluma de ave en el tintero, se recostaba en el sillón de vaqueta y decía: “Me parece que la he hecho buena”.

—Te lo diré, porque veo que no caes: se las lela a su cocinera.

—¡Ah, es verdad!

—Bien; para eso he venido.

—Pues lo siento, porque aquí no está la cocinera de Molière, ni ninguna otra. A mí me cocina un japonés, que no sería malo si no fuera por su tendencia a preparar ratones con almibar, y no creo que te entiendas, pues tú sabes que el Oriente y al Occidente...

—Estás hablando como Ortega y Gasset, aunque con menos buen sentido. Te voy a leer a ti mi drama.

—Pero ¡sí yo no sé cocinar!... Cuando más, un par de huevos fritos en caso de apuro.

—No pretendas escaparte por la sartén; ya sabes que lo que busco es la opinión del vulgo, como Molière.

—Un millón de gracias.

—No lo digas con ese tonito reticente. Aquí, para entre nosotros, no vas a representar la comedia del intelectual, pues yo te conozco bien y sé los puntos que calas. Quiero que me des tu opinión sincera, y así sabré si mi obra gustará al gran público.

—¿No hay otro remedio?

—No. Escucha: *Dios me perdona*. Acto primero... escena primera... El teatro representando una cripta o catacumba totalmente a oscuras. Al levantarse el telón se oye una voz que grita:

—“¡Luz, más luz!”

—¿Es la muerte de Goethe? — pregunté.

—No, es el conde de Versicolor que está encadenado a un poste.

—¿Cómo sabe el público que está encadenado a un poste y no a un trinchante de tres cuerpos, ponco por caso, ya que la cripta o catacumba está a oscuras? — inquirí.

—Porque entra Pero, el carcelero, con una antorcha. Habla Pero:

*Gritando como un marrano
pasadis la vida, marqués;
si os vuelvo a oír otra vez
os voy a cargar la mano.*

—¡Alto! — grité. — ¿No era un conde?

—Sí, pero el carcelero le dice marqués, por orden del duque, para humillarlo. Sigue. Entra por la grieta del foro la dulce Emérica, y dice:



Tipos Sugestionables

por GORDON



—¡Ah, sí! ¡Pedrito se sugestiona con mucha facilidad!



—¡El viaja tranquilo!... Se sugestiona pensando que subió al tranvía ¡y ya está!...



—Anda así desde que le dijeron que tenía muchos humos.



—Desde que vió esa película horripilante nadie lo convence de otra cosa...

Caninos y Molares

por JORGE PALACIO



—¡Venga, venga! ¡No le voy a hacer daño!

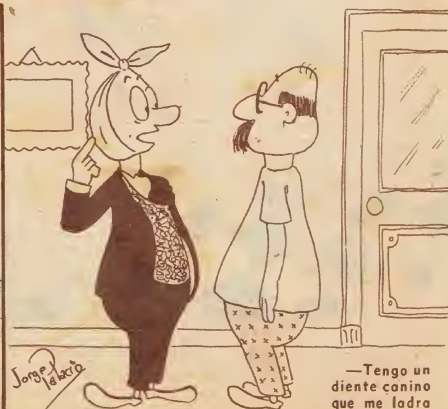
—¿Es usted el que viene a cobrar el gas?



—Ya que está con las pinzas en la mano... ¿no podría sacarme este clavito del zapato?



—Anda con el espejo para no olvidarse de que tiene que ir al dentista.



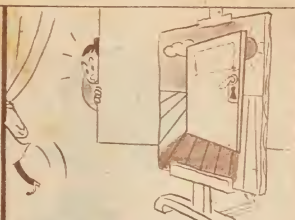
—Tengo un diente canino que me ladra continuamente.

Jorge Palacio

PINCELITO PURAROSE

La fuerza de la costumbre

Por DOMINGO VILLAFANE



*Aire
de familia*



NOTA IMPORTANTE: Toda semejanza o similitud que tengan estas fotos con gentes conocidas es completamente casual. Nuestros personajes son absolutamente imaginarios.

**SOBERBIA!
MAGNIFICA!**

LA NUEVA SERIE
CONDAL 1948

YA ESTAN EN
VENTA LOS NUEVOS
MODELOS

Más de 100 modelos para el campo y la ciudad. Cada uno, dentro de su tipo, representa la expresión más alta en refrigeración.

Zonas disponibles para representantes activos.

Más de 50 modelos de santosos combinados 1948. Un modelo para cada gusto y para cada presupuesto.

**SOLICITE
HOY MISMO
CATALOGOS
Y OFERTAS
1948.**

GRANDES ESTABLECIMIENTOS
CONDAL

TALCAHUANO 64

Buenos Aires

T. A. 38 - 1585 - 5955 - 6712

Talleres y Depós.: SALOM 333-75 - T. A. 21-1991

GRANDES ESTABLECIMIENTOS CONDAL - TALCAHUANO 64

Ruego me envíen catálogos generales de la nueva línea de posguerra y OFERTA PROPAGANDA.

Nombre

Dirección

Localidad F. C. 1-108



—Sí, aprendió a jugar por correspondencia, y como tiene mala memoria...



Fotos gentileza R. K. O.



UN ENVIADO DEL CIELO

es una gran novela. Su autor, **ROBERT NATHAN**, es una de las más destacadas figuras de la novelística norteamericana actual. En páginas plenas de humorismo, que por cierto no excluye el drama y la emoción, narra la extraña aventura de una mujer que, de pronto, se enfrentó nada menos que con

UN ENVIADO DEL CIELO

Lea en las páginas del PROXIMO NUMERO de

LEOPLÁN

esta obra que acaba de ser llevada a la pantalla con éxito extraordinario y que tiene como intérpretes a

LORETTA YOUNG, CARY GRANT y DAVID NIVEN

**UNA OBRA EXTRAORDINARIA...
EN UN NUMERO EXTRAORDINARIO**



TAPA E ILUSTRACION
DE ARTECHE

EL ULTIMO

CAPITULO I

No tenía edad. Aplastada por el silencio, estaba allí "¿dónde cuánta!"... Se la adivinaba casi, arrellanada como bataraza clueca entre el pajonal, diluida en el tono imponente, adaptada por mimetismo al color, a la forma y al medio. Su único árbol, un sauce añoso, apenas si alcanzaba a peinar los techos de junco. Plantada sobre el repecho de una suave lomada, era difícil advertirla desde la dirección del sur y hasta de la opuesta. A su vez, los mora-

dores valíanse de 'un mangrullo para trasponer cómodamente con la vista ese imperceptible obstáculo. Era, sin embargo, tan elemental la estructura del divisadero, que podía confundirse a la distancia con el ramaje de un árbol seco.

Quien viniera desde el rumbo de la Cruz del Sur sólo habría logrado ver, al acercarse, un achatado tunal y, en medio, la sospecha del sauce, perdidos en la espesura de los cardales gracias al disimulo de la precaución.

Abandonada en la inmensa pampa, como un huevo guacho de ñandú, la Esquina

y Posta del Lobatón no tenía edad. Como los indios viejos.

El chiquilín, luego de un prolongado baño en la laguna del juncal, se había llegado hasta las vizcacheras donde, en extraño condominio, vivían lechuzas y roedores. Como si no hubiera en todo el contorno bichos más atrayentes con los cuales pasar el rato, sentía Gabino rara preferencia por ese conjunto de cuevas que, particularmente a la oración, se poblaba de habitantes subterráneos. Allí habíase dejado estar aguardando la vuelta de un horrible pichón de lechuza, desplumado y



PERRO

apasionante novela argentina de
GUILLERMO HOUSE

grotesco. Acababa de errarle un tiro con sus boleadoras de tiento y hueso, cuando divisó a su padre acercándose al tranco. Regresaba éste del campo en un gateado y, como iba a pasar cerca de las vizcacheras, el muchachito se adelantó a la orden de seguirlo. Y el hombre lo alzó en ancas.

Los aledaños de la posta se diluían en la incertidumbre de una pampa sin riberas. Mar de insospechados fondos en los que, con frecuencia, la tragedia era devorada por el más espantoso de los silencios. Engrazado en esa sobrecogedora soledad, el conjunto de ranchos se ocultaba como una

falta dentro del terraplén que había quedado al cavar la zanja protectora. Las lunas, en cerco defensivo de incalculable valor, disimulaban casas y corrales. Costaba trabajo, pues, a quien no estuviera al tanto de su existencia, descubrirlos desde más allá de las dos cuadradas. Los peligros, acrecidos como marea del lado del desierto, se multiplicaban con la noche. Mientras las sombras no se dejaron caer, podía dominarse el campo hasta el confin del cielo. Así, llegar a las vizcacheras sin ser visto desde las casas era todo un azar; y, no obstante, solía escurrirse el niño,

eludiendo a menudo la vigilancia. Porque se le tenía prohibido dejarse de las casas luego de la puesta del sol. Como no bastaran las advertencias de sus padres, doña Fe debió modificar, para el caso, la leyenda sanjuanina del "Bicho del Viento". Habíasele prevenido la vieja en pocas palabras: "El Bicho 'el Viento llega, ya sea por la siesta o entre dos luces no bien ha cuajao la oración... Y es un forastero que naide lo sabe querer almitir en su casa porque es resabiao a cometer estroplios...". Como Gabino insistiera en conocer más detalles, la mujer había salido

del paso, alegando: "Se me hace que he de ser muy fiero enteramente... Yo lo lo había una ocasión desde lejos". No supo o no había querido concretar la forma y el aspecto que, para manifestarse, adoptaba; ni sus actitudes. Con lo que logró frenar en alta las cotidianas escapadas del chiquilín. Así, tarde casi vencida por el viento, al día de viento norte abrumador, destacados sobre el horizonte gruesos nubarrones hidrópicos que el viento amasara con su mortificante sobar. Gabino recordó, de pronto, que por unirse a su padre había dejado olvidadas las boleadoras junto a la casa. ¡Ah, ¡ah! ¿Cómo no... Las v'la dejar pa que alguna vizcachas se las lleve. O algún zorro. No, señor."

Y, aprovechando la distracción que las tareas imponían a los mayores, el chico se alejó, apampado, en busca de sus libros. Junto a las vizcachas, mantenida en el algar de un milagro de un aleaete imperceptible una lechuzca dejaba caer sobre determinado punto del suelo la plomada de su incommovible obsesión. En tierra, otras comenaban ya con las vizcachas la vuelta del intruso.

—¡Pucha que está oscuro el cielo... Se me hace que va a tronar... pero, no más... Comencé al niño por lo bajo, temeroso de alzar la voz, con el ánimo apretado por esas nubes que ya cubrían de medrosas sugestiones la llanura.

Como vislumbrara sus boleadoras junto a la última cueva, allí se dirigió a tiempo que levantaba vuelo una lechuzca; pero como si la alarara de cómo no, no se detuvo a su presencia. Cuando iba a agacharse, Gabino percibió una forma blanca que se le aproximaba desde opuesto sentido. Un instante pareció que la forma vacilaba, dando traspiés. Quedó un rato indeciso, pero al ver que la extraña aparición continuaba avanzando, el muchachito, sin poder alzar su libro, se inclinó hacia la desconcertante forma blanca y huyó hacia las casas, ehustios por el miedo los hirsutos cabellos, sin preocuparse ya por ocultar tan precipitado regreso.

Nadie advirtió su vuelta. El maestro de posta divisaba en ese momento el Camino del Sur, hacia el rumbo desde donde debía haber llegado la galera, demorada ya por demás. El clarín precursor del arribo no había hecho oír su eco sonoro y alegre. Una sospechosa ausencia llenaba de funestos presagios la nublosa jornada. En el horizonte cercano comenzaban los relámpagos a perforar la tonantez, y el avance hacia el cenit. Hasta que un silencio anochecido quedó definitivamente dueño del campo.

En la posta, doña Fe se esforzaba por desentrañar la misteriosa aparición que asustara al muchachito.

—¡Ah, ¡ah! ¿Y de qué laya era, m'aver? ¿De qué di' ahí... blanca, no más. Como una señora.

—A no ser que... a no ser que jueara la señora'l Bicho'l Viento —pensó la mujer en alta voz, como si a ella estuviera entrándole, también, la duda ante semejante complicación del infundido. Y como para tener las travesuras del chiquilín.

Lo mejor — terminó — ha'e ser que no se llegue más por las vizcachas. Se me hace que por ahí, no más, ha e tener su cueva el Bicho'l Viento... Ricién vide a la luz mala pa el lao del caminador...

—Ya dije mucho este asunto e la galera — exclamó el maestro de posta, a tiempo que entraba en la cocina. Venía preocupado por la tardanza de los viajeros precedentes del litoral. Y no sería ésta la primera ni la última vez que una de-

mora así se transformara en definitiva ausencia. ¡La luz mala! El anuncio de doña Fe aumentó su recelo. Facundo Ortiz llevaba ya doce años a cargo de esa posta en la esquina del Lobatón. Llegado allí con sus hijos, la Juana Irigoin, echó en ella raíces. Gabino, único hijo de esta unión, había nacido en la posta y contaba ahora siete. Sabía ese hombre de muchas tragedias, conocía el rumbo de algunas galeras que jamás llegaron a destino; podía ubicar el espoliar de muchas carretas o camiones de desperdicio al saqueo y había corrido más de una vez rastros de las arias dispersas por el salvaje. Sin contar dos asedios a la misma posta con el incendio de uno de sus ranchos, ecletrices en la eterna lucha de fronteras. "Pero Dios le había perdonado hasta entonces, dándole siempre tiempo a hacer la pata ancha... ¡Fieroj'y sin asco, los tapes, pa el cuchillo!", solía recordar cada vez que a cuento venía.

Gabino, sabiéndose culpable de desobediencia, miraba en silencio a su padre, sin atreverse a enterarlo de la extraña aparición que tanto lo asustara.

—¡Preciso parece... — comenzó doña Fe, en el preciso instante en que un largo trueno, sobreogiendo los ánimos pueriles, cortó en principio su confidencia.

—¡Vamój'a tener agua... y bastante, se me hace — anunció doña Juana, desde el cuarto común.

—Le vendrá bien a la cafada, que ha comenzado a truenar — sintió uno de los perros apoyado al marco de la puerta.

—¡Aseguró bien las tranças? — preguntó en seco don Facundo, refiriéndose al corral de palo a pique donde acababan de encerrar los caballos de refresco. Era evidente que la preocupación seguía trabajante al maestro de posta.

—Sí, señor — contestó el interrogado, y a la j'ar'mas 'tán listas — agregó.

—Y menos mal que la zanja quedó terminada este mediódia. Como se hallaba, no iba a servir más que pa la risa e lo'infelices — terció doña Fe, su pensamiento ya en otras cosas.

—¡Se va a proscribir, más un nuevo trueno la hizo callar. El maestro de posta rió por debajo de sus poblados bigotes.

—Parece que el Cielo se ha empeñado en taparle la boca, ña Fe.

—Ansí le sabe pasar a todo embustero — terció su mujer, aproximándose.

En ese momento entraba a la cocina María Fabiana.

—¡Viene lloviendo del lao del sur... Los dos cántaros están ya bajo el alero — avisó... Puede que ahora se asiente la luz mala...

En sus cabellos negros se enredaba aún el fresco viento precursor, trasminado a tierra mojada. Mezcadas con el runar de la tormenta, llegaban las risas de una de las muchachas de doña Fe, que pelaba la pava con otro de los postilones del relevo.

Entretanto, Gabino había buscado refugio sobre un hijar en el rincón libre de la cocina y cabeceaba su cansancio entorpecido.

El maestro de posta entró y salió varias veces; recorría la alrededores para asegurarse de que todas las precauciones estaban tomadas. Miró el corral de las pava — de las tres únicas que podía permitir. Bajo la ramada, dominando el contorno, un fuego sordo conservaba caliente el agua para los mates que habrían de beber los viajeros a la parca vigilancia. Súbitamente, como si el trueno hubiérase desprendido de las nubes, dejóse caer violento el aguacero. Cosquilloso, la tierra polvorienta despidió en seguida un vaho refrescante de campo

agradecido. Los perros buscaron refugio en el alero, sacudiéndose las primeras gotas del chaparrón. Frecuentes relámpagos dibujaban a contraluz la oscura silueta de los pajonales. En la penumbra de la cocina, el orificio que dragoneaba de ventana guiñaba intermitente sobre el sueño de Gabino, dormido ya. Y entre los ánimos sobreogidos vagaba el desasosiego de la luz mala.

• • •

María Fabiana había llegado a la Posta del Lobatón doce años antes. Fue un milagro cómo se salvó sin un rasguño.

Una mañana de octubre, a tres leguas largas de la posta y cuando todavía las sombras luchaban con el alba, una pequeña tropa de carretas procedente del norte preparábase a rancunar el viaje en medio del ajetro propio de uncir los buyes, ensillar la gente de a caballo y desfogarse la tropilla y los buyes de refresco. Habían vadeado el río Carcaraná dos días antes. Apenas rota la claridad del horizonte, se vino sobre la tropa la arida de los indios, paralizante toda actividad, sembrada la hesitación y el terror entre los no iniciados. Algunos tiros alcanzaron a escucharse, pero ya la sorpresa estaba lograda.

De entre las sombras surgió a poco la figura de don Alvaro Cruz, enhorqueado sobre el parejero que lo acompañaba en sus viajes. Acabado de sentar sobre el rizado a María Fabiana, su hijita de cinco años. Al amparo de la confusión más que de las sombras, logró escapar en el preciso momento en que la horda caía sobre aquella tropa de carretas. Echando una mirada triste a sus desventurados compañeros de viaje, se dio a la carrera, de vergüenza por no sumarse en la lucha, n'fiojó las riendas al parejero que se tendió sobre los pastos con elástico galope, derecho al rumbo de la Esquina del Lobatón. Llevaba consigo al tesoro de su vida, por cuya salvación había corrido todos los albueros, soportado todos los anatemas. Y ya no volvió a mirar hacia atrás, como no fuera para medir la distancia que su fleite iba interponiendo entre los salvajes y la vida.

Estanciero del norte de la provincia de Buenos Aires, Cruz era un hombre corpulento y un tanto pesado, que sumaba a su reconocida bondad una especie de carácter puesta a prueba en oportunidades en que el verdadero valor determina la suerte de las partidas. Algunos indios, al advertir su fuga, lo habían seguido bien montados y, por razones obvias, más livianos. Comenzó de esta suerte la carrera, sin que se notara en el caballo de Cruz signos de cansancio. Varias veces se levantó en las riendas, para darle aliento; y de esta suerte continuó aquella persecución que no admitía empate.

Media legua recorrieron así los bárbaros entre el cristiano, hasta que el fleite de don Alvaro Cruz, en momento de repechar una loma, dio muestras de entera debilidad. Comprendió su jineté que iba en riesgo de complicarse la partida y recordó, de pronto, que dos días antes, a instancias de una viajera, habiasele prestado para que cruzara el río Carcaraná, porque, según ella, no podía molarse y temía que el agua llegase al plano de la carreta... Cruz había olvidado en ese momento la superstición que recomienda no prestar su caballo a mujer alguna en determinadas circunstancias. Y ahora estaba pagando las consecuencias; pero el mal ya no tenía remedio.

En la última aflojada no logró sacar

ventaja alguna; más bien, perdió terreno. No se le ocultaba, por otra parte, que su caballo, sin más trabajo que una marcha de veinte días al tranco, había perdido el grado de aptitud indispensable para medirse ventajosamente con caballos que para esos casos, reservaban siempre los salvajes. También lo llevaba a esta apremiante situación un exceso de fe por su parte. Pronto, lejos de responder a sus exigencias, el alazán mostrése francamente cansado. Si bien llevaba ocho cuadras de ventaja a sus perseguidores, fallábale en cambio una para alcanzar la Esquina del Lobatón. Detuvo, entonces, don Alvaro su caballo y saltó a tierra. La necesaria composición de lugar no le tomó mucho tiempo. Ajustó la cincha para el postrer esfuerzo y, con el cinchón al que sólo había dado una vuelta para sujetar el único cojinito que iba a dejarle, aseguró a la niñita por detrás del cuello y bajo los brazos, aprovechando las estriberas, de modo que los botes del animal no lograsen desacomodarla en el apuro. Dejó sueltos pellón y sobrepuesto, a manera de cebo, para que con el andar, fueran cayendo.

Era ya fácil oír los gritos a cosa de tres cuadras; los indios se venían a lo seguro. Casi podía afirmarse que ambicionaban más el flete que su dueño. Ya acomodada, Cruz hizo agachar a su hijita, la miró bien a los ojos como ansioso de beber por ellos toda la ternura que pusiera en su cariño. La besó hondamente, dos, tres, muchas veces y le recomendó, sereno ya:

—Vaya, m'hijal ¡Tómese bien fuerte'e las crines y no mire pa atrás. Ahurita, no más, la va alcanzar su tata!...

Y con dos fuertes lazazos en el anca de su crédito, a la par que lo animaba con característicos ruidos de la boca, lo largó confiándole la vida de su vida. El animal, recobrado con aquel breve resuello y libre ahora de la pesada carga de su jinete, echó a galopar suavemente, como si comprendiera; hasta que, sin solución de continuidad, se estiró en una suprema carrera hacia la salvación. El instinto lo llevaba a la Posta del Lobatón.

Aquel grupo de indios levantó, entonces, horrible gritería. El estanciero volvióse una vez más para mirar a su hijita. Y ya seguro de que ésta habría de salir con bien, giró para enfrentarse a los que iban a ultimarlo. Con la cruz de su facon carnero, se santiguó sin apremio, pasó luego el arma a su mano izquierda para tomar con la otra las boleadoras y se plantó sereno, cara a la muerte.

Mientras la algarazca de los indios festejaba las sucesivas caídas del pellón y el sobrepuesto, el alazán de Cruz, libre ya de más de noventa kilos, se afirmaba en la carrera perdiéndose bien pronto entre los pajonales. Junto al estanciero que esperaba en una nube de polvo, se hizo prontamente el silencio.

Media hora más tarde, y tras de vacilar un rato alrededor de las casas, entró al corral de palo a pique en la Posta del Lobatón el caballo alazán de don Alvaro Cruz con su preciosa carga intacta. La pequeña, María Fabiana se había desvanecido.

En alas de un milagro, pues, había llegado María Fabiana Cruz a la Esquina y Posta del Lobatón, situada pocas leguas al sur del río Carcaraña. Allí habría de quedar largo tiempo. Hasta que la vida decidiera de su destino.

CAPITULO II

Llovió durante toda la noche. Y el alba sorprendió a los nubarrones en franca retirada hacia el noroeste.

Hora perezosa la del alba, si ha llovido luego de una víspera sofocante. Cuando el día desalñado se incorpora, deja caer sus cobijas de sombra y penetra en la íntima alegría del frescor que precede a la salida del sol.

También la posta había despertado. Uno de los hombres de vigilancia ató la lechera que habría de ser ordeñada por las mujeres, hasta tanto hiciera lo propio el otro con los dos caballos que acostumbrábase a retener mientras el resto era largado a pastores; no bien la mañana otorgaba una relativa seguridad a los pobladores. Alguien chingolo ensayó sus trinos, y el día, con pereza aun, terminó por incorporarse sobre la dilapidada llanura.

Una de las mujeres se arimaba ya al fogón en busca de brasas.

Arrebujaado, dormitaba aún el mucha-

cho que había compartido sueño y vigilia con el que arrimara las vísas. Cuando Martina se acercó a retirar los tizones, el hombre la recibió provocativo:

—Busque cerca e mi corazón que hay maj'ardores...

—No amole, compañero; esas brasas no dan juego si no se las sopla —replicó la mujer en apagada risa.

Sabía Martina que, aunque eso no era del todo exacto, el tal soplo se producía con frecuencia. Y advirtiéndole en uno de los anulares del mozo un anillo de cola de iguana, simuló quejumbrosa:

—¡Oh! ¡Cómo me duele la muela!

Aludía a las virtudes medicinales atribuidas a esta cola.

—¡Oh! Y claro... pero este anillo es pa las doloridas que saben acetar el cariño e su dueño y no le andan mequinando...

¡Elegancia, Optimismo Personalidad!

Conquistelos vistiendo los irreprochables trajes de GRANDES SASTRERÍAS THE CITY, una alta expresión en el vestir masculino.

CREDITOS
A SOLA
FIRMA



Grandes sastrerías
THE CITY
Piedras y Victoria

U T. 34-
0202/1941

ANEXOS: BONETERIA Y CALZADOS

La hija de doña Fe volvió a las casas con su carga de tizonces que, a favor de la marcha, encendíanse lo necesario para llegar sin mengua hasta la cocina. Un rato más tarde comenzó a circular el mate entre los moradores de la Esquina del Lobato que, a su vez, regresaban al día con asonido de gran empuje del fondo de un peligro no materializado. Gabino, entredormido aún, se mantuvo en el vano de la única entrada que tenía la cocina donde había pasado la noche soñando disparates. Dudaba ahora entre atribuir o no a sueño el suceso que tanto lo atemorizaba la víspera. Doña Fe, ocupada en los quehaceres, no había hecho caso de ello.

Ya salido el sol, Serapio, un muchacho sin apellido, a quien apodaban el Nato, montó a caballo y entró al campo con el propósito de repuntar los pocos animales que la rapacidad del salvaje consentía a las poblaciones adelantadas. Iba al tranco su caballo, saltaba un riñón y accionaba a pasar junto a las vizcacheras donde Gabino solía entretener sus ocios. De improviso, el animal se le tendió: una forma blanca, como pegada al barro por la lluvia de la noche, acababa de moverse en el suelo. Apenas tuvo tiempo de observarla, porque, entre la espantada de su caballo que negándose, se cobraba las patas, y el temor supersticioso propio de su condición de rústico, optó por volver rápidamente a las casas para enterar a su patrón de tamaño hallazgo. Frente al jagüel hizo rayar su caballo y, por entre las tuñas, gritó:

—¡Mistral! ¡Ahí junto a las vizcacheras! está una cosa blanca que se mueve...

—¿Gueno — respondió la voz de don Facundo desde el alero —, agüardese a que se deje estar quieta.

—Y, de ahí... yo le aviso; porque... ¿sabes? me pánspato fiero el ceburono.

—¿E qué jaya? — preguntó el serapio doña Fe. — Yo agüta la vida.

—Ha'e ser, no más, la señora! el Bicho! el Viento — interrumpió Gabino, que veía con miedo contrariarse el supuesto ensueño con la realidad de la víspera.

—¿Qué estás bolseando, muchacho? — cortó la agria voz de doña Juana, ajena a lo que ocurría la tarde anterior.

Sus palabras cayeron como golpe de agua fría en olla de loco. Era su modo de cortar bolazos, cosas que, por no interesarle, carecían a su juicio de sentido o le molestaban. Egoísta afluado a sus labios, desbordando con lacerante impasibilidad en un rostro duro, como si fuera una abundante en vasos sanguíneos. Por la exagerada amplitud de su labio superior, vagaba siempre la tenue sugestión del cálculo frío, implacable. Tercio, un sí es o no es cachachenta, la palabra del maridón.

—Déjalo, mujer, que cuente.

Entonces, doña Fe se decidió a intervenir, y ambos — ella con estudiada gravedad, con acezoso atropello el niño —, explicaron cada uno lo poco que sabían, adobado con algo más de su cosecha.

Intrigado, montó en pelo don Facundo y puso al trote su overo, seguido por el serapio. Cuando faltaban pocas varas para alcanzar las cuevas, se detuvo. Elementar precaución de hombre hecho a todas las contingencias, obedecía ésta, además, al natural supersticioso de todo gaucho. Arriba de ellos, las lechuzas ponían su ríspido presagio.

—Desobrado, a don Facundo le pareció que no se trataba de nada sobrenatural; no obstante, desmontó con desgano.

Son unos trapos blancos sucios — habló al Nato como para darle ánimo. Y,

también, para dárselo a sí mismo. Su brazo entregó el gabesto al muchacho, sin descuidar el objeto de su atención. Hasta que se adelantaron hacia "esa cosa blanca" que ahora "se dejaba estar quieta"... Pero un rato quejido los paró en seco, indeciso el gesto. Un lamento, no por apago de menos impresionante, se alzó de junto a esa forma aparentemente inanimada. Comenzó, entonces, a agitarse entre el barro a medio endurecer. Y se repitió el quejido. Ambos, maestro y peón, quedaron en el sitio, sin atreverse a avanzar un paso. Hasta que, detrás de ellos, sorprendiendo su explícito héptacón, habló una voz quebrosa de mujer.

—Ej'ña señora muerta...

—¿Cállate, sonsa! — volviósse don Facundo, sobresaltado. Porque era María Fabiana quien los había seguido.

—Y tiene una niña! — prosiguió la muchacha, sin hacer caso de la reprensión. Avergonzados, los hombres se hicieron a un lado.

—¿Claro! Ya me parecía que alma en pena no podía ser... Nunca saben salir de día — apoyó don Facundo.

El sentimiento maternal, latente en María Fabiana, pasó como un grito entre esos dos hombres.

—La señora e don...! ¿Cómo era que se llamaba? — intervino, adivinando todo el drama —. Y está viva, santo Dios... — terminó, refiriéndose ya a la criatura.

Los dos hombres no recordaban de quien pudiera tratarse.

—¿Ansina parece... se mueve, al menos — comentó el Nato, recordado.

Una pareja de teros pasaba en ese momento sobre el grupo. Iban por el azul radiante, alegrando la mañana.

Agachóse el maestro de posta y levantó una criatura que en el acto se lanzó a llorar. Aparenabán alrededor de cuatro años de edad. Iba a pedirla, pero se acordó datos acerca de la suerte corrida por los demás pasajeros de la diligencia.

Porque, sin lugar a dudas, se trataba de ellos. La infeliz mujer yacía con tres heridas, una de ellas mortal, y su indumentaria mostraba bien a las claras que era gente forastera. No obstante la palidez del rostro, bien parecía conformidad de su muerte a vista de la posta donde, sin duda, pensó hallar refugio para su hijita.

María Fabiana recibió de brazos de don Facundo aquella débil carga y, midiendo la magnitud de su desgracia, pidió suplicante:

—¿Me la va a dar pa mí, taita?

—Ah, ja... — replicó el maestro de posta, sin mayor convencimiento.

—Pero... ¿pa siempre?

—Oh, eso ya e'otra cosa. Falta ver ande jue a dar el padre.

Sus ojos buscaron en el horizonte, más por el deseo de otra cosa. Vuelto, por fin, a la realidad, ordenó:

—Ché, Nato, Ensilá y echáme el malacara al corral. Vamoja a devisar ande quedó la diligencia. Ande y... cómo.

Significaba salir a campear a los sobrevivientes; desde luego, con toda clase de preguntas, ya que, bien el evidente asalto o el accidente que se había producido, podían quedar aún indios bomberos en las inmediaciones.

El sorprendido temor de las mujeres acababa de llegar.

—Va haber qué trair a la señora!... — indicó María Fabiana, dirigiéndose a las casacas acomodadas —, mándalo a Gabino detenido a prudente distancia.

Mirando atentamente la posta y la criatura que llevaba en brazos, le habló con toda la dulzura de que era capaz:

—¡Pobre chiquita! ¿Quién le hizo nana? ¿Jueron esos hombres malos?

Pero, viendo que la criatura tornaba a llorar, cambió de sistema.

—Ya se fueron lejos. Taita Dios loj'arrió al infierno porque fueran malos con la chiquita.

Hablando de esta suerte, la moza llegó a la posta con su preciosa carga.

—¡Mire, mama, lo que traigo! Y es pa mí... El taita Facundo me la dió... por demientra campea al padre. Lindo que no lo hallara, ¿verdad? y... como se diera cuenta de tamaño desposito, la muchacha reflicó ante la desdeseosa mirada de doña Juana —. Digo... que no lo hallaran, porque se haya juído e'loj'indios.

Pero ni con esas la madre adoptiva de María Fabiana se dignó suavizar el estridido semblante que aparecía en tensión, narices abajo. Como para que la boca, fuente de toda sonrisa, permaneciera impasible.

Era evidente que la muchacha no le agradaba. Y, de rebote, tampoco iba a querer a la criatura providencialmente escapada a la saña del salvaje.

—¿Eso nos trujo el Bicho!ej Viento? Malhay la vieja sonsa...

Se refería a doña Fe y sus entredados infundios.

—Pero no te creas, ché, que por eso va'ja dejar tus obligaciones.

—Descuide, mama. Ya me daré tiempo... — se deslizo hacia su pieza... Ande creerá que la vía a tirar — iba murmurando la muchacha.

Una taza de leche tibia precedió a la somera limpieza con que María Fabiana iniciaba sus tareas maternas. Luego de estas indispensables atenciones, la niña, echada sobre el catre de su cuidadora, quedóse dormida. Mezcla de arrobado maternal y de infantil embeleco velaba el reposo de lo que en un momento se establecía a su oración una muñeca de carne y hueso.

Entretanto, acercaban a las casas el cadáver de la infortunada madre. La piedad diligente de los moradores de la Esquina del Lobato adquirió a poco forma concreta. Depositaron el cuerpo sobre un par de tabloncillos mientras Martina iba en busca de cuatro limetas vacías a fin de colocar en ellas otras tantas velas de sebo. Bajo el alero, uno de cuyos extremos estaba cerrado a los vientos del sur, iba a tener efecto el velatorio. A la oración se encenderían los candelis.

—La Fabiana y vos tendrán que reditir sebo y ponerse a trabajar unas velas. De no, la dijunta va a quedar a oscuras — toreó doña Juana.

Hallándose razón, doña Fe apoyó:

—Ah, ja; a oscuras ¡cuando va hallar la puerta! el cielo!

—No diga bolazos, ña Fe. Déles una manito... ¡toró la dueña de casa que, a todas luces, había amanecido alunada.

En la pieza contigua, sentada a los pies de su catre, María Fabiana cuida ahora el sueño de la criatura. Todavía no se ha acercado al rincón en donde se velan los restos de la infortunada madre. Se mantiene entenebrada, espiando el retorno de los colores en lucha sobre aquella carita donde el cansancio está agolpado.

Rústica esbelteza modela su figura. Sabe Dios en virtud de qué atávicas disciplinas mantiene esa rígida postura que otorga personalidad y señorío. Tanto el sol como el hielo de los aires escarchados, colándose a través del desamparo en la pampa abierta, pone sobre sus carnes suave reciedumbre de lonja sobada. En sus mejillas

afloja una como pátina de leve desuido adquirida en el cotidiano roce con las imperperies. Contemplando esa criatura transida, María Fabiana ha pasado insensiblemente de la realidad distante al ensueño que ya la envuelve en tenue velo de recuerdos.

Ella había llegado a la posta en forma y circunstancias muy parecidas. Hija de padres adinerados y, como esa niña, huérfana a una misma edad, entre seres extraños. De no haber mediado, entonces, la bondadosa acogida de don Facundo Ortiz ¿adónde habría ido a parar con su desgracia? Porque doña Juana no quería hijos ajenos, a pesar de que ella había aportado uno ya crecido a la sociedad marital: su Cantalicio. La adversidad, soldando dos destinos, le traía encarnada, en esa niña, a su ya olvidada y única muñeca de trapo. ¡Y cómo habría de querer a ésta de carne y hueso, ahora que iba a ser suya! ¿Suya?... Verdad. Olvidaba ya que la criatura tenía padre aún; era más probable. Había que suponerlo, por lo menos, mientras el maestro de posta no trajera noticias desalentadoras. Y ese padre... ¿habría tenido tiempo de besarla? El suyo, sí. ¿Cómo olvidar el beso aquél de don Alvaro Cruz, que se prolongara en ansias de hacerse interminable, y la angustia infinita de sus ojos en los que se atropellaba la desesperación de una apremiente despedida? Aun sonaba en sus oídos aquella recomendación: "¡Vaya, m'hijita! ¡Tómese fuerte e las crines y no entre pa atrás! Ahurita no más, su tuta, la alcanczar..." En vano su infantil esperanza renovaba todos los años la ilusión de un regreso imposible. Hasta que la razón había ido labrando despacio una realidad felizmente envuelta ya en la suave melancolía del tiempo.

De improviso, la voz egoísta de doña Juana, disimulada en el silencio imperturbable que empleaba siempre, sacó a María Fabiana de sus recuerdos.

—¿Hasta cuándo te va' a dejar estar abriendo la boca? Hacíela que duerma y veni que te necesito.

Felizmente, la mañana había amanecido fresca, y el cadáver, a la sombra del alero, podía durar algunas horas más sin inconvenientes. El cuero de un novillo quebrado la vispera iba a servir, aun fresco, como ataud, a falta de maderas con que confeccionar uno. Por otra parte, se carecía de los elementos indispensables y hasta de quien encarrara semejante trabajo. Cuando en la vecindad ocurría alguna defunción, los muertos recibían sepultura en esa o parecida forma.

Conocía María Fabiana un sitio vecino a las casas donde crecían algunas flores silvestres: chinillas, verbenas, margaritas. Hizo con ellas un ramillete y fué a depositarlo sobre el pecho de la muerta, en cuyas manos alguien había colocado ya una pequeña cruz de palo. Advirtió, entonces, en el suelo, de aquella mujer un relicario sujeto por delgada cadenilla. Lo abrió; guardaba el retrato de un hombre. Del marido, sin duda. A María Fabiana le pareció que aquel relicario debía conservar la pequeña, y lo retiró sin vacilar del cuello de la muerta.

En ese momento habló una voz detrás de ella.

—¿Juana le quitó los zapatos.

Sonaba a reproche: "¿También vos?".

Era doña Fe que acababa de llegar con las velas de sebo. Eso recordó a María Fabiana la orden de su madre adoptiva, tranquilizándola con respecto al relicario de la finada. Dejó-se estar un rato aun y luego se encaminó al rancho donde se acostumbraba a guardar trastos viejos, cueros, sogas, etc. Sabía que difícilmente se le buscaría allí. Y, segura de no ser importunada, abrió otra vez el relicario. Recordaba, ahora, aun de manera vaga, las facciones de ese hombre cuyo retrato databa sin duda de algunos años atrás. Era buen mozo. Y, ahora que iba haciendo memoria; ¡qué pareja bien aparente formaba con la finada! Barba en punta usaba el hombre y bigotes castaños; tenía los ojos claros. Ese detalle habíale impresionado tanto el día de su paso fugaz por la Esquina del Lobato, que María Fabiana no pudo olvidarlo. Y de esto hacía ya más de un año. La finada era bien donosa. Aun muerta, embarrada y con huellas de su horrible sufrimiento, conservaba aquella prestancia que la destacara en el pasaje de la galera, por no decir junto a los humildes que iban a darle ahora modesta sepultura.

En ocasión del viaje aquél a Rosario, ella había descendido con sus dos hijos para enterrar las piamas. En la diligencia no quedaba más que el espoza atrebuado en un poncho, pues venía padeciendo de fuerte resfrio. Recordó María Fabiana que, cuando ella subiera al carruaje a ofrecerle un tazón de leche con unas gotas de caña, el hombre apenas le había dirigido agradecidas palabras. Pero sus claros ojos, de un raro tono celeste que ella jamás soñara, debieron hablarle con más elocuencia, sin duda, porque la muchacha no olvidó ya la expresión de esa mirada. Los viajeros habíanse visto precisados a detenerse una hora larga para dar tiempo a que se liara con lonjas de cuero crudo una de las sopandas rota poco antes en un bache.

—Si algo me aterra en estos viajes —había manifestado la



COLONIA BRANCATO

El perfume
de moda



Muebles ETERNOS

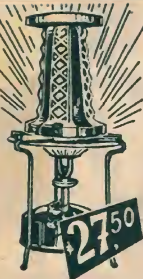
Su comoda elegancia y monumental calidad refuerza la distinción del ambiente familiar.

Especialistas en líneas Modernas e Ingles. Fabricados desde el año 1904, nos hemos destacado en el amoblamiento de hogares modernos que realmente parecen de estilo, gracias a mano de obra, materiales.

MARCOVESCHIO e hijos

TELÉFONO 843 ALVAREZ THOMAS 845 (2.º piso)

Convierta su calentador en una práctica estufa



El perfecto sistema del radiador, AYMARO 341 aplicable a cualquier calentador asegure un ahorramiento de calor igual a una estufa de 5 radiantes.

PÍDALO A SU PROVEEDOR O A SUS DISTRIBUIDORES

CASA PRIMUS

SANTIAGO DEL ESTERO 143 - Bs. As.

CUADROS

Exposición y venta.

Artistas argentinos y extranjeros.

Galería "SAVA"

SAN MARTIN 613. T. A. 32-5861
BUENOS AIRES

TRASTORNOS CIRCULATORIOS

VARICES

Dr. A. STIGOL - Montevideo 459
T. A. 35-6190 - Cons. de 18 a 20 horas

Nueva creación

FERRINI

HORMOCREM

Ahuyenta las arrugas,
la vejez y hermosea

Florida 820

pobre señora a un ocasional interlocutor, aludiendo a los constantes peligros de la travesía en ese Camino del Sur—, si algo me angustia, es el peligro de morir dejando a mis hijos pequeños. Porque no creo que haya mujer capaz de reemplazarme; estoy convencida de que no la habrá— y, observando en doña Fe una maliciosa sonrisa, apresurése a aclarar—: No; no es por eso. No es ese egoísmo el que me desvela. Bien podría el contraer nuevo matrimonio... en el peor de los casos. Pero, ¿y los niños? ¡A qué manos irían a parar? Llegado el caso ¡una madre extraña para mis hijos pequeños! ¿Sabe usted lo que eso significa? ¡No, Dios mío! Federico no lo haría jamás— terminé para tranquilizar su propia conciencia. Y los ojos de aquella desventurada hablaban dirigido hacia el asiento donde el esposo cobijaba su resfío.

Maria Fabiana, atenta a todo sin perder detalle alguno, había ido captando la amargura de sentimientos nuevos para ella.

La nerviosidad propia del viaje con todas sus afecciones, el temor magnificado por relatos y sugestiones a lo largo de esa paradosa, exacerbaban la preocupación de aquella madre.

Maria Fabiana no alcanzó, entonces, el porqué de semejante congoja; pero tenía ahora la prueba de que sus temores obedecieron a un raro presentimiento. Ella misma, desde pequeña tuvo que refugiarse en la trágica orfandad del frío extraño regazo de la mujer del maestro de posta; había ido filtrando como por el resquicio de una alcancía la moneda de su cariño en el sucio trapo de una muñeca — de esa que, luego de mucho conversar y regatear, adquiriera para ella Nicasio Gauna, el entonces postillón de la diligencia en un negocio de ramos generales del Rosario — y realizaba ahora la más lógica afinidad de sentimientos que, por extraña predestinación, comenzó desde ese momento a soldarla al espíritu aun latente de la muerta. El rudimentario sentimiento de maternal egoísmo que toda mujer lleva a potencia hubiera de hacer crisis en ella con la llegada de esa criatura.

Púsose a pensar, después, en el hombre a quien alcanzara el alivio de la leche caliente. Se estableció en su corazón una extraña puja. Le atraía el recuerdo de aquellos ojos claros, mirándola a través de la fiebre; y le repelía de ellos el sentimiento de conmiseración ante la muerte y el desamparo tan cercanos a ella. ¿Viviría aún? En su desconcierto, llegó hasta desear que hubiera perecido. Mas el recuerdo de aquellos ojos celestes llevó a su rostro un inesperado golpe de sangre. Su vista y su pensamiento iban alocados desde el día de la muerte de la pequeña a la protesta ahora opaca de la madre, desde el retrato del relicario hasta su corazón, en tumultuoso rebote. Si el hombre regresaba, todo habría de terminar, entonces, para ella; para su naciente cariño que cuajaba con el misterioso secreto de toda germinación, en un sentimiento cuyo alcance ni ella misma habría podido calcular. Es así como sin advertirlo se encontraba de nuevo junto a su cuja.

¿Cuánta razón hallaba a esa mujer que el año anterior temblara por la suerte de sus hijos! Ya estaba la niña reposando ahí, junto a una extraña, llena de latencia maternal, es cierto, pero extraña al fin. Extraña que pujaba por no confesarse a sí misma la lucha entablada en su corazón.

Con cautela innecesaria, levantóse del catre y transpuso la puerta. Miró todavía

al lecho donde quedaba la criatura cuyo nombre ignoraba. Y cuando se dirigía en procura del sebo para preparar las velas de baño oyó la agria voz de doña Juana.

— ¡Hasta cuándo te va a dejar estar sonseando al lao de esa chica? ¡No te mandé a reditir el sebo?

Maria Fabiana, bajo semejante acicate, despertó a la realidad. Comprendió que no era más que una pobre china atada al desamor de esa mujer egoísta. ¡Cuánto le dolía ella a poder enseñar! Estaba allí como el despojo de un naufragio al que, de vez en cuando, las olas golpeaban contra los arrecifes, por puro gusto de maltratar.

Pero, no obstante, iba a realizar su tarea sin inconvenientes, casi con gusto, como si se propusiera garantizar a madre el táctico compromiso de cuidar a la pequeña forastera, prestarle todo el calor de su cobijo.

La tragedia había monopolizado casi por entero las actividades de la posta. Sus moradores se turnaban ya para acompañar a la muerta, rezando y aventándole las flores con una ramita de yerba buena, ya para lavar con las velas. Maria Fabiana repartió sus horas en atisbar el reposo de la criatura y acompañar a la finada, como si su conciencia le impusiera la delicada tarea de establecer el último enlace entre ambas. ¿Rezó? ¿Sabía, en verdad, rezar? Sus labios musitaban, variando de un día para otro la elegancia de un rezado en ese momento de recogida unión. Rezo jamás aprendido, que sale no obstante de lo íntimo de cada conciencia.

Entre el velatorio y la cocina fué labrándose como un caminito de hormigas. Algunos vecinos — pocos —, anunciados de la tragedia, llegaban con donaciones de dolencia, acalando las voces, como si el campo todo se amparara en homenaje. Eran gauchos, algunos de ellos con sus chinas, como atraídos por un impulso gregario de defensa.

Acababan de encender los candelis, ya entrada la oración, cuando los perros anunciaron la llegada del maestro de posta. Traía el Nato, charqueado sobre la cruz de su caballo, a un hombre herido.

— Sólo a éste he mojado hallao — explicó don Facundo a los que acudieron—. Un postillón y tres pasajeros, muertos; degollados sin asco. Del mayoral, ni el recuerdo. Parece que viajaban diez mujeres.

— Deben estar cereas los todos, ya... — opinó Cantalicio.

— Yo divisé unos caranchos, volando lejos. Sin duda, rondaban algún finao. El mayoral, se me hace... — murmuró Serapio.

— A éste lo hallamos entre el pajonal — explicó don Facundo—. Cuando me acordé — recomendó el Nato mientras dejaba caer su carga en manos piadosas—. Este mozo se le hizo perdiz. O lo dieron por muerto.

— ¿Quién sabe si ansina, también, no escapó la señora? — opinó Julia, mechando en el corro su conmiseración—. ¡Lástima, pero ya no tenía remedio cuando llegó! De mo, ña Fe la hubiera curao, de juramento... — se lamentó Maria Fabiana, que se acercaba con la chiquita en brazos.

Sus ojos se ahincaron en el rostro de la víctima. Buscaba en su recuerdo rasgos fisonómicos. Llegó en ese momento doña Fe.

— Está herido. Parece que fiero, no más — le advirtió el maestro de posta.

— Traigamlo acá — ordenó la curandera—. Ahí está oscuro... Veremos qué se puede hacer.

Doña Fe, además de amiga, era médica

en la posta y hasta peona cuando se ofrecía. Llegada dos años antes, a raíz del asalto de su rancho por los indios que le mataron el marido, echó raíces en la posta junto con sus hijas, milagrosamente aceptadas por doña Juana. Por malagro o conveniencia, ya que "en su casa no iba a hallar acomodo quien fuera a dejarse estar de balde".

Doña Fe era una mujer curiosamente avenida y servicial. Nacida en Santa Fe, ella misma explicaba el origen de su peregrino apelativo.

—... ¡no viene y se le ocurre a mi mamá bautizarme así!

—Y... no se habrá animado a ponerle el nombre completo —había opinado un chusco, aludiendo a la dudosa santidad de sus antecedentes.

Su presencia acalló todo comentario y la luz de los candiles aproximados en auxilio del examen animó con falsas contracciones el pálido rostro de ese hombre a quien acababan de depositar en el suelo para no demorar la intervención de la médica.

De bruses, dispuesta a auscultar los restos de esperanza confiados a su baquia, doña Fe se dejó estar un momento con el rostro sobre el corazón del herido. Incorporados dos o tres veces, para insistir de inmediato buscando la certeza, el fundamento de su imminente fallo. Hasta que se levantó de todo a tiempo que detamaba sentenciosa y con aliento entrecortado por el esfuerzo:

—¡No tiene güelta! Este... cristiano... es dijuento... Ya no hará... sombra en el suelo.

Los presentes se miraron desconcertados. El inesperado fallo cortó las esperanzas, hasta ese momento abiertas en flor de conjeturas.

—La luz mala. ¡Ni que saliera a campar sentencias!... Ansina jué la vez pasada... —murmuró Julia.

—¡Si agatas hace media hora que le di mo' agua a la laguna! Desconciato me arregé, apagada, la voz del maestro de posta —y vino mo' al tranco —terminó como si se disculpara.

—No le hace... Miréalo: vea qué chuzazo tiene en el espalda —replicó doña Fe—. Le ha dentro por el pulmón; la sangre lo ha alficiado...

—Había que ver cómo resollaba cuando lo charquiámo'n la cruz de mi caballo. ¿Ricuerda, don Facundo? —explicó el Nato.

—Tirao ande lo hallaron, quietecito, haberia durao quizi' hasta mañana. Pero se hubiera ido de una hebra, desangrándose sin sentirlo. Se hubiera cortao, no más... —terminó con un gesto categórico la curandera.

Mientras discutían el punto, doña Juana había ido acercándose hasta el muerto, junto al cual se arrodilló. Puso una mano sobre las piernas así blandas, como si pudiera apoyarse en ellas.

—Este cristiano no te comerá un solo grano e loco, Juana —previnele la médica.

La mujer del maestro de posta la miró en silencio. No le agradaban las bromas de doña Fe. Sabía las fundadas en razones difíciles de rebatir. Luego de un rato incorporóse:

—¿Lo pondremo' al lao de la finadita? —propuso a su marido.

—Ansí tendrá que ser —y, respondiendo a un escrúpulo anterior, agregó el hombre, para justificarse: —No quedan más cues frescos.

Mientras se le buscaban al muerto do-

cumentos que sirvieran para identificarlo, doña Juana, tocando con el codo a su hijo Cantalicio, le susurró al oído:

—... tan güenas las botas.

Una rueda ibase formando en torno al maestro de posta que desensillaba ahora su caballo.

—Anduvimos campeándolos tuito el día. Si hubo algún otro, vivo, se me hace que nos tomó por indios. Pero no apareció naide más. La deligencia quedó hecha pedazos. ¡Indios trompetas! Se alzaron con tuito lo que les venía bien —refirió lentamente.

Las bajeas de su recado acababan de caer al suelo, como una fatiga que se desmoronara y al mate se estiraba en la mano de María Fabiana.

—Tome, amigo, lárgeulo en el corral —dijo el cabestro a su hijo—. Agua ya tomó acágrado don Facundo, mientras se llevaba a los labios la bombilla.

Pero Gabino no se movía.

—Vaya, m'hijo; no se deje estar —insistió, viendo al muchacho demorado en espera del relato.

El grupo se puso en marcha tras el muerto, que dos muchachos conducían con cierta dificultad hasta colocarlos junto a la finada. Allí lo dejaron, a la espera de la tierra que habría de cubrirlos. Sus pies ya estaban descalzos.

Como no se había logrado cerrarle del todo los ojos a la finada, más que sueño definitivo semejava su mutismo una preocupación desvinculada del ambiente ruinoso en que se desenvolvía aquel duelo rural y primitivo. Sólo en el candado de sus labios, exangües ya, se advertía lo definitivo de un silencio al que, por fin, habían dejado de importunar las moscas.

Esa noche, más el recelo que la pena congregó al velatorio a gente de la vecindad. Y con ellos cierto número de perros que, extraños al ambiente, toreaban por el mínimo ruido. Aunque, consumado un ataque, rara vez se repetía, salvo contra viandantes topados de improviso, los ojos escrutaban de tanto en tanto el fondo de la noche.

Asientos rústicos y descarnadas cabezas de vacuno servían para estrechar la intimidad en torno a la muerte. El mate sostenía tensas las cabezas y los ojos en vigilia, pero habíase previsto hacia la madrugada un asado de oveja. La conversación ahorraba el temor de los hechos, relacionándolos con otros casos comunes, sucesos que alguien ofrecía como una novedad, aderezados según la fantasía del relator. De vez en cuando levantábase alguno de los circunstantes a pretexto de desentumir las piernas o indagar en el secreto de la noche. Olvidábase, a poco, la ausencia, mientras nadie lo aludiera; de modo y suerte que el regreso, cuando se producía, realizaba una como novedad útil para mantener despierta a la reunión. Viejos y jóvenes iban y venían así, penetrando en las habitaciones y salían de la noche, indiferentes, pero adheridos al ritual.

El velatorio transcurría en medio a la respetuosa consideración de esas gentes de intuida religiosidad. Pero la tristeza se hallaba ausente, tanto por tratarse de muertos extraños como por la familiaridad de los vivos con el peligro.

En la cocina, sobre su hjar e insensible a la charla, dormía Gabino, envuelto en un poncho. Sobre el catre de María Fabiana, quíncho de por medio con el velatorio, reposaba también la huérfa, ajena al desamparo.

Cansada de maeate, doña Fe resolvió dar una vuelta por la ramada junto a cuyo

GUITARRAS
Modelos de fabricación propia

VICTROLAS
Máquina Suiza de mucho rendimiento. En bruto y en bruto orfeón desde \$ 160.

ACORDEONES
De 8 bajos y 21 tonos, marca Soprano. 100 voces de acero, fuelle en tela, caja metálica. modelo de 30x29x17, \$ 265.

Métodos, música y accesorios.
Catálogo gratis al interior.

CASA SOPRANO
BRASIL 1190 - Buenos Aires

ACADEMIA DE CANTO Y PERFECCIONAMIENTO

★

CURSOS ESPECIALES ACERLERADOS

Repertorio clásico y melódico por el baritone

GINO FROSINI

★

Gasper Compos 490 (Altura J. B. Alberdi 350)
T. A. 79-1013 - Lunes y jueves de 17 a 19 horas

Dr. ROBERTO UBALDES (H.)
Abogado. ESTUDIO JURIDICO. SUCESIONES - FAMILIA - SOCIEDADES. Correspondientes en Europa. Diag. R. S. Pcia 1119
4-Est. 401 - Bs. Aires - Abonos para comerciantes.

REPARACIONES Y AJUSTES EN AUTOMOVILES Y CAMIONES

Tratado completo, claro y preciso. Técnica reparación: motores, explosión, encendido, fémulas, tablas, termómetros, válvulas, carburadores, escape, funcionamiento, fallas, localización y reparaciones, lubricantes, motores, etc., etc. Muy ilustrado, en tela, precio \$ 20.— A pagar en destino C. y P. 21-30.

A. WARD

Casilla de Correo 3680, Buenos Aires, o personalmente:
Talleres 410 a S. del Estero 1519 - Bs. Aires

CASPA
Caída del cabello

Loción FERRINI

Cabellera limpia y hermosa
Florida 820

fogón llenaba su guardia el Nato. No lo encontró. Andaría, sin duda, recorriendo los fosos, el corral o los cercos de pencias. En la noche, el cielo retumbaba en lucecitas. Estrellas y luciérnagas se confundían. Dejose estar don Fe largo rato, mirando aquel silencio enorme que descendía del firmamento. Sus ojos, alejados de la reunión, habían pasado ya la sensibilidad y pedían pechar en las tinieblas sin mayor esfuerzo.

Se encaminó al rancho donde descansaba la niña. Sus pasos opacos trataron de no perturbar el sueño. La otra puerta, mal cerrada por un cuero, filtraba una vislumbre de candelas pálidas. Hacia ella se dirigió para reintegrarse a la conversación. Iba llegando al centro del cuarto, cuando escuchó un rumor de voces apagadas entrecoartando un respirar anhelante. En eso, la voz de su hija Martina pronunció hondamente un apodo familiar: ¡Nato! Al propio tiempo, don Fe, que avanzaba a tientas, se lanzó por dentro a la pared, olvidada de todo aquello que no fuera el cariño que los unía en una charla apasionada; a un paso de la muerte, casi rozando las palabras triviales, como entre dormidas, del velatorio.

—¡Linda manera e velar a los finaos! ¡Y con un gacha! ¡talmente! —habló don Fe, procurando no alzar la voz.

—¡Eh, mama! ¡No peche! —protestó, murmurante, la Martina.

—¡Camina, cebate unos mates! —cortó la voz ya más levantada de la madre, a tiempo que se volvía hacia el patio—. Y vos... —iba a retar al Nato, pero éste acababa de hundirse en las sombras.

Don Fe alzó los hombros en un movimiento impreciso. Su aparente despresión ante el traspás de la muchacha era el reflejo de una inconsciente sujeción al imperativo de los sentidos acuciados para restablecer el equilibrio roto por la manzana de tanto cristiano. También ella en ese tiempo... Era la ley de las poblaciones fronterizas; el torpe y traiga de la vida y de la muerte.

Cuando Martina alcanzó el mate al primero de la rueda, nadie advirtió que en uno de sus dedos se ensartaba aquel preciado anillo de cola de iguana.

CAPÍTULO III

Los muertos, que no harían ya sombra en el suelo, según la gráfica expresión de don Fe, quedaron en definitivo reposo bajo la tierra abierta a menos de dos cuartas de la posta. Se había elegido un claro dentro del cerro que cubría el costado de una loma próxima a la Cañada de los Quebrachos Viejos, con el propósito de disimular las sepulturas a la profanación de los malones tanto como a la mirada de los viajeros. El maestro de posta trató siempre de diseminar las tumbas de quienes por fuerza debían cubrir el costado de ellas, evitando formar un campamento que habría influido penosamente en el ánimo de los viandantes y puesto un sello fúnebre a la Esquina del Lobato. Bastaba ya con el escalofriante deambular de las luces malas en noches tormentosas.

Ningún nombre figuraba sobre las cruces de ese refugio a cielo abierto, velado a canto de pájaros.

El entierro, sencillo de pobreza, contó con la circunstancial devoción de aquellas gentes, capaces sólo de rezar el bendito, y eso no todas. La ceremonia se redujo a la ofrenda del puñado de tierra que cada cual arrojó sobre los despojos antes de que el afanoso atropello de las palas es-

tableciera una definitiva separación entre su sueño y el mundo de los vivos. Sobre sendas cruces de palo y ramilletes de chinillas y verbenas argüíase ahora el recuerdo efímero de sus personas. En cuanto a la tragedia en sí, era otra cosa: su memoria quedaba pegada a la tradición de la comarca, junto a otras más o menos horripilantes.

Aquella sencilla ceremonia tuvo escasa duración, la indispensable para llenar un cometido de conciencia. María Fabiana prefirió dejar a la niña a cargo de don Fe. Más adelante, cuando el tiempo madurara la confianza necesaria al corazón de la criatura, llegaría la oportunidad para mostrarle el relato de campo donde apostaban los restos de su madre.

Regresó al cabo el fúnebre acompañamiento cuya marcha cerraba Cantalicio, la pala al hombro y las botas del muerto dificultándole el andar. Quedaban algo estruendos, pero ya se blandían, "como sotreta", la diligencia.

Aquel mismo día la vida en la posta recobró su ritmo habitual, como un muelle que se recupera. Sobre la paz de los muertos quedaba murmurando el susurro de los cardos movidos por el viento.

Harto, sin duda, de esas noches desagradables, el Nato andaba esa noche con ganas de divertirse. Vió pasar por el patio a Cantalicio, como pisando sobre huevos y se aproximó cautelosamente a don Juana, entretenida en sacudir unos ponchos ahí cerca.

—¿Sabe, ña Juana? —le habló, simulando temor.

—¿Qué?

—Que ahí anda el finao, peñando... sin duda. Mire, vea... veale las botas —señaló.

—Pero ¡jí el Cantalicio, hombre! —rió la mujer.

Cuando quiso reaccionar, ya era tarde. Una carcajada le respondió desde el alto.

Con todo, parecía ésta más desahogada, la súbita intranquilidad provocada por el anuncio del Nato que un festejo a su insólita ocurrencia. Picada, don Juana habló no bien se le permitieron.

—Tené cuidado, no se te aparezca la viuda.

—Y, no... a lo pior. Pero se me hace que ha'e venir descalza... eso, si —replicó el muchacho con la rapidez de un quito, aludiendo esta vez a las botitas de que habíase despojado a la muerte—. A mí me da mucha miedo e que vinieran esta mesma noche con reclamos.

Cantalicio tenía fama de ser medio tilingo. A la tarde siguiente, María Fabiana se acercó al enterratorio impulsada por un sentimiento de piedad. Su sorpresa no fué poca al ver removida la tierra en el túmulo correspondiente al muerto.

—¡Los perros! —pensó.

Mas al acercarse, vió asomando una de las botas amarillas.

—¡Le viste miedo, Cantalicio! —habló como en el caso a la muchacha.

Era evidente que, sorprendido el hijo de don Juana por el rumor de los pasos, habíase alejado a ocultarse. La muchacha giró la vista en torno, mas no alcanzó el sitio donde sin lugar a dudas habíase echado Cantalicio. Y optó por regresar a las casas, dispuesta a mantener en secreto su descubrimiento.

Algo más de una semana retuvieron en el lecho a la criatura. Un amago de congestión pulmonar le había provocado alta fiebre, consecuencia de aquella noche pasada bajo el aguacero junto a su madre

muerta. El encierro entre gente extraña, luego de la espantosa tragedia cuyo recuerdo la despertaba por las noches con terribles pesadillas, conspiraba contra los esfuerzos de don Fe y sus medicaciones. Turnábase ella con María Fabiana en el cuidado de la niña, constituida ya en el eje de todos los desvelos. A veces, pocas, llevada por la curiosidad que no por otros sentimientos, acudía don Juana y, con ella, alguno de los hombres mataba sus ocios en charlar a María Fabiana, que iba tomando cada vez más en serio su papel de madre adoptiva.

Por fortuna, fueron espaciados insensiblemente los lamentos de la huérfana y sus reclamos por que se la reintegrara junto a la madre. Las mujeres habíase visto precisadas a ensayar sucesivas mentiras para conformarla. Era indudable que el corazón de María Fabiana iba ganándose poco a poco su confianza y afecto. Hasta que un día, mediada la mañana, pudo sacarsela para que tomara aire y sol detras de las casas. Era, a esa hora, el sitio más cordial para la reunión de todos. Junto con la fiebre había ido cediendo la natural hosquedad de la niña. A la par de los colores, su sonrisa hacíase presente en ocasiones, fue ese el día en que, acercándose don Facundo Ortiz, había preguntado:

—¿Ande está la gringuita?

No se la nombró ya de otro modo, ignorantes del verdadero apelativo como se hallaban en la ignorancia de aquella posta perdida en las orillas del desierto.

La criatura, sin separarse mucho de María Fabiana, atreviase a ensayar unos pasos en el patio. El recelo y la debilidad consiguiente a la fiebre soportada, limitaron su curiosidad. A quienes se acercaban los miraba con interés no exento de temor. La presencia de algún perro, volviendo a echarse en las falda de la muchacha. Hasta que la atención de quienes se hallaban reunidos, fué repentinamente solicitada por el brusco tropel de los perros, ladrando hacia el camino. Uno de éstos, al rozar a la criatura, provocó su caída, y el susto consiguiente dió con ella nuevamente en la cama.

Dos gauchos acababan de llegar desde el norte. Vecinos, a tres leguas de la posta, acudían en busca de yerba, harina, azúcar y, de paso, vino, que se anticipaban a probar en el mostrador de la Esquina.

La atención de la posta se volvió inmediatamente hacia los recién llegados. Podían traer noticias, aunque no era difícil que vinieran en su procura. Al apearse los hombres, un suave tintineo de espuelas nazarenas llenó el patio con sugestión de masculino regocijo. Acudió, también, María Fabiana, que la posta de volar se adelantó a su mufeca. No era ajeno a su curiosidad el deseo de obtener noticias acerca del reciente asalto a la diligencia. Ansiaba y temía la vuelta del padre de esa niña, del hombre cuyo retrato pendía ahora en su cuello. Cada jornada hacia menos probable el regreso y concretaba en su ánimo la decisión de reemplazar a la finada en el desamparado corazón de la criatura. Pero aquellos hombres, llegados en busca de los víveres, ignorantes de que pronto jorónese estar breve rato y, temerosos por sus familias, se alejaron rumbo a sus ranchos.

Veinte días transcurrieron sin que aomara por la posta diligencia alguna. Anoticiados del luctuoso suceso los de abajo, las guleras que acostumbraban a pasar por la Esquina del Lobato debieron optar por el Camino del Norte, más seguro y

tranquilo. La última diligencia, procedente de arriba, había pasado hacia Rosario la víspera del ataque; y, como por razones obvias, no existía regularidad en el recorrido de los vehículos, nada extrañaba ese intervalo de veinte días en que la posta viciérase privada de la compañía de pasajeros y noticias.

Visto desde la Esquina del Lobatón, el Camino del Sur se estiraba unas cuadas para ondular después en amplias curvas con la marcha lenta y cautelosa de una vibora, como su acecho, pleno de amenazas y terrores. Era el tramo que conducía a la Esquina de Ballesteros. Toda la ruta, escalofriante, sugería el trazo reptado sobre un suelo polvoriento a campo traviesa; imprimía en el espíritu la desazón constante de un peligro a punto de cuajar.

Dos semanas más sin noticias de las diligencias llegaron a alarmar los ánimus. Pero un mediodía algo caluroso escuchóse de improviso el toque de clarín con que ciertos mayoresales acostumbraban a prevenir de su llegada, a fin de que se fueran echando al corral los caballos de refresco. Debido al forzoso descanso, éstos se hallaban casi gordos.

La posta se animó de inmediato. ¡Por fin hacíase presente la galera! Iba a reducirse, ya que nunca se desvanecía del todo, la incertidumbre acerca del tránsito por el camino del Sur. De todas maneras, su presencia era ya promesa de una temporaria tranquilidad en esa ruta. Reptóse, a poco, el toque de corneta y pudo verse, coronando una loma próxima, la silueta, envuelta en polvo, de la diligencia. Por el toque, conocieron que venía a cargo de Nicasio Gauna.

El maestro de posta se hallaba en ese momento bajo el alero, ocupado en recomendar un mate de calabaza. Aunque sorprendido por el grato anuncio, se incorporó sin apremio y, como si murmurara algo mientras sus entrecerrados ojos escrutaban el horizonte cercano, el pucho del cigarrillo que apagado pendía de su boca, tembló en los labios carnosos. Curiosidad circular la suya, vagaba sobre la lejanía para finalmente asentarse en la distancia breve de un soleado pajonal, como vuelo de pájaro cansado.

—¡Nato! ¡Cantalicio!... —llamó, por fin—. Muenten y acerquen la tropilla.

Miró otra vez hacia el camino que traía la diligencia y, con tiempo de sobra para terminar su tarea, sintióse nuevamente en el cajón. Por descuido de uno de los muchachos, caído el mate con cebadura, habíase rajado y perdía agua. En tales condiciones, no era posible utilizarlo y, hasta que Nicasio Gauna trajera unos cuantos de repuesto, había que mediarle a lo pobre. Para el caso vino que ni de encargo la vejiga de una oveja carneada dos días antes. Una vez lavada ésta, había introducido don Facundo el mate en ella, abierta lo indispensable su boca y se disponía a sujetar el todo con un fiente. Una vez oreada la vejiga, procedería a recortar el excedente. Y el mate quedaría listo.

Casi junto con los viajeros, estuvo en la posta la tropilla. Venían los animales apotrados, frescos, con pocas ganas de trabajar. Entraron al corral de palo a pique y cerco de tunas. No faltó el que ensayara una sentada simuladora de rocoto.

—¡Oigale al potro! Ahura sí... esto se va a poner divertido —gritó el Nato.

—En cuanto comience el viaje se le van a acabar las delicadezas —previno el hijo de doña Juana.

—¿Vaj'a dir, Cantalicio? —le preguntó el otro.

—Y...., ¡qué rimedio!... Me manda el máistro.

Se detefía en ese momento la diligencia. Apeados los postillones, fuéronse aquietando las yuntas, luego de estirarse y mear todo el cansancio acumulado en las leguas recorridas poco menos que a media rienda. Un poco sobones a causa del prolongado descanso impuesto por la interrupción del tránsito en la zona, exhalaban acre sudor que iba cribrando el suelo como lloviznando de fatiga. Uno a uno fueron quedando en libertad y revolcándose para dejar sobre ese mismo camino el cansancio que le debían.

Entretanto habían descendido los pasajeros. Viajaban tres mujeres y cuatro hombres. Su primer impulso fue estirar las piernas. Desde el alto pescante un salto ágil puso al mayoral en el suelo. María Fabiana llegaba en ese momento con el

mate, cebado en un jarro, que brindó al hombre.

—¿Cómo le ha ido e viaje, Nicasio?

—Lindo, no más, graciaj'a Dios. A usted le hallo donosita, como siempre.

—Será e contento, por ver a loj'ami-gos sin afrao.

—Lo mesmo me pasa a mí. Pero este mate e jarro...

—Esperando los que usté traiga, a la güelta'l viaje. Se nos quebró el último que quedaba. No tendrá más remedio que acomodirse, Nicasio...

—Siendo pa usted y mi compadre (llamaba así a don Facundo), tuitos los que quiera.

—¿No sabe que Dios me trujo una nifi-ta, Nicasio?

—¡Oh... y de ande? —abrió los ojos el hombre.

—Caída'l cielo, se me hace...

Clarín

PR 7000 DE ATENCIÓN PARA LA SOLUCIÓN ARGENTINA DE LOS PROBLEMAS ARGENTINOS



**El Diario de Mayor
Circulación
En la Capital Federal**

**Con 2 Suplementos
Semanales**

- ★ Lunes: SUPLEMENTO DEPORTIVO
- ★ Domingo: SUPLEMENTO LITERARIO

Y contó a Nicasio la tragedia de la que él sólo había tenido vagas referencias.

Nicasio Gauna era el mayoral de una de las diligencias, que obscuriara a María Fabiana aquella su primera y única muñeca, siendo entonces un modesto postillón. Contaba ahora alrededor de treinta y cinco años y aunque trataba a la muchacha desde pequeña, él nunca había tomado, por su suculenta carterencia originada en la simpatía que su misma desgracia y menguada estrella habíanle inspirado desde un principio. Era ésta, por otra parte, una modalidad suya que le abría consideración. No costaba mucho a Nicasio Gauna hacerse respetar como gaucho recio, cordial y expansivo, era dueño de un coraje tranquilo, sin alarcaras ni desplantes. No se podía predecir la extensión de su paciencia, pero cortada ésta, era más difícil aun establecer cuánto habría de durar su enojo. Aquella vida frente a la constante amenaza del salvaje y a la hostilidad frecuente de la naturaleza y de las bestias, habíale ido sobando, como a tantos, el carácter y patinando el corazón de reflexiva entereza. Guapo: tal podía ser la palabra definidora. Resultaba difícil en aquellas soleadas y circunstanciales establecer quién no lo fuese, aun ocasionalmente. El año había de vivir allí o de correr sobre sus huellas los riesgos del Camino del Sur, constituía ya título suficiente, porque el sentimiento pareciera encallecerse, y amortiguó todo miedo un constante roce con el peligro. A Nicasio Gauna se le consideraba, además, por su frecuente contacto con los gentes del Rosario, Villa Nueva o Córdoba, trato que le otorgaba cierta preeminencia al lado de aquellas condenadas a compartir un medio salvaje.

En su condición de dueña de casa, doña Juana se aproximó a los viajeros mientras ponía en movimiento el Galbino, que se dejaba estar vichando, oculto detrás del horno. Chicharo con los forasteros, no obstante la relativa frecuencia con que arribaban a la posta, costaba trabajar vencer su natural desconfianza. Erase necesario a doña Juana saber quiénes almorzarían allí, debido a la escasez que acusaban los estantes de la Esquina a causa de una prolongada interrupción del tráfico. Las postas, según las circunstancias y posibilidades de sus dueños, eran fonda, almacén o, simplemente, albergue.

Una señora mayor bajó, entumecida por la forzada inmovilidad en ese carruaje que apenas admitía holgadamente una media docena de pasajeros, pero que con frecuencia recibía más de lo tolerable. Fue como si ella hubiera descendido la ciudad—cualequiera ciudad—con todo su refinamiento y todos sus remilgos. Traía esta señora un susto mayúsculo, a causa de haberse enterado en la posta precedente, del asalto a la diligencia.

—¡Qué horror!—exclamaba con ligero acento extranjero y visible tribulación.—¡Qué horror! Lo que a uno no falta por recorrer, ¡oh Dios! ¿Cómo permiten ustedes?

—Y de ahí, ¿cómo habríamos de impedirlo?—opuso aldea de la posta.

Dueños de casa y forasteros miráronse con curiosidad y no disimulado recelo. Una rubia ladina parecía dispuesta, no obstante, a olvidar las angustias e incómodas pasadas. Aun pesaba en esa despresión la compañía de un hombre joven con quien se había amistado durante el viaje y que se le acercó pronto a conversarla. Un matrimonio, en cambio, se apartó del grupo. Ella caminaba con

cierta dificultad a causa de su notoria gravedad, que en vano procuraba disimular.

—¡Tendremos que dormir acá?—
—Creo que no. Me aseguro el mayoral que haríamos noche en la Cruz Alta. Espero, sí, que almorzaremos...

—Bueno, querido; no olvides el pollo. El marido se apresuró a satisfacer sus deseos, pidiendo a doña Juana un pollo guisado con arroz, para el almuerzo de su mujer; y, de ser posible, con algo de tomate y papas. Pero que no fueran a ponerle nada de ajo...

—Se lo pagaré bien; es un antojo de la pobre—miró de reojo a su esposa—. Y usted, señora...

Doña Juana se rasó la cabeza.
—Me lo va a decir a mí—replicó, sin mayor interés—. Pollo hay y gallinas; pero de arroz, caracemos, y de asate... ¡ni se diga! Hace tanto que no pasan las carretas que hasta hemos olvidado el color de las papas...

—...por eso no favor—interrumpió la joven.—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

—...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven. —...por eso no favor—interrumpió la joven.

a la Gringuita que miraba con curiosidad a toda esa gente desde el vano de una puerta, había escuchado los comentarios. En eso, un tropel de caballos dentro del corral giró la atención de los forasteros hacia ese lado. Uno de los vagabundos puertecito precisamente, encarándolo al campo. Pero un lazo "dentador", manejado por el brazo ágil y robusto de la muchacha, con un solo voleo, ensartó las manos de un alazán en certero y oportuno pial. El caballo, trabado en plena carrera, dióse vuelta sobre el tuse, arrojando un trecho a María Fabiana, cuyos pies descalzados araron sobre en el suelo polvoriento.

—¿Usted—preguntó a uno de los forasteros, aunque dirigiendo su ironía a todo el grupo, luego que el Nato se hizo cargo del resto de la tarea—, usted, ¿es capaz de hacer esto?—

—¿Yo? ¿Qué esperanza!—rió el aludido, mientras todos se miraban asombrados.

—¿Güeno; estamoj a mano—sonrió, a su vez, la muchacha.

Y, si detenerse a escuchar respuesta, cruzó el patio hacia la cocina, llevándose consigo a la Gringuita.

—Ahora si que nos quedamos sin el pollo—se lamentó la señora antojada.

María Fabiana, que había advertido su gravedad, llamó a Nicasio Gauna. Ramona acababa de pelar y depositar tres aves; de una de ellas se hizo cargo la muchacha. En el patio se acomodaban ya los forasteros para iniciar el frugal almuerzo tal cual la suerte se lo preparara.

—¿Señorita, se acuerda usted de Nicasio?—y a ver si le doy en el gusto a la señora esa. Demientra'treñtengamelos con el asao. ¿O piensa dir maj'allá e la Cabeza'el Tigre?—se interesó María Fabiana.

—¡Uf! Hay tiempo e sobra pa llegar con sol alto. Digo... si no se dejan estar por los platos, almorzando. ¿Qué le parece?

El mayoral usaba con ella una ostensible cortésia. "Sirvase", "Venga, m'hija", "¿Cómo le va yendo?", "Hasta la güelta, si Dios quiere..." eran en él expresiones corrientes, en consonancia con ese:

"Usted era ansina e chiquita cuando Dios la trujo a la Posta..."

había el gesto de su mano como una caricia extendida a escasa altura del suelo, cada vez que su acendrada ternura lo llevaba a recordar tiemposidos. Y a María Fabiana se le humedecían los ojos, vuelta de improviso a su memoria la tragedia que arrebatara al padre, cuando más distante se le venía a la memoria en su corazón.

Nicasio Gauna solía expresar con aparente indiferencia, aunque la calidez de su voz afirmaba una devoción jamás usada con otras mujeres, aun con aquellas que solían brindarsele, cautivadas por la presteza de su apostura. Aparte de un arrastrado sentimiento de nobleza en el espejo del instintivo respeto tenía mucho que ver el origen de la joven, en el que adivinaba el mayoral una considerable diferencia, inhibitoria de cualquier aventura por parte de quienes habíanle dado hospitalidad en aquellas soledades, sin cuidarse poco ni mucho de averiguar su pariente, podían mudarle la muchacha.

—¿Sabá, María Fabiana, que vez pasada un hombre se acordó a su padre?

Aparentemente, era el único que se interesaba por indagar su origen. La novedad, imprevista, hízola volverse con interés.

—¡Ah, sí!...

—Un forastero que andaba e paso por

la Pulpería e los Gallegos, se acordó que lo había conocido a don Alvaro Cruz, en los pagos de Cañuelas; por comprar o comprando unos vacunos tarquinos. Pero no me supo decir de qué pago era criollo don Alvaro...

—Yo he perdido la esperanza, Nicasio. Quedará muy retirado ese pago.

Maria Fabiana no tenía ambiciones. Muertos sus padres y criada en la indigente soledad del Camino del Sur, habíase conformado ya con la pobreza.

—Yo no —opuso el hombre—. Si en mis manos está, tenga por seguro e que lo golvere a su familia. Vez pa...
Un llamado de doña Juana cortó su confidencia.

—Mande, señora!

La pregunta de ésta era impertinente.
—Le dió mi marido el papel con lo encargos?
—No, doña Juana; usted sabe que siempre se deja estar hasta el último, por si se ofrece algo más...

No era la primera vez que sus interrupciones en aquellos apartes separaban a los amigos. La mujer de Ortiz no miraba con buenos ojos sus confidencias con la muchacha. Creyó Nicasio intuir la razón de esa vigilancia; pero se lo había callado.

El hombre optó por alejarse de la cocina. Era allí, a pesar de la amistad que lo unía con Ortiz y con casi todos los moradores de la posta, un fotastero y no se consideraba con derecho a oponerse a las disposiciones de aquella mujer, a quien sabía egoísta y calculadora. Ni convenía a la tranquilidad de Maria Fabiana. Sacó su cuchillo y cortó una presa del asador, porque tenía que viajar y no era el caso de quedarse sin almuerzo.

—Yo lo hacía pelizcando en la cocina... —se dirigió a él, con intención, uno de los viajeros.

—Un poco e mazamorra vieja, nada más —respondió el mayoral, como si no alcanzara la intención, pero aludiendo sin duda a la fría hostilidad de doña Juana.

Algunas galletas traídas en la diligencia hacían más pasables a los forasteros ese asado de carne oreada. La de oveja; carnecada cuando se esperaban las galeras, reservábase, por lo general, para puebleros delicados. Con todo, los ojos se volvían insistentemente a la cocina, de donde tenían que llegar alguna vez los asiados pollos. Los gauchos, en cambio, no despreciaban el asado y pronto quedaron en el hierro algunas garras y huesos por todo recuerdo. El Norte y el Sur, únicos perros de la posta, miraban relajándose a la espera del turno.

Hasta que llegaron las aves, servidas por Martina en una fuente de estanho. Seguía Maria Fabiana, portadora de una ollita de barro con el pollo dentro. El pollo para la señora antojada. En un insospechado estuerzo de buena voluntad, la muchacha había logrado guisarlo, sustituyendo el arroz con trigo y el aceite con grasa, más unas rodajas de cebolla milagrosamente aparecida en un cajón de la cocina. Había logrado la indispensable sugestión para calmar el antojo de esa pobre señora, que lo recibía jubilosamente. Algo de pimentón, coloreando el guiso, disimulaba la falta de tomate.

—¡Oh! Pero usted..., ¿cómo me lo había dicho? —estalló la alegría de la forastera—. ¡Gracias! ¡Mil gracias!

Maria Fabiana se limitó a sonreír.

Ocasiones, lo hijos del país no somos tan enteramente... —dejó caer doña Fe, dirigidas sus palabras a la señora vieja.

La verdad. ¿Quién podría quejarse, después de las pruebas que acaban de darnos? —generalizó ésta justificadamente.

A media siesta, contrariando sus propios deseos de echar un sueñito, Nicasio Gauna dió el toque de corneta anunciador de la partida.

—¡Eh, hombre! ¡No ve que nos pueden sentir los indios?

—protestó la rubia, que no la tenía todas consigo.

—No le haga juicio, moza —respondió Gauna—. El campo está quieto.

Quería significar que no se advertían ni se habían advertido durante el camino señales denunciadoras de la presencia del salvaje en la extensión del desierto hasta ese momento recordada. Con lo que todos los espíritus volvieron a la tranquilidad. Cumplidas las elementales despedidas, fueron tomando asiento en el carruaje los viajeros. Se acomodaron en la berlina la señora vieja y uno de los hombres. En el interior, el matrimonio, la rubia y el mozo. Iban holgados, porque los asientos eran amplios y hasta habrían cabido otros en caso de apuro.

El mayoral se despidió a su vez, y en tanto trepaba al pescante, los ojos de la señora joven se volvieron a Maria Fabiana. Sus manos se estrecharon en mutua comprensión. Movíase ya la diligencia, cuando advirtió la muchacha entre sus dedos un billete nuevo de diez pesos "bolivianos". Se quedó mirándolos. Eran bien bonitos: en una de sus caras estaba dibujado un gaucho mateando y en el centro, con el caballo de la rienda, aparecía otro "pelando la pava" con una moza que majaba maíz en un mortero de tronco, aparentemente distraída. Cuando Maria Fabiana levantó la vista, ya los tiros afirmados hacían

Qué nombre le pondremos?



PAÑALES

BEBETEX

En 2 tipos: "Super-Absorbentes" de doble gaza, sin costuras; y en tipo económico "Ojo de perdiz".



MEJOR
PEINADO
CON

GOMINA
UNICO FABRICANTE
BRANCATO

Molestias hemorroidales

Emplee la Pomada Man Zan.
Descongestiona y calma la comezón. Alivia rápidamente y es antiséptica.

En pomos con cánula especial que permite una aplicación fácil y eficaz.

POMADA MAN ZAN



Temas del Momento:

¿SU DINERO ES SUYO?

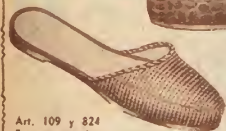
Simpática lectora: Cuando Vd. sale de compras el dinero que lleva en la cartera, ¿es suyo? ¡Claro que es suyo! Sea Vd. empleada, rentista, profesional, etc., el dinero es suyo, ¡bien suyo! y Vd., está habilitada para gastarlo, adquiriendo todos aquellos artículos de venta lícita, que a Vd. le agraden y que desee comprar.

Peru... se presentan casos en que pareciera que el dinero no fuera suyo. Es cuando Vd. pide en un comercio, su perfume predilecto o su artículo de tocador favorito y se lo desprestigian, vaya a saber con qué finalidad. Ese es el momento de demostrar que su dinero es suyo: que Vd. quiere a cambio de él, el producto que Vd. pide. Sea fuerte entonces, e insista Vd. en llevar por su dinero, el artículo que la satisface ampliamente y estará prestando su decidida colaboración a la Campaña Pro-Comercio Leal.

HOMEDS y MATILLA

por muchos imitados
por nadie igualados

Chinelas



Art. 109 y 824
En macramé y lana, respectivamente, plantilla de goma



Art. 124. La "Clásica"
plantilla de la casa, en cuero, cinco colores, plantilla de goma



Art. 166. No. redondo pantalilla, cuero en cinco colores, plantilla de goma.

A pedido, todos los modelos también con plantilla de suela

Capital Federal: Probados en Casa Jurem, Bnc Mitre 757 y suc. en Interior, Ventana, feria del calzado, Juremanto 1658/60 Cso El Chco, Svedinora 1102.

En el interior, pidiados en Calzado Mitre, Art. Mitre 323, Arrolamado, y en las principales casas del ramo en toda la República

Venta al por mayor, en la capital e interior dirijirse directamente a

los fabricantes

OLAVARRIA 1921 - T. A. 21-2347 - Buenos Aires

correr la diligencia, que dejaba tras de sí penachos de camino.

El vehículo parecía vacilar algunos minutos sobre el horizonte. Se perdía para reaparecer al cabo de un rato, como si el deseo de quienes se apuraban por llegar a destino y el de quienes hubieran querido retener a la diligencia unas horas más, agitara violentamente ese distante mar sobre el que vacilaba su desdibujada silueta. Que, a poco, sólo fué un recuerdo aquebrado en las retinas.

Junto a los residuos del almuerzo, que las gallinas picoteaban, las palabras definitivamente apagadas de los viajeros quedaron como tiradas en el patio. Iban a flotar aún por unos días en la memoria de aquellas gentes.

—Me gustaria aprender a bailar el gato?... —había dicho la rubia ladina.

—Y a mí, acompañarla! —habíale respondido el mozo ese que no le sacaba el cuchillo de la garganta.

—Le buscaba el lao del lazo y me la traiba apurada, como a vaquilona en el aparte!

—Mozo alarife! Yo lo vide cuando medio me la tomó e las paletas como pa soliviarla...

—Ah, ja! Se habian ganao detrás e la diligencia.

—¿Uste los vido? ¡Ja, ja, ja! Güeno... ¿Y la vieja? Esa iba muerta e miedo. Puro: "¡Qué horror, qué horror!" no más. Y "¡tuto lo que nos falta por llegar, Virgen Santa!"

—¡Oh! Y la señora! el pollo, ¿ande me la deja? ¡Pobrecita! Venia ya cargada por demás...

—La que me ha dejao pensando e/esa señora vieja: "¡Hi-jo! el país... ceusidioso! ¿No habrá querido faltarnos?"

—Cuando a los puebleros les da por balaquiar, no hay que hacerles juico.

Como hojarsaca llevada y traída por el viento, las palabras de aquellos forasteros, desfalleciendo en su propia trivialidad, penetraban lentamente en el pasado, abierto como una zanja para recibirlas. Pero habian lenido la virtud de ocupar un sitio preferente en el tiempo sin apremio de esos seres que se quedaban una vez más frente a sí mismos.

Quince días más tarde pasó otra diligencia, una de tantas que nada traían que pudiera interesar a aquellas gentes. Eso que a menudo ocurría: llegar, hacer alto el tiempo meramente indispensable, para seguir luego, acuciados por extraño reclamo. Tal una hoja seca, un manojito de paja voladora que, tras de detenerse un momento ante el obstáculo —árbol, poste, osamenta— siguen arrastrados por el viento sin dejar el menor recuerdo ni siquiera ese aroma de otros pagos que suele adherirse a las personas y a las cosas. Y se alejaban dejando cada día más cavado el desamparo.

CAPITULO IV

—¡Mamita! ¿Por qué no vamos a la luna?

Maria Fabiana volviöse sorprendida ante el deseo formulado por la Gringuta. Mas no le sorprendía tanto el despropósito como el dictado de "mamita" que la criatura acababa de adjudicarle.

Hacia un rato que la luna, redonda y enorme como una ubre, trasluciera el horizonte limpio. Sobre su disco aun dorado se dibujaba un retazo del manguillo y tres hojas de tuna, nítidos como el trazo de un grabado chinesco, que adquirían por obra y gracia del oro lunar una fugaz categoría. Aun era temprano, a pesar de que en la posta como en todos los rancios la gente acostumbraba a recogerse casi con las gallinas. Pero Maria Fabiana, aprovechando que la tarde se presentaba tibia y serena, habia quedado en el patio a fin de contemplar la salida de la luna, espectáculo siempre admirable durante el plenilunio. Admirable y allí cargado de sugerencias.

Ese día la muchacha lo habia pasado en el campo, buscando leña. Otras tareas que cumpliera concluyeron por fatigarla, y cierta melancolía que acostumbraba a embargar su ánimo habíala impulsado a eludir toda compañía que no fuera la de aquella niña en cuyo cuidado iba poniendo, como en una hucha, toda la ternura de su corazón. No obstante, la causa principal de ese alejamiento era otra. Por la tarde, aprovechando un momento en que Maria Fabiana se hallaba sola, Cantalicio, ya de regreso, habíasele aproximado.

—Y de ahí, prenda? —la interrogó.

—Y de ahí, ¿qué?...?

—¿Quiero enterarme? de su propia boca si entuavía no ha cambao de parecer.

El mozo no la tuteaba ya, resentido por anteriores desvíos y en el temor, casi certero, de que éstos se repetirían.

—Mirá, Cantalicio: dejémonos de andar por las ramas y hablemos claro.

—Claramente me hablado yo, asigún colijo. No inorás que.

dende mocita, te he querido; y, áhura que mi mama es gustosa, te oferto otra vez que nos casemos.

Casamiento era, en aquellas soledades, una palabra inapropiada. Los curas estaban lejos y la oportunidad de realizarlo mucho más. Sin embargo, para aquellas gentes habituadas a elegir como quien aparta una vaquillona en el rodeo, la palabra casamiento encerraba la idea de matrimonio con todos sus compromisos. Un pagaré sin fecha. Y como María Fabiana resultaba intocable para aquellos hombres sobre cuyo tono sexual gravitaba una suerte de inhibición morigeradora, Cantalicio no se habría atrevido jamás a proceder con ella usando el expeditivo sistema de la frontera.

—Mi mama es gustosa —repitió el hombre en apoyo de su proposición.

—Ella será gustosa, pero... no es mi mama.

—Y... no le hace —insistió, sin comprender, el hijo de doña Juana.

—Cantalicio: yo no me vía casar, cuantimás que tengo a la Gringuita. Buscá otra moza. Ahí está la Julia; no es mala.

La Julia era una de las hijas de doña Fe, más joven que Martina.

—Ansí será, pero no es de mi agrado.

Tuvo María Fabiana que echar mano, una vez más, del pretexto con que en otras ocasiones había salido del paso:

—La finadita no me lo perdonaría... ¿No le tenés miedo vos?

—Algo e respeto, no digo que no; pero, ¿sunto a qué viene ella en la ocasión?

—Demasiao lo sabés, Cantalicio.

El postillón sólo conocía los escrúpulos de la muchacha, magnificados por una autosugestión que, en ocasiones, le venía muy a mano.

—Se hará su gusto, entonces...

Con esas palabras dió fin el pretendiente a su frustrada proposición.

La entrevista había dejado en el ánimo de la muchacha amargura y desabrimiento. No convenida aún de si acabarían en eso las exigencias de Cantalicio, estaba resuelta, empero, a franquearse con el maestro de posta. El la comprendía más que su mujer; sabría despejar la situación, terminar con el asedio del importuno. No obstante contar éste con el decidido apoyo de su madre.

Sentada ahora sobre un trozo de madera y con la niña abrazada a ella, su imaginación vagaba en otros mundos. Por momentos, apretaba con fuerza a la criatura, como si quisiera convertirla en carne de su carne; tan pronto una laxitud inopinada daba la impresión de raro abandono.

Comenzaba a reprocharse la frecuencia con que su pensamiento volvía al recuerdo del hombre cuyo retrato pendía de su cuell, encerrado en el relicario. De la lucha entre el tacito y extraño compromiso con la finada y aquella inclinación que acariciaba sin osar confesarse, eran muestra evidente los raros y contradictorios impulsos entre los que golpeaba su afecto hacia la niña.

Razonable era que María Fabiana se viera solicitada. Requerimientos había tenido varios y Cantalicio no era una excepción en el desahucio. No podía afirmarse que fuera linda. Pero era una de esas mujeres a quienes difícilmente se olvida. Esbelta sin exagerada estatura, sus facciones guardaban en el filo de la nariz aguilena y en la decidida saliente de sus pómulos cabal expresión de energía, suavizada, no obstante, por unos ojos de indefinido tono cambiante y por ello profundamente sugestivo. Y envolviendo todo ese conjunto armónico, el permanente fluir de una extraordinaria simpatía obraba como aglutinante de aislados atractivos. Cuando se concentraba en sus escasos recuerdos, avara de un destino inenvidiable, los ojos agazapábansele en las cuencas, perdidos en lo hondo de una pena sin definición. Y, entonces, María Fabiana era realmente adorable.

—¡Mamita!

Como si lo ocurrido no bastara a su desconcierto, acababa la criatura de flotarle un carácter que ella, en toda su ilusión, nunca habríase atrevido a soñar.

Por toda respuesta se abrazó a la niña en un prolongado beso.

—La luna, Gringuita, queda por demás retirao de acá... tanto como los sueños que el titita Dios nos sabe mandar de noche.

—¡Ah! — hizo la nifita, sin mayor convencimiento. — ¡Vámonos! a dormir; puede que El no' haga llegar hasta la luna!

—¿El puede, mamita?

—Y... es capaz, no más, m'hija.

Sorprendida, a su vez, por haberla llamado así, la levantó y estrechándola contra su pecho, llevósela al rancho. Antes de



MARIO CLAVELL

Autor e intérprete de sus canciones

Acompañado por la Jazz **CASTRITO**
Todos los lunes, miércoles y viernes
a las 20,40, por

L. R. 4 RADIO SPLENDID

*Su Red de Emisoras Splendid y en
Cadena C. B. Onda larga y C. E. Onda
corta RADIO LA AMERICANA de
Sgo. de CHILE.*

Audición ofrecida por el riquísimo

Chocolate **GODET**

entrar, echó sobre el campo la temerosa mirada de los pobladores en la frontera. El plenilunio era propicio a los malos, y el indio, volvedor. Lo que otros ojos bendecían como espectáculo magnífico, éstos contemplaban como signo fatídico.

La noche, más que a recogerse, iniciaba a velar; su claridad se desvanecía. Y los grillos se esforzaban por hacer más soportable el silencio. Era entonces cuando se preguntaba María Fabiana hasta cuándo habría de durar su confinamiento en la posta. Intuitivamente habíase hecho conciencia en ella que pertenecía, por su condición, a una categoría de gentes. Sólo un profundo sentido de reconocimiento hacia quienes habían acogido su desgracia, era capaz de gravitar sobre un creciente aunque inconsciente anhelo de volver a lo suyo. Vagamente, como entre sueños, recordaba la estancia de su padre; con raro imperio tornaban a su memoria impresiones ajenas a la realidad. Pero a su madre no le había escallado en el recuerdo, ni siquiera en forma borrosa. Es que ésta había muerto cuando María Fabiana era aún muy pequeña. Suponía que algún pariente habría de quedarle, aunque jamás le llegaron noticias de su existencia. Sin embargo, algún a su espaldas se interesaba más de lo necesario.

Esa noche un caldo magro y charque de yegua asado no regalaban, por cierto, los estómagos. Ni un piche ni un huevo de handú para variar la lista de su menegado alimento. Alguien habló de salir a caza de vicuñas, pero todo quedó en proyectos, no se obtiene el carne de resaca, el reedor, convenientemente adobada, constituye siempre un manjar.

Anticipada en la cena, doña Juana cobijaba bajo el alero su desecho. Cuello y cabeza ocultos en la sombra, sólo un murmullo denunciaba la confidencia. Cuando María Fabiana atravesó el patio hacia la cocina, la rozó su concho.

—¿Quién la te tan silenciosa y no es más que una guacha talmente? —rezongó por lo bajo.

—No le haga juicio, mamá. El día me nos penso va a dir a parar en los toldos. Cantalejo respiraba por la herida. En el alio de sus ojos, una amenaza indefinida, que ni el mismo habría acertado a concretar, se desvanecía en la palidez del plenilunio.

Dentro de la cocina agonizaba ya la jornada. Con la penumbra imperante rivalizaban candelillos humildes, y la escasa luz de los espíritus más que hartos de trabajo, abrumados de infortunio y de pobreza, menos alcanzaban a iluminar aquellos velados de la que bondad querían huir todos los moradores de la posta. La suave holganza del campo, bajo ese enorme palio de luz blanda, tenía algo que provocaba, a poco de contemplarla, una inexplicable congoja.

Un sí es no es hermosotas, desafiada, Julia se caracterizaba por la suavidad de sus medales y la clara bondad que la miraba. Deslizaba sin ruido, y él lo valía aparecerse inopinadamente, como rezumada por muros y quinchos. Su voz, a tono con esa suavidad, se elevaba rara vez, como si procurara no detonar. Y esa era, precisamente, su arma de seducción. Tal aparente indiferencia solía trasparecer a su propia madre.

—No sé a quién sale... —le espetó un día durante el almuerzo—. Ni yo mesma recuerdo hija e qui...

Se contuvo, cuando ya la escupida le caía en la cara.

Quedaroh ambas muchachas en la cocina. A ninguna le hacía gracia ese asado de yegua y menos el caldo magro y desabrido. Optaron por tomarse unos mates que acuñaron con tortas fritas de la vispera. Martina, inapetente, se había recogido sin probar bocado.

Tales hábitos estaban aquellos espíritus a mantenerse en tensión que, cuando pasaba un tiempo sin ocurrir algo extraordinario en el Camino del Sur, comenzaban a inquietarse en ansias de un estallido que les procurara el indispensable equilibrio. María Fabiana pretendía huir de sí misma y no lograba sino atrancarse más y más en su exclusivo problema dentro de ese pequeño, reducido mundo que formaban ella, la Gringuita y aquel hombre cuya memoria, como un mal misterioso y a la vez ridículo, iba cobrando tamaño de obsesión.

Demorose todavía un momento en procura de la vela de sebo que necesitaba para habilitar la computadora del Gabino y la Gringuita. Por lo general, salvo lluvias o grandes fríos, solamente las mujeres ocupaban los cobijos; los varones hacían cama sobre el recado. Y el dormitorio del maestro de posta solía habilitarse para los viajeros que, obligados a hacer noche en la Esquina del Lobato, tenían que aguardar el reparo de sus techos donde andaban vinechucas y "juanitas".

Iba María Fabiana a trasponer la esquina del alero, cuando alcanzó a oír la apagada voz de doña Fe. Curiosa, detuvo su andar bajo la sombra; palabras escapadas por entre los resquicios delquincha le insinuaban de un secreto.

—¡Sonsa! —decía la curandera—. ¡No te alvienti que anduvieras con cuidao? —Martina nada contestó.

—Ya sabes que Juana es más delicada que... Bastante se incomodó ya cuando vino la Gringuita... Güeno... Tomala de una vez.

Los ojos agrandados de María Fabiana miraron la noche pálida. La boca fue abriéndose como para dar paso a todo su desconsuelo.

Martina debió beber de un solo tirón algún brebaje, porque se escuchó el ruido inconfundible de la cuchara volviendo al jarro.

—¡Práhi! —hizo la moza, resignada. —¡Sof! —marga, eh! —reprochó la madre—. Ahura, dejate e morisquetas y acostate...

Martina Fabiana seguía inmóvil.

—Este coimiento... le daré otro más fuerte... sabe cocear lindo. No hay que aplicarse mucho —llegaban ahora las frases de la curandera.

—¿Usté es dueña, pero ¿a qué remediar me e vicio? —habló Martina, al cabo.

—¿Tanto lo queré al Nato?

—Y... ¡mama!

En esas dos palabras se encerraba la fuerza de su apasionada devoción por el hombre. Querir y ser amado. Tal la supremacía de la frontera.

Gacha la cabeza, como si buscara en el suelo una solución a sus inquietudes, María Fabiana prolongó lentamente la sucinta tarea de acostarse. Pugnaba su oído por volver a la confidencia ya apagada.

—¡Conque... "Rimediados... conocimientos..." —murmuró—, y de ahí... a lo mejor.

Sin saber por qué, volvió los ojos a la Gringuita que dormía, apoyada su cabecita en la almohada de infante.

—...ta güeno —terminó, como quien toma una resolución, a tiempo que deslizaba sus piernas bajo el poncho pampa.

Y se fué durmiendo enredada en sueños y proyectos.

Pocos días más tarde, María Fabiana halló oportunidad de averiguar el resultado de aquel brebaje.

—Te convino pa que nos bañemo en el juncal... Tengo una ponchada e ropa que lavar —propuso a Martina, con aparente indiferencia.

—Mal momento elegiste, ché —repuso la interpelada—. Aguárdate unos días más.

María Fabiana sabía ya a qué atenerse y se alejó hacia el juncal en compañía de Julia y la Gringuita.

Llegó, por fin, enero, y contemporáneamente, las carretas desde ambos rumbos, que casi fueron a cruzarse sobre la posta. De esta suerte, los vacíos estantes de la pulpería tornaron a su estado normal. Bebidas, tules, comestibles de primera necesidad aunque no de igual categoría; ropas algunas, zapatos, espaldas de vacuno, todo de Buenos Aires y Rosario. Y, desde el lado de Cuyo, vinos, frutas secas, payat de las lagunas de Guanacache, resolvían la ya premiosa situación de la posta y sus aldeanos.

Volviéron a frecuentarla los vecinos. Nunca faltaba quien trajera alguna gamba, huevos, queso, o algún tipo de queso, o alguna multa para regalo de sus comidas. Pero, con frecuencia, muchos de estos regalos seguían viaje a sus ranchos en los que solían acumularse, además, cueros, plumas y astas que habrían de vender más tarde a los capataces de las tropas, traficantes con los centros poblados. Estas visitas servían siempre para el intercambio de impresiones acerca del estado del campo. Todo rastro o indicio que pudiera revelar la presencia de indios bolderos o aun de partidas volantes, precursoras del malón, eran consideradas con el mayor interés.

El verano había llegado con retraso por lo que el calor se hizo sentir más aún a fines del febrero. Por fortuna, los indios no se hicieron presentes en la región y la vida de la posta tomó un ritmo que prestó al Camino del Sur engañoso aspecto de ruta tranquila. Fue precisamente en ese fin de febrero cuando vino de Tierra Adentro aquella extraña visita. Llegó cabalgando un morro. El día que apareció ya entrada la siesta, el azote del sol dejábase sentir en toda su despiadada crudeza. Cuando asomó por entre los pajonales que en ese rumbo acosaban al camino, el Nato la diviso.

—¡Oh! ¿Visitas? —comentó para sí.

Sorprendido, volvió la vista al mangrullo donde a esa hora debía estar Gabino. No había nadie. Entonces fué su voz de alarma. Evidentemente, no se trataba de un cristiano, pero, tampoco podía establecerse si era o no un indio, salvo por el hecho de no traer lanza consigo. Aunque bien podía ésta venir a la rastra, en un intento de disimulo y obediendo a la costumbre indígena de viajar así. Prevedidos como se habrían los pobladores del Camino del Sur y de la frontera toda, cualquier detalle debía ser cuidadosamente considerado.

El jinete y presunto boldero se dejó estar quieto durante un rato. Hasta que avanzó resueltamente. Y entonces la alarma colocó en sus puestos a los escasos hombres de la posta. Las mujeres se proveyeron de piedras y flechas armadas para manejar. No obstante, el acceso a las casas permaneció tendido. Gabino acababa de sufrir cala abate, en forma de unos

¡Gratis! "María de los Angeles"

la famosa novela de Virginia Carreño y Constanza Menezes que ha merecido el honor de ser llevada a la pantalla por E.F.A., teniendo como principales intérpretes a Mecha Ortiz y Alvarez Diosdado.

Es un obsequio de la

EDITORIAL ARGENTINA ARISTIDES QUILLET

a todo comprador de la

COLECCION SELECTA

que es una maravillosa selección de las novelas más famosas de autores de renombre apreciados en el mundo entero. 18 títulos consagrados. 4.543 páginas de apasionante lectura.

Esta preciosa joya literaria, que ofrece la

EDITORIAL ARGENTINA ARISTIDES QUILLET

no debe faltar en ninguna biblioteca, pues ella brinda lectura sana, amena e instructiva.



"MARIA DE LOS ANGELES"

ha sido premiada en el primer concurso literario de la EDITORIAL QUILLET, cuyo jurado formaban: Enrique Amorín, Arturo Cancela, Enrique de Gandía, Alvaro Malán Lafauz y Manuel Mujica Lázara.

La COLECCION SELECTA

será un valioso aliado de padres y maestros, ya que sus obras han sido elegidas con un criterio amplio y didáctico, que ayudará a moldear el carácter de sus hijos y discípulos, cultivando, a la vez, su espíritu y nutriendo de elevados conocimientos su inteligencia.

OFERTA ESPECIAL POR TIEMPO LIMITADO

Solamente por tiempo limitado podrá Ud. adquirir esta colección de Obras con el regalo al precio especial de:

\$ 5.— $\frac{1}{2}$ al contado y 7 pagos mensuales de \$ 5.— $\frac{1}{2}$

Al contado precio oferta \$ 36.—



Presentamos aquí los títulos de la

COLECCION SELECTA

BAZIN R. — La Seda de la Dactilógrafa.
BENTON COOKE M. — Bambi.
BARONESA DE ORCZY. — La Mujer de Lord Tony.
BERGOT P. — La Calzada de los Gigantes.
BORDEAUX H. — El Corazón y la Sangre.
BORDEAUX H. — Juegos Peligrosos.
BORDEAUX H. — La Señoría de la Ciénega.
ORTEGA Y MUNILLA. — Pecado de Juventud.
COFFEY F. — Los Verdaderos Ricos.
COFFEY F. — Sin Velas Desvelada.
CHABAS I. — Rotorua Rez.
DURN A. — Prudencia La Madrecita.
HUESTON E. — Vacaciones del Yo.
HELLER P. — La Antigua Corona.
HELLER P. — El Niño Lord.
BURNETT F. H. — Tía Penelou.
MANIATES B. K. — La Aventurera.
KEEVE A. S. — El Destacador de Millones.
SELIGER E. G. — El Destacador de Millones.

CUPON - PEDIDO

EDITORIAL ARGENTINA ARISTIDES QUILLET
Corrientes 1650 — Buenos Aires

Sírvase enviarme una COLECCION SELECTA que pagará al contado o a plazos (tachar lo que no correspondiera), aprovechando la sensacional oferta obsequio de este aviso, para lo cual adjunto \$

Nombre

Dirección

Localidad

Provincia o Territorio

CASANOVA
CONQUISTADORPor
IANIRO

¿LA AMO DESDE EL PRIMER
MOMENTO QUE LA VI!



DIGAME QUE SI Y VOLVERAN
A BRILLAR LAS ESTRELLAS
EN EL CIELO DE MI VIDA



¡LAS VERA BRILLAR JOVEN,
LAS VERA BRILLAR!

¡OH, AMADA MIA!



¡TE VOY A DAR BAJARTE
DE VIVO CON MI NOVIA!



buenos chirlos que le propinó su padre y, sin saber cómo, se encontró de pronto en la plataforma del vichadero.

Entretanto, avanzaba el jinete sin apuramiento. Era evidente que su caballo venía muy cansado. Por ello y hasta por experiencia, la desconfianza de la posta se concretó sobre otros puntos del horizonte desde cuyos pajonales podía saltar, en cualquier momento, la alarida sorpresiva.

Con acento aun quebrado, el chilquilin avisó desde el mangrullo:

—¡No se devisa más d'ese, tata!...

—Cóljelo que e'una india —opinó el Nato, como respondiendo a la indicación del chico.

—¿India? Y ¡qué andará buscando?... ¡Cuidao, eh! —desconfió doña Juana.

A unos cien pasos detúvose el caballo, que no venía aperado a la usanza de los que habitualmente utilizaban las mujeres indígenas, aunque traía algunas de sus prendas, el collar estribo, por ejemplo. Quien lo montaba vestía chamo, paños, ceñían sus brazos y piernas sendas ajorcas adornadas con plata, labrada. Debajo del trapo que, a modo de pañuelo cubría el rostro de los rayos solares, se advertía la vincha sujetándole el cabello peinado a la moda de las chinas.

Estiró el caballo su cuello como si deseara arrojar de una vez todo el cansancio acumulado en tan larga travesía, supuesto que llegaban desde los toldos. Dejando caer las riendas, la mujer alzó en sus brazos a una criatura, en prenda de paz y lealtad. Y ya no hubo lugar a dudas.

Sobre el mangrullo surgió la figura del Nato. Era preciso cerciorarse de que Gabino no se había equivocado. Ante una señal del hombre, el maestro de posta se adelantó hacia la forastera. Esta, que no se atrevía aún a dirigirle la palabra, alzó de nuevo en brazos a su niñito.

—Abajándose, paisana... —convidió, entonces, el hombre a la usanza india, mientras lacaba la boca del manzanjeto que conservara en sus manos por precaución.

Doña Juana se interpuso:

—No ha'e ser más que por este día —previne—. Mañana tendrá que dirse.

El maestro de posta se volvió. Una mezcla de contrariedad y lástima se pintaba en su curtido semblante.

—Pero ¡no ves, mujer, que agatas puerde con la usamenta! Si parece que viviera e presta, mesmamente...

En efecto, la china en cuyo rostro se advertían fácilmente profundas huellas de un prolongado sufrimiento y de más recientes privaciones, no pronunció una palabra. Como si le faltara el aliento. Como si prefiriera esperar un veredicto de aquellos jueces.

—Abajándose, no más, paisana —insistió don Facundo, en tanto Martina se aproximaba como para infundirle confianza.

Entonces, la mujer, sin hacer uso del collar estribo que llevaba su caballo en el cogote, desmontó por la paleta. Cayó, mejor dicho, con su hijito en brazos, como si se desmoronara. Ortiz volvióse otra vez hacia doña Juana.

—¿No ves, mujer? —parecieron decirle los ojos.

—¡Ah, jaj vos que andás de a pie, llevá' en ancas... —Hizo ella en un repentino gesto de reproche. Y se volvió a las casas, murmurando su despecho.

—No acabarán nunca de ser sonso...

La recién llegada se incorporó a medias. Oprimiendo a su hijito contra el pecho, así de rodillas como había queda-

do, levantó la mirada al cielo e intentó unas palabras que resultaron ininteligibles.

Los de la posta habían ido acercándose y la rodearon. Gruesas lágrimas le caían en ese momento por el rostro curtido; abundancia de llanto represso en años de dolor.

—No puede hablar... —aventuró María Fabiana que mantenía a la Gringuita fuertemente apretada contra sus caderas.

—O no sabrá... —opuso el Nato, no del todo convencido.

—Se me hace que ésta no e' india —opinó, entonces, doña Fe.

Brillaron los ojos de la forastera y por un momento se le llenó el rostro de alegría.

—¿De ande viniendo, paisana? —la interrogó don Facundo.

Fué entonces cuando la infeliz abrió la boca para mostrar una lengua extrañamente mutilada. Los presentes no intentaron disimular alguno a su gesto de horror: Las mujeres, alzó el pecho, natural sentimiento de solidaridad, se le acercaron ya sin prevenciones.

—¿Cristiana? —la interrogó Martina ansiosamente.

La mujer agitó repetidas veces su cabeza en señal de asentimiento. Y, para no dejar atrás a las dudas, abrió de chumal que la cubría y alzó el pecho un tocado rosario de madera cuya cruz enseñó a los que la rodeaban.

Ayudada por todos, pudo alcanzar la sombra del alero. Cerraba el grupo Gabino, conduciendo el caballo de la desventurada, cuyo apere había estado contemplando largamente. Las casas, ya incorporadas y mientras le alcanzaban un tarro con leche, la mujer señaló insistentemente hacia el desierto. Como no se le interpretara el sentido de sus indicaciones, solicitó en parecida forma papel y lápiz.

Bien pronto estuvo con ellos de regreso María Fabiana que había acudido a buscarlos en la pulpería.

Difícilmente, trazó entonces la mujer algunas palabras que el maestro de posta, única persona allí capaz de leer, pudo descifrar luego de trabajosos exámenes. Mensaje trazado con apremio, mensaje de su angustia privada de esas medidas de expresión y de intercambio.

—¿Larcamón quedó con su caballo quebrado, hoy de mañana... —leyó el maestro de posta.

—Será el que la trujo e los toldos... —opinó uno de los presentes.

—De juro.

—Pa' ejemplo... —señaló Gabino que todavía conservaba de la rienda el trasiado sillero de la mujer... ¿Vamo'a campiarlo? —propuso, resuelto.

—¡Ah, jaj! Estábamos esperando un comedido —brotó la risa de Julia.

—Mejor va a ser que le bajés los cueros al ruano y lo largués que se reguque... —preguntó Cantalillo, aludiendo al caballo que había traído la forastera a través de tantas leguas de incertidumbre.

Cantalicio con otros dos muchachos fueron designados para salir en busca del hombre rezagado. Bien armados, sus siluetas se perdían media hora más tarde en el horizonte sobre cuyas brillanzas ondulaba la angustia y se diluía frecuentemente la esperanza.

Ya anochecido, torearon los perros, meneando las colas, señal de que los sentidos eran gente de las casas. Los campeadores habían dado con el hombre en cuya boca partieran. Fácil les había resultado

con sólo seguir los rastros del ruano. Allí estaba a la orilla de una pequeña laguna distante cuatro leguas, rumbo al sur desierto. Luego de ayudar al hombre a acomodarse los cueros al zaino que para él llevarían, sacrificaron al caballo quebrado, regresando sin demora. El forastero había repuesto sus fuerzas con un poco de charque asado y galleta que, previamente, le hiciera llevar del Fagundo. No hallaron los gauchos rastro alguno que pudiera preocuparles; el campo mantenía-se tranquilo.

La nueva de que su compañía había alcanzado felizmente la posta, llenó de alegría a Larcamón y, no obstante su descaecimiento, pudo adelantar algunos detalles a esos hombres en cuya casa habían caído como pájaros baleados.

Alimento y reposo y, más que todo, la alegría de hallarse nuevamente entre cristianos, devolvieron a aquellos infelices gran parte de sus debilitadas fuerzas, que habían ido dejando en prenda de libertad a través de su angustiosa fuga en la desierto pampa cuya dormida extensión sólo despertaba con el rugido del tigre o el ulular del pampero y cuyo indecifrable misterio parecía ocultarse tanto más cuanto mayor era el esfuerzo por hurgar en busca de una revelación.

En el acogedor ambiente de la humilde coccina, rodeados por todos los moradores de aquella posta cuya náutica se agremiaba en cada trance de caritativo asilo, el hombre — Larcamón — comenzó un sucinto relato de sus tribulaciones.

"Como ya lejalvertí a los mozos que dieron ayer con mi paradero, venímolo huido desde los toldos ranquelinos. He estado dando una vuelta casi sin parar, en esos dos pobres caballos que no podían haber sido mejores. Como que eran de la silla del capitanejo Quiñetrú. Casi no conocieron resuello en tamaño viaje y, gracias a Dios, no les faltó el agua. De no, ¡cuánto iba a estar yo sentao en esta ruada!"

Hubierase podido escuchar el trabajo de una araña, tal era el silencioso interés con que se le escuchaba. Sólo Cantalicé, apostado en el mangrullo, se hallaba ausente.

"Cinco añojhe pasó entre salvajes — continuó su relato el forastero —. Me habí alzado por los toldos por como un unitario, no podía seguir viviendo tranquilo entre los cristianos. El ensayo me salió caro. Ahura he perdido hasta las ganas de asomarme al desierto. Cuando llevaba algo más de año entre loj'infelices, cayó a los toldos doña Guadalupe. En el casque a una diligencia que viajaba entre la posta del Portezuelo y el pueblo de Rio Cuarto, la cautivó el capitanejo Quiñetrú, apelativo que quiere decir: "Una sombra", en idioma de ellos. Por supuesto que ahí no más la hizo suya. De nada le valieron a la pobre llantos, ruegos o amenazas; el indio la agregó a su toldo. Sor Guadalupe — como se pambó ella en las pocas ocasiones que pudimos cambiar palabra, haciéndome saber que era monja, lo que ya se echaba a ver por sus pilchas —, estaba sentenciada por su hermosura y su juventud. Elegida para favorita de aquel salvaje a quien temblaba su genio y hasta el mismo cacique miraba con respeto, la pobre mujer no tuvo más remedio que llorar su desgracia. Entuavía estoy viendo la mirada de suj'ojos cuando Quiñetrú se la llevó a la rastra."

Larcamón se destosió, menos por ne-

cesidad que para acomodar recuerdos y, acaso también para deglutir la congoja que le daba el tratan.

"Al día siguiente de su llegada a las tolderías — prosiguió — ya no quedaban dudas de que el capitanejo andaba como ido y la cabeza por la monja. Güeno; ustedes no l'han conocido. Ahura no es ni sombra e lo que supo ser entonces... Y, naturalmente, laj'otras chinas sintieron el calor de la ofensa. La que mejor andaba con Quiñetrú, la preferida, ¡guamos, no era china e dejarse apartar como vaca vieja. Y se la juró... Ni el mismo Demonche hubiera sido capaz de inventar algo maj'arente pa l'ocasión. Con la ayuda e laj'otras mujeres del capitanejo, me la agarró dormida a la infeliz. ¡Claro! Con semejante galope tenía que quedar de cama y a las chinas les fué fácil acercarse, aprovechando e que Quiñetrú se había retirao un momento pa que ella descansara. Una china grandota la tomó e la garganta como pa ahugarla. Pero lo que la otra buscaba era obligarla a abrir la boca. Y esta pobre tuvo que hacerle el juego, no más... Cuando él quiso gritar, la favorita le dentro un tizon ardiendo en el garguero, revolviéndose hasta que lo apagó del todo. Entonces, la soltaron. Había que ver a esta pobre señora corriendo sin tino y casi sin risuello. Cuanto más gritaba, más se le desgarraba la garganta. ¡Y había que ver a loj'indios! ¡Faltos la maldad, como si no lej'importaran sus sufrimientos! No faltó una e las chinas que le gritará: "¡Chifiora bonita, perra huincá!"

"¡Güeno! Tampoco faltó quien fuera a darle aviso al capitanejo. Y ahí comenzó lo lindo. La venganza e Quiñetrú fué tremenda. Prefiero no acordarme... Pero el mal ya no tenía remedio. Muchó dij' anduvo la pobre monja luchando con la gangrena. O, mejor dicho, algunos cautivos, que eran los que buscaban curarla; porque, lo que e'ella quería dejarse morir, no más... El capitanejo andaba e lo maj'alfigado. Pa mi gusto, Dioj' la salmuera hicieron todo. Pero de nada le valió el curarse, porque, no bien se compuso, el indio se le jué como gato a una torcaza. Y se acabó la monja..."

Los oyentes se volvieron hacia la infeliz mujer, con un gesto de conmiseración. Tenía los ojos llenos de lágrimas y gacha la cabeza. Siguió un rato de silencio. El ronquido del mate arañaba la desazón de los espíritus, como si pretendiera desviar la atención a otros temas. Larcamón se había quedado mirando las brisas del fogón.

— ¡Lihué! — pronunció al cabo de un rato, como prendido a un afecto. Y tornó a callar.

— Y de ahí... — lo acusó uno de la ruada.

— Lihué... quiere decir "Vida", en el habla de ellos — prosiguió Larcamón, sin hacer caso del apremio —. Y ese jué y se su nombre...

Hasta que la insistencia del maestro de post y arrell con las pausas del forastero. Resumía éste, claro está, las incidencias de aquella vida en las tolderías. Contó, así, como había perdido el habla sor Guadalupe. El habla y, a poco, lo único que le restaba. Aquella cruel mutilación no impidió en manera alguna que el capitanejo ahondara cada día más en su locura. Ella había visto obligada a ir obedeciendo, sin posibilidad alguna de repulsa; habituándose a conceder en la oscuridad de su oprobio, donde todo le era hostil, hasta la desbordada pasión de aquel

Excepcional oferta!..

ORFINA

17 RUBIES

ENVIAMOS
CONTRA
REEMBOLSO



Modelo "SPORTS"

- Sumergible!
- Caja impenetrable al polvo!
- A prueba de golpes!
- Ultra plano!
- Segundero Central!
- Cuadrante luminoso!
- Antimagnético!
- Malla acero importado inoxidable, extensible y regulable a la muñeca!
- Precio: \$ 169.—

ACORDAMOS
CREDITOS
En toda la República

G. H. HUBERMAN E HIJO

CALLAO 232, Piso 1º - T. A. 47-9378 Bs. As.

LA JOYERIA Y RELOJERIA DE TODOS LOS DEPORTISTAS

CUERDAS DE NYLON

COLOQUE EN SU GUITARRA
CUERDAS DE NYLON
MARCA "BINFONIA"
ESPECIALMENTE
DISEÑADAS

VENTAS POR
MAYOR Y MENOR

ADOPTADAS
POR LOS
MEJORES
GUITARRISTAS
DEL MUNDO

ANTIGUA CASA "NUÑEZ"
SUC. DIEGO A. GRACIA
BARRIO 1573 BUENOS AIRES

Dr. MANUEL ENRIQUE BELLO
ENFERMEDADES DEL PULMON
Ex Médico del Hosp. Multiz

HUMBERTO 1, 1947 T. A. 26-1420

Dr. ANGEL E. D'ULLIO
MEDICO GRIJAUANO
Enfermedades de Oídos, Nariz y Garganta

NUOVA YORK 4020 T. A. 50-4278

APRENDA PEINADOS,
PERMANENTES, TINTURAS,
MAQUILLAJES Y MANICURA

Es una profesión muy ventajosa, en la Academia del prestigioso profesor

LUIS ROFFMAN

PASO 139 • Buenos Aires

salvaje. Engendrado su hijo sin el desahogo de la palabra, con la dureza del labio negado en la angustiosa obliación del sexo, recibíala gota a gota, con amargura interminable, como del verdetero una copa el agua que fatalmente llegará a colmarla, sin poder siquiera gritar su angustia de cristal. Tampoco el grito de sor Guadalupe había hallado eco en la indiferencia de aquellas soledades. Todo ese edificio espiritual de su consagración religiosa habíase derrumbado, con lo repentino, brutal e inevitable de un cataclismo. Como si la carne se vengara así de interminables flagelaciones y abstinencias.

Después de aquella forzada aceptación de lo inaceptable, la dolorosa postración ante tan ruda prueba de la voluntad de Dios. Y, a medida que la simiente entrañaba silenciosa, el prodigioso milagro de una maternal ternura que ya despertaba, generosa de olvidos, corriendo agazapada en la sangre de los labios.

Luego, el tranco cansino de los días sin tiempo, lacerando de espera su espíritu firme que ante el torpe avasallamiento de los recatos.

Finalmente, el hijo. Indefinible.

Hasta que, un día, llegó el momento de la fuga. De esa fuga larga, pacientemente durada; tantas veces trastrada. Cuando ambos cautivos se vieron ante la realidad, habían hesitado. Con la vacilación de todo pájaro que halla inesperadamente abierta su jaula.

Durante largo trecho de su fuga, casi no habían dado resuello a sus caballos. Doña Juana, como la nombra ahora para su compañero, no olvidó en los más angustiosos momentos de esa huida, pasar por dedos y labios las preces del rosario cuyas cuentas, enhebradas en fino tinte de cuero crudo, labraba a través de los interminables días de su cautiverio. Y tuvo éxito su fuga, pesada a la asombrada desconfianza de aquellos que la seguían. Hasta la mañana en que el montado de Larcamón, el propio alazán de Quifetrú, le acertó a una vizcachera y se quebró, arrastrando en su caída al jinete que no pudo evitar el revólver. Se hallaba demasiado débil para "echar una parada".

Las reservas físicas y morales de la tarde en que Larcamón observó rastros de vacuno y de animales yeguarizos. Podían éstos llamarse a engaño, no así aquellos, que resultaban un indicio de la proximidad de poblaciones cristianas. Por eso, cuando sor Guadalupe, desconcertada por el accidente, le preguntó: "¿pregúndole: '¿Y ahora, qué hacemos?'...", él, señalando el norte por parecerle el más seguro, hablaba tranquilizado con un engaño:

—Acá cerca, pa este rumbo, hoy mesmo antes de la oración, tiene que dar con algún pueblo.

El hombre desaba proporcionarle una última posibilidad de salvación. Quedándose junto a la laguna con él, nada ganaría. En cambio, si ella daba con gente amiga, lograrían salvarse ambos. Conviniéron en que Larcamón aguardaría un día más. Si el auxilio no le llegaba, Larcamón iba a marchar a pie sobre sus rastros y bajo los designios de Dios. Sor Guadalupe obedeció y su obediencia los salvó. Pudo haberse desviado, sin embargo; ir a perecer de hambre y sed en cualquier pajonal de esa interminable llanura, pero el Dios que ella no había cesado de invocar la llevó como de la mano hasta aquella misera Esquina del Lobatón.

Finalizado con esto su relato, Larcamón escupió sobre las cenizas y, tras un rato de silencio, se puso de pie con el propósito aparente de estirar las piernas, pero quizás con deliberado ánimo de olvidar ya ese su pasado de miserias y sufrimientos que necesitaba enterrar cuanto antes.

Algunos miraron con curiosidad al indecible. Lo era sin duda tanto por sus rasgos como por su hurañía.

—¡Hobía sabido tener cara e personal! —exclamó de pronto Gabino, que venía observándolo desde un rato.

Esta observación del muchachito puso alivio en la penosa impresión que el relato del forastero dejara sobre todos los ánimos.

Doña Juana dejó escapar una mueca de repugnancia que no pasó inadvertida para sor Guadalupe, cuyos ojos se llenaron de lágrimas. Miró a la dueña de casa con más tristeza que reproche.

—El hijo del horror, yo lo sé —pareció decir esta mirada, en su afán de justificarse—. Pero es mi hijo...

Y lo estrechó fuertemente, acariciándole una mejilla.

—Ha sido la voluntad e Dios, y no hay güelta que darle... —explicó doña Fe, incorporándose.

El agradecimiento de la monja ensayó un sonreír caduca.

Ahora, ya en vías de recobrar las casi agotadas fuerzas, iban a quedar allí hasta resolver acerca de su futuro. Comprendían, sin embargo, que su permanencia tendría que ser necesariamente breve. Juguetes de invisible pleamar, arribaban como los barcos a la deriva, a la deriva simplemente, naufragos de la travesía. Humana rescaca que el desierto reintegraba, por lo general, en lastimoso estado, a costa de una inevitable desintegración moral, habían conseguido salvar su decleznable envoltura, destendida mortaja de una tragedia irreparable. En sor Guadalupe, el cautivo humano, impuso su frente a su introspectiva mirada una a manera de remota penumbra. Como si su vida anterior, la del claustro venturoso, no le perteneciera ya.

A la posta, pequeña, insignificante célula, afluyan de tanto en tanto los problemas de género, como si fueran los problemas que por imperio de las circunstancias, buscaban allí una solución a sus afanes. Y lo asombró: casi siempre la hallaban en ese paupérrimo grupo de ranchos, en la increíble indigencia de sus moradores. El "tú que no puedes, llévame a cuestras" de doña Juana, dicho con resacas palabras de egoísmo: "Yo que no me meto a pin al lado en ances..." concretaba, junto con su desacuerdo, la gran verdad del desierto, la de aquella posta que más necesitaba de ayuda que de menesterosos.

Sor Guadalupe conservaba de los tolidos ajorcas y brazaletes adornados con incrustaciones de plata labrada, que la había traído consigo y en la garganta de las piernas. Lentamente, como si se costara deshacerse de aquellos recuerdos que la ataban a una época aciaga, fue despojándose de sus alhajas y las repartió entre las mujeres alborozadas. Entre todas, menos la del maestro de posta que, al advertir las intenciones de la ex cautiva, salió de la cocina. No que se regalará de aquella forastera con quien su egoísmo parecía ensañarse.

Pese a las crueldades de la indolia, a la lujuriosa intimidad del tolo ranquello, aquella desgraciada conservaba aún indecible serenidad; y esta serenidad, que era en su vida como el eco apagado

del claustro, refugiábase en la dolorosa expresión de su mirada.

—¿Ande piensa dir ahura? —se atrevió a preguntarle María Fabiana.

El rostro de sor Guadalupe acusó un penoso desconcierto. Alzó los hombros para expresar que ya nada quedaba en su desventura que la tornara a las soleadas horas del convento. Y el verdetero de sus ojos vidriados se cerró para destilar la elocuente gravidez de una lágrima.

Entretanto, el indecible había prorrumpido en llanto por centésima vez en ese día. Doña Fe, que ya nada se pretextó de calmarlo. Bien pronto comprobó que la criatura volaba en fiebre, y lo sacó afuera no obstante sus berridos. Preocupada, su madre los siguió.

—¡Ya me estaba pareciendo! —exclamó la curandera, luego de examinar un rato a la criatura—. Si esto no es virgüela, que se caiga a la orilla.

Doña Guadalupe se inmuto. Con alterado semblante, recobró al niño y lo observó atentamente.

—¿Usté cree?... parecieren decir sus ojos, algún lenguaje de que podía valerse.

—¡Y no! ¿Que no había virgüela en las tolditas?

La ex monja palideció. Aquella pregunta sin ambages, había dado en el blanco. Larcamón, por inadvertencia o por temor, no aludió durante todo su relato a la peste que comenzara a ensañarse con la indolia y gracias a la cual habían podido ellos materializar su tan deseada ensañada fuga. Pero, que el salvaje echara sobre los cristianos, como acostumbraba hacerlo, la culpa de sus desgracias y plagas, atribuyéndole complicidad con aquel espíritu maligno al que denominaban *Gualicho*, escaparon. Aprovechando la circunstancia de que el propio capitanejo y dos de sus allegados, en esa ensañada fuga, habían atacados del mal, habíanse puesto a salvo cuando ya la muerte comenzaba a golpear las puertas de la tribu. Escapados ellos indenneces, ignoraban, sin embargo, que el hijo de Guadalupe trajera consigo el germen del mal.

—¿No les decía yo? Reciban no más a chuliscueta.

Era doña Juana que, recostada contra un poste del corral, saboreaba el inesperado desenlace. La alarma como un escalofrío recorrió la posta, terminando por alejar de ella a esos tres desgraciados.

CAPITULO V

A la mañana siguiente, un toldo de junco se levantaba a orillas de la Cañada de los Quebrachos Viejos. Allí, con los escasos recursos que pudo allegarse, quedaron en prudente aislamiento. En los días que siguieron, doña Fe no dejó de armarse un par de veces, de mañana y de tarde. Comprobó que el mal no había contagiado a la pareja. Pero la criatura no alcanzó a resistir más de una semana. Sobre sus despojos asomó una tarde la pequeña cruz de palo que pudo armar su madre, dando fe de que el Dios de los cristianos velaría por él en adelante.

El toldo, quemado por consejo de doña Fe, fue sustituido ese mismo día con otro, donde los forasteros iban a permanecer durante un tiempo prudencial.

Cerca de un mes duró en total su estadía. La madre parecía buscar el menor pretexto a fin de no separarse tan pronto de su hijito, sobre cuya tumba derramaba a diario la inefable caridad de sus

plegarías, como quien cuida y riega una planta. Larcamón, en cambio, sin otro afán que poner cada vez más espacio entre el maldito desierto y su esperanza, instaba a seguir hasta el Entreríos, de donde era oriundo Palpitaba, de esta suerte, una permanente brega de sentimientos entre la mujer madre, hecha a la tierra donde pare el fruto de sus entrañas, y el hijo, que trataba de escapar de ella, y ve palpa la evolución de esa misma tierra a cuyo andar se engrana todo destino. Juntos habían sufrido el cautiverio, unidos fugaron de los toldos, aprovechando la única, exacta coyuntura que se les brindara en casi cinco años. Unidos debían afrontar ahora la lucha con la vida misma. Atados sus destinos con los de los otros, no podían tardar la naturaleza, siempre agigante, en unirlos a los otros, como sólo el dolor es capaz de soldar dos tribulaciones.

Un día, provistos de otro caballo en reemplazo del que fuera sacrificado junto a la laguna que ellos nombraron más tarde "de la Esperanza", emprendieron el viaje hacia lo incierto. Al borde del cañadón, en el luto de esa tierra permanentemente llorosa, se detuvieron a tomar un breve de Pichmanque (el Cñandoca) cultamente bautizado en los toldos por su madre con el nombre cristiano de José. Sor Guadalupe, que no había podido evitar ese hijo del horror, llevaba ahora sobre la conciencia el complejo tremendo de sus hijos muéstrados por la pasión brutal de Quieñitru. Por voluntad de su propio destino.

Su paso por la Posta del Lobatón señalaba en la tarja de días sin número ni nombre del desierto, una muesca más; un nuevo interrogante sobre los labios sin respuesta de su esfinge.

Esa misma noche, María Fabiana, presente en la partida de aquellos náufragos, "soñó fiero". Impresionada por encontrados sentimientos de la humilde comunidad donde integraba un mundo por descubrir, se entregó a un dormido. Abrazada a la Gringuita, vagó su imaginación por un vasto pago de ensueños. Hasta que la fatiga diluyó su vigilia. Y el sueño comenzó haciéndola defender a la Gringuita contra la decisión de la pareja de desventurados que pretendían llevarla a un mundo desconocido. Fue como que dormido bajo el túmulo, pero que lloraba desde adentro: "¡Mamá Fabiana! ¡Mamá Fabiana!", mientras hacía oscilar la pequeña cruz de palo. Más tarde, el hombre, Larcamón, arrancándola a ella de los brazos de su fea, luchaba por escapar de la multitud. Demás reían de aprensivos. "So, Guadalupe, ¿sabías que ella habla como por encanto, lo instaba a escapar con su presa, María Fabiana se defendía a golpes del hombre cuya cara era ahora la de Quinestrú. Llegados al borde de una laguna, son Guadalupe la despoja con el capataze en tanto la Gringuita se desahoga en un llanto silencioso, amparando la llama de un cirio que María Fabiana no alcanzaba a descubrir.

Abundante transpiración bañaba el rostro y el cuello de la muchacha. La criatura, oprimida con exceso, gritó asustada. Y, afortunadamente, María Fabiana despertó. Por un rato calmóse la agitación de la moza. Hasta que volvió a reanudarse el sueño.

Ahora, el hombre que luchaba por llevarse en ancas se transformaba de pronto en el viajero cuyo retrato conservaba María Fabiana pendiente del cuello. A él se abrazaba la muchacha amorosamente, besándolo. Pero sor Guadalupe, cambian-

do repentinamente de actitud y de fisonomía, la arrojaba a tierra donde la golpeaba sin que el hombre hiciera nada por impedirlo. "¡No te has de casar con él, guacha! ¡No quiero otra madre para mi hija!". María Fabiana, descaecida, no hallaba fuerzas para defenderse. Sus brazos caían como cediendo al peso de una fuerza enorme. Hasta que un grito despertó a todos en la habitación, libertando a la soñante de su angustia.

—¡Te haj'empachao de loco, muchacha! —la reprendió doña Fe, procurando calmarla.

Julia le alcanzó un jarro con agua en tanto que Ramona encendía la vela de sebo para que terminara de recobrase.

—¡Agua fría, no, muchacha, que es pa
pior! —atajó doña Fe.

Uno de los hombres que hacía guardia bajo la ramada se acercó al vano de la puerta.

—No es nada... —lo tranquilizó Ra-
mona.

—Nada más que un kilo'e loco que se ha comido ésta... —exageró doña Fe—. Y, claro, ha dentrao a soñar fiero.

Al siguiente día las bromas se ensañaron con María Fabiana. Algo recordaba ésta de su sueño que, lejos de tranquilizarla con relación al mandato de la muerte, había vuelto a exacerbar sus preocupaciones. Las palabras de la finada martillaban con persistencia de gotera sobre impresionable temperamento. Para disuadirla, Ramona instaba a referir su pesadilla, pero la muchacha se encerró en el pretexto de que la había olvidado.

Ramona era hija de unos vecinos al otro lado del río. Solía cubrir cerca de cuatro leguas a fin de llegarse hasta la posta con un pretexto cualquiera. Lograba enganar a doña Juana, o ésta aparentaba enga-

YODOSALINA

YODOSALINA

TODO EXCESO ES MALO, PERO...



¡EL EXCESO DE PESO ES PEOR!

La gordura no es solamente antiestética, sino también peligrosa. Cuando la balanza le esté indicando un "exceso" de peso, recuerde que su médico es el mejor consejero y podrá darle el régimen que Ud. necesite. Recuerde además, que una dosis diaria de YODOSALINA, las tradicionales y siempre eficaces sales yodadas, tiene una pronunciada acción deshidratante, que le ayudarán a mantener la "línea".

YODOSALINA

YODOSALINA

YODOSALINA

YODOSALINA

YODOSALINA

YODOSALINA

YODOSALINA

YODOSALIN®

YODOSALINA

JARABE Resoltil FUCUS EXPECTORANTE PARA NIÑOS

ñarse: "Me ha castigado la mamá" o "Ando almareada y, con su licencia, vengo a que me remedeeña la Fe..." La verdad era que andaba en busca de un mozo, "porque a su rancho no llegaba uno ni pa remedio". Cuando la mujer de Ortiz la recibía de mal talante, Ramona se acomodó en cualquier trabajo y lograba calmarla. Hasta que cedía a reiteradas indirectas o al hastío que la ausencia de forasteros ponía en los ámbitos de la posta.

Por contagio, acaso, María Fabiana espectadora forzada de la vida en esa pequeña comunidad, miraba pasar horas, momentos e instantes erizados con el sugestivo aguijón de los sentidos. Flaqueaba, entonces, ante el imperioso reclamo de la sangre escociente. Hasta que se reconciliaba con la amplia serenidad de su buen tino. No en balde acreditaba un respetable linaje.

Apoyada una tarde al muro del poniente, el pensamiento de Julia se hundía en el horizonte, arreado por la inquietud de sus dieciséis años recientes. Desde rántes y bajo la sombra del único árbol, Cantalejo la observaba. Hasta que se atrevió a acercarsele.

—¿Qué estás devisando, Julia? —interrogó a la muchacha.

—Nada se devisa; yo al menos... —replicó ella—. ¡Hace tanto que no pasa una tropa!

Ante la vida, su juventud era una afirmación.

—¡Oh! No hace agatas dos meses que...

—opuso Cantalejo.

—Sí, pero esa no traiba mozos.

—¡Ah, ja! Aquí en las casas no habérá naide, seguramente —reprochó el postillón.

Ella nada contestó. Limitóse a levantar los hombros en una evasiva.

—"El bien no es conocido hasta que no es perdido..."", saben decir —reprochó otra vez Cantalejo.

Julia, contenida de risa, se volvió:

—¿Ande está que no lo veo?... —

El palpaba el desaire.

—No lo sabrá ver o no quedará —limitóse a contestarle y se retiró desalentado—. Esta va a para también a los toldos... —terminó a la distancia, murmurando lo que parecía ya en él una obsesión.

Las muchachas no gustaban de Cantalejo. Por si no le bastara ser hijo de doña Juana, su físico poco atrayente lo repelía. María Fabiana había desbañado. Martina tenía ya su "peor es nada", y Ramona ni le hacía juicio. Por tal motivo, jamás oponía reparos en salir con las diligencias. Contaba el postillón con hallar en otros pagos la correspondencia que en el suyo se le negaba. Dejábalo estar en Villa Nueva, en Córdoba o en Rosario, según se las prometiera halagüeñas.

Los días pasaban y, salvo alguna diligencia apresurada, no asomaba nadie. Los gauchos del pago, agotada o poco menos la provisión de la pulpería, casi no se dejaban ver. Demasiado formales para

Julia, a veces bebían por demás. Y eso a ella no le agradaba.

Hasta el viento paseaba sus rachas a lo largo de las huellas, raneando hastio.

• • •

Ya comenzado el otoño, llegó por fin la ansada tropa de carretas. Formábanla dieciséis vehículos cargados casi en su totalidad con vino cuyano, frutas secas, patay, dulces, quesos y otros productos regionales. Algunas carretas habían dejado parte de sus cargas en el camino, reemplazándolas con cueros, plumas y fardos de lana directamente consignados a Rosario.

Pronto difundieron los recién llegados la novedad de que "el campo estaba en movimiento". Se habían observado avestruces y gamas, cruzando velozmente el camino hacia el norte; bandadas de patos en inusitado viaje a lejanas aguadas, cuando cecaba de ellas había abundantes, entre otras, el propio río Carcarañá, a dos leguas de la posta. No era forzoso, por supuesto, "que los indios anduvieran adentro", expresión muy usada para significar que habían bandedo la línea de protección de fronteras. Podía, también, tratarse de choqueros o de soldados en viaje o reconocimiento. Pero, cuando hombres como aquellos, curtidos en el tránsito de los caminos fronterizos, eran presa del desasosiego que despertaban los indios, convenía no echar en saco roto su desconfianza.

El capataz de la tropa, concordante con el maestro de posta, resolvió tomar sus precauciones. Así fué como, circundando las casas, dispusieron las carretas con sus pértigos casi tocando el foso, más lejos ahora de verdín y ranas que de agua; los fuegos indispensables, cubiertos para ocultarlos a la distancia. Finalmente, a tres mujeres y un niño que viajaban en la tropa se les aconsejó pasar la noche dentro de las casas. El alboroto que habitualmente provocaba la llegada de una tropa quedó supeditado a las posibles contingencias.

El capataz que siempre hay detrás de la noche se filtraba por el resquicio de las estrellas, cuyos ojos agolpados parecían columbrar un acontecimiento. Detrás del cerco de carretas parapetadas contra las nieblas —contra su amenaza agazapada— el cristiano aguardó un ataque posible. Entretanto, llegaban desde la noche esporádicas risas de mujer, contenidas por la mesura expectante de los hombres. El Sur frotó las nieblas con el agudo prentimiento de su aullido. Desde el ámbito pampeano se desgarraba el desesperado canto de los grillos, único optimismo tolerado por el grave silencio de aquellos gauchos. Durante horas, el oído vigilante cortó a menudo irresistibles cabeceos de sueño. Con todo, el peligro pareció alagatado. Hasta que, a la hora crítica del alba, un gallo lo echó a los vientos en la punta filosica de su canto.

La angustiosa espera cedió, no obstan-

te, a las elementales precauciones que debían mantenerse por un tiempo. Bueyes y yeguarizos fueron echados al campo, buscando pronto los animales aquellos manchones donde el pasto era más tierno o la grama exuberaba. Bajo la mirada de los rondadores, se aplicaron bien pronto a reponerse del sostenido esfuerzo cumplido en recientes etapas.

Sentados en aperos, en pértigos y hasta en el suelo, el resto de los hombres dedicó al arreglo y reparación de coyundas, lazos, picanas y toldos; al engrase de ejes y corambre; disposición de cargas y cien otros detalles que constituyen la trama delicada de una tropa de carretas en viaje. El capataz, hombre recio y de pocas palabras, mantenía la disciplina entre su gente; conceder de su responsabilidad, no la descuidaba. Los forasteros congeneraron bien pronto con los pobladores de la posta y aquella misma tarde se dejaron sentir notas y acordes de un par de guitarras, convidando a la danza. Como que todos ansiaban sacarse de encima, durante unas horas por lo menos, la desazón constante en que vivían; curtida desazón exacerbada por la alarma de la víspera. Ya tarde, crecida, cuando ya no quedaba al reparo de las carretas que habían quedado hacia el naciente, porque aun estaba presente el sol cuando se formalizó la reunión. Por fin, tras de mucho templar y prepararse, los guitarreros punlearon un gato, levantando con él a dos parejas.

Luego que disipóse cualquier duda, no obstante al propósito, armaron uno de cunetro. Como si la falta de acuerdo momentánea fuese necesaria para romper el comprensible hielo entre gentes que recién se conocían. El baile, con agilidad y donaire insuspechados en tan rústico medio, puso bien pronto sobre aquellas soleadas notas de moderada alegría. Era tan desusada la distracción, por no decir fiesta, en aquella como en casi todas las comunidades enhebradas por el Camino del Sur, que éste pareció inmutado. Las mujeres no pasaban de la media docena, contadas las forasteras, pero aumentaron con las de la vecindad, que fueron llegando con sus hombres o parientes.

La cosa amenazaba prolongarse y los fogones empezaron a llenarse de asadores y el mate a circular sin descanso. Las mujeres y Gabino se turnaban para esos menesteres a los que se agregaban, de tanto en tanto, tragos de caña o de ginebra, lo que terminó con el desgano de algunos indecisos.

Dos hombres montaron a caballo y se disponían a ausentarse, cuando los atajó doña Fe:

—¿P'nde se van yendo? ¿Que no les divierte el baile?... —

—Sí, señora. Es que vamos al rancho de este mozo, a buscar una guitarra.

Salieron los dos hombres hacia el norte. El rancho de Celestino Arriola quedaba casi a cinco leguas de la posta, pero el motivo bien valía las diez que iban a galoparse.

Don Facondo y el espataz de la tropa no descuidaban la atención del campo, por otra parte afianzada en la vigilancia de los rondadores. Quienes descansaban, tantearon ensayando la sugestión de un dentre. Y, al insinuar los guitarreros un triunfo, acudieron varias parejas. Hasta que, como quien da el ¡vamos! rompió este canto:

Yo me voy para el norte,
y me voy solo;
señora, yo me voy solo.

Una vuelta después, el envite:

*Si usted gusta seguirme,
me avengo a todo,
señora, me avengo a todo.*

Alternaba el zapateo de los hombres, enredándose en el donaire de las faldas afañosas por extender la sugestión de un abrazo en los giros, con inconsciente elegancia.

Y ya no fué necesario que a nadie se lo animara. Porque el baile siguió rodando a impulsos de un creciente entusiasmo.

Le tocaba esta vez a Julia conformar a los mates. Doña Fe, que venía observando en uno de los forasteros marcada inclinación hacia su entena, se comió a darle un consejo:

—Cuando quedarás conocer a la moza con quien pensajacollararte, pedile que te beba mate unos cuantos días. Y me vajagradecer el consejo...

El mozo, que no era quedado, necesitaba sin embargo abreviar los trámites de ese trato en ciernes.

—¿Me alencarár el tiempo, doña? Pronto vamoja seguir viaje...

No es la fuerza que sea en esta Esquina. Moza hay en tuitas partes... — opuso doña Fe, a quien ya le llegaba la muchacha con el siguiente mate.

—Es que... si no ej'acá... — insistió el forastero, mirando a Julia cada vez más decidido.

La muchacha, exuberante, repleta de juventud, se remecía entera, contenida por su propia maleza. Diríase el fruto de un jagó agitado por el viento. Había escuchado Julia desde el fogón ese cambio de opiniones que aparentaba ignorar y, por decir algo, interpuso:

—¿Hasta qué hora me van a tener acarreando el cimarrón?

—¡Inatinaba, así su deseo de bailar. Doña Fe apareñó no comprender.

—Hasta que maduren las brevas... — saltó su picardía.

—No quiero dejar el corazón en otros pagos — miró a Julia el forastero... — ¿Qué le parece, moza?

La oración comenzaba a armonicar parejas y la muchacha entregó el mate a la curandera. Algunos sentados en los pérgos; otros, recostada la compañera contra las ruedas, se jugaban al azar una querencia breve. Amor trashumante que deja siempre en los apesadores agriñolosa sabor.

Como las otras, María Fabiana también había bailado, sin perder de vista a la Gringuita, cuyos ojos atónitos seguían la fiesta llenos de asombrada curiosidad. El imperativo fisiológico, acuciado en la circuncuencia, haciale olvidar por ratos la infundada pasión que, prendida al resaca del viajero aquél, iba adquiriendo en sus sentimientos consistencia de mito. Ello había ido creándole, no obstante, un raro complejo inhibitorio: no dar hijos que pudieran suplantarlo a la Gringuita en su corona. Una insospechada protección, tironeando sin sentido ni control su temperamento joven e imprevisible.

Venía entre los carreteros un gauchito apuesto. Habiale estado contemplando desde un ángulo del cuadro formado por el baile. Hasta que se decidió a convidarla cuando los guitarreros iniciaban una chacarera. María Fabiana, para quien no pasara inadvertida la devoción del forastero, dejaba que sus ojos escaparan con harta frecuencia en busca de los de ese gauchito que sabía dosificar, sin lugar a dudas, la tónica del amor entenebrido. Y ya no la dejó más. Pronto, los oídos de la muchacha escucharon embelesadas palabras de miel, halaguetas y tentadoras.

Junto a la rueda en que ella se apoyara, el hombre acercaba cada vez más su

palabra al oído de la moza. Y tanto, que sin mediar otra razón que la de su albedrío, la besó de pronto junto a la boca. Breves segundos tardó el rebote, pero llegó. Y en forma de un sonoro guntazo; cruzando la atónita cara del atrevido. Los ojos se volvían sorprendidos, cuando la reacción de la moza, tan inopinada como el castigo, viró de golpe.

—¡Oh! Perdóneme. No haga juicio... — habló su arrepentimiento.

Y le lanzó repetidas veces la mejilla, mirándolo con lástima.

Pudo más en el ánimo del forastero, para reprimir sus entusiasmos, la caricia que el guntazo. Y eso salvó a María Fabiana, porque desconcertó al hombre que era orgulloso y gustaba, sobre todo, de resistencias, cuyo imprevisto relajamiento lo desarmaba.

Y le volvió la espalda. Enhorabuena. Porque, sin sospecharlo él, jamás había estado María Fabiana tan cerca de caer.

Si los indios se hubieran decidido a llevar esa madrugada un ataque a la Posta del Lobatón, habrían tenido para entretenerse. Mientras unos uncián los bueyes en el desgano de la mala noche, otros dormían aún, aferrados por el sueño. Bultos imprecisos denunciaban el abandono de las libaciones. Bajo el silencio del amanecer, Julia había quedado como una horqueta de palo tirada entre los yuyos. Cuando, recién asomado, el sol llegó a despertarla, conservaba todavía la sonrisa de un recuerdo mordido entre los labios, y un pétalo de ceibo sobre su rendida conciencia.

—¡Lástima que no se animaran lojindios anecho, antes del baile! — se lamentaba don Facundo al despidirse del capitaz de la tropa.

—¡Lástima! ¿no?... — replicó éste —, Como tanta gente como había en la posta, era robo pa' los otros. ¡Y hasta les regalábamos los mamos!

Se alejan ya las carretas, la tropa toda, que ansia llegar a destino cuanto antes. Que quisiera llegar sin haber partido hacia lo incierto de ese Camino del Sur que los atraía, sugestionados; ahorrajado por los pavitos. ¿Un viaje que se deseara transformar en vuelo y no era sino, solo y fatalmente, una enervante deriva a lo largo de las horas.

Detrás, como un punto de sutura entre lo cumplido y lo porvenir, la Posta quedaba nuevamente engarzada en su solitario abandono.

CAPITULO VI

Hombres y mujeres se habían divertido en. Hombre de no olvidar por un tiempo las sabrosas delicias de aquel momento al raso, que más aparentaba un desafío a la aachez del desierto.

Durante buen rato los madrugadores quedaron contemplando la silueta cada vez más pequeña de la tropa sobre el horizonte, algún ahogado suspiro de mujer, que permitía la sugestión de un romance fugaz en la tira del camino que se iba sin llegar. Hasta que, borradas del campo las siluetas viajeras, el desamparo quedó dueño una vez más de aquella Esquina y Posta del Lobatón.

Desgranándose volvieron a su curso habitual los reducidos menesteres. El comentario al pasado baile interrumpió, no obstante, algún trabajo a medio comenzar.

—¡Alarite el hombre e la carreta mora! — expresaba una de las mujeres, aludiendo al pelo del cuero que techaba el vehículo.

—¡Oh! ¿Y qué me dice e la morena que viajaba en la carreta delantera? — opinaba a su vez uno de los mozos en repre-

sentación del sexo fuerte... ¡Esa sí, que era donosa! ¡Pucha!...

—Asujatámelo, ché... — pidió otra de las muchachas —, de no, vamoja quedar sin hombres.

Los demás, como si no juéramos del pago — protestó, por censilmea vez, Cantalicio.

—Entuavía está en tiempo. De un golpe, no más, puede garrarse a las carretas.

—¡Ah, ja! Y el trabajo pa' el mes que viene, ¿verdad? — volcó de pronto su acento sobre el peligro.

—No hagás juicio, mujer, que ansina andan las conversaciones como perro que no halla ande echarse — rió doña Fe.

Vino la aiesta a tumbar sobre cujas y apuros a casi todos los trashedadores. Pero el oído avizor de don Facundo, en guernuevala a la sombra del corral, descansaba apenas.

Indiferencia o abandono. Quizá fatalismo. Había en ese olvido mucho de inconsciencia que se explicaba por el constante roce con el peligro. No obstante, pasó la siesta sin novedades y llegó la oración, luego de una desgana tarde. Se toldaba el cielo.

—Anecho, a estaj'horas, ardía la cosa... — recordó alguien en un bostezo.

—Y no!... Pero así ha quedado la purlería — se había tomado un trago de uva y no quedán más de tres limitas de carreta y dos porrones de ginebra — puntualizó don Facundo.

—¿Se han tomado? Noj'hemos... taita — rectificó, sonriente, María Fabiana.

Resabía la cena un poco de desagracia. El maestro de posta, regresado de su habitual recorrida, observaba caviloso la obscuridad.

—¡Ah! Sí, otra vez, la luz mal! — comentó desde la puerta, mirando hacia el poniente.

—¿Qué podrá que aventar a los muertos, no más; y bien lejos — propuso su mujer.

—No, Juana — opuso don Facundo —. Los finaos saben ser aquerencias y no se van a dir a dos tirones; ojálá te llevés laj'usamentas para la otra banda! el río.

Una lechuzá chiató largo en la noche. — ¡Cruz, diablo! — se alarmó Julia, santiguándose.

—Ansina sabe pasar, tamente, cuando está por suceder una desagracia. Yo esta noche no duermo, ojálá me peguen un palo en la nuca... — avisó el Nato que esa noche se hallaba de turno.

—¡Aviaos estamos, si le pegaj'al ojo... — protestó Martina.

En el patio, uno de los perros — el Sur — roía concienzudamente un hueso hurtado en la cocina. De pronto, sus orejas y hocico apuntaron con insistencia hacia el naciente, hasta que, dejando el hueso, púsose a ladrar imitado de inmediato por su compañero el Norte, desde la dirección del mangrullo.

Era evidente que alguien se acercaba. Como tratando de contener el avance de la obscuridad, una voz enronquecida quebró la obscuridad.

—¡Ave María Purísima!

La sorpresa apagó toda charla. Alguien se acercaba.

—A ver... ¿estamos tuitos? — inquirió alguno en voz baja.

—¡Ave María Purísima! — repitió la misma voz, acosada por la furia de los perros.

—¡Alto! ¡No te movaj'ó te quemó de un trabuazo!

Era la palabra de don Facundo que menta. Porque sólo un facón empufaban sus orejas. Pero los posibles efectos del trabuazo, a la distancia en que el desgraciado se hallaba, habrían de impresionarle

más que ninguna otra amenaza. El recién llegado se detuvo en seco.

—¿Indio o cristiano? — llegó desde las sombras otra voz acezosa.

—Cristiano.

—¿Qué anda buscando a esta hora? — lo apuró el maestro de posta.

—Han avanzado la Cabeza el Tigre... Lojindios.

—¿Cuándo? A ver... muestre la cara. Pare pa dentro — le ordenaron.

Los ojos de varios fusiles agolpaban su amenaza. Pasó un momento antes que la escasa luz de los candiles mostrara la maltrecha figura del forastero.

—¡Pero si el Almirón — exclamó por fin el Nato. El recién llegado respiró, entonces con fuerza.

—El mismo — dijo. Y penetró en la cocina.

En el silencio condolido que siguió, pudo escucharse el rumor de las moscas amontonadas en una colgante rama de la cumbre, como la mano de abejas sorprendida por la tarde. En el asador se escuchaban restos de un asado de capón. Los ojos del hombre se fijaron en ellos con avidez.

—Tome asiento — le señaló donña Fe una cabeza de vaca, junto a las brasas.

No había obedecido al jefe del forastero, cuando la mano de María Fabiana le estiró un amargo. Silenciosamente, el hombre comenzó a sorberlo. Sus manos así como sus ropas mostraban desgarramientos lacerantes.

—Arsí que... — lo animó el maestro de posta, en cuyos ojos duraba la alarma.

— repitió Almirón como un eco de su evidente congoja. — Ayer, a la oración. Yo estaba en el jagüel. No alcancé a entrar.

Martina reanimaba las brasas para encender los restos del asado.

—Al fin, a la fin — dijo al forastero repitiendo su perdida fuerza.

—Yo me ofrecí a la una de las muchachas le ofreció algo de mazamorra con leche. Nuevamente aplicado al alimento, el hombre tornó a su mismo. Era evidente que la tragedia lo había desconcertado.

—Al fudo no alvirió el capatiz de la tropa que el caso estaba en movimiento — recordó donña Juana.

—¿Como le habrá ido a las carretas?

—comentó uno de los postillones, agachándose a encender en una brasa el cigarrillo de chala que, parsimoniosamente, armara recostado en el horcón central del rancho.

—¡Vaya a saber! — apoyó el maestro de posta, evidentemente preocupado en la observación de la noche, desde el vano de la puerta.

Julia había mantenido expectante, sin que nadie reparara en ella. Incorporada de pronto, fué a ocultar en la sombra el velo de lágrimas que, no obstante su esfuerzo, comenzaba a bañarle las ojeras.

—¿Güeno, aparcero, ahura cuéntenos cómo sucedió eso...

A don Facundo, hombre curtido en tantas tribulaciones, le costaba poner el dote en la laga. Se resistía a lastimar el apenado corazón de aquel hombre, pero ansiaba saber.

Almirón se pasó dos o tres veces el dorso de la mano trahida por los labios poblados de rectos bigotes. Miró en torno, como pidiendo algo.

—Sírvase un negro! — le brindó uno de los muchachos el cigarrillo que le estaba haciendo falta para iniciar el esperado relato.

—Poco tiene que referirles — comentó — la cosa me agarró en eso que estaba por sacar agua al jagüel. Tuista era...

—había advertido movimiento en el campo, pero no creí que estuvieran sobre las

casas. No me habían dao tiempo a pensar, cuando reventó sobre de nuestras cabezas la gritaría y los salvajes. El caballo se me alzó con el alboroto. Fue una suerte, porque era torcido blanco y se devió a lo más bien en las sombras de la oración. Cuando me ganaba en el pajonal, vi que lo siguieron. Y ya sentí el llanto de las mujeres y algunos pocos tiros que medio alcanzaron a parar a lojindios. Al rato, no más, habían rodeado las casas, y... Pa qué les iba a contar. Tendría que suponerme la mitada e la tragedia aquella, ponerme ya no se veía nada de gritos! la muerte, muertes en el correr de los caballos. Nada podía remediar y vide que lo mejor era hacermelos perdz. Gané el campo antes de que me divisara alguno de aquellos salvajes. Cuando iba aljéjando, alcancé a ver un indio que se me venía derecho en su caballo. Dios no quiso que llegara y el flete se le dio güelita, no sé si en una vizcachera o en un tronco tirao por ahí. Sabe Dios... Cuando cayó lo abasé en mi caronero y, de dos punaladas bien adentro, lo despecé al otro mundo. El caballo dio un salto se me alzó y yo me aproveché. ¡...ta que se fiero ver morir a los compañeros! no poder darle! una mano!

—Gatendo, ampama, me fui dando na el lado del bajo e los Quebrachos Viejos; está pantanosos por demás. Dende allí terminando a devisar que el jagüel iba alcanzando a la Esquina.

—Me lëndi en el suelo, porque estaba rendido. Hoy de mañana no me atreví a moverme. Al mediodía, colegi que los salvajes se habían alzo. Tenía pensado acorarme al Carcaraña, cuando me acordé que podía llegar a estas casas...

—...ta que se fiero ver morir a los compañeros! no poder darle! una mano!

—Milagro sería que no se hubieran topado con la tropa e carretas... — observó donña Fe.

—La trenzada hubiera resultao linda, porque esa tropa llevaba mucha gente — expresó el Nato convencido.

—Y se hubiera salvao la posta — apoyó Almirón.

—Esta noche, cada cual con sujarmas debajo e la cabeceira — ordenó don Facundo.

—Mañana iremo! a devisar cómo ha quedado la Cabeza el Tigre.

—Esa noche la vigilancia fue reforzada. Bien temprano se previó el incidente examinando a los alrededores, tres hombres se pusieron a salir con Almirón hacia Cabeza de Tigre. Pero fueron abandonando la posta de a uno, en diferente rumbo para no denunciar su propósito a posibles bomberos; como quien se propone regresar pronto. En la posta solo quedaba el Nato a cargo de aquellas estóicas mujeres.

El polvo del camino hubiera denunciado su presencia en él y rumbo de marcha, por eso resolvieron cortar campo, pesando en los pajonales que aparecieran al horizonte.

—Pero la Esquina del Lobato, ¿cómo le andó en el temeroso silencio de los abandonos. Un viento inopinado comenzó a soplar y la tolvanera consiguiendo fué poniendo sucesivos embudos de polvo en el rumbo de las rastillas.

Un explicable desasosiego movía las escasas actividades de la posta que podía sualmente víctima de un ataque, pero el sentimiento de solidaridad ante el peligro que encadenaba a las poblaciones del camino así como el afán de llegar a tiempo de salvar alguna vida, más fuerte que todos los temores de las mujeres incluso, habían considerado de-

nigrante que, por cuidarlas, dejaran sus hombres de acudir en ayuda de los vecinos.

Serían las nueve de la mañana — la posición del sol indicaba esa hora — cuando alcanzaron la cañada de los Quebrachos Viejos desde cuya banda norte era posible, era dable observar las inmediaciones de la asaltada posta. Avanzando separadamente, irataban los hombres de no denunciar, tendidos en el suelo, los costillares de los caballos a la usanza indígena. Nada se advertía, sin embargo, hacia la Esquina de Cabeza de Tigre, sobre la que planeaban algunos caranchos y cuervos, cuya presencia constituía por sí sola un fúnebre anuncio. El grupo continuó su marcha hacia la posta, pero el necesario resaca...

...Su avance hacíase cada vez más cauteloso y las conjeturas, más diversas. Resolviósse, por fin, que Almirón se adelantara, en razón de su mayor conocimiento de la posta asaltada. Detrás iba el resto, disperso y a la expectativa.

Al caer de la posta, los persistentes señales Almirón ya cerca de las casas, hizo tomar el galope a sus compañeros: el peligro había desaparecido. No obstante, dos de ellos permanecieron a caballo, recorriendo los cortornos, en previsión de una posible sorpresa, mientras los otros ponían en aquella desolación su interrogatorio.

El tintino de las nazarenas despertó el silencio del patio sin torcaes. Ignorantes de la tragedia, chingolos y caseritas cantaban a la vida desde el vecino cardal y, en las alturas tranquilas, el ruido del tero sonaba de acuerdo en el hueco abismal por la alarida del salvaje y los ayes de sus víctimas. Acuciadas por el misterioso atractivo de la sangre, llegaban algunas gaviotas desde el Carcaraña, mezclando su chillona albuza al negro parsimonioso de los cuerpos ya instalados desde temprano o, acaso, desde la víspera.

Apartados, sin atreverse a abandonar el pajonal, los perros aullaban lúgubres. Si optaban por cambiar de sitio, lo hacían lentamente, como entumecidos por el rabo entre los dientes, sin desandando escapar por los entreabiertos colmillos quejidos de impotencia. Hasta que los silbos de Almirón fueron a devolverles la confianza. Los rabos en actividad, pero presto aun el recelo, ensayaban ahora un metro ladrado ante la presencia de extraños.

Ninguno de los ranchos había quedado indemne. Horcones y cumbres escapados las llamas, ergulan al lado de ellos sus carbonizados muñones, para testimoniar la saña del salvaje. En algunos muplones se chorizó el barro aparecía un rastro.

Sobre el naciente y alto, sostenida por una tijera, se alzó la mitad del alero de juncos, como el ala estirada de un pollo que se despegara. Detrás del caído rapo, surgió colgado de los pelos el primer cadáver. Pendía el infeliz de la horqueta de palo parante, a través del cual que se habían practicado los oros en uso de los calcinates. Tal una res. Por varias lanzadas había muerto abundante sangre, ahora coagulada. Los ojos, casi en blanco, parecían mirar al revés, desde el otro lado de la muerte. Horrorizado, Almirón lo reconoció en segundos.

—¿Puede don Andrés! Debí morir peleando. Como güeno...

No se equivocaba. Allí cerca, uno detrás del corral y el otro junto al pozo, los cuerpos de dos indios se hinchaban al sol. Testimonios de la guerra con que el maestro de posta había defendido su casa y su casa. La mujer apareció degollada juntamente con un niño, al pie del mostrador de la pulpería. Algunos rastros de las desgarradas vestiduras denuncia-

capango como por una chimenea hasta desaparecer en el aire. Finalmente había quedado todo en silencio y, durante las interminables horas que siguieron, el aroma viscoso y fétido de la infeliz mujer había visto desfilar las más grotescas y espantosas escenas. Con la tardía luz que le llegara tras las horas angustiosas había ido perfilándose la informe silueta del desgraciado cuya cara estaba húmeda en el agua así como la mitad de su cuerpo. Un hueco viscoso y fétido tal vez se había extendido sobre el agua una vez quito, dibujando extraños arabescos tornasolados. Aquella misma tarde la sed comenzó a atormentarla. ¡Beber! Sólo el barro quitado a las paredes del refugio que vertían esas gotas había logrado saciarla. Era algo su desesperación, la horribleza de la idea de tener que acercarse al muerto para saciar la sed. Colocada como se hallaba en incómoda postura, corría el peligro de caer de cabeza y ahogarse. El baidé y el lazo habían caído en ella.

El ruido le hizo olvidar las cavilaciones que comenzaban a golpearle el cerebro. Este reposo, entrecortado por sucesivas pesadillas, por el frío y la incomodidad de su postura, hizo creer que la luz del nuevo día era la del anterior, aunque le extrañó que un disco de sol iluminara la espalda del muerto. "Debe ser Olegario...", habíase dicho, presintiendo. Horas más tarde pareció escuchar voces, mas diversas lentativas por observar la boca del pozo habían resultado vanas. Hasta que el rodar de la diligencia, cuyo rumor le llegara con singular claridad, le dio la razón. Y más tarde las voces, junto al brocal, arrancándole gritos de acorreo y, a poco, ese desconocido que la llamaba.

—Nunca hubiera podido salir de allí sin la ayuda de ustedes... — terminó, moviendo la cabeza en una vaga señal de Luján, habías sabido ser garboso.

Fue necesario imponerle, a su vez, de lo ocurrido en la posta.

Extraído del pozo, dióse sepultura al peón.

Casi todos los viajeros se hallaban ya en sus asientos cuando se acercó Almirón, portador de un par de botitas.

—¡Laj! hallé, recién, debajo'el catre — explicó a Delfina—. Como la cuja hecha pedazos estaba caída encima, no la alverimój' hoy de mañana.

—Eran de la Dolores... — recordó la mujer. Y sus ojos inquirieron acerca de su suerte.

Almirón bajó la vista, apenado. Ella comprendió.

—¡Pobrecita! Es demasiado linda... —

Y, ahogando un sollozo, se incorporó a la diligencia.

Sobre Cabeza de Tigre volvieron a agitarse las alas de cuervos y caranchos, no bien la solidez se hizo cargo del lugar. Pero el festín había terminado. Y con el sol las aves fueron alejándose en círculos cada vez más amplios.

Una legua, en la posta, la diligencia y sus acompañantes dieron con la tropa de carretas que acababa de hacer alto para pernoctar. Ammorando el mayoral su marcha, se cambiaron saludos, noticias y advertencias. Como dos barcos en alta mar.

CAPITULO VII

—¡Chúna...! ¡Chúna'ah! ¡Chúna'ah! — azzuz Gabino al Sur, su perro favorito. Acababa de asomar en la ceja del pajonal una liebre gorda. Verla el perro y salir como flecha disparada, fue todo uno. El Norte lo siguió al pronto gorgoteando al este. Y los tres desaparecieron detrás del pajonal. Gabino quedó un rato mirando, en la esperanza de que las alternati-

vas de la persecución le permitieran gozar sus emociones.

Sonando a lo lejos, el clarín de Nicasio Gauna lo devolvió a la realidad y reunió a las mujeres que se acercaban al camino. Por אותו rumbo, apareció el Nato. Próximo al corral, su caballo tomó el tranco.

—Viene la diligencia — advirtió, por si no habían escuchado la corneta.

Entrando al corral, se dejó caer al suelo con los colmillos, quitó las cabezas y dejó a su caballo en libertad de revolcarse.

Minutos más tarde entraba al patio la diligencia.

—¡Pucha que ha andao perdido, Nicasio! — abarajó María Fabiana al mayoral sin darle tiempo a que descendiera del pescante.

—¡Me habrán echao de menos, verdad? — replicó su sonrisa envuelta en optimismo.

—¡Y, no! Cuatro meses largos, esperando...

—...lo hacíamos en algún cardal, comido por laj'ormigas y los caranchos — se interpuso doña Fe, haciéndose la atribulada.

—¡Eph! ¡Curse, diablo! — descolgóse Gauna del pescante—. Mire, señora, que yo tengo la carne más dura que guay serrano.

El contacto rápido de sus manos encallecidas selló la cordialidad que los reunía. Ya en tierra, los viajeros seguían esas chanzas con curiosidad y asombro. Les resultaba inconcebible risa tal, fresca aun la sangre de cristianos inmolados. Pero no le dio tiempo convenir que la sensiblería de esas gentes había encallecido a golpes de permanente sobresalto. Tanto ellos como los moradores de la Esquina se observaban, sin recelarse, pero con el ánimo prevenido. Gentes desconocidas entre sí, difícilmente volverían a encontrarse. Con el polvo que el viento arrastra en las huellas, los forasteros pasaban sin dejar rastro en la posta cuya alma llegaban a conocer recién cuando la tragedia se cebaba en sus desprevenidas flaquezas.

Las mujeres acudieron en ayuda de Delfina Vargas. Arrebuja en un poncho que le facilitara Gauna, venía tiritando bajo su húmeda ropa. Doña Fe aconsejó que se la acostara; humeaba la fiebre como quien presiente una tormenta, y se propuso darle de mano. Se lo previno a la mujer de Ortiz, cuya, por cierto, no expresaba satisfacción.

—¡Ah, ja! ¡Ahura que hay que preparar cama a tuita este gente!... — murmuró, trasandando su eterna desconformidad. En ese momento llegaron los perros. Bocas y pechos ensangrentados denunciaban el resultado de la cacería.

—Se la comieron, ¿eh? Perros canallas... —

—los recibió la amonestación de Gabino—. ¡Ya les ví'a sacar las garrapatás! — amenazados.

Los perros, henchidos sus cogotes y orejas del parásito, huyeron a la solita precativa del muchacho y, cada vez que lograba arrancárselos algunas, provocaba tras del pasajero dolor una grotesca mueca de repugnancia en el animal favorecido. Por ello, ante un gesto de Gabino, escaparon a ocultarse detrás del corral.

Robándole los minutos a la mujer en que todos debían colaborar, María Fabiana se aproximó a Nicasio.

—Aquí lo quieren saludar, don Gauna... — mostróle a la Gringuita que caminaba a su lado con visible timidez.

—¡La porra que hemos crecido! — exclamó al forastero, levantando la cabeza a la "pequeña". Ahí le traigo unis' zencillas... — agregó luego de estrecharla contra su pecho.

—Siempre había e zencillas... y después se hace ver con cosas guías — recitó María Fabiana.

—De usted, también, m'he acordao... Faltó a la siesta, ¿eh?

Mostráble ahora un primoroso mate trabajado en madera de retamo.

—Tiene que curarlo con leche y al otro día con cebadura. Sabe ser muy sabroso, así, el amargo.

Lo había emprendido a un tornero del Rosero llevándole el trozo de palo, cuyo perfume trascendía ya.

—Viniendo e sus manos... — iba a agradecer María Fabiana, cuando vivó pasar cerca de ellos a Cantalecio. — Me voy — explicó —, ya me va a llamar doña Juana. En el camino hantro' y era prudente no le llegara las últimas palabras de la reprensión: "Nojotras echando los bote'y la niña e charla..."

Movió Gauna la cabeza, pensativo.

—Cada vez que nos devisa conversando, ella nos corta el habla, Umhuj!

A raíz de este comentario, el regreso de la futura jornada obligaba a demorar el viaje hasta aclararla. Tendría, gracias a ello, oportunidad de hablar con la muchacha y, en todo caso, despejar las dudas que la inexplicable actitud de doña Juana despertaba en su espíritu. Los indios continúan "adentro" y era prudente no aventurarse a transponer el Carcañá, operación siempre morosa y que oponía desventajas a las diligencias.



—Una noche, como quiera se pasa... — contestaba la señora viajera a una pregunta de Ramona acerca de cómo habían descansado... ¡Uhy, qué fresco se ha puesto! — agregó, saliendo al patio en procura de sol y reparo contra el aire ligero del Sur.

A raíz de fresca era alegre la mañana, adecuada para disipar las tristes impresiones de la víspera. Lo resultó por Gauna, mayor tranquilidad a algunos espíritus, otorgándole, de paso, mayor autoridad.

Fueron reuniéndose en el patio viajeros y dueños de casa. Mientras unos charlaban, el resto se aplicaba al mate, cociendo, con o sin leche y pan casero, cuando no galleta de piso. Era el mejor desayuno que podía ofrecerse a los forasteros en esa larga travesía.

Delfina Vargas, ya casi repuesta, se hallaba, también, en la reunión. Repartiendo "buenos días", llegó último a la rueda un joven atildado.

—Menos mal que tuitoj'emos madruga'ao este día... — lo recibió don Facundo como si no se refiriera a él.

—Es que le toció una cuja muy dura y no me podía dormir, seguramente — se interpuso doña Fe.

—Para decir verdad — replicó el aludido, restregándose los ojos —, me dormí tarde. Las vinchucas no me dejaban conciliar el sueño; ni los perros con sus ladridos...

—Siempre que ese un pueblerito roncador, torea' los perros — advirtió el Nato —. Y las vinchucas lo acosan.

Sin hacer caso, el joven fue a sentarse en una tabla dispuesta en tres apoyos no muy seguros, sobre el central de los cuales hallábase ubicada Ramona. Desde allí, alzó el forastero el brazo a la altura que hacía correr el mate. Ella lo había notado, aunque aparentemente no advertir la atención de que era objeto. Cuando le llegó el turno del mate, él fingió no acertar con la calabaza y allegó sus dos manos en una exagerada precaución que llevó sus dedos al borde de la mesa, a la altura de las manos ásperas y rechonchas de Julia. Ponía en práctica, sin duda, el consejo de otro pueblerito, antes de emprender via-

je: "A las chinas, en el campo, no hay que andarlas con vueitas", que corroboraba el refrán aquel: "A la mujer y al barro... por el medio." Alguien, advirtiéndole el hábil trabajo, expresó, sentencioso:

—Será aplico al sueño; no discuto, Pero, ¡cuando se recuerda!...

Ya las muchachas habían cambiado, disimuladamente, impresiones con Julia, que "se dejaba arrear". Con la cabeza media gacha, tomó disimuladamente un aire de "caída" que disociaba con harta inteligencia. Y terminó por sentarse junto al pueblo.

—Yugo de algunas frases triviales para ponerse a tono, contestadas con monosílabos, como cuadraba a una chinita ingenua, el mozo aventuró, por lo bajo, un mandido requerimiento:

—¿Tiene novio, usted?

—¿...?

—Si tiene novio.

—Yo... soy casada. ¿Y usted?

—Todavía no me he acollorado —repuso el joven, por no quedar en blanco.

Martina habíase aproximado por detrás con su mayor disimulo. Alguien alcanzó al forastero un jarro con mate cocido, que éste recibió, incorporándose a medias. Y Martina aprovechó para hacer rodar hacia el centro el tronco que servía de apoyo a la tabla. Quedaba el asiento, de tal suerte, a merced de Ramona y Julia. El pueblo no había advertido la maniobra como tampoco quienes con él charlaban en ese momento.

—¿Viene dentro muy lejos?

—Le preguntó Julia, en arrastrada confidencia y echando mano de una cauderosa sonrisa.

—Desde Buenos Aires. Voy a Córdoba, a estudiar...

—Había sabido ser corajudo!

—¡Bah! ¿Y por qué?

—Mire que largarse solito donde tan lejos...

La señora mayor alcanzó la ironía. Y, previendo algo más pesado, le previno:

—Mire, Goyo, que en el campo, los dormidos velan con un ojo...

Pero el desaprensivo muchacho no hizo caso de la advertencia. O no midió su alcance. En ese momento se pusieron de pie, una tras otra, Julia y Ramona.

—Entuavía tengo que... —alcanzó a decir la primera, cuando la tabla, libre del contrapeso de las muchachas, describiendo una amplia trayectoria, dio vuelta con el estudiante.

—¡Oh!, ¿se hizo daño? —acudieron en contenido risa las mismas que acababan de jugarle tan mala pasada.

—¡No! ¡Qué esperanza! —levantóse Goyo, avergonzado, sacudiéndose la ropa.

Y llegó a tiempo la agria amonestación de doña Juana, desde la cocina:

—Ya eñhora e que se sosieguen y respeta a la gente! Corrió a las chinitas. Afortunadamente, una sola salida de los perros desvió la atención general hacia el otro lado del camino.

Esa mañana de otoño, el sol atemperaba la fría caricia del viento sur, inspeccionando suavemente el cielo cierto optimismo en los espíritus y agilidad en los pies.

Cuando María Fabiana, llevando a la Gringuita en ancas de un oviero maceta, se acercaba a la Cañada de los Quebrachos Viejos, Nicasio Gauna, que ya la había divisado, levantó la cabeza. Termina en ese momento de pasar el lomo de

su cuchillo por costillares y panza de su caballo, a fin de escurrirle el agua del rocío. Se agachó luego, buscando una mata de paja colorada donde atar el cabestro. Enjuagó manos y cuchillo, pasó éste por sus botas de potro y lo envainó. María Fabiana estaba ya a punto de apearse.

—Me le vine a doña Juana que anda atareada —explicó la muchacha.

—Entonces, la convidó a hablenmo' a gusto y sin bomberos —repuso el hombre—. Ni que no'hubiéramos apalabrado...

Se refería a la insólita vigilancia que la mujer del maestro de posta ejercía sobre ellos desde tiempo atrás.

—Estoy a su mandado. Nicasio —replicó la moza, mientras buscaba, a su vez, en dónde atar el caballo.

—Prieste el cabestro... —se adelantó el mayoral—. Aquí, juntos, no'harán sombra. Podemo'asentarnos.

Con la Gringuita sobre sus faldas y sin más preambulos, el hombre entró en materia.

—Dende aquella ocasión en que quise hablarle a su padre, poco no'heims visto. Agatas dos veces...

—Eso es.

—Luego anduve enfermo —prosiguió el mayoral—, por eso me perdí un tiempo.

—Algo e cuidado?

—Nada, hija, gracia' a Dios. Sino que, demientra andaba e balde, tuvo oportu-

—Anura falta que hallenmo'el campo, la estancia que supo ser de su padre; y en que manoj'está. Y que Dios diga la última palabra.

—Usted manda, Nicasio.

—Pero con su licencia. De no ser por sus derechos, ni juicio le haría al asunto, que no me interesa. Esto quería decirle, María Fabiana. Y decíselo sin vichados —terminó, levantándose—. Na Juana parece que no se dorme.

—Es que Canticlio me anda pretendiendo.

—¡Ah, muchacho advertido! —rió el mayoral. Y al cabo de unos segundos, como si recapacitara, preguntó con un raro acento en su voz:

—¿Y usted?

—¿Y? ¡Qué ocurrencia, Nicasio!

—Perdone, hija; me hacía falta que usted mesma lo dijera...

—Ya se está haciendo tarde —advirtió María Fabiana, incorporándose.

El mayoral alzó la vista y comprobó que la mañana se licanzaba a su término.

—Si la... ¡Yo aprobo! —a deben ser las doce; no sea cosa que na Juana me la rete... —

Cuando llegaban a las casas, el sol marcaba ya una mediodía radiante.

—Ande anduviste metida tuita la mañana —recibió a María Fabiana su madre de adopción.

—Acá y... allá en la Cañada.

—Siempre que hay algún trabajo, vos te perdés —la retó doña Juana. Y viendo que detrás de ella llegaba Nicasio:— O ¡anda' alzada? —le escupió su sospecha sin ambages.

—¡Alzada! —yo —replicó airadamente María Fabiana—.

—No ofienda'e vicio, señora. Y si le estorbo...

Caló de pronto. Quedóse mirándola, como si recapacitara.

Hasta que optó por retirarse, filia la vista en el suelo. Era la primera vez que la huérana reaccionaba así.

Pero habíase ya interpuerto don Facundo Ortiz.

—No olvide, señora, que esta moza es nuestra hija y que no tiene p'nde devisar —reconvino a su mujer.

—Parece tuíto lo contrario —repuso intencionada y molesta, doña Juana.

—Nunca, que yo sepa, te ha dao motivo pa que le faltés. Ahura, si querés que busque otra querencia...

—Pa lo que me aflige.

El incidente había tenido la virtud de despertar la aparente indiferencia del mayoral, que escuchaba callado.

—Entuavía me va a poner en el caso de alzármela... —murmuró desde la puerta de la cocina. Y escupió como quien tira lejos una mala idea.

María Fabiana fue a cobijar su pena detrás del horno.

—No le hagás juicio, muchacha —la consoló doña Fe, que había seguido detrás de ella—. Esa debe andar ía y la cabeza...

No cabía en su cerebro otra explicación. Nunca habíasielse ocurrido suponer un entendimiento entre Nicasio y María Fabiana; pero, como nada obstaba a ello y la costumbre del desierto lo autorizaba, dió en pensar que, a lo mejor, esta incidencia podía traer un sorpresivo desenlace.

—A lo mejor... Cosas de una, no más. Porque cuanto más se lo tiremos, más porce el ternero pa la teta...

Y, llevando a María Fabiana de la cintura, se reintegró a la cocina.

EL FAMOSO METODO DEL INSTITUTO LINGUAPHONE

LE PERMITIRA APRENDER

INGLES O CUALQUIER OTRO IDIOMA

RAPIDA Y COMODAMENTE EN SU PROPIA CASA

SOLICITE PROSPECTOS
FLORIDA 209 P. S



nidad e llegarme hasta La Caledonia. ¡Recuerda que le contaba, este año pasado, que había hallao un forastero en la Pulperia e los Gallegos! Ah, ja... le conté que el hombre había conocido a don Alvaro Cruz.

—Ansina es... —asintió la muchacha en un suspiro.

—Como le decía... Si el hombre no me había evocado, allí me sabrían dar razón de su padre.

Los ojos de María Fabiana inquirieron ansiosos.

—Y d... no más, con las noticias que buscaba. Don Alvaro Cruz supo ser estanciero muy mentao en el pago e Pergamino. Tenía un campo de ocho leguas'atravesado por la Cañada e Rojas. Hasta había adquirido un tarquin y algunas vaquillonas, pero agatas pudo ocuparse de ese plantel cuando tuvo que ausentarse pa Córdoba, und acababa de morir la esposa, su mamá, Fabiana... Venía e güelta, viajando con su única hijita, en la misma tropa e carretal'ande traiba el equipaje, cuando... lo mataron los indios. A un le han contao muchas veces, hija, como jué aquella desgracia...

La palabra de Nicasio Gauna había ido apagándose, ahogada por la emoción y el deso de no mortificarla. Luego de un corto silencio, el hombre concretó:

Dentro de la pulpería los viajeros rodeaban a un extraño personaje. Había llegado éste al filo del mediodía, montando un caballo que parecía moverse gracias a un mago. Andaba en una amplia centuria su rostro curtido, como plegado a plancha, y el antiquísimo sombrero requintado dejaba ver la frente cuyas arrugas recordaban esas sinuosas líneas paralelas que deja la gradación del mar sobre la arena. En su amplia melena blanca no se habría hallado un solo cabello oscuro y, junto a ese decado de estereotipadas impermes, el par de ojos negros "entruvía se comedia a devisar...", según su afirmación.

Nicasio Gauna llegó que ni de encargo para presentarlo.

—¡Buenos días, señores! ¿Ves, don Gaudencio — soltó el mayoral su sombrero al estrecharle la mano.

—También los míos tienen esa dicha.

—repuso el viejito con voz atiplada y parsimoniosa.

Gauna lo conocía por haberlo encontrado una vez en Cabeza de Tigre, haciendo acopio de café y provisiones.

—¿Qué de güeno lo traí por estos pagos?

—De güeno, muy poco, aparecer... ¿O no se han enterado del malón de lojofortos días a la Cabeza del Tigre?...

—Antier, como e'el costumbre mio, me dejé caer en busca de viejito y pronto... ¿qué hallé? Pues la posta quemada. Sí, señor, como me oyen. Le bajé el rebuque a mi chuzo y no paréjofortos hasta el rancho. ¡Sí, señor!

Para ahuyentar malos recuerdos, el viejito apuró su vaso de café y dejándolo después parsimoniosamente sobre el mostrador, pasó con fruición la mano sobre sus cuídos bigotes.

—Pero, vea... No estábamos ¡noticias del estropicio, don Gaudencio — interrumpió el maestro de posta, haciendo una guiñada significativa que los presentes interpretaron inmediatamente. María Fabiana le explicó al explicar a un anciano de esa edad los pormenores de la reciente tragedia. Era caridad y prefirieron dejarlo en ilusión de la primicia. Ausente por momentos, el viejito parecía alejarse hacia recuerdos donde ninguno de los contentillos hubiera podido acompañarlo. Era evidente que su arribo a Cabeza de Tigre había coincidido con su abandono por los indios y precedido a la llegada de Almirón y sus acompañantes.

—Y usted, señor, ¿no tiene miedo de andar solo por el campo? — lo interrogó la joven Juana.

—Miedo, dice? De andar, hija... Ah, ja — aclaró, luego de mirarla bien —, si usted no había sabido ser de este pago, pues... —No, señor; soy viñera.

El viejito, como si no hubiera oído la aclaración, continuó con su pensamiento: —¿Por qué iba a tener miedo, si yo soy aquí a dos leguas!... A mijónes, lo mismo da un zito que otro... Y se hizo servir otra copita de café... ¿Gusta, moza? — ofreció a la joven.

La viajera agradeció y otro de los forasteros, que buscaba escucharlo, interrumpió.

—Pero debe ser muy feo eso de morir lanceado por indios tan sin alma.

Durante un momento, el viejito gauchesco permaneció callado. Parecía abstraído en busca de un argumento con que probar lo que él proponía responder. Lástima que, levantando con cierta dificultad las aldras de su poncho y luego sus ropas de color indefinido, mostró sobre la rugosa piel de su costado y junto a las costillas, un largo desgarrón cicatrizado muchos años atrás.

—¡Ah, ja! Un lanzazo e mi flor — observó don Fausto, mientras la muchacha se empenaba en examinarlo.

—Me lo hizo un indio relacón... una

vez que no avanzaron en los campos del fino Geresito, junto a la laguna e Milinéc.

—¡Abrán pelcado fuerte — dijo uno.

—Sí, señor — belamos lindo. A defendernos. No éramos melicos, pero le andábamos cerca. Algunos la sacaron pior que yo.

Cuando un rato después y junto al fogón, el viejito lidiaba con una presa de coveja, insistió murmurando:

—Una muca que quiso ser risa extravió se en su desdentada boca que, por ratos, se escondía entre los blancos bigotes.

Pasada la siesta, don Gaudencio rumbó hacia el nordeste. Su rancho, según afirmaba en la otra banda del río, que le era necesario transponer. Se ausentó tan parsimonioso como había llegado. Aparentaba no tener prisa, ni por llegar ni por morir.

Desde diferentes rumbos volvieron las parejas que habían salido a reconocer, una vez del Carcañabá y otra los alrededores. Ambas regresaban sin hallar novedad; no habían encontrado rastro alguno ni observado movimiento en el campo.

María Fabiana comentaba en el patio con la joven viajera los relatos del anciano. La madre de ésta se acercó en compañía de Martina.

—¿Cómo es posible que estos hombres soporten privaciones semejantes y afronten tamaños peligros? — decía la señora.

—¿Que permanezcan así, indiferentes, frente a la muerte; que no le huyan!

—¡Oh...! ¿y de ahí? ¡Pa que estamos nojeras! — respondió Martina, convencida.

Entre mediatunda y pasmada, la forastera se llevó una mano a la mejilla.

—Tiene razón, mujer — dijo al fin —. Tiene mucha razón.

La señora no habían sabido quedado pensando, gacha la cabeza, como agobiada por algún problema.

—¿Usted es casada? — la sorprendió de pronto la joven forastera.

—No, niña. Soy moquita — replicó María Fabiana. Y, adviniendo el porqué de la pregunta, agregó: — Esta criatura es de una finada que descansó ahí no más... — señaló su mentón hacia el cardal.

—No estuvo enamorada alguna vez? — insistió la forastera.

—No sabría decirle. Ocasiones, se me hace que... Pero, no, ¿de ande!...

La miró en derredor, como si buscara un hombre a quien reprochar su falta de interés frente a una mujer tan denosa y que rebalsaba simpatía. Sus ojos tropezaron con Nicasio.

—¡Ahí tiene un hombre. ¡Lindo gauchito! — comentó con aparente indiferencia.

La miró y guenzó. Pero el algo así como un padrino mío — explicó la muchacha — Me conoce donde que yo era así e chiquita — bajó su mano extendida. Y a sus ojos asomó una sonrisa cordal.

La viajera suspiró. Miraba ahora la pampa inmensa, abierta como una perlejada. Era ya la oración, era hora de recogimiento sin preces, de exaltación sin palabras. Hora sin minutos, hecha sólo de momentos en sucesiva gradación de ánimo y colores. Gravitación de infinito, a cuyo amparo el recelo se aproxima apamposado, esperando la oscuridad para manifestarse.

Viéndola abstraída, María Fabiana no se atrevió a importunarla. Por fin, como vuelta de un sueño fugaz, la joven hizo chasquear los labios y sonrió. Y ambas se dejaron arrear lentamente a las casas por el andar mudo de la noche.

Bajo el alero tropezaron con dos sombras.

—Entonces, lendremos que diriojantes de que dentre el invierno. De no, va a ser duro eso... — convenía la voz de Almirón.

—¡Y, no! Pero nojotros solos... — opuso debilmente la mujer, ya decidida.

—¡Fació me ha prometido darnojuna manito.

—¡Ansi e'otra cosa. Podemos dirnos mañana mismo.

De esta suerte quedaba sellado el destino de Delfina Vargas. Unida al único hombre que previerde de Cabeza de Tigre, ayudaría a reconstruir la posta y a mantenerla. Casi sin solución de continuidad, renovaban la lucha impuesta por el destino esos forzados de la vida, en el desierto. Constante lucha entre el amor y la muerte. ¿Quién o qué obligaba a esas gentes a vivir allí, tan alejados al borde de la amenaza? Estaba en sus manos salvarse del peligro, buscar en zonas más seguras la subsistencia y la tranquilidad. Pero, como a los pájaros nacidos en jaula, cobijaba la libertad de huir hacia lo desconocido. Prisioneros de esa libertad, ¿qué los retuvo allí, en la tierra, tal como el árbol, que sufre lo mismo aquí o allá, azote del pámpero y nunca sueña en mudar de arraigo.

—No... si son volvedores. Como laj'hor migas — opinó casi alegre don Fausto, al enterarse de lo resuelto por la pareja.

Pero, cuando supo que dos de los muchachos irían a ayudar en la construcción de la posta, ya la idea no le pareció tan buena. "Que se juevan de una vez... pero sin llevarse nada".

—Noj'haría falta otra yunta — sugirió Almirón, aludiendo a la posibilidad de que alguno de los muchachos se acordara de las penurias en Cabeza de Tigre —. La Ramona no se atreve...

Ramona no porque. Porque le constaba que al Nato no iba a sacarlo de allí. Era el hombre de confianza de don Fausto Ortiz.

Ella Juana buscó en seguida con la vista.

—¡Ahí tenés, che — propuso a María Fabiana que estaba de pie junto a la puerta —. ¡Ahí tenéj' Cantacilio. Se me hace que harían güena yunta.

Las muchachas se miraron. El Nato se rascó la cabeza y escupió a las cenizas con desdago. Unicamente el aludido sonrió, alisándose los malos bigotes. Su madre lo miraba, ansiosa por acuciarlo con ojos que parecían decirle: "¡Animáte, zonzó, hacéle un dentre!". Pero, cuando volvió la vista hacia la puerta, María Fabiana había desaparecido.

—Se voló la palomita — rió Gabino que estaba en todos los golpes.

—Vos, tragaté la lengua — lo reprendió su madre fastidiada, al tiempo que le propinaba un disimulado torismon.

—Puede, mamá! No pelamos tan fuerte... se quejó el muchachito. Y salió mohino, por la misma puerta.

—Se va detrás de la paloma... — venegó Cantacilio. Pero nadie festejó su pulita.

Aclaraba cuando Nicasio Gauna, fingiendo atender un sinje, se acercó a María Fabiana. Las sombras protegían su confidencia.

—Pa este otro mes ya estaremos de gielta. No bien llegue al Pergamino, largo la diligencia con otro y me voy pa los campos de la Espuela. Y en el otro viaje, Dios quédalo que no se vea.

La muchacha estrechó su mano en silencio. Y entró en la cocina.

Asamblea el sol cuando la diligencia se puso en marcha. Los ojos y el corazón de don Fausto fueron siguiendo su rastro de polvo, hasta que, al fin, en el paso del río, la veta que María Fabiana dejó el mangrullo divisaba el vado. Al maestro

PERLAS!... SERAN SUS DIENTES SI USA DENTIFRICO ITTORGEN

de posta le pareció un siglo el tiempo empleado por los viajeros en transponer el obstáculo. Recién cuando un penacho de polvo anaranjado resaca desde la marcha por la banda norte, siempre algo más segura, el maestro de posta respiró tranquilo y la muchacha descendió del manguirulo. El campo también estaba quieto.

Martina y Julia encaronaron el palo del norte, el vano de las puertas, como encandilados de la ausencia. Otra vez, como a María Fabiana y hasta a don Facundo, quienes solían experimentar esa suerte de desazón a poco de partir la diligencia. "No alcanzan a calentar una pieza, cuando ya le están cosquillando la faldasentera y se alzan a buscar acomodo en otro lado. Es que se termina la curandera, el glossador, el viejo proverbio preferido de Cantalicio: "el bien no es conocido hasta que no es perdido".

—¡Ya le pegaron por la otra banda!—dijo el hombre la noticia. Y fue como si un aire hubiera puesto a tono los espíritus.

Al día siguiente, por la mañana, Almirón, Delfina Vargas y sus dos acompañantes rumberon hacia el naciente. La posta de Cúbeza de Tigre habría de resurgir en breve plazo. Como un renuevo sobre el campo quemado. Y una vez más la Esquina del Lobato quedó "lo mismo" que el cajín caído en el camino". Tal le resultaba al Nato la soledad que, a cada nueva ausencia, volvía a achicar la posta.

CAPITULO VIII

Hace largo rato están dos gauchos en la Esquina; en su pulpería. Uno, de mediana estatura, fornido, mirada amplia y tranquila, se halla de pie junto al mostrador sobre el que algunas moscas aprovechan el morado desperdicio de recientes libaciones. El otro, flaco, largo, esbello, agachase estrado, como suspendido del trasero. Acodado sobre las tablas, alarga la confianza hasta rozar sus ojos con los del interlocutor. Diríase un par de figuras de cera en cuyos rostros una preocupación hubiese estereotipado algún difícil problema. Resulta impoible alpa, el aparente inquietud de esos dos hombres que hace una hora se encontraron luego de un mes largo de no verse. Hasta que el flaco, por vía de descanso, cambia de postura, elevando la recostada mitad de su cuerpo, y recita parsimoniosamente:

—Creáme, aparcero; se me hacía que la vaquillona empastada era la picasa.

—No—responde el otro, apurando el resto de sangría que le queda en el vaso—, fue la overa vieja; una que ya no daba leche. ¿De ande, vaquillona!...

Se mano lizada limpia la conciencia el poblado bigote con gesto despacioso. Saca, después, la maniñera de la guacha que pende del facón—esa guacha que un amigo del Entre Ríos le dejara de recuerdo, "van pa los do' años"...—y tras del "ya está pago" con que termina el gesto de su amigo sobre el tirador, ambos se disponen a abandonar la pulpería mientras, detrás de las rejas, don Facundo procede a enjuagar los vasos usados.

La estrecha abertura de acceso se ha oscurecido unos segundos, hasta que, eliminada la obstaculizante presencia, vuelve a penetrar toda la luz de afuera, como agua de un canal. Poco rato más tarde y tras de unos momentos en vaga observación del horizonte y acomodo de los apores, parsimoniosamente que más sugiere un ritual, ambos se alejan hacia la nada de esa pampa donde se agitan bullosos resaca ramos, no sin dejar antes a don Facundo "memorias pa todos".

Satisfechos, como sincronizando idéntico propósito, levantan el brazo derecho

del que penden sendos rebenques, y ambos caballos toman el galope a una leve inclinación de los torsos anticipados; obedientes más a una sugestión que a un estímulo. El horizonte se encargará pronto de dogmatizar sus respectivas siluetas. Pero antes, como los pájaros grandes, han mirado el círculo enorme de la llanura límite; como ellos, la han contemplado, acaso sin penetrar su esencia.

Desde el borde del corral surge, entonces, la figura de Ramona que se ha dejado estar en la zona, ascoldándose como una iguana. El rumor del doble galope acaba de ponerla en pie.

—¡...que los tiró!—murmura, divinando.

Antes de que prosiga su soliloquio, la voz de Julia recién asomada, corta en seco el desahogo proz.

—A mí, también, se me juearon—protesta, sobadora—. Tarde piaste, hermana...

Ramona se reintegra a las casas, más disgustada por haberse dejado sorprender en sus sentimientos que por la ocasión perdida. Julia queda sola, frente al campo silencioso.

—Endeveras, ¿eh?—murmura, entonces, para sí... ¡Que los tiró e las patas!

Sus ojos siguen tras de esa ilusión momentánea. Y en la aspreza restregada de sus manos se desganan ahora los minutos muertos.

Falta poco para que el otoño ceda paso al invierno. Tránscurse esa época en que ambos parecen luchar como ancho río y mar enorme. Y en la barra virtual del tiempo inestable, chocan indecisos el calor y el frío. La jornada se va en largos silencios donde sobrenada el desconcierto. Al hombre le resulta imposible erigirse espiritualmente ante el agobio del cielo desparramado sobre la enorme pampa siempre enigmática. Y esa gravitación redunda en somnolento apatía, en indiferencia ante el rigor de la vida. Poráneos tras-humanos y desaprensivos puebleros mal interpretan la razón de tal indolencia. Vivir a la orilla de esa ruta amarga, sobre ese camino de machos, se hace penoso.

El viento comienza a sollozar en los quinchos y el Camino del Sur se despeja como vibora en pechecho.

Fuera de esas cuatro paredes de chorizo; de aquellas tunas entrelazadas casi desde el tronco al palo a pique, y el claudicante manguirulo que se esfuerza por dividir empinado sobre sus chucos sostenes, la vista no halla dónde apoyarse, como tampoco el pensamiento que suele envolverla. Y se va, de una hebra, hasta el confín del horizonte, sobre cuyo enigma huido dilúyese, lo común, en una perenne conjuntura.

La lluvia estaba ausente desde hacía largo tiempo. Por fin, tras del proceso maderativo correspondiente, el cielo quedó una parte cubierto y ceñido. La oración llegó propiamente para el juego de los relámpagos. Con el último bocado así fueron recorriendo todos en la posta, a la que ya habían regresado los ayudantes de Almirón.

Uno de los postillones, que hacía guardia bajo la ramada, se hallaba intrigado. Desde un rato, a cada pantallazo, venía corriendo hacia el juego de los relámpagos, movía, a tiro de bolas, entre el pajonal.

No pudo con la sospecha y se levantó de junto al fogonico, entrando en la ocupación.

—¿Ande va?—lo interrogó Cantalicio, en voz baja.

—Vide una sombra; anda como bombeando.

Agazapado, esquivó a su vez a la denuncia del relámpago, palidó en su cintura el facón. Y se fue achicado, apampándose. A tiempo de erigirse, ya sobre el pajonal, vio otra vez la sombra que, como si descubierta, vacilara.

—¡Salí pal limpio, indio sotreta!—alcanzó a gritarle Romualdo.

A eso, como a estímulo, saltó. Pero con el característico brinco de una gama. El animal, corrido por la tormenta, había dado inopinadamente con la posta. Riendo de su chasco, el postillón se volvió a las casas.

—¿Y?...—lo interrogó Cantalicio por lo bajo.

—Era un cacique—respondió el otro—, amargo el indio, eh; no quiso pelear.

Cantalicio lo amagó con un palo. Ambos, nerviosos más de tormenta que por otro motivo, permanecieron largo rato sentados junto al fuego, al que se hizo necesario cubrir porque el viento comenzaba a espumar las cenizas. No quedaba, además, otro que los relámpagos.

Ya a plena tarde había llovido un poco. Chaparrones esporádicos despertaron a lo largo del camino ansiosa expectativa de suelo reseco. Y en el tenue polvo oloroso a campo exhausto, que el castigo del breve agüero había levantado en las llanuras, quedó una perspectiva de inminentes bendiciones. Más de diez días amagando tormenta bajo un calor que superaba en mucho a la temperatura normal, había cargado de electricidad la atmósfera, sobrecarga afluente ya en el desasosiego de los animales y contraindicado en sus conductas una perspectiva de naturaleza durante los tres últimos días. Quedó como que las nubes no querían o no podían descargarse. Luego de ese chaparrón, el cielo continuó hurano, en ceñido grisáceo que nada prometía.

Los relámpagos jugaban ahora con la noche poniéndose fugitivos varices al cielo. De improviso, un breve chubasco que apenas alcanzó a durar un minuto, cayó como por error. Nuevamente la calma, acentuada para alertar, en inexplicable desasosiego, los ánimos despiertos. Dentro de las casas, a excepción de los niños, nadie dormía.

Los relámpagos continuaron su juego. Si el relincho de algún caballo suelto no bastara a denunciar su presencia, la luz intermitente, limpiando el campo de tinieblas, dibujaba en fugaces trazos su silueta. Detrás de ellos fueron llegando truenos opacos. Dirigidos como extraños pájaros, aullaban por sus bocas un gigantesco diálogo de voces graves. No mediaba aún la noche cuando todo quedó en suspenso. Las varices dejaron por un rato de atormentar al cielo y hasta los truenos languidecieron, agotada su charla de titanes. Una quietud, por momentos extraña, comenzó a gravitar sobre los campos que despedían ahora un inusitado olor a bestias en celo.

El hombre percibía en su epidermis lo irreal de semejante quietud, cuando inopinadamente un rayo desgarró el taimado silencio de la noche. Rayo violento que fue, recto a herir, la esbelta figura del campo desprevierido. Y, de inmediato, parecía que, por contraste, el silencio hubiera crecido en amenazas. Pero, bien pronto, otro rayo equivalente contestó al

primero; y, sin tiempo a apagarle la detonación, otro más tonto y pavoroso el cuadro ya inquietante. Dos minutos, escasos, y un enorme toldo de nubes se rasgó en el esfuerzo ennegrecedor del cuarto rayo, que pareció haber caído muy cerca de la posta. Quebradizo, el llanto de la Gringuita se ahogó contra el pecho de María Fabiana.

Luego del estruendo, la pulsación del silencio, percutiendo en las venas del hombre para marcar el transcurso de cada segundo de espera. Pausa breve y otro, más alejado aunque no menos violento, cayó con fragoroso estrépito y se fué, dando tiempos por el cielo, a despertar pájaros distantes. Transcurrieron los segundos. Torsos agachados esperaban envueltos en la angustia. La tregua parecía hecha ex profeso para agudizar el espanto. Instantáneo, el chasquido de una cuerda arrancó a la guitarra del Nato un magnífico desahogo, sorprendiendo a los cobijados en la cocina. Con los miembros recogidos, aguardaban los ánimos el instante del próximo sacudimiento. Una de las mujeres dió en pensar "cómo lo estarían pasando Almirón y la Delfina", cuando un nuevo rayo, seguido de tres más en un tiempo sin minutos, desahogarían la calma desconcertante de aquella tormenta seca, durante la cual no se acertaba a establecer qué era más espantoso: si el estallido del rayo o el sosiego absoluto en que quedaba la tierra entre uno y otro castigo. Era como si cada rayo pasara en la bóveda, al elevarse y caer, entre ese rasguído de cien telas y el estallar del trueno, transcurriera la agachada angustia del hombre, iluminada por ennegrecedor relámpago, como para sumir aún más aquellas miserables humanidades en un redondo estremecimiento de leguas.

Entretanto, echábase de menos al viento. Fuerte olor a ozono penetraba desde el campo, empujado por los refusos desorientados. En la oscuridad de los ranchos, la palabra estaba ausente. Durante las treguas, algunos pollos escapados al dormitorio bajo el mangrullo, reclamaron su derecho al resaca de las treguas, y desde abajo de los catrebajaba lento un persistente olor a perro mojado. Nueva sucesión, ahora de tres rayos, ocupó el tiempo de dos minutos cabales.

Como si desde el corazón de la posta atribulada se desparamara en ondas sucesivas el trémec celeste agrandado por concéntricos espantos para finalizar desmayando en horizonte de rezongos. Y, otra vez, la calma exacerbante.

Ni un solo grito de mujer se atrevió con el silencio y resultaba éste tan espeso que habría sido difícil escapar con un llanto. La luz del relámpago mostró a Remualdo y a Canticelio dentro de las piezas donde los intervalos sin dimensión hacían más atroz la espera del ánimo, apenuscado ya hasta lo indecible. Y, al gradual alejamiento de cada retumbo, florecían nuevas destempladas apariciones por suceder. Durante uno de esos respiros, el lejano mugir de una vaca llegó como reproche hasta los hombres amedrentados.

Bajo esa noche picaresca de fluorescencias, a cuya luz intermitente las lagunas perparaban abortadas de pájaros entredormidos, la posta destemplada aparecía en la quietud pavorosa de los campos, sobre los cuales ni una gota de agua había caído desde el comienzo de aquella tormenta seca.

Y llegó todavía la más espantosa de las llamaradas, prorrumpiendo en frenético resaca. Fue un relámpago de luz violenta y, sin solución de continuidad, el estruendo brutal desliziándose hasta el impacto. Tres de ello, aquel olor a azufre sobre toda la población.

Cuando todo hubo callado, bajo un penoso abatimiento, la enardecida voz del maestro de posta, asomado al silencio, atrevióse:

—¡Centella!... —murmuró.

Quince rayos con sus truenos entrecorridos al imparable latir de once minutos habíansen acumulado en la angustiosa soledad de aquella noche interminable. Lo increíble en once eternos minutos. Los enojados, también, estallando encima de la apagada voluntad de aquellas gentes, las nubes todas de excedida gravidez cayeron por fin en aguacero sorpresivo, enteras casi, sobre el suelo todavía duro, para estrellarse crepitosas, libres ya del atterrador proceso eléctrico de la tormenta extraña. Recién entonces, los espíritus, tensos como el acero, la guitarra levantada hasta lo increíble, empezaron a comprender el tamaño de su tribulación. Pero lo inaudito estaba cumplido. La lluvia se aplacaba, ahora, a la tarea de atemperarlo todo. En el patio, las gotas procesas redebaban sus aplausos.

Sobrio aún el hombre siguió pensando en Dios un largo rato.

Y toda esa noche, la lluvia torrencial acunó el sueño entero de la posta.

A la mañana siguiente, Gabino avisaba que el mangrullo se había venido abajo.

—La centella... —repitieron los labios amedrentados de don Eusebio.

Bajo la torzidez de un cielo encofetado aún, los pajonales prosternados observaban un mutismo vergonzante; y sobre el camino, los charcos miraban fijamente al cielo. Chaparrones insepultos, había algo de humano en sus pupilas vidriosas. Pero, los cinco días de la lluvia, algunos de ellos exhaustos y sobre el camino planchado de sol, comenzaron a florecer en cáscaras de barro.

CAPITULO IX

Un azul profundo se hundía en el firmamento diáfano. Al socaire del muro oeste, el Nato luchaba por "sacar" un estilo que escuchara en la guitarra a un forastero, esa mañana. Junto a él, los ojos descaecidos de Martina, con esa cariñosa tristeza que deja el amor en la mirada, lo contemplaban. Bajo el párpado inferior, arrugado de reincidentes ojilias, una línea oscura subrayaba lánguidas ojeras.

Julia, Ramona y María Fabiana completaban la fila acurrucada al amor del sol. Cerca de ellas, Gabino y la Gringuita jugaban a "enlazar toros".

Tengo los dedos engarrotados... —se quejó el Nato.

Esa tarde en pleno invierno, el frío, a través de los abiertos campos del sur, hacíase sentir sobre los moradores de la posta que, ocupados o no, se solazaban aseolándose. Doña Juana y Canticelio, recostados contra los cepos del corral, conversaban. Y el resto, pero todos al sol, se ocupaban en algo.

De esas cuatro mujeres jóvenes, sólo Remona no había hallado en la posta quien se acordara de ella. Su físico exuberante concordaba con una aparente quietud temperamental. Era, sin duda, la más tranquila y nada alteraba su habitual tranquilidad de aquí más allá.

Los conocidos torcedores de María Fabiana, disimulados por la mansedumbre de sus ojos en perpetua sonrisa; la pasión de Martina por el Nato, y la reciente, fugaz, experiencia de Julia, fresca aún en la permanente humedad de sus labios que nunca cesaban de constatar la inusualidad convencional de Ramona. Cuatro mujeres y cuatro problemas, aunque sujetas todas por imperiosas exigencias del sexo a un ineludible destino. Largos silencios

abrían en paréntesis el coloquio interior de esas jóvenes sin mañana.

—Estaré condenada a no casarme nunca... —pensaba María Fabiana, clavada la vista en una palina con polvos que se afanaba por hollarles alimento— ¡El hombre aquel!... ¿Ande habrá ido a dejar su osamenta? A este otro... lo quiero... ¡con carne y alma! ¡Bah! Ni yo misma sé 'e que laya lo quiero. Ocasiones... —dejó de pensar como si hubiera el confesarse a sí misma. A la cual que las otras, volvía a experimentar el escorzor de la sangre. Entre ésta y el mandato extravagante de la finada, una lucha había comenzado a entablarse. Mirando jugar a la Gringuita, se lamentaba:

—¡Yo que tengo hecho el cuero y el alma me mueren!...

—¡"No dice!" —protestó en el opuesto extremo, una vez más, el Nato, aludiendo al acorde que, en vano, buscaba—. ¡E'jal fiudo; no dice!...

Dejó la guitarra sobre sus rodillas. Julia hizo zagar, entonces, los dedos entre los cuerdas.

—¡Yo que va a decir, si está templada al aire... —rió la muchacha.

Efectivamente. Rectificada la afinación, el acorde sonó como debía.

—Ya estubo, también... —sonrió el Nato.

—¡Ah, ja! Gracia! a mí. Sé templar mejor que vos... —replicó Julia con intención.

—Eso habría que probarlo —retuercó el Nato.

—Ni falta que hace... —se enroscó Martina.

Maria Fabiana se retiró a calentear agua para el mate. Al verla entrar en la cocina, doña Juana separóse de Canticelio y fué, disimuladamente, en su seguimiento. Pero no estuvo un minuto en la cocina y salió de nuevo en busca de su hijo que aún seguía recostado en uno de los cepos del corral.

—Aprovechá ahura que está sola... —lo animó.

Maria Fabiana se incorporó al entrar el postillón, que se le arimaba en silencio.

—¿Qué buscas? —preguntó alertada.

Sin decir palabra, Canticelio le rodeó la cintura y pretendió besarla. Pero María Fabiana, alzando de un poyo el cuchillo con que terminaba de avivar las brasas, le amagó un golpe:

—¡Te va a cruzar la jeta de un planazo —lo amenazó indignada—. Ni el trabajo de guajiarle el cuero...

Quedó el hombre unos instantes indeciso. Dudaba entre ahogarla con sus manos callosas o caer de rodillas. Hasta que salió corrido. No quiso hablar con nadie y quedó bajo el alero, divisanado hacia el campo.

Al rato vió que doña Fe llegaba riendo en busca de su madre. Doña Juana, hosca, le escuchaba. Canticelio alcanzó a oír sus últimas palabras:

—Por la rendija e loj'abodes sueltos, alcancé a verlos. Estaba enojada, la moza...

—Es siempre haciéndose la delicada —replicó la mujer del maestro de posta—. Ya le va a decir a m'hijo que no le haga tanto juicio.

Doña Fe se retiró hacia la cocina, en tanto su interlocutora iba derecho a tal propósito. Canticelio no se había movido.

—Andá hacéscle pagar —ordenó imperativa.

Pero el muchacho no se movió.

—¿Que no m'está'yovendo?

—¡No puedo, mama!

Doña Juana le arrancó casi el cuchillo que Canticelio conservaba en su cintura y se lo colocó en la diestra.

—¿Anda, te digo? —repitió.
—Ej! no, mamá... —se rehusó nuevamente Candelario.

Y dejó caer su arma, que se clavó en el suelo.

—Entonce, buscáte otra... ¿O creés que no hay mejores!

—No, mamá. Es que la Fabiana jlede más lindo...

Doña Juana quedó mirándolo. Bien podía tener razón el muchacho.

En ese momento oyóse la voz de Ramona:

—¡Se divisa una paloverral! —anunció alarmada.

Don Facundo venía desde el corral y asomó el primero por detrás de la pulperia.

—No te asustés, muchacha —la tranquilizó—. Si ej una arria e mulas. Han de hacer noche en la posta...

Su compañera miraba sin ver. Había en el juego de aquella mujer algo que iba más allá del hipotético logro de la prenta herencia de María Fabiana. Intuía oculto en el corazón de la huérfana un sentimiento que ni la perspicacia de doña Fe lograba alcanzar hasta ese momento. ¡Y acabara de fallarle el tiro!

Al enfrentar la Esquina, el capataz de la arria hizo saber a don Facundo su propósito de continuar viaje. El hombre trala apuro y como hubieran pasado la siesta junto al río, deseaba aprovechar las horas de luz que aun le restaban para alcanzar Cabeza de Tigre.

—Loj animales van descansaos y bien comidos —explicó—. Lástima que no sea noche e luna, pero le pegaría hasta la posta de Arequito.

—No se fie, aparcero. Mire que viajar de noche ej asunto serio. Hasta májalla e los campos de la Candelaria, por lo menos... —advirtióle don Facundo.

Y con eso se despidieron. Galopaba el capataz a fin de alcanzar la cabeza de su columna, cuando cruzó a dos hombres que viajaban en el Camión. Eran dos viejos palabreros. Patrón uno de ellos, iba dispuesto a proseguir el viaje; su capataz, de mayor edad, pero más aplicado a las pelleras, se empeñó en pernoctar en esa Esquina. Había advertido la presencia de las muchachas y logró convencer a su patrón de que, en la llegada de María Fabiana decidió a éste.

Esa tarde se fué entre tomarle el pulso al camino, desensillar, abrevar los montados luego que se revolcaron, y por fin, pastorearlos hasta el momento de encerrar nuevamente. Oscuridad temprana y frío que se hacía sentir desde los tonos en la pulperia donde unos tragos de caña pusieron en la tertulia cordialidad y calor indispensables.

De a una fueron entrando luego las muchachas. Apegadas al recelo, como toda gente hecha al roce con soledad, las mujeres se mantuvieron recatadas. Cançados ojos viajeros dejaron caer bien pronto sobre su juventud la urente sombra de un deseo. Una charla trivial fué reuniendo opiniones y comentarios. Noticias de remotos pagos sobre poblaciones nunca vistas ni oídas, hablaban asidero en el interés de aquellas gentes estéticas. Ansia de convivir por breves horas dolores y alegrías de otros seres a quienes se suponía más felices o más acaudalados.

Hasta que el puchero estuvo listo y la cocina se abrió en flor de querenencia.

El forastero más joven era un hombre apuesto. Vestía con cierta elegancia, al uso gaucho, y todos sus movimientos al descubriendo de las aldas levantadas de su poncho, ponían en evidencia la singular esbeltez de un cuerpo ablandado en el trabajo y el hábito cotidiano del caballo.

No obstante su prestancia, mostraba rara seriedad en los modales.

Casi una hora llevaba observando a María Fabiana cuando se decidió conversarla. Su recato le atraía.

—Parece triste, moza —aventuró el hombre junto a su oído.

—Se le hace a usted, no más...

—Suñjíos me dicen lo contrario. O estará echando e menos a algún ausente...

—Entuavía no me conoce y ya me está achacando... —rió María Fabiana.

—Entonce... —iba a decir su interlocutor, cuando se interpuso Ramona:

—Hace rato a tu hijo...

—Hace rato —contestó María Fabiana, sin asignar a la pregunta importancia alguna.

El forastero las miró. Y como se hiciera el silencio, dijo por quebrarlo:

—Ha hecho bien. Está frío por demás. Es bastante frío. Estaba cayendo una helada negra, de esas que no dejan rastros sobre el campo, aunque petrifican el barro en las huellas o al borde de los bañados.

La charla volvió a estancarse. Un mate que le tendiera doña Juana le ayudó a pensar en otros temas. Hasta que, corriendo por esa indiferencia, Ramona se alejó hacia donde se hallaba el capataz.

—Entonce, como le decía —prosiguió el forastero ya libre de importunos—, ¿asunto a qué usar una tristeza que no siente?

—Será culpa e miñjíos. Saben decir que siempre jueron así.

—Saben decir... Y usted ¿no los conoce, acaso?

—Carecemos de espejo. Y a la cañada vamojuna tal que vez... —rió María Fabiana.

—Lástima de ojos tan lindos y... tan chicos... —suspiró el forastero—. Habían sabido ser engañadores, como brillazones.

—Puede que en otros pagos tenga más suerte. Ande no haya brillazones.

Con esto, María Fabiana se incorporó para reintegrarse al grupo del que había ido alejándose. Mirando a la izquierda, el forastero le estudiaba. Apoyada ahora en el poste que hacía las veces de marco, la muchacha se puso a indagar en la noche. Parecía buscar en la ecuación de las estrellas una solución al problema de su vida. Disimuladamente, volvió al rato la mirada hacia el rincón donde el forastero conversaba ahora con gente grande.

—¿No le hace juicio al frío? —preguntó una voz a su lado Era el capataz.

—¿Por qué? El frío ej amigo e los pobres. Sabe mostrar los dientes, pero rara vez muere —contestó ella sin volver la cabeza hacia los casaca.

—Será muy sufrida, enteramente.

—Y, de ahí... todo cuesta, don. Y, más de todo, vivir.

—Por eso me saben gustar las mozas chúcaras. Lo que cuesta vale, prenda.

—Ah, ja! Si es por eso, ahí tiene una muy bonita... —le señaló a Ramona que volvía del patio—. Y esa es de las bravas. Le mentía para azularlo. En el otro grupo, el forastero joven, cuyos ojos porfiaban hacia la puerta, inquirió a doña Fe, en circunstancias en que María Fabiana se aproximaba al fogón:

—¿Esa es casaca?

Recordaba la alevosía de Ramona.

—No, señor. Es soltera.

—Ah!... —hizo él, decepcionado.

—Soltera y... mocita —explicó doña Fe, con intencionado acento.

—Ah! —repitió el hombre, esta vez recordado.

Lo que doña Fe olvidó, adrede quizá, fué explicarle el origen de la Gringuita.

Ese forastero era afincado en el sur. Po-

Trabaje con provecho en su propia casa



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer modelo "La Modista", con la que usted puede obtener o fabricar hasta \$ 300.— mensuales. Le compramos las medias bajo contrato y le regalamos gratis su manual de instrucciones e ilustraciones. Venta de hilados y medias.

THE KNITTING MACHINE CO.
SALTA No 482 Buenos Aires

sela campos en el Pergamino y se llamaba Susansábir Cruz.

—¡Vé! —se sorprendió la curandera—. Por poco no son tocayos con la Fabiana. Ella también es Cruz. Pero e primer apellativo.

El mozo sonrió, sin dar importancia a la coincidencia. Y se volvió para atender a una pregunta de don Facundo.

En ese momento chirrió su pueria el último candil, y las escasas llamas del fogón dieron a tallar angulosos rasgos en los rostros congregados. A la acción difluente de la penumbra que sobrevino, el juego de las luces vacilantes movía los rasgos en esporádicas contracciones, como de músculos irritados por extraña e inconfesada vida interior que aprovechaba las medias sombras para aflorar. Y, a medida que la charla se apagaba, el humo de la jornada, sumándose a otros ya aquerenciados en techo y hornos, puso sobre la cocina ese vaho frío y desabrido de toda zafra.

Al día siguiente reanudaron su marcha los forasteros. Dejaban, también ellos, en el recuerdo de aquellos desamparados algo de su individualidad de varia persistencia. En el piso del patio, borrado por las rachas heladas de esa mañana de invierno, una ausencia gris se encapataba sobre la conformidad de sus moradores. Tiritando de frío, Gabino los miró partir desde su divisadero del mangrullo, ya reconstruido, por eso, más derecho.

Maldormidos, los ojos de Ramona se dejaron llevar encañados a la espalda indiferente del capataz. Ingrata desaprensión que una noche de amor no fué bastante a remecer. La mañana, brumosa y taimada, se afanaba por desdibujar a la distancia los escasos perfiles de la llanura. Y la niebla fué absorbiendo a los viajeros, confiados ahora a la muda baquia de las huellas.

Asomada a su puerta, María Fabiana se iba, por su parte, en largas excursiones mentales. Solía enseñar tras de forasteros en ruta hacia otros pagos. Pero, a fuerza, precisamente el amor ebo a sus ansias. Le ocurría esta vez un raro cansancio de cosas y caminos; vejez de sentir. Junto al corral, las gallinas indiferentes escafaban la bosta aun tibia, de la que se desprendía un tenue vapor.

Por el horizonte norte asomaron siluetas imprecisas que tanto podían denunciar a una tropilla como a gauchos en viaje. Gabino, apostado sobre el mangrullo, dió la voz a la alarma.

—¡Ata! Se divisa gente...

—¿Pa qué rumbo? —se interesó de inmediato el maestro de posta.

—De pa' norte.

Tardó poco don Facundo Ortiz en hallarse junto a su hijo. La mano del niño localizó en seguida el punto que la agudeza visual del maestro de posta quedó observando durante un rato. El hombre tenía los ojos hechos a horadar distancias y bien pronto logró tranquilizar a quienes, desde el suelo, esperaban con aparente calma.

—Parece una arria con carga e lana —habló, por fin—. Se me hace que son

los Troncoso. El bayo e Diolino se devila clinto.

Lejos estaba aún el grupo para poder concretar pelajes y detalles. No obstante, don Facondo había observado uno inconfundible a su vista. Porque, allí donde un indicio escapaba a la sagacidad de otros, él lo advertía de inmediato: ese caballo era ile sobrope y la tropa se apresuró a diferir de los del resto de la tropilla.

Al cabo de un rato, los viandantes se colocaron a distancia de examen, como para corroborar lo aseverado por Ortiz. Hasta que, finalmente, se detuvieron junto al corral, como una bocha que pierde su impulso. Y la tropa se apresuró a ponerse a mordisquear los tréboles cercanos.

Aquellos vecinos traían lana y plumas de avestruz para vender en la posta o, si se ofrecía, a la primera tropa de carretas que acertara a pasar. En ese caso, quedaban consignadas a la probidad de don Facondo Ortiz; peso y ganancia.

CAPITULO X

Rebotaba la vida apremiada por la primavera. El viento Sur, bravo, desahinado, fúero habían, despertaba los frios que habían custodiado a los animales de la posta del Lobatón como a los de toda la línea. Desamparo de la pampa abierta ante los vientos como ante el peligro. La línea de fronteras se hallaba demasiado alejada para que su custodia pudiera hacerse eficazmente, los espacios resultaban por demás amplios para taparatos. Abiertos corredores entre fortín y fortín eran una tentación para el salvaje.

Entre el camino y la línea de protección habían brotado poblaciones dispersas, conatos de estancia a menudo dependientes de pulperos en cuyas tiendas se servía a Dios y al diablo. Con todo, el Camino del Sur era el que mayor atracción ejercía sobre el salvaje. Los viajeros, cuando no llevaban caudales, portaban ropas y enseres indispensables al indio. La codicia del pulpero lo beneficiaba.

Amancicó ventoso, Gargante, el viento Norte traía en sus rachas el sello inconfundible del rumbo, fué acentuando su gravitación en los espíritus sufridos que, no obstante el hábito del padecimiento, sentían su lacerante azote. El día se tornó cálido y, en el camino, las temperaturas embudaban el aire, jaloneando rumbos.

El campo entró en movimiento desde temprano, pero este detalle no había despertado mayor preocupación. Por lo común, resultaba difícil establecer el motivo de tales movimientos. Este, advertido desde las primeras horas, era el viento norte atrevido por invisible mano. Desde el mangrullo sólo se advertía esa suerte de bruma que flota en el viento, soscacada a los peladures por el viento.

Mediada la mañana, salieron algunos al corral. Quien, a volver las vacas, quienes a curar un caballo abichado. María Fabiana, a procurar leña de vaca, rumbo a la Laguna del Desconuelo. Llevaba además, el propósito de darse un baño. Junto a ella, la Gringuita corrió y saltaba alegremente. Se cruzaron algunos nandúes en su rumbo, a lo cual, las zancadas clásicas y cautelosos. De las ocasiones se detuvo uno de ellos, estirando y contrayendo el cogote flexible, hasta que terminó por emprender veloz carrera luego de una espectacular gambeta. Por fin se perdieron de vista.

La hacha que llevaba María Fabiana iba engrosando con la leña de vaca, esponjosa y liviana que hallaban en relativa abundancia. De pronto, la Gringuita se detuvo en seco. Habíale sorprendido un venado que la observaba con temor. Cuan-

do la criatura decidió a volver junto a María Fabiana, el animal dio un salto y partió como una saeta, rumbo al Sur. El pajonal lo obligaba a saltos, botes y tras su avance como ondulando vuelo. Detrás del macho, tres gamas que pronto le dieron alcance. Su carrera parecía más una danza que una fuga.

En la posta don Facondo se asomaba con frecuencia a divisar. Al cobijo del alero, observaba el espacio con detenimiento. Las rachas castigaban los tendales y en una nube de telarañas se deshilachaba el campo, resaca tras de un tiempo sin lluvias. No dejó de inquietarlo esta imagen inesperada de gamas y nandúes. Hasta llegó a pensar en una bochada organizada por los vecinos en campos de algunos ingleses al norte del Carcaraña, bajo a la sazón. Aunque le extraño que no se hubiera invitado a los de la posta para esa tarea siempre agradable y provechosa. En la sombra de la cocina se estaba más a gusto y allí se reintegró, dispuesto a seguir la compostura de una cincha cuyo pal sustituto de la argolla habíase quebrado.

El resto de la gente holgaba, aplastada. O mataba el tiempo con tareas manuales. Para sacudir su tedio, Julia había trepado al mangrullo.

—¿Qué estás devisando, muchacha? — le preguntó, curiosa, doña Fe.

Julia no se volvió. Únicamente sus hombros se levantaron en gesto indefinido, como en un esfuerzo por quitarse de encima esa subyugante desolación.

—Está esperando algún manatí o un doctor del lao de Córdoba... — la provocó desde el pozo de baldío Cantalicio, que no olvidaba sus desvíos.

En eso, el rumor de una carrera sacó a volar de su holganza. Entre ellos, don Facondo, que volvió a detener el trabajo. Asomaron en el preciso momento en que un tiro de bolas apretaba contra el suelo la carrera de un nandú. Las vacas que el Nato había venido atreando quedaron atrás, junto a las cruces de palo. Todos acudieron a cubrir el certero golpe, cuando llamó doña Juana desde el alero.

—¡Facondo! ¡Vení pronto!

—¿Qué hay? — preguntó éste, ocupado ya en despenar al avestruz que, en mala hora acertara a disparar cruzando el camino.

—Vení pronto! ¡Corré que se oye un ruido grande! — insistió la mujer.

Acudió su marido, con el cuchillo todavía en la mano.

—¿Qué querés, "hombre"? — insistió, preocupado, el maestro de posta.

—¡Sentí...! — lo recibió doña Juana, levantando el alero en su alarma.

Ramona y el niño habían acudido también. La atención de todos se concentró en un rumor extraño, parecido al que suele denunciar pedrea detrás del cielo tormentoso y que llegaba, cada vez más claro, hasta los cautos oídos.

—¿Escuchas un ruido grande... Como si viniera del lao del río... — aventuró Gabino.

Legaba el Nato con su presa, que dejó tirada en el patio. Don Facondo se dirigió en ese momento al mangrullo. Antes de que colocara un pie en la escalera, lo alcanzó el viento de Julia.

—¡Oiga! Viene un arreo d'este lao del río... ¡E' una temeridá de hacienda — señaló con su brazo hacia el noreste.

—¡Ah, ja!.

iba subiendo ya la escalera de palo el maestro de posta. No tuvo necesidad de correa, el empuje de la pampa lo empujaba. Desde el río avanzaba un arreo de miles de cabezas, levantando a su paso enorme nube de polvo. El viento aproxi-

maba el rumor impresionante de esa masa de animales que podía hallarse a media legua de la posta. Don Facondo no dudó ya.

—¡Lo' indios! — gritó desde arriba... Venien con arreo.

Y, dirigiéndose a Cantalicio, agregó premioso:

—Andá que el Nato y echá las vaca' al corral. ¡Ah, ja! — terminó descendiendo... y... mi overo y el pangaré de Nicosis.

Preocupaba a don Facondo el flete que le dejara el mayoral en oportunidad de su reciente paso hacia Rosario. Con una febril actividad, desusada en esas gentes de apacato temperamento, cada cual fué en busca de las escasas armas disponibles, completando a la vez elementales medidas de defensa.

Y la posta del Lobatón, ante el inminente ataque, se encerró como el matoaco en su cásara.

A diez cuadras de la posta y en divergente rumbo, María Fabiana y la Gringuita seguían buscando leña de vaca. Hasta ellas había llegado, también, el rumor del arreo, que no les era posible divisar a causa de los altos pajonales. María Fabiana había dudado un momento:

—¿Será la deligencia? — pensó en voz alta, sin mayor convencimiento.

—¿Viene "el hombre", mamita? — preguntó al niña, aludiendo a Nicasio Gauna, —Y... a lo mejor — respondió, impreca, la mujer.

Siguieron, no obstante, en su tarea. Por la naturaleza de su contenido, la bolsa no les pesaba aunque, ya se había cargado. Próximas a la Laguna del Desconuelo, María Fabiana alcanzó a ver sobre el horizonte que los cardales se esforzaban por limitarle, una gran nube de polvo.

—¿Qué polvareda! — se dijo, atribuyéndola al viento que no rebaja.

Y apresuró el paso hacia la laguna con ansias de darse un baño antes del regreso a las casas. La tentaba el sol cabillante sobre el agua y el calor arrebata. No alcanzaron a dar muchos pasos, cuando la Gringuita, señalando hacia la posta, gritó:

—¡Juego, mamita! ¡Juego!

Y era, en verdad, fuego. Una impresionante columna de humo, a la que el viento no permitía levantarse mucho, oscurecía el campo en dirección a las casas.

—¡Juego! — repitió María Fabiana, como un eco. Escalofriada, no acertaba a establecer el origen de semejante siniestro, pero intuía un ataque de los salvajes. De masiado fresca en su memoria la tragedia de Cabeza de Tigre no le permitía hacerse ilusiones.

—¡Juego! — repitió, esta vez en un sollozo — ¡Juego! — se dijo caer sobre unas matas de paja colorada.

El incendio avanzaba y era imperioso tomar una resolución. Inopinadamente, dió un brinco, arrebatado casi a la niña y, arrastrado con la mano libre aquella bolsa sin peso, huyó hacia la Laguna del Desconuelo. Era una única salvación. Escaparian, así, al fuego y, al fin, al peligro. Que un jupal tupido cubría parte de la laguna. Acosada por el viento norte, la quemazón avanzaba. Ya podía escucharse el pavoroso crepitar de aquella marea enloquecida de cardos y pajonales en llama. El humo se elevaba torpezado, ceniza chisporroteante, formando incómoda la respiración; y el calor iba en aumento, abrasándolo todo. Una cuadra mediaba ahora entre las fugitivas y el fuego. Poco menos, entre la muerte y la salvación dentro de la laguna que esperaba como una mano abierta.

María Fabiana tropezó, cayendo a pocos metros del agua. Cuando la respiración se reanuda, la voz angustiada de la Gringuita

llamó desde el fango de la orilla, en un chillido:

—¡Fronito, mamita! ¡Fronito! No le pareció a la muchacha bastante seguridad el agua en la cintura y fue a perderse con la niña entre las ondas cada vez más prietas del juncal. Sobre la orilla, la bolsa que perdiera en la caída, había desaparecido entre las llamas; era un montón de inquietas cenizas, encendiendo esporádicas brasas, cuya esperanza se entretiene en mantener el viento.

Entretanto, percutía serenamente el coraje en los latidos de cada corazón espece dentro de la posta. Cada cual, dispuesto a vender cara su existencia, ocupaban todos los sitios vulnerables. Fue Gabino quien se acordó de la niña.

—¡Oh! ¿Y la Gringuita? —preguntó alarmado.

—¡Cierito! La María Fabiana —agregó uno, tardamente.

—¡Salí temprano con la niña, a buscar leña e vaca... —recordó doña Fe.

—Fronito su propia defensa les hizo volver el pensamiento hacia más penitencias atenciones. El arreo avanzaba como si fuera a pasar por encima de la posta, arrojándola. A menos de un kilómetro de las casas percibíanse los primeros tropieles. Envuelto en un rumor de mugidos, el peligro se cernía sobre las casas. Un grupo de salvajes surgió improvisamente de entre los animales que, empavorecidos, hacían punta.

—¡Xaaa! ¡Ya, ya, ya, ya!... —alzóse de entre el tumulto su pavoroso grito de guerra, conocido por casi todos los pobladores del desierto.

No esperaba el indio hallar resistencia, pero fueron recibidos a tiros por los cristianos atiracados. Uno cayó herido de bala. Dos alcanzaron el foso que no lograron o no se atrevieron a franquear. El más fogoso, agitando su lanza, convidaba a los defensores a salir. Gritaba una media lengua premiosa e ininteligible. La descarga subsiguiente lo volteó con caballo y todo.

Entretanto, avanzaba el arreo como aluvión incontrolable. Don Facundo comprendió el peligro de semejante alud, imposible de contener a tiros.

—¡Nato! —llamó a su postillón de confianza, señalándole la marea que avasallaba.— ¡Yamójá prender fuego al campo.

Comprendió el muchacho y lo siguió hasta el fogón.

—¡Déjeme a mí, don Facundo! —se interpuso—. Usted hace más falta en las casas...

—Sin esperar respuesta, salió apresuradamente. Montando en pelo en su caballo todavía enriandado, requirió de Cantalicio:

—¡Alcánzame esos dos tizones más largos —y a don Facundo—. Usted abájeme el viento, don...

Saló al trotón con ambos tizones en una mano, amparándose de las vistas en los palos del corral. Y al terminarse la cubierta, corrió hacia los pajonales de la parte norte. Agachado, fue encendiéndolos al tranco, sin aparente apremio. Procuraba hacerlos al mismo tiempo, ya que de los flancos se encargaría el viento que tomaba la posta al sesgo.

Pronto el fragoroso crepitar de la quemazón sumóse al imponente tremor de la marea de vacunos encoquecidos por el fuego. Ardía el campo como yesa y algunas llamas alcanzaban a charlar, ya que el pelo que hacía que montaba el Nato. Dio éste espaldas a la amenaza y tomó el galope. La posta lo esperaba a menos de dos cuadras, pero el arreo y el fuego venían garroneándolo. Inesperadamente, un certero tiro de bolas surgió de ese infierno, dió

en tierra con él y su caballo. Detrás, los gritos lujuriosos de un indio, abriéndose paso en el arreo. Pero ya estaba otra vez de pie el muchacho, con su carnero en la diestra y, en la otra, uno de los tizones todavía encendido.

Breve y angustiosa fue la lucha. El indio, a pie, manejaba la lanza con asombrosa habilidad. Hubo un momento en que el cristiano se dió por difunto. Había tomado su mano izquierda la lanza que el indio tiró pronto hacia sí violentamente. Sintió un agudo dolor, pero comprendió que debía jugarse entero hasta su último aliento. Apremiado y en desventaja acababa de tener una idea luminosa. Y no pensó más para ponerla en práctica. Tomó del suelo, arrojándolo a la cara del indio, el tizon que, gracias al viento, se mantenía encendido. Y en el esguince oportuno del salvaje halló el muchacho su salvación. Desviada la lanza, de un salto felino logró el Nato entrarle su facón hasta lo incre-

con voz que procuraba hacer firme.

—¿A ver, che? La lucha que está fiero es que me hace que... —habló la curandera.

—¡Ansí me parece... —replicó el postillón que acababa de mirarse la mano desgarrada.

Ninguno de los dos había concretado nada, pero ambos se habían entendido.

—¿A ver, che? La lucha que está fiero es que me hace que... —habló la curandera.

—propuso doña Fe, como único remedio.

Carecían allí de los más simples medicamentos. Debía valerse la mujer de cuanto yuyo sirviera para algo o viniera a mano; de cuanto elemento, ensayado o no, se le iba a la cabeza. Pero la curandera, sin nociones. Pero Dios solía mediar.

Doña Fe se demoraba más de la cuenta. El Nato vio que aquello no tenía compostura. Dos dedos —el mayor y el índice— seccionados, pendían de un trozo de carne sanguinolenta. Uno de ellos conservaba todavía nervio. Pronto se le fue el pensamiento en su diestra. Y la mano sobre el trozo de árbol que le acababa de servir de asiento. El golpe llegó preciso, sin vacilaciones; con la entereza necesaria para separar aquellos dedos ya inútiles.

—¡Nato! —aulló a gritos Martina que acudía en ese momento. Pero fue el ayo un grito que se perdió en la desesperanza de lo irremediable. Doña Fe acababa de enterarla del desgarramiento sufrido por el Nato en su lucha con el indio. Entrambas se dispusieron a llevarlo a la cocina. Pero, antes, el muchacho quiso arrojar lejos de allí los despojos de su enemigo de su mano. En un tranquilo gesto los tomó con la punta del facón, al que hizo describir un arco en el aire para que cayeran junto a unas gallinas que picoteaban por ahí cerca. Lo mismo hubiera hecho con una achura o con un hueso. Más listo que ellas el Nato, uno de los perros de la posta, que siempre andaba con hambre, alcanzó la presa en el aire y se la tragó sin masticar. Después, quedóse sobre su cuarto trasero a la expectativa de otra ración, con el apetito brillándole en los ojos pedreguños.

No pudo el Nato evitar un gesto de repugnancia y se dejó llevar por las mujeres; pero Martina se volvió desde la puerta, empujando la mano del mortero para arrojársela al Norte que escapó envuelto en aullidos.

Previa una ligadura de la muñeca, doña Fe procedió a lavar la mano con agua hervida, única precaución realizable en soledad. El enojado humo que salía de la chimenea, comenzó a cubrir la herida con telarañas cuidadosamente extendidas a manera de sutiles capas de algodón. Finalmente, una camisa vieja hizo las veces de venda y arrebujó en muelle envoltura aquella herida. El enfermo quedó echado sobre la cama con la mano al lado. Entretanto, los demás continuaban en vigilancia, pues el peligro estaba aún latente.

Persistía el desfile de ese oleaje de cabezas sobre el que se elevaba como crestas el espasmo intermitente de los torunos. Prieto de ancas y mugidos, envuelto en nubes de polvo y humo, acuciado por los angustiosos remolinos del viento, alzábase lentamente como tormenta machorra, dejando tras de sí la desesperanza y el infortunio. A cada rato, vacas y terneros pisoteados quedaban atrás, desgranando el lanzazo cruel e inútil. El celo premioso de algún toro se malograba a medida que por la urgencia de la amenaza de los que buscaban abrirse camino. Y el campo latado por el fuego y la pezúña, fue adquiriendo una nueva fisonomía.

Algunas descargas y luego tiros aislados se escucharon, a poco. Era evidente



ble en el costado. El segundo tiro dió en la hoya del salvaje que cayó de espaldas. Luego, sin detenerse más, el Nato cortó los ramales de las boleadoras, saltó en su caballo no levantado aún, le cerró las espaldas y de un brinco el alazán salió a media rienda. Junto con él, la marea de vacunos encoquecidos desbordó por los flancos de la posta, entre el humo y la alarida ya más distanciada, de los indios. Quedaba ahora la posta encerrada en un círculo de fuego, pero a salvo gracias a la falta de pastos y pajonales inflamables en su contorno. La calma renació en los espíritus y el feliz resultado de la lucha, desigual, pero inteligente, abrió en la esperanza de los defensores un ancho paréntesis de optimismo.

Cuando el Nato dejó su caballo en el corral, comprobó que su mano izquierda sangraba desgarrada. Un tanto palido a causa de la sangre perdida, fue a sentarse junto al horno, procurando ajustarse la muñeca para contener la hemorragia. Adivinaba el tamaño de su herida y no se resolvía a mirarla. Hasta que, tras de respirar aguantando los dolores, llamó a doña Fe en su ayuda.

—No se me para la sangre... —habló

for. Y con ella, Nicasio Gauna, sin desmedro de su apego a doña Fe y al maestro de posta, sus mejores amigos, desahallaba trashedos urgentes, como esto en insensible progresión, desde tiempo atrás. Al comienzo habíase manifestado en forma intrascendente, como si un tímido deseo se desvaneciera apenas nacido ante lo desproporcionado de la ilusión. Pero, cada vez más el constante peligro de esa Comedia del Sur aumentaba el interés por todo lo que sugiera la presencia de las galeras. Así parecía explicarse ella el desasosiego que la embargaba. No se conformaba con seguir siendo un poste más en esa menguada población. Adivinabábase en los ojos, aunque jamás la mínima promesa asomara a sus labios. Lo sorprendente consistía en que no estallara con una rebeldía, o como en sus hermanas de crianza y de infortunio, en inopinada entrega. Sólo en ocasiones, cuando la vista se le iba por el rumbo en que su padre había vendido cara la mínima parte del teatro de su galalará más de una vez, transfigurábase el semblante y el dolor de un recuerdo jamás extinguido le marchitaba la fresca hermosura de su tez aduraznada. Tal el sentimiento oculto que, desde un tiempo, iba sombreado de pena su natural alegría.

Debe andar enamorada... — solía decir doña Fe, cuando alguien la sorprendía pensativa. Y, entonces, María Fabiana bajaba los ojos para ocultar un inevitable rubor.

—No ha's ser de Cantalicio... — terciaba otro, sabedor de los desvíos de la muchacha.

Y, a propósito, una mañana, poco después del malón, había ocurrido lo inaudito: apenas asomado el sol, Ramona pudo comprobar que Julia había desaparecido. Se la buscó hasta en el jaguel, dentro del pozo de balde. Le se le dio de Gabino y no llevó a indagar hasta dentro del horno.

Algunas de sus pilchas habían desaparecido con Julia. Y, sin embargo, ningún forastero pasó en esos días a quien echarle la culpa. Doña Fe, sin dejar de afanarse por la suerte de la muchacha, fue huyendo conjeturas acerca de lo ocurrido. Y esas conjeturas habíanse ido ladeando, a medida que pasaba la mañana, hacia la inadvertida ausencia de Cantalicio, supuesto que en la tarea de capear algún animal.

—Y, volverán... — pluralizó doña Fe, en el cambio de proceres. Y, asociando mentalmente a ambos en la aventura, agregó ya convencida: — ¡No podía errarle, la sonya... con la oveja más ruin! — terminó, procurando no ser oída por doña Juana.

En su juicio, olvidada doña Fe que había sido joven y que la muchacha nada tenía de sonya. Julia había desaparecido, obedeciendo según todas las presunciones, a la misma tensión de los sentidos que padecían las otras. Y como si en el fuero interno de cada moradora de la posta estuviera ya formada una opinión acerca de la acontecimiento, nadie se afligió. Ni la vida en ese grupo de seres hechos a todas las contingencias dejó de seguir su ritmo habitual.

Los ojos de María Fabiana se fueron directamente al pescante de la diligencia que se aproximaba. Todo le era en ella tan familiar que, salvo los pasajeros, conocía a la distancia desde el mayoral hasta los posibles y sus cosas, como el collar de las ruedas, caja y accesorios. Algo hasta en sus movimientos al balancearse en los baches del camino la caracterizaban como a una vieja amiga; ingrata si se demoraba por el regreso. Y no era solamente esa la diligencia que cruzaba el de-

sierto y traía un soplo de forasteras distracciones.

A medida que el carruaje se acercaba, iba María Fabiana estrechando cada vez más a la Gringuita, expectante a su lado. Como si esperara o temiera algo de ese movable pedazo de remotas querencias conducido por Nicasio Gauna.

[Ave María Purísima! — gritó más que el ruido del mayoral, a tiempo que la galera se detenía.

Rebotando en el "Sin pecao..." de don Gabuno.

—¿Qué tal, Nicasio! ¿Cómo le'ja ido e viaje?... — lo recibió en voz alta la muchacha, con el carruaje frena y evidente satisfacción que le producía su llegada. Otorgaba, no obstante, sinceridad a ese lugar común en que no suele ponerse otra cosa que una obligada trivialidad.

Venían en la diligencia cinco pasajeros, cuatro varones, ansiosos por despegar en su ciudad, concurrida de fiestas y pletinas. El patio se pobló en seguida de voces forasteras. Y fue grande la sorpresa de María Fabiana cuando advirtió junto a sí al mozo aquél que un mes antes pasara hacia Rosario acompañándose con la arria de mulas cuyanas.

—¿Cómo le va yendo, moza? — alargó él su brazo cuya cordialidad sólo alcanzó la ceremoniosa rigidez de una mano poco habituada a la efusión con extraños.

—Servir a usted...

Brillaba en los ojos del hombre una sonrisa que se esforzaba por aparecer personal, pero que sólo llegó a ser cordial. Al no hallar clima propicio, volvióse a don Nicasio, ocupado en ese momento en desatar los tiros y disponer el resuello de los animales. Conversaba éste, entre tanto, con el maestro de posta.

—¿Allá están, ¡ah, ja! los dos pichones o torcaes? — respondió el mayoral a una pregunta de su amigo.

Refirióse a Cantalicio y a Julia, a quienes había encontrado en la Posta de Cabeza de Tigre.

—Y... de ahí... bien, no más. Han hecho ruido a la par de lo' otros — terminó para completar su informe con una referencia tranquilizadora, destinada más bien a doña Fe, que acababa de armirarsele.

Entretanto, el forastero había hecho lo propio.

—Me alegro de verlo güeno... — Lo reconoció la mujer, ya al tanto de la suerte corrida por su entenda, aunque no satisficida con la precisión.

—Ansina estoy más tranquila... — ¡A la fuerza ahorcan! — terminó in mente, para cerrar todo juicio sobre una cosa que ya no tendría remedio.

La charla se mezcló entre los viajeros diluidos en la indiferencia de aquel patio que tantos extraños había visto pasar. Pronto volcaráse los comentarios hacia el reciente malón, acerca de cuyos pormenores los datos llegados a Rosario eran imprecisos o exagerados. La inesperada y curiosa muerte de don Gaudencio impresionó a Nicasio que solía encontrarlo en las postas o campeando sales por el campo. La duda, "una... manía que lo llevaba de tiro..." según el acertado comentario de un vecino de Cabeza de Tigre. Cuando el sol percibió el solaz de la sombra, "a la güelta e las casas", se instaló allí la tertulia. María Fabiana y Martina debieron encargarse de colear mate, por lo que el forastero no prosiguió en su intento de abordar a la primera.

Don Nicasio Gauna se ocupaba, según su costumbre, en revisar arneses y tiros, ruedas y sopandas, a fin de que estuvieran listos para la mañana siguiente. Recién cuando la oración quiso insinuarse, llamó a María Fabiana. Al socaire del ca-

ruñaje, pusieron a charlar, mientras la Gringuita se entretenía con un gatito cerca de ellos. Era evidente su propósito de confiarle algo que le costaba mucho expresar y andaba Nicasio "a las güeltas", sin decidirse. La muchacha, con la intuición propia de toda mujer, presintió que en esas vueltas iba enredándose un corazón y, sin sospecharlo, el suyo experimentó un desacomodado sobresalto. Hasta que Nicasio, como venciendo una inexplicable repugnancia, se decidió:

—Usté... este... ¿sabe?... este, María Fabiana: usté va a tener que casarse... Ya está en tiempo — largó de un tiro todo el hilo.

—Y de ahí, claro que sí — replicó ella. Su boca se estiraba como pidiendo rienda a un sentimiento inesperado... Pero ¿asunto a qué me viene con esas? — terminó luego de un momento utilizado para una instantánea apreciación del problema que se planteara, aunque equivocando el rumbo del ataque. Reía, como ofreciéndole ayuda.

—Oh, y de ahí, pa que no se quede guacha tuita la siega... y perdone m'hija, por eso e "guacha".

—Sí, dispone Dios, así tendrá que ser no más.

—¿Que usted no habló con Dio'entuvia?... — preguntó el hombre, aludiendo a una posible consulta con el corazón. Buscaba, también, la oportunidad de introducir su frase y el argumento decisivo que, sin duda, traería a la luz.

—Una prenda e su laya debiera estar acollorada ¡dende cuánta! Como Dios manda, se compra!...

—Ja, ja, ja, ja! No alborote, Nicasio. Lo pueden oír lo' indios... — rió la joven — Y no olvide que yo sé...

—¡Oh! ¿Dónde se va a casar con esa? la finadit! Su niña no va'star peor cuidada con que usté se case y tenga media docena e cachorritos.

—¡Ehah! ¡No sea loco, padrino! — lo atizó María Fabiana, usando el trato que, a mérito de su devoción, solía otorgarle. — ¡Vaya! ¿usted qué diría mi marido!

—Puede contar con que él aceptaría gustoso a la Gringuita — respondió el mayoral.

—Parece que usted lo conoce demasiado — acusó María Fabiana... ¿Ande vivo?

—En... ahí lo veo... Anita.

—Nicasio, buscabas ahora entre el grupo de los que charlaban en el patio a la espera de la comida.

—E'jaque! mozo, ése del pañuelo celeste... — señaló hacia el forastero que no se atreviera a encerrarla a su llegada.

—Si hubiera preguntado la punta de un cuchillo en la garganta, no habría quedado María Fabiana más desconcertada.

—¡Eso! — gritó casi. Pero, de inmediato, emmudeció.

—¡Oh! ¿Que no le agrada el candidato? E'j un mozo serio y de posibilidades — estoróse Gauna por conversación.

—Con un esfuerzo, María Fabiana se recobró:

—Ya anduvo una ocasión por la posta. Malo no parece... y güen mozo, mejorando lo presente — hizo ella la salvada en rigo... Pero, de ahí a un casamiento... hay como dende acá a Rosario.

Rosario para la joven encerraba la idea de algo tan inaccesible y remoto como el cielo.

El hombre tuvo un momento de indecisión. Pero volvió a la carga con su reserva de argumentos.

—Puedo asegurarle, m'hija, que hasta conozco ande vive y en qué se ocupa. E'fel! Justo... la está en La Espuela, que mide cuatro leguas. Dende que la vido a usté, no haya postura.

—¡Oh! No desagere, Nicasio.

—Mire: ¡por esta cruz!

—¿Y él no es capaz de decirme tutto eso, que manda a otro que lo apadrine? ¿Por qué ha e ser precisamente usté, Nicasio, quien me venga a hacer el trato a nombre de otro? Eso no se vido nunca, que yo sepa... — terminó fastidiada la muchacha.

Nicasio Gauna sintió bien hondo el reproche.

—Le aseguro, María Fabiana, que no habrá de arrepentirse — insistió el mayoral, arrastrando las palabras como en un esfuerzo por vencer a sí mismo.

—Y entuavía me lo pide, Nicasio... ¡usté, padrino! — insistió, sollozando, la muchacha.

—No se aflija, María Fabiana. Yo sólo he querido su bien...

Como si no hubiera más que eso, la muchacha rompió a llorar ocultando el semblante entre sus brazos.

El mayoral se innuó. No esperaba tanta decidida resistencia por parte de su ahijada! La había visto crecer. La pena, casi bestima, que su destino le inspiraba, habiendo creído guardar un profundo secreto que no ocultaba. No había cuidado mejor su porvenir si hubiera sido hija suya. La dejó llorar, porque sabía cuánto necesitaba de ese desahogo. Cuando se recobró, la muchacha continuaba su llanto en silencio. Pegado el mentón al pecho, pudo empellarse a guardar allí su pena.

—¡Tan luego usté, Nicasio! — repitió la joven como si necesitara grabárselo en lo íntimo del corazón.

—¡Quien había de aconsejarle, de no?... Yo... nunca vido en ese trato otra cosa que su interés... Y el de la Gringuita — se defendió — es otro, en su afán de levantar un cargo velado, que el llanto había más amargo, acababa de dar, sin sospecharlo, con el más difícil de sus argumentos.

María Fabiana, a falta de otro, llevó a sus ojos las puntas del pañuelo que cubría su cabeza y, soronada, preguntó:

—...¿de la Gringuita?

En sus ojos vidriados por el llanto aparecía nuevamente la obsesión que ella misma creía desvanecida. Y arguyó:

—La Gringuita... Al principio habría e ser una compañía para el matrimonio. Pero, luego... aludía a la eventual llegada de los hijos... luego, ¿quién asegura e que el hombre ése no la hiciera a un lao?

—...usté la podría educar — repuso Nicasio, como siguiendo el hilo de un mismo pensamiento — La niña le caga a ser mañana dueña de algo e campo, seguramente...

—¡Ah, ja! El se lo iba a dar ¿no?

—Es que esa estancia, María Fabiana, supo ser de don Cruz, su padre. Y ese mozo e' un enteno de una hermana e don Cruz...

—¡Oh! ¿Y cómo? — se sorprendió la joven.

—Ansí saben ser loj acomodos del destino, m'hija. Tutto lo tengo averiguao. Usté sabe bien en lo que yo andaba. A naide más que a usté le interesa volver a lo e su pertenencia, sin picitos ni dolores de cabeza. Yo no le veo al lazo otra yapa-dura.

—¡Ah, ja! Y luego ¿quién les tapa la boca a los que digan que me vendi por una estancia y un arreño e vacas?

—Deo no' tengamos don Facundo, ña Fe y yo... a falta de algún otro...

María Fabiana no lloraba ya. Se incorporó lentamente y miró hacia las casas en busca de un apoyo a su angustia. Hasta que divisó a don Fe. Y como si eso la reconcitara, dejó caer lentamente:

—É' tal hudo, Nicasio. Yo quiero a otro...

—No será mejor que éste, que tiene los campos que jueuron de don Alvaroz Cruz. Que le bertenen por derecho a usté.

Nicasio Gauna dijo su argumento sin tiempo de medir la respuesta de la joven. Y ello pareció ocultar la impresión que sus palabras le habían causado.

—No le hace... Ya me los devolverá, si es gaceno e ley. Y, si no, usté me ayudará a recobrarlos. ¿verdad, Nicasio? — terminó, apurándolo María Fabiana, con singular entonación en su acento.

—¡Vaya a saber ande quiera llevarla ese otro que usté no me ha nombrado, entuavía! — replicó el mayoral, buscando, a su vez, una definición.

—No será tan lejos del lao suyo que yo lo pierda e vista...

La voz de María Fabiana temblaba al responder así. Y, para que su acento no llegara a delatarla, tomó a la Gringuita y se dirigió a las casas. El mayoral vació unos instantes. En sus ojos brilló el contentadísimo de una extraña esperanza. Y terminó por reintegrarse él también a la posta.

Antes de que llegara al patio, lo aboró el forastero. Hablaron animadamente. Sus palabras, con frecuencia hacia la muchacha, sentada ya junto a la curandera. Doña Fe había intuido que algo se gestaba; algo girando alrededor de María Fabiana.

—¡Che! Parece que el forastero no ha venido e vicio — largó, como si no diera importancia a sus palabras. Pero la moza comprendió. Y sin más trámite, repuso:

—A lo mejor... Parece que anda ranciándose.

—Y, de ahí... si te gusta. Yo, en tu lugar, agarraba.

—No, que sea desigiente, pero...

—...pato no te llena el ojo, ¿verdad?

—Usté lo ha dicho, ña Fe.

—O estaré' escondiendo la leche y... tenéjoto — largó sorpresivamente doña Fe. La moza calló, hasta encontrar el pretexto que la sacara de paso.

—La Gringuita... lloró... ¿Ande se habrá metido esta criatura?

Y se encaminó hacia el manguullo, seguida por los ojos socarrones de doña Fe. Ocurrió que, en un momento dado, cuando todos penetraban en la cocina, María Fabiana y Suasnábar quedaron solos. El mozo de la Gringuita y se había ido muña para acorralarla junto al horno.

—En el otro viaje, cuando conversamos, usté no me dió calce — la aboró.

—¿Yo? ¿Y a qué iba a dárselo? — sonrió María Fabiana.

—Quise hablarle e mis sentimientos, pero no...

—Y... hablé áhura, si no va a demorarse mucho — replicó la joven, dispuesta a liquidar rápidamente la gestión que había llevado al forastero hasta la posta.

—Sé que don Gauna le ha hablao en mi favor...

—Eso es...

—Me he prendao de usté y quiero apalbrarla en matrimonio.

El hombre, aleanionado por su reciente fracaso, no parecía dispuesto a perder tiempo en circunloquios. María Fabiana contestó:

—Ansí me lo ha hecho saber Nicasio, pero...

—Pero ¿qué...? — habló él.

—Yo tengo una hijita...

—Ya la vide vez pasada. Pero ¿es suya, de veras?

—Mí, sí, señor.

—Yo la hacío soltera. Ansí me habían asegurado, al menos...

—Y, eso no quita. Una ocasión, hizo noche un hombre aquí en la posta. Al otro día, temprano, se fué. No volvió más. Si a conocer a la guacha... — dijo María Fa-

biana, agachando ostensiblemente la cabeza.

El forastero recibió el puntazo sin inmutarse. Ella sintió pena por ese hombre. Y por sí misma. Ninguno de los dos merecía semejante ultraje.

A la mañana siguiente, don Fe se arrió mó a Nicasio Gauna que acababa de hacerle cambiar uno de los caballos y revisaba la curandera de que habría de montar el Nato. Por primera vez, desde su lucha con el indio, iba el mozo a conducir una yunta de la mensajería. Y en su mano izquierda sólo le quedaban tres dedos. Cuando Gauna formulaba a Romualdo algunas indacciones acerca de su yunta, don Fe se lo llevaba aparte. Desde tiempo atrás, venía observándolo queriendo saber la espina.

—Dígame, Nicasio, y perdone: ¿usté sabe lo que está haciendo?

—Asígn lo que sea...

—Usté se está arrancando el corazón pa tirárselo a un forastero. Y si ni siquiera sabe de qué se trata tiene el genio ni qué madre le echó a mundo. Todo por unos pesos que el hombre lleva en el tirado...

—Y una estancia con mucha hacienda e la güena — enmendó el mayoral riendo.

—Una ocasión le oí decir a usté que era capaz de alzársela a la María Fabiana.

—Bien puede ser... pa sacársela e dejabo e la pata don Gauna.

—Ese día, usté no bolaceaba, Nicasio. Lo que dijo le salió de bien adentro.

—¿Usté lo vido, ña Fe? — rió el hombre.

—Y dió media vuelta para cortar una charla que no desaba prolongar. A modo de despedida, agregó — Perdone, ña Fe; ya no le hablo más. Me voy a la güera, ¿no? vamo'a conversar. Pero, cuídemela mucho a la María Fabiana...

El tono de su voz se moduló extrañamente al formular este ruego.

A diferencia de otras veces, la despedida del mayoral fué breve, evidente el propósito de cortar un indio que podía traicionarlo. La muchacha, en cambio, pudo en su deseo de feliz viaje, el ruego de un pronto regreso. De un urgente regreso. Parecían implorarle sus ojos que no la dejara sola en semejante trance, convencida de que su corazón no habría de resistir por mucho tiempo.

La diligencia comenzó a moverse. María Fabiana se hallaba en el sitio de costumbre, para mirar hasta que el carruaje se perdiera en una vuelta del camino. A través de sus lágrimas, vio la figura de Nicasio Gauna como transfigurada por un sentimiento. Y él, como si sintiera en su mano cuando ésta comenzaba a agitarse.

A pocas cuadras de la posta, la rueda delantera izquierda de la diligencia entró peligrosamente en un bache del camino, siempre traicionero. El Nato, que conducía la yunta de cuartas, lo advirtió. Sorprendido, giró la cabeza y pudo ver que Nicasio Gauna, con la mano libre de riendas, se pasaba por los ojos la punta de su pañuelo. Del que le acababa de caer al cuello.

—Alguna basura — el viento — pensó el postillón y siguió su tarea.

CAPÍTULO XII

Diez días más tarde regresaba Suasnábar a la Posta del Lobaton, pero en otra diligencia. Había convenido con Nicasio Gauna su retorno desde Villanueva. El mayoral debía continuar hasta Córdoba, Suasnábar trajo una carta para María Fabiana. Como el portador prefirió no leerla, fué necesario que el maestro de posta lo hiciera en su lugar, si bien con la dificultad propia de un semianalfabeto. La carta, escrita también por mano inexperta, rezaba así:

"Apreciada María Fabiana. El amigo Suasnábar le lleva esta carta. Haga e cuenta que se le manda don Abasco Cruz. Si- ga mi consejo, que nunca supe equivocár- la: hágale juicio a don Suasnábar. Yo le respondo. Lléveselo a la Gringuita y que lo acompañe la bendición de su aparcero.

Nicasio Gauna."

Más abajo y a guisa de posdata, como si hubiera olvidado justificarse, agregaba: "Ocasiones, carece hacer de tripas corazón..."

María Fabiana, palidecida, buscó apoyo en uno de los horcones.

—¡Había sabido ser consolo... — estuvo a punto de exclamar doña Fe, cuando la dificultosa lectura quedó colgando de la sorpresa de todos los presentes. Mas contenida por la simpatía y el respeto que el autor de la carta le inspiraba, y comprendiendo la magnitud del gesto, dijo sencillamente:

—Ansina no más tendrá que ser... Cuando Dios acomoda las cosas, por algo será. Y escupió al fogón, para quemar su amargura.

—¡Y, de ahí, prenda! A usted le toca hablar, ahora que ya está enterada e lo que dice la carta e don Nicasio Gauna — fueron las palabras con que Suasnábar abordó al día siguiente a María Fabiana.

Había resuelto quedarse el tiempo indispensable para solucionar el conflicto general en que se enredaba cada vez más. La abordó esta vez resueltamente.

María Fabiana necesitaba cambiar el lacerado horizonte del Camino del Sur. Le atraía como un mentado ensueño aquel fantástico Rosario de Santa Fe, entrevistado y magnificado a través de sus comentarios. Tras el penacho de polvo de tantas diligencias en que se habían disuelto sus ilusiones, morían sus esperanzas, para renacer con el próximo viaje. ¿Iba a desperdiciar esta ocasión que de tan generosa manera se le brindaba? Pero, la esperanza de volver a hablar con Nicasio alentaba su reticencia. Le era imperiosamente necesario verlo otra vez, gritarle que mirara lo que hacía, quitarle de los ojos la venda que voluntariamente llevaba y escuchar de sus labios una sentencia definitiva.

—Déme, a lo meno'ja una contestación... — insistió el hombre ante su silencio.

—Déme un poco e tiempo... — pidió ella a su vez, luego de pensar un rato.

Suasnábar vio en la necesidad de prolongar el plazo de su alojamiento y, para tranquilizar a la mujer del maestro de posta, le adelantó la mitad del importe convenido.

Casi un mes más tarde estuvieron de regreso los postillones. Habían dado la vuelta por el Camino del Norte. Deliberadamente, Nicasio Gauna, eludiendo el del Sur, esa amarga ruta de machos, sometióse al "Camino'e las Viejas", como él mismo solía llamarle en razón de las seguridades que ofrecía, por alejado de la zona de los artes. Pero, su resultó no buscaba sino interponer entre la muchacha y su devoción hacia ella todo el tiempo y la distancia que le fueran posibles. Como si temiera una atracción que él mismo se se explicaba.

Esa mañana, con el alba, llegó un vecino en busca de doña Fe. Había salido de ese rancho antes de que se levantara el lucero, porque su mujer, primiza en trance de alumbramiento, no había encontrado a quién recurrir. Fue así como doña Fe se ausentó en su compañía sin enterarse del regreso de los postillones entre quienes había llegado Catalítico, aprove-

EL COLOR BLANCO Y LOS INDIOS



Los indios de Arizona, Nueva México y el sur de California conservaron en sus primitivas casas de adobe el color natural de los bloques de barro, con el fin de que fuesen menos visibles a los

enemigos. Al llegar los españoles, éstos introdujeron en seguida la costumbre de pintarlos de blanco, medida que desde entonces encontró enconada resistencia en los indios.

chando para ver a su madre. Debía volver a Cabeza de Tigre. Su relevo con otro procedente de la posta de Ballesteros le acababa de facilitar la vuelta antes de lo previsto.

Interrogado por la curiosidad de todos, el Nato se refirió a su viaje con Nicasio Gauna. Ratificó que, en su presencia, el mayoral había hecho entrega a Suasnábar de la carta dirigida a María Fabiana. Ignoraba, si, los motivos que hubiera tenido para cambiar la ruta del regreso, pero dejó caer su preocupación, desembuchando un entipado:

—Ahora ya no conviersa como en denantes

—Dios me perdóne, pero a ese hombre le han hecho un daño — sugirió Romualdo, el otro postillón—. Anda como alunao, mismamente.

—Yo creo que Romo le ha acertao — confirmó el Nato—. Ahora parece, por mala la comparación, un viejo con el alma cansada.

El maestro de posta se interesó por la vuelta de su amigo. Intuía la disyuntiva en que se hallaba acorralada María Fabiana.

—Pero, en resumidas cuentas, es que ya no pensará volver pu este caminó'el Sur o le habrá dado la chaveta e devisar campos nuevos? — se preguntó en alta voz.

—No se acordó, al meno... — repuso el Nato.

—Yo le oí decir, en Córdoba, que le habían traído viaje pa traer a unos curas con su carga e copají y ornamentos de plata, y qué se yo... — contó Romualdo.

—¡Ah, ja! Es cura e cuidao — excluyó don Facundo. Por eso, seguramente, lo buscaron a Nicasio. Los curas saben viajar bien forraos.

—Y ¿pa cuándo es viaje? — se interesó Catalítico.

—Creo que pa este otro mes, cuando se haga la luna. A la mitad'e'l mes, calculo yo — aclaró el Nato.

—Que estás por dir de postillón? — se interesó la madre de Catalítico, estrindose para alcanzarle un mate.

—Y... si se ofrece... al te ve... a lo mejor... — fué la evasiva.

—¡Ah, ja! De esta laya quedamos muy

enteraos — sonrió don Facundo, a tiempo que se incorporaba, dando término a la reunión.

Su corculencia tapó el vano de la puerta por un rato. Hasta que salió al patio donde las gallinas cloqueaban una estridida canción de mediodía.

Suasnábar emprendió viaje en la misma diligencia con Catalítico. Regresaba éste en calidad de postillón. Como pesada carga, llevaba consigo el forastero la respuesta de María Fabiana. Hasta mediado el año, habrían de aguardar la vuelta de don Nicasio Gauna y, en caso de que éste no se hubiera hecho presente para entonces, la muchacha accedería al requerimiento de matrimonio. Buscando justificarse esta última dilación, ella le había explicado:

—Quiero que, al menos, me apadrine Nicasio... — dijo, sin medir el despropósito.

Suasnábar, a riesgo de sufrir un nuevo desengaño, había aceptado esta nueva esperanza y partió a hacerse cargo de sus intereses.

En la posta de Cabeza de Tigre quedó Catalítico. Cuando la diligencia reembarcaba su viaje, el estanciero de La Escuela se despidió de todos afablemente.

—Será hasta la güella...

—Sí Dios quiere...

—Que le vaya lindo.

—Adiosito...

Con tales expresiones envolvían sus deseos de feliz viaje. Sólo Catalítico, que no le había demostrado la mínima simpatía, respondió a su saludo con un acorón y enconado augurio, que no alcanzó su destino:

—Como no güelva a llover...

Era el desahogo de su inquina al pretendiente de María Fabiana; al candidato de "ese consue' Nicasio Gauna".

Cuando Catalítico dio espaldas a la diligencia ya alejada de la posta, una extraña sonrisa desdibujábase en su cara. A su lado, Julia le echó amorosamente un brazo al cuello, invitándolo a reintegrarse a las cosas. Pero, por primera vez desde su ayuntamiento, él la rechazó con fastidio. Era evidente: no podía olvidar a la otra.

—¡Ché! ¿Qué bicho te ha picao?... —
le reprochó Julia.
Pero su pregunta quedó sin respuesta.

La diligencia que, a fines de abril pasó por la posta del Lobosán hacia Rosario, dejó uno de sus postillones enfermo. El muchacho, presa de alísimas fiebre, no se hallaba en condiciones de seguir viaje y fué preciso buscarle reemplazante, en tanto se hacía cargo de él don Fe. Gabino, desde el año anterior, realizaba ya viajes cortos en condiciones normales. A él, pues, se encomendó llegar hasta Cabeza de Tigre, donde habría de reemplazarlo Cantalicio.

Pero el día en que tal relevo debió realizarse, ocurrió que el postillón no se hallaba en la posta y Gabino tuvo que seguir viaje hasta Rosario. Con gran alegría de su parte.

Según explicó Julia, "Cantalicio había ido en una necesidad urgente hasta la esquina de un gringo Altromonte, a cosa e diez leguas al sur de la posta".

Tres días más tarde, Cantalicio estaba de regreso. Parecía venir resentido con su amigo el pulpero. Se afirmaba de éste, que "no era nada trío limpio". Por de pronto, se le conocían viciaciones con algunos cantantes ranqueles. Sembraba relaciones no prometían nunca nada bueno y jamás cristiano alguno había salido de ellas ganancioso. Ni siquiera aquellos más faltos de escrúpulos. Y Altromonte no era la excepción. Costaba ya mucha sangre y dinero a los esfuerzos pobladores de la frontera esa especulación por parte de quienes habían dejado sus escrúpulos muy a la zaga. Almirón, maestro de la posta de Cabeza de Tigre, conocía al extranjero más por su fama que por haberlo tratado. Coligió que el postillón en nada bueno podía andar con semejante amistad, y decidió observarlo. Cuando éste se apeaba de su terribilón palomo, le preguntó como a desgracia:

—Y de ahí, cómo le haído?

—Bien, no más.

—No cortó algún rastreo?

—Ninguno... —replicó Cantalicio sin mirar a su interlocutor, ocupado como se hallaba en quitarle los cueros al palomo.

—¿Pu ande anduvo? —Insistió Almirón, sorprendentemente.

—Pu allá... en la Esquina! el gringo — señaló el postillón con la cabeza hacia un sur indefinido.

—¿Cuál gringo?

—Don Altromonte, pues... —replicó Cantalicio medio incomodado por verse en trance de explicar.

—¡Ah, ja! —fué la respuesta, indefinida también, de Almirón, que iba picándose de curiosidad.

Cantalicio, sabedor de la equívoca fama del extranjero, pensó que le convenía clarificar una duda en el ánimo de su compañero.

—Gringo e porra! Pide una desagraciación por el kilo e plumas...

—¿De cuáles?

—De nándu. Y, por los de garza, ni se diga. Ande va a dir uno a ofertársela! a naides. Con semejantes precios...

—Dejuramente, unos dos peso! el kilo —le manifestó Almirón.

—Por ahí, no! lo menos —replicó, nuevamente impreciso, Cantalicio.

—Vez pasada, cuando l'última tropa e carretas —mintió Julia en su ayuda, aunque sin saber por qué—, el capataz lo trató e gallego a Cantalicio, porque le pareció caro el precio que le pedía.

—¡Ah, ja! —terció el aludido—. Y al fi-

nal se llevó las plumas de garza por cuatro reales.

—¡Andá que hizo el viaje e vicio... —interpuso Delfina Vargas, que venía de encerrar las pocas ovejas de la posta.

Cantalicio creyó advertir en el tono de su voz una indefinible ironía. Pero le vino muy a pelo la observación para cortar esa charla. Luego de abreviar su caballo, lo echó al corral donde el palomo se revoloteó.

La luna en cuarto creciente llevaba recorrida ya la mitad de su camino y aun estaba en comienzos la oración. Al día siguiente era esperada la diligencia. En ella debía ir Cantalicio de postillón.

Julia, más apesadumada por la ausencia de Julia, más apesadumada por la ausencia de siete días.

No bien hubo comido algo de puchero y mazamorra y confortado sus nervios con unos cuantos amargos, Julia se lo llevó.

—¡Vamo! a dormir temprano, ché. Mañana tendré! otro galope. Y esta vez va a ser hasta el Rosario.

—¡Vamo! —aceptó el hombre, reodeando con su brazo la cintura de la muchacha.

Afuera, junto al alero, quedaron Almirón y la Delfina Vargas. Descansaban sentados en sendas cabezas de vaca, bajo la pálida compañía de la luna.

—¿A qué diñache habrá ido tan lejos? —se murmuró la mujer.

—¡Cierito, no! —repuso Almirón—. Demasiado galopar por un puchero e plumas. Y escupió al patio.

Con la creciente sombra se afianzaba la claridad lunar. Y en el campo se corporó el silencio.

—¿Y si esperara algo, la pareja se dejó estar largo rato.

—¡Viste el sombrero que trujo? —observó de pronto, el hombre.

Efectivamente. El que hasta entonces usara Cantalicio, sin cinta ni tafiate, era de un color verde amarillento; ese mismo tono impreciso que otorga la edad y la intemperie a las hojas caídas. Ahora había regresado con uno nuevo, de color negro.

—Lo habrá negociado al gringo por plumas o por cueros de lobito. Uno nunca alvierte de ande saca plata, pero no le sabe fallar.

Y, con esa duda se retiraron a dormir bajo el alero.

CAPITULO XIII

Balanecándose con su habitual suavidad —poco común en esos carruajes—, la diligencia de Nicasio Gauna rodaba sobre el Camino del Sur. Habitados por la prevención, los ojos del mayoral escrutaban el horizonte sureño, impenetrable y silencioso más que una puerta sellada. ¿Cuántas veces había hecho ese recorrido Nicasio Gauna? Ya tenía perdida la cuenta de sus andanzas. Desde el modesto empleo de postillón, comenzado bajo la vigilante mirada de su padre, hasta el cargo de mayoral, lleno de responsabilidades, habíase hecho a la indiferencia del peligro, a la crudeza de todas las intemperies. Años y riesgos iban ahondando las incipientes arrugas de su rostro. Había en sus ademanes esa suerte de inconsciente habilidad del músico cuyos dedos recorren el instrumento sin que la mirada los acompañe.

Viajaban con el mayoral tres postillones: Cantalicio, Gabino y un muchachón de Cruz Alta, a cargo éste de un ladero de troncos. En cuanto a Gabino, llevaba la yunta de cuartos; marchando a la cabeza Cantalicio con la de guías.

Aun se registraban aisladas incursiones

del salvaje que sabedor, por rumores filtrados a través de las pulperías, de los propósitos del general Roca y su provocado avance, más destacaba sus partidas de indios hombres en trajes de exploración que con misión de maloquear entre las poblaciones. No ignoraba esto Nicasio Gauna, y la presencia de Gabino en Rosario y su próximo regreso en calidad de postillón, lo decidió a optar por el camino del Sur y dejar en la posta al hijo de su viejo amigo, don Fe. Encarnado.

Pero ocultas razones habían impulsado también hacia esta ruta. Ignoraba qué habría resuelto María Fabiana acerca de su matrimonio, ya que el niño sólo pudo informarle que "entuviera se dejaba estar en las casas..." Había sido necesario que la interrupción de un extraño en sus vidas provocara el levantamiento de un secreto; que la inconfesada ilusión de toda una vida abriera la crisálida donde se hallaba latente. Este hombre curtido había pasado inconscientemente desde un sentimiento compasivo, la ternura paternal, la sincera devoción hasta el interés que lo dejaba a las puertas de una pasión sin escape. Todo lo ensayó y no pudo lograrlo, sin lograr otra cosa que ahondar en la madurez, acaso el más difícil de sofocar.

Incapaz de resistir al vehemente deseo de ver una vez más a esa mujer que comenzara a cuidar como quien cuida una planta, paternalmente, de puro bueno, para buscar el momento oportuno para volver a ella, el mismo que un viejo tilingo" —palabra imperiosa necesidad de hablarla, para que él no se acabara de una buena vez con Suanabá, resolver él las cosas, porque tampoco podía estarle la muchacha aguardando a que un malón se la alzara pa siempre...

Secretamente rogaba a todos los santos que el estanciero de La Escuela, convencido del desahucio, se hubiera retirado definitivamente. Así, nadie podría achacarle una intromisión que, a sus años, podía aparecer criticable. En estas cavilaciones le sorprendió la rotura del lazo que llevaba a la cincha el caballo de Cantalicio. Había éste cambiado en Cruz Alta el que blanco palomo en la posta de Arequito, por el ensillar en su propiedad. Al cortarse el lazo, el animal saltó como despedido, hociendo. Su jinete, sin esfuerzo aparente, logró levantarlo en la rienda y todo no pasó de un apuro. Solamente los curitas se alarmaron, siendo preciso que Nicasio los tranquilizara desde el pescante.

Luego de unos reniegos, el postillón se puso a reparar el desperfecto.

En el interior del carruaje, berlina y asientos posteriores, viajaban cuatro sacerdotes, un estanciero de la otra banda del Carcarañá y un comerciante cuyos equipajes se habían acomodado en el alto del techo. Tres de los sacerdotes pertenecían a la diócesis de Córdoba y el otro —un rubio extranjero quien ni sus cofrades conocían — viajaba por personas de diligencias. Venía muy preocupado y no cesaba de preguntar acerca de la suerte corrida por las diligencias asaltadas. Tratándose de hechos sobre los cuales el olvido había puesto su patina de piedad, llamaba a la atención semejante insistencia, y algunos la atribuyeron al temor agnificado, Dios sabe por qué exagerados relatos.

Obligados comentarios hacían aparecer, de tanto en tanto, por las ventanillas algunas cabezas. A veces se esforzaban por llevar una mirada hasta el pescante, desde donde el mayoral, con sus recomendaciones, Cantalicio, molestado por la incidente, no respondía a la charla de los viajeros. Hasta que, listos los tiros, la diligencia continuó su marcha. En el inte-

rior de éste, un murmullo de preces acompañado el rumor de los rodados. Alguno que otro bache llevaba unos contra otros a los cuerpos transidos. La nube de polvo copiaba en el aire el rameado camino. De tanto en tanto, los ojos del niño que iba a cargo de una yunta de overos, volvíanse hacia el pescante, buscando la aprobación y el apoyo del mayoral. Cantalicio, en cambio, miraba con inusitada persistencia el horizonte del Sur.

—Este se me está asustando... ¿Habrá visto algo? O le ha dentro el miedo e repente...

El mayoral, ese hombre que a tantos había manejado, hecho a toda contingencia por haber afrontado tantas y tan contradictorias, no aprobaba su convencimiento sobre ninguna posibilidad. Por lo mismo que, para él, nada pasaba inadvertido, Nicasio prefirió observar al postillón sin mostrar desconfianza.

Debajo del cuero de oveja que le servía de cojín en el pescante, el mayoral conservaba a la mano un ranarero de buen alcance. Y, como los postillones, a través de su cintura el facón ranarero que nunca abandonaba. Por otra parte, en el interior de la diligencia media docena de armas largas viajaban por precaución al alcance de los pasajeros, aunque no todos fueran capaces de usarlas. En estas viejas, dos de los cueros que el estancero sabían tirar, lo que no habría sido poca ayuda.

El carruaje avanzaba, rodando sordamente en los trechos polvorosos, pero cuando el suelo se tornaba firme, sonaba su tren más de lo que los religiosos hubieran deseado. Tenían oídos tanto relato de lo malo embudo acerca de las tragedias del desierto que cualquier incidencia del recorrido se tornaba en alarma.

En la Posta de Cabeza de Tigre, aprovechando la muda de los tiros, todos los viajeros descendieron a estirar las piernas. Julia, la mujer de Cantalicio, acogió a éste con muestras de cariñosa alegría.

—¡Quéñ iba a decir! —pensaba Nicasio, mientras abrazados del talle entraban en la cocina—; así debe ser no más... la oveja más ruin se lleva por delante los lienzos.

En el requerimiento del sacerdote, con quien el mayoral había ya agotado su repertorio e iba dando en apodar el Gringo, se volvió.

—Sí, padre... entre ésta y la que viene se le llama del Lobotón, jue asalada una diligencia... ya van pa lo'cho años se se anticipó Nicasio a la adivinada pregunta del sacerdote. Pero ya casi no se ven indios pu estos laos... —agregó para tranquilizarlo.

—¿Pereció alguna familia? —insistió el sacerdote, cuyo interés tenía ya intrigado al mayoral.

—Por desgracia, sí, señor...

—¿Intervino usted o vió, siquiera, a los muertos?

—No, padre, no los víde, porque yo andaba pa el Rosario. Pero me enteré:

—Así que... ¿todos perecieron? —repitió el viajero, en cuyo acento la pena y la esperanza estranguaban, por igual, las palabras.

Una solita escapó, añorando... Ahí está en l'Esquina el Lobotón. Es bien paya, la niña.

El sacerdote, cuya mirada pendía de los datos del mayoral, se demudó.

—¿De veras? ¿No se equivocó usted? —preguntó ansioso.

—No, padre. Estoy bien seguro y canso de verla...

—¿Su nombre?

—Nadie lo conoce. La sabemos nombrar la Gringuita. Ahura tendrá uno'once años.

En ese momento, Cantalicio apareció con un mate en la mano.

—Apuáte, ché... —le gritó Nicasio Gaurán, contagiado de la premura del sacerdote, por llegar a la posta del Lobotón —. ¿Largá tu palomo y acomodá el overo ese que trae Larcamón!

Pero Cantalicio no pareció muy apurado por el relevo.

—¿Vi a dir yo, no más... —avisó desde lejos —. Quiero ver a mi mama.

Eran frecuentes en él las visitas a doña Juana, y el mayoral lo dejó hacer. Al fin y al cabo, lo mismo daba uno que otro.

Poco rato más tarde, la diligencia robaba nuevamente por el Camino del Sur. Trataba Nicasio de llegar a mediodía, liquidar su asunto y proceder en consecuencia. Era preciso despuntar por el sur la Cañada de los Quebrachos Viejos y, después, tomar de nuevo rumbo al noroeste.

La posta del Lobotón se hallaba envuelta en esa somnolencia que precede a la hora meridiana, rondando la cual andaba el sol. No se esperaba por esos días la llegada de diligencia alguna procedente del Rosario. En cambio, era ya el tiempo que comienza la del norte, con gentes de Cuyo o de Córdoba.

Don Facundo, según su hábito, divivaba desde el alero. Echaba de menos a su hijo. Gabino ya tendría que estar de vuelta.

La madre se hallaba ocupada, a esa hora, en acomodar sobre el fogón media costilla de oveja. A la par, en una olla de barro, hervía, rezongando a borbotones, el maíz para la mazamorra, juntos constituían el almuerzo de ese día. Fuera de Martina que, viciosa, sorbía unos mates, el resto de los moradores digería abundantemente en diversos lugares. Gravezde calienta la de ese mediodía sin un soplo, sin un pretexto.

Algunos nubarrones iban llegando pesosamente a la cita invisible. Debajo, la tierra, echada de espaldas, esperaba. El Camino del Sur se bañaba en lejanas brillanzas, cuando una torcaz goteó sobre la hora su soñolienta campanada: buhii, buhii, buhii, buhii... Entonces, todos fueron acordando a la cocina su desahogado apetito. La grasa del asado lloraba ya sobre el rescoldo caliente sus motas oscuras. Y comenzó la charla, como si todos hubieran estado mudos hasta ese instante.

—¡Pucha con la postita'el Lobotón! —exclamó Martina —. Parece aburrida e vivin.

Eso mismo digo yo — interrumpió un forastero que había acudido a la pulpería en busca de los vicios y de unos tragos con que entansarse —. Yo que venía a entretenerme y lo'hallo como en un velorio.

—Sueño o... soncera: no sé qué será; pero, é'el caso que yo mesma me siento como desahogado — anunció doña Juana.

—Señal de que va a llover — opinó doña Fe, disponiéndose a pelar una paleta —. Tomá, ché — alargó una presa a la Gringuita —. O preferij' un poco e mazamorra...

Sin motivo aparente, alguien comenzó a recordar el episodio que diera origen a la llegada de la Gringuita a la posta.

—Ah, ja! ¡Ricuerdo esa mañana! — Había llovido una temerida la noche antes.

—Sí, y güen susto nos llevamo' algunos — interrumpió María Fabiana.

—Lo que no me vi'a olvidan nunca ej' esa noche'el entiero e la finadita, ¿te acordás, Nato? Cuando solvía Cantalicio

con las botá' amarillas del otro finao... pero, sí, hombre — interpuso Martina, indiscreta.

El interrogado guiñó un ojo a doña Fe. —No recuerdo... — Y miró a doña Juana de reojo.

Esa no advirtió las sonrisas de los presentes o no quiso verlos.

¿Quéñ gusta más mazamorra? — preguntó por desviar la charla hacia otro tema.

Pero, con raro empecinamiento, los circunstantes insistieron en recordar algunos casos trágicos ocurridos en la vecindad de la posta. Desfilaron, así, el de la monja, el de la quemazón y el gran arreo; la muerte del vejito don Gaudencio...

Seguía dormitando ese extraño desgaño sobre la mansebudencia de aquellas gentes que, poco a poco, fueron abandonando la cocina. Unos sentados, otros echados a la sombra, desparramaron su sueño que, como todos los días esa madrugada, habíase remedido con las últimas estrellas.

Tanto Martina como doña Fe tuvieron el mismo pensamiento durante la desgaña del almuerzo, pero sin atreverse a empujar el estado de ánimo general. La viciosa habíase hecho presentes a prima noche aquella, lucas mas, de siempre terrible agüero, en el pequeño campamento. La noche sin variantes en la pesadez del ambiente, ausente hasta ese momento su luna, facilitó con la hora escasa de oscuridad que precediera a su aparición en el horizonte, el silencio deambular de un preguero que no todos alcanzaron a advertir. Ambas mujeres habían preferido callar lo que vieran la noche antes, y se tragaron el desasosiego.

Torearon los perros. Doña Juana se incorporó sobresaltada. Había estado soñando con el vejito don Gaudencio. Aunque algo difusa su figura, ella lo reconocía perfectamente, detenido en el vano de la puerta que parecía dispuesto a no abandonar. Por fin se sentó en el suelo, dejando expedito el paso de la luz. Y fue cuando despertó doña Juana. Porque, efectivamente, ladraban los perros.

Ya estaban algunos en el patio cuando llegó el overo rosado que conducía a Gabino. Alzan el patio y desfogarse el muchachito para dar casi con su cuerpo en el suelo, fue todo uno. Justamente cuando asomaba doña Juana. Se incorporó como si las piernas no le obedecieran, con desahogada lentitud.

—¡Oh! ¿Lo'otros?... ¿Y Cantafacio? — preguntó alarmado el maestro de posta. La voz le temblaba en los labios.

—¿Collo que ha' estar dijunto... — alcanzó a balbucear el chico.

—¿Cómo? ¿M'hijo? ¡Hable, criatura! — gritó doña Juana.

—¡Lo'indios, mama!...

Nada más pudo decir el niño, que se echó en el regazo de la desahogada mujer, cobijar allí su espanto y su tribulación.

Don Facundo, su mujer y el Nato ensillaron febrilmente los caballos. Bien armados, iban a acudir en auxilio de la diligencia y los heridos. Bien podía ser que el muchachito hubiera exagerado. "En el cañadón... tata... Ágatas una leña...". Había indicado a Gabino un collozo. Era una fuga sin claudicar, la reacción lo iba empujando ahora; el terror lo empujaba ya. Y terminó por ir a ocultarse en la cocina.

—¡Usté, don Filomeno, cuídemle a las mujeres... — pidió el maestro de posta

al forastero que almorzar con ellos ese mediodía.

—No es que desprecie a las mezcas, que mucho valen... pero, con su licencia, vá a acompañarme. El baile va estar más lindo, allá.

Quedó resuelto que las tres mujeres con Gabino y el postillón convaleciente esperarían, vigilantes, el regreso.

Se alejaban al galope los que acudían en ayuda de la diligencia asaltada, cuando salió doña Juana de su rancho. Habíase cubierto con un poncho y tocaba su cabeza un aludo sombrero.

—... ¡La fresca la tarde — dijo Martina, buscándole la lengua.

—Calor hace de sombra, ya lo sé — contestó la aludida —; pero es güeno que los infelices nos tomen por machos. Digo... si ando alguno bombeando la posta...

No obstante la gracia que les causara esta ocurrencia de la curandera, hallaron las muchachas muy acertada la idea. Pronto se aviaron de las prendas masculinas indispensables para disimular, siquiera a la distancia, su verdadera identidad. No iba a ser fácil, pues, con semejante Jaja de hembras, la conquista de la Equina.

María Fabiana subió al manguero y los demás, a las órdenes del postillón convaleciente, se ocuparon en cerrar todo acceso a la posta. Cada cual con el arma que se sentía capaz de manejar, aprestó a la defensa, esperando ansiosos el regreso de los viajeros. Ramona no estaba ya. Había regresado a su rancho tres días antes, en compañía de un vecino aliado el Caruaráñ.

—¿Habrá muchos muertos? — preguntó, temerosa, la Gringuita.

—¡Vaya uno a saber!... — repuso alguen.

Sobre el silencio consecuente, las nubes seguían acumulando tormenta.

CAPITULO XIV

El ataque a que se refirieron las escasas y entrecortadas palabras de Gabino, había ocurrido de manera sorpresiva. En ese mismo lugar y casi a la misma hora, ocho años antes fué saqueada una diligencia y masacrados casi todos sus pasajeros. A la posta había llegado la Gringuita, único sobreviviente del desastre. Único de que se tuviera conocimiento.

Y fué, precisamente, al salir de la cañada de los Quebrachos Viejos, esguazando en su desquite sur, donde la diligencia de Nicasio Gauna acababa de sufrir el sorpresivo ataque de una partida de ranqueles, tal vez el último en esa zona del Camino del Sur.

Refrescados ya los tiros, iba la diligencia a retomar el veloz arie de marcha, cuando hizo irrupción aquel grupo de salvajes, desde tres rumbos diferentes, precipitándose contra la diligencia en medio de una infernal e impresionante alarida. El desconcierto subsiguiente, hizo vacilar a hombres y caballos. Y, cuando Nicasio Gauna, inmediatamente recobrado, pretendió apurar la fuga a manera de contragolpe y único recurso de salvación, en la emergencia, el blanco palomo de Cantalicio, sin que fuera posible precisar cómo, salió despedido como si hubiera cortado la cuarta. Esta vez no llegó a bociar; tampoco su jinete hizo por detenerlo o desviar la dirección de la fuga que iba reclamando al grupo mayor de los agresores. Conservaba el hijo de doña Juana su acción céntrica en la cintura.

En virtud del impulso que impulsó, la diligencia continuó su marcha por un trecto, hasta que los indios lograron detener

los tiros desorganizados. Táctica peculiar del ranquel, favorecida por la insolita salida de Cantalicio. Evidentemente, éste no huía; iba sin ambages a reunirse al grupo atacante. La sorpresa de Nicasio duró muy poco, más prefiriendo disparar toda duda, lo increpó:

—¡Parate, maula! ¡No disparé'o te ardo de un trabucazo!...

Por toda respuesta, Cantalicio hizo un ademán procaz y castigó su caballo, actitud que fué recibida con grandes alaridos de triunfo:

—... ¡Está penit! ¡Esté huincé toro! ¡Ya, ya, ya, ya, ya, ya!

—“¡Esté amigo! ¡Esté cristiano macho!” Tal el significado de las aclamaciones con que se le aplaudía.

A Nicasio, que, como todos los hombres de frontera conocía muchas expresiones araucanas, que se le escapó la infamia de su postillón. Lo sabía avieso, pero nunca lo creyó capaz de semejante felonía.

Cantalicio vino a quedar a la altura del pescante. Y, entonces, escuchóse una fuerte detonación: en medio de la sorpresa general, el hijo de doña Juana fué cayendo al suelo, sin proferir un solo grito. El blanco palomo, desorientado y sin jinete, volvió a caer a los brazos de la diligencia. Y una pausa siniestra detuvo momentáneamente toda acción.

Poco duró ese alto. A la hesitación consiguiente siguió una bestial alarida; mezclada expresión de despecho y de impotencia se quebró en las gargantas de los salvajes. Y, de inmediato, comenzó una gran trepa en el grupo. Una lanza, la del indio más próximo, salió arrojada por brazo potente y fué a incrustarse dentro de la berlina, haciendo pedazos una ventana. Trozos de vidrio hirieron en el rostro al comerciante.

Entretanto, Nicasio Gauna descendía de su elevado asiento. Estaba resuelto a no dejarse avergonzar por esa partida de salvajes merodeadores sobre la que acababa de obtener una ventaja inicial: la caída de Cantalicio, el ostensible entregador. Pero, cuando iba a poner el pie en tierra, un certero tiro de bola dió en su cabeza, tumbándolo. Por la herida comenzó a manar abundante sangre.

Ahora las fuerzas quedaban aparentemente equilibradas con las desventajas para los cristianos de que ningún indio había sido fteado aún. La alarida que levantó este golpe llevó una momentánea vacilación al campo cristiano: su jefe virtual estaba caído y los indios en actitud resuelta. El postillón de Cruz Alta logró arrastrarse a la izquierda del contrario y empuñó un arma que le alcanzaba el religioso aquel de las preguntas. Simultáneamente partieron dos tiros desde la berlina, alcanzando a herir uno de los caballos cuyo jinete se dejó caer rápidamente al suelo. Otra lanza se clavó en tierra, luego de pasar por entre los rayos del sol.

—¡Le erraste, maula! — gritó el estanciero que acababa de echarse el fusil a la cara. Partió el tiro, esta vez; certero, y el salvaje cayó herido de muerte entre los yuyos.

Los indios peleaban a gritos, para darse ánimos; los cristianos, en silencio, conscientes de su valor y superioridad moral. Por excepción, una que otra palabra cursó, pero era necesario prevenir al compañero o solicitar su ayuda.

Aprovechando la confusión que el afortunado tiro provocara, descendió uno de los sacerdotes con el propósito de auxiliar a Nicasio Gauna, que permanecía exánime. Era el más joven de los cuatro. Logró arrastrar al herido hasta debajo del

carruaje y, supeniéndolo próximo a morir, dispúose a impartirle la absolución. Extendió sobre el caído la señal de la Cruz, cuando el lanzazo traicionero de un salvaje que llegara arrastrándose, lo tumbó sobre el mayoral, con una grave herida en la espalda. El tiro del postillón, casi en la misma hora, hizo volar los sesos al agresor. Esto casi pasa inadvertido, porque simultáneamente, el estanciero daba por tierra con otro enemigo.

Desde unas cortaderas partió el único tiro que hicieron los ranqueles. Dirigida, afortunadamente por mano inexperta, la bala, en la espalda, le hizo un corte en el suelo. El retroceso habíalo golpeado fuertemente, quitándole las ganas de repetir la tentativa.

El doble cartazo persuadió a los indios de que los viajeros no estaban dispuestos a entregarse por ningún precio y se alejaron con ánimo de contemplar la situación. Parte del postillón, las balas sueltas y las desconcertadas voces de los ranqueles, discutiendo entre contorsiones y lanzadas al aire, sin perder de vista a la diligencia, cuyos viajeros aprovecharon para descender y rodearla, a fin de mejor defenderse. De espaldas al carruaje, prepararon sus armas y concertaron brevemente un sencillo plan de defensa. Fué en tales circunstancias cuando advirtieron la ausencia de Gabino y el caballo que montaba.

Más de una hora se mantuvieron los ranqueles alejados del alcance de las balas, sin atreverse a repetir el ataque. Toda esperanza de parlamentar con el cristiano se habría ocurrido alguna vez — quedó descartada. Fueron acercándose entre ellos, como si procuraran darse ánimo mutuamente. Venían a pie, su manera favorita de pelear, y se hacían, por instantes, más peligrosos. Una descarga los detuvo en el momento en que se iban a dar el próximo. Imaginaban desahucio a los cristianos. Sus alaridos buscaban atemorizar a los cristianos que, no obstante su entereza, sintieron helársela la sangre. Pero la descarga había sido de efectos concluyentes: dos cayeron. Muerto uno, el otro herido. El herido, el capitanejo que los animara en la emergencia, fué a caer junto al sacerdote. Sus cabezas, unidas en el trance de la muerte, parecían conivarse.

Pero, en los ojos feroces del indio, luchaba la angustia de no poder ya matar, del odio que no se resigna. El fraile, moribundo, perdonaba. Como si fuera a besar al salvaje, se arrojó a sus labios al rostro, acaso por que el oyo cristiano, en último aliento derramó sobre el hijo del desierto la infinita piedad de su ministerio: “Ego te absolvo, in nomine P...” Un feroz mordisco del capitanejo, que no alcanzó a cerrarse del todo sobre la mejilla blanca del afortunado fraile, dejó trunca la absolución. Pero la mano cristiana, generosa de olvido, fué deslizando su cuerpo sobre el rostro ensangrentado del salvaje, en una caricia de hermano. Y, coincidiendo, al fin, en lo infructuoso del odio, ambas cabezas se juntaron para el último suspiro.

Una descarga, seguida de tiros aislados, trajo el alivio de la esperanza a aquellos infortunados viajeros. Acababa de aparecer por un flanco la oportuna ayuda de la posta del Lobón. Eran pocos, sólo tres hombres, pero llenaban el tiempo de poder alargar la batalla. Al gravitar poderosamente en el afecto contuyente de la última descarga se unía este pequeño y generoso refuerzo que precipitó la derrota de los ranqueles. Escapaban ahora perseguidos a tiros por la creciente exaltación de sus contrarios. Terminaba tal suerte, la maldadada

aventura de Cantalicio.

El reducido grupo de auxiliares se unió bien pronto a los afligidos defensores de la diligencia. En los ojos ansiosos asomaba ya la alegría de verse con vida. Como si recién aprendieran el tonificante valor de una sonrisa.

Llegó don Facundo con su caballo de tiro.

—¡Ah, ja! — exclamó, reconociendo el lugar—. Aquí mesmo juy ande asalaron la diligencia ande viajaba esa familia e gringos... Hasta hace poco se veía una e las ruedas.

Junto al cuerpo de Cantalicio rezaba sus preces el sacerdote extranjero que tanto se interesara ante Nicasio por los pasados alaqueos a las diligencias. Un agudo grito de mujer cortó su responso.

—¡Cantalicio! ¡Hijo mío! — se arrojó doña Juana sobre el cuerpo del postillón que comenzaba a ponerse rígido—. ¡Chinito mío! — le habló, como cuando era niño—. ¡Quién te mató? ¡Decime...! pa arrancarle la ¡achuris! ¡Decime, muchacho mío!

—Roguemus a Dios por él... — pidió el religioso y, como si implorara perdón por lo que iba a decir, unió las manos sobre el pecho, levantando sus ojos al cielo—. Roguemus a Dios... porque murió... como buen cristiano.

Y quienes sabían, callaron.

Los sollozos de doña Juana hincaban en el silencio sobre el que desmayaba la jornada.

Algunos tiros aislados se escucharon todavía. Polvora gastada al bullo, como ladridos de perros en el desganado de una vigilancia que ya no se justificaba. Al pie de la diligencia, otros atendían a Nicasio Gauna cuya herida continuaba desangrándose. Por cuya vida nadie habría arriesgado un simple tiro de bala.

CAPITULO XV

Palidecía la tarde cuando llegó a la posta la golpeada diligencia de Nicasio Gauna. Dolorida, venía a reclinarse su cansancio sobre la insignificancia de aquella pequeña esquina del Lobatón como hubiérase amparado un herido en la débil compañía de una criatura, a falta de auxilio más poderoso. Porque la posta no tenía otra fortaleza que la de su propia debilidad, que la de una rara fortuna en la casi diaria lucha contra toda suerte de adversidades.

Don Facundo Ortiz había tomado a su cargo la dirección del carruaje. En la posta, a la expectación como se hablaban todos de la suerte corrida por amigos y viajeros, hubo un movimiento de ansiosa nerviosidad. Nada sabían — a no ser la supuesta muerte de Cantalicio — sobre el número y la calidad de las presuntas víctimas. Gabino, poderosamente impresionado, había-se envuelto en un cerco mutismo y optó por no importunar con nuevas preguntas. Horribles debieron ser, a juicio de las mujeres, las escenas presenciadas por el muchacho, para llevarlo a tal estado de ánimo.

Don Facundo hubiera querido anticiparse al arribo con un toque de clarín; pero fueron vanas las tentativas para arrancar a la corneta algo que se pareciera a una nota. De suerte que la llegada fué como en realidad debía: fúnebre y plena de interrogantes para unos y otros. Además del postillón de Cruz Alta, la otra única víctima a cargo del estanciero Cantalicio. El ladero que dejara Cantalicio, había conducido a Gabino hasta la posta. Fue necesario, pues, organizar de nuevo los tiros. El resto de auxiliares escoltaban al vehículo en cuyo interior se desangraban la cabeza de Nicasio y los cadáveres de

Cantalicio y el sacerdote inmolado. Doña Juana ocupaba, junto a su hijo, el asiento del estanciero. Si el fuego del odio fuera capaz de encender los pajonales, el campo todo ya habría estado ardiendo.

Cuando divisaron la galera, un movimiento de nerviosidad agitó a las mujeres en la posta; volaron ponchos y chambergos que disimularan su identidad y las armas.

—¡Cuidao!... No sea el Diablo y vengan indiojen lugar de cristianos... — previnieron el postillón que las acompañaba.

Afortunadamente, la razonable advertencia no tuvo confirmación y los mal-trechos viajeros lograron, por fin, hacer pie en ese islote de esperanzas que era la Posta del Lobatón.

Maria Fabiana quedó mirando, indecisa entre ofrecer su ayuda o su respetuosa

MAPAS EN LOS SUBTERRANEOS



En los subterráneos neoyorquinos se resalvó poner mapas indicadores, fabricados con material plástico, que no necesitan marcos ni cristales. Estos mapas, que indican al pasajero todo lo concerniente a la ciudad, tienen además la ventaja de que su material no es afectado por el calor, el agua, el aceite o el lápiz labial. Sus colores son firmes e inalterables.

piedad. Los primeros en descender fueron los dos sacerdotes indemes, quienes de inmediato recibieron los restos de su hermano muerto. Junto a él, Nicasio Gauna era todavía un interrogante. Varias veces sus compañeros de infortunio le habían auscultado. Hasta que la diligencia se detuvo, latía su corazón, pero era preciso que doña Fe diera su veredicto. Entre cortados suspiros que, más de una vez parecían estertores, habían hecho temer por su vida. El ansioso "ya se corta..." había aflorado en más de una oportunidad durante el recorrido a los labios de sus atribulados compañeros.

Fué tarea difícilísima bajar el cuerpo de Cantalicio, acomodado a los pies de doña Juana. Los lamentos de ésta y sus recordaciones de cuidado interrumpían a cada momento la tarea. Quedó, por fin, bajo el alero donde se reanudaron los lamentos de la madre. En tanto unos permanecían a su lado, otros acudieron a la diligencia deseosos de participar en todo. El cadáver del sacerdote quedó sobre un

catre de tientos, como si a su jerarquía se le reservara la mayor comodidad.

El último en llegar a tierra fué Nicasio Gauna. Se lo descendió con las imaginables precauciones, porque se encontraba aún sin sentido. A manera de vendaje, le cubría el rostro un amplio paño del religioso que evitó a dejarlo en tierra y a cuyo cuidado había hecho esa legua de camino.

—¡Vayan a traer otra cuja! ¡No se dejen estar ahí, mirando! — habló el maestro de posta a doña Fe y Maria Fabiana.

Cortada en seco su curiosidad, conteron ambas mujeres busco del caso pedido. Mientras, hubo que apartar a los niños de ese espectáculo. Y a los perros que merodeaban, olisqueando la sangre.

Llegó, por fin, la cuja de Maria Fabiana. Al acostar en ella al herido, cayó al suelo el pañuelo que le cubría y apareció a la vista el rostro ensangrentado de Nicasio Gauna. Los que habían quedado en la posta no lo esperaban y, menos, herido. Erase imposible a aquella gente imaginar al mayor víctima de los indios y en peligro de muerte.

—¡Apacero Gaunal!... ¡La pucha! — exclamó doña Fe, sin poder contener. Maria Fabiana terminaba en ese momento de acomodarle los pies. Al escuchar ese nombre, la muchacha volviósese como hincada por una lezna. Le fué preciso mirar, acercar su rostro al del herido para convencerse. Hasta que, con la desesperación pintada en el semblante, se tomó con ambas manos la cabeza.

—¡Nicasio! — gritó por fin —. ¡Nicasio mío!... Pero... — miró a los presentes, desorientada —. ¿... pero ¿cómo? ¡Nicasio! Hasta que se dejó caer con todo su llanto sobre la cabeza ensangrentada del mayoral.

Doña Fe y quienes a su lado se encontraban miraron sorprendidos. Jamás habían oído a Maria Fabiana en semejante tono ni con palabras que trasuntaran otra cosa que una respetuosa simpatía por ese hombre cuya dedicación a ella era de todos conocida.

—¡Nicasio! ¡Vida mía!... — sollozó de nuevo la joven, apartando un poco su cara de la del herido y moviéndola a ambos lados con un gesto dubitativo. Y, encarándose de improvviso con el sacerdote que permanecía a su lado, sin cuidarse del respeto que los demás le dispensaban: —¿Ande está herido? ¿Ande? ¡Dígalos de una vez!...

El interrogado procuró tranquilizarla: —Sólo tiene un fuerte golpe en la cabeza, pero vivirá. Dios mediante. No te aflijas, hija mía...

La Gringuita había ido aproximándose y presenciaba ahora lá escena desde prudente distancia. Gabino, distraído de su espanto, corría solícito, cumpliendo las tareas que se le encomendaban. Hasta que se acomodó a Nicasio Gauna en la habitación de Maria Fabiana. Allí le practicó doña Fe la primera curación. Fué preciso que Martina la secundara, ya que Maria Fabiana, en su afán de procurar alivio al herido, entorpecía las tareas más que ayudaba.

El golpe de bola había abierto una herida de consideración a la altura de la nuca, y la sangre coagulada ya sobre el cabello ayudaba ahora a contener la hemorragia. La curandera procedió a lavarla con gran cuidado, utilizando como en el caso del Nato, la salmuera. Felizmente, uno de los viajeros traía en su equipaje algodón y yodo, medicamentos de invaluable valor. Ellos evitaron el uso de las telarañas, que hubiera sido forzoso en caso contrario.

Sobre el cansancio general puso la noche un algo de serena frescura. La luna estaba, también, con las gentes. Llegaba oportunamente el derramamiento de confianza en los campos sobrecogidos. Bajo el rocío descansaba la mole oscura de la diligencia; nadie había pensado en retirar de su techo la petaca de cuero llena de vasos sagrados, custodios y ornamentos. Cosas de Dios, como las consideraban todos, debían a la hostia una protección de seguridad y a nadie se le hubiera ocurrido pensar en que los indios volvieran su encono y su despecho contra la desprevenida esquina.

Frente al pescante, aperos, tiros y arneses — fatiga desparpamada — parecían dormir, también, sobre el muelle olvido de tantas tribulaciones.

Junto a los muertos, velaban por turno moradores y forasteros. Al lado del lecho de Nicasio Fabiana, la mano de María Fabiana recorría afluente, intácil casi, la herida febrilmente. Los sacerdotes cubrieron con sus preces los restos mortales del cofre asesinado. Aquellas oraciones se extendieron bien pronto a todas las víctimas, con lo que la orfandad de la posta pareció sentirse reconfortada.

Involuntariamente, muchos pensaron en el otro velorio, cuando la finadita y su compañero en la muerte recibieron, años atrás, la sencilla piedad del desierto.

Doña Fe lo comentó en voz alta durante uno de los silencios que, en torno a la muerte, dejaban las preces:

—Esto me hace recordar — explicó a los viajeros — el entierro y la finadita y un hombre, muerto en el ataque a la diligencia, hará cosa de... de cuántos che?... — terminó, dirigiéndose a Martina.

—Lo menojocho años, mamá... — recordó su hija, luego de un momento.

—¡Pobre Cantalicio! — pensó en voz alta la curandera, a cuya memoria venía el hurto irreverente de aquellas botas que con tanta dificultad calzara el hijo de doña Juana.

El sacerdote extranjero que en ese momento departía con el comerciante, acababa de volverse, interesado en las palabras de doña Fe. Pero, tras de un instante de vacilación, tornó a su charla.

Luego de haber practicado a Nicasio Gaita aquellas curaciones de que era capaz, rivalizando con María Fabiana en solicitud y auxiliada por el viajero que proporcionara el yodo, la curandera pensó en conversar a solas con la muchacha acerca de los sentimientos que la agitación acababa de revelar en todos. Ella no tan afligida que optó por dejarlo para otro momento, limitándose a observarla a hurtadillas. En sus ojos jugaba una sonrisa imperceptible.

—¡Chinita alarife!... — murmuró apenas, con voz cariñosa.

A la mañana siguiente dióse cristiana sepultura a las víctimas del lamentable suceso que bien podía ser uno de los últimos ataques en esa amarga ruta del desierto. Estos muertos fueron a acrecentar aquel almacén de cruces, como lo denominara Don Facundo. A todos los sepultos abarcó el responso que por ellos rezó uno de los religiosos, envueltos en amplio ademán por ese Signo pleno de generosa absolución. Sobre algunos de las cruces de palo, las telarinas habían tejido ya sus tramas de olvido. Una vez más quedó perdida entre el pajonal que un aire desaprensivo traspasaba. Y los concurrentes, en reducida y silenciosa caravana, se reintegraron poco después a la Esquina del Lobalón donde aun quedaba mucho por hacer.

María Fabiana no quería separarse de

junto a Nicasio, ni aceptaba relevo en la tarea de velar su descanso. Doña Fe tuvo que alzarle de un pretexto — la necesidad de agua caliente para unos apósitos — a fin de apartarla un momento.

—¡Don Facundo! — llamó, no bien se hubo alejado la muchacha. — Venga.

El hombre se aproximó hasta inclinarse junto a la curandera, que se hallaba sentada.

—Y de ahí... ¿cómo va el aparcero? — preguntó, acompañando sus palabras con un guiño, ya que iban dirigidas más a doña Fe que al herido.

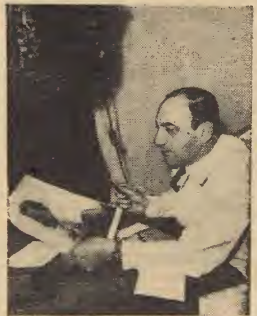
—Regular, aparcero... gracias — murmuró el mayoral sin mover por ello la cabeza.

—Fue necesario que el maestro de posta tomara la mano de Nicasio, porque éste no acertaba con la suya.

—¿Vido? — lo interrogó por lo bajo la mujer.

Su interlocutor la miró extrañado. En-

DE LA FOTOGRAFIA



Se ha creado un analizador para fotografía que permite a los aficionados obtener buenas copias, porque precisa con toda exactitud el valor de un negativo y sus grados de densidad y contraste. Este nuevo aparato determina, asimismo, con justeza el tiempo correcto de exposición para la copia y facilita también muchas otras operaciones.

tonces, doña Fe, cerrados los párpados, se llevó disimuladamente una mano a los ojos.

—¡Ah, ja! — movió por fin el hombre la cabeza, comprendiendo.

—El golpe e la bola debe haber sido machazo...

Los ojos del herido permanecían entorpecidos. Como si en tal forma descansaran mejor. Era evidente que ansiaba la tranquilidad y parecía estar muy lejos de aquellos amigos. Solamente la voz de María Fabiana lograba traerlo a la realidad.

—Fidó, sin embargo, un cigarrillo.

—Quisiera pitón, aparcero...

Don Facundo encendió con su yesquero

un cigarrillo negro y se lo acercó.

—Tome, don Nicasio — le ofreció. — Sirvase.

La mano del enfermo se movió en penosa búsqueda.

—No veo nada, na Fe... se impacientó —. Láveme lo'ojos; hágame esa caridá. Debo e tener muy mucha sangre en la cara...

—Los acompañantes se miraron desconcertados. Se confirmaban sus temores. Don Facundo llamó aparte a la curandera con un gesto.

—Nicasio mató al hijo e mi mujer... — fué su confidencia —. Me lo contó esta mañana el comerciante ése que va'e viaje.

—¿Qué? ¡Pelearon?

—Algo peor... Cantalicio iba a entregar la diligencia a lo'infieles... así-gún parece y lo alivitaron todos. Sindudamente, se anotició e que traiban ese tesoro en cosas de iglesia.

—Siempre supo ser codicioso. Y atra-vesao...

—¿Y...? ¡No! Parece que cuando Cantalicio hacía mención de juir, don Nicasio le pegó el grito: "¡Parate, maua!" Pero no halló obediencia y...

—Y Nicasio lo abajó de un tiro.

—Eso mesmo. Ansina parece que jué la cosa.

—¿A Juana cré que lo mató un indio. No sospecha nada.

—Ni falta que hace. Dejémosla que crea lo que dijo el curita, allá en la cañada. Y... le encargo el secreto.

—¡Oh... y claro, pues!

En eso llegaba María Fabiana con el agua caliente.

—Alguien dejó volcarse la pava sobre las brasas. Por eso me he demorao — se excusó.

—No le hace, muchacha — la tranquilizó doña Fe. Y se dispuso a preparar el apósito.

—Hay que dejarlo dormir... — pidió la curandera cuando hubo terminado su tarea.

Necesitaba tomarse tiempo para la revelación inevitable. Era caritativo preparar a María Fabiana antes de la dolorosa referencia. Pasados los momentos que siguieron a la crisis, la muchacha había caído en una lógica depresión de espíritu. Pero no estaba arrepentida ni avergonzada de su actitud. Al fin y al cabo, aquella su explosión de dolor era tan justificada como la de doña Juana ante su hijo muerto. Amor por amor, los dolores no se miden. Así, por otra parte, lo veían todos en la posta. Y a ella tenía que llegarle la hora, como a todas. Sólo que su mala estrella había elegido un pésimo momento.

Afortunadamente, ambas mujeres ignoraban las penosas circunstancias de la tragedia, gracias a la discreción de los viajeros; y el hecho de haber sido Cantalicio baleado con un trabuco — arma que no usaban los salvajes — pasó inadvertido para ellas, ajenas a esos detalles y sumidas en su dolor.

El primer día, María Fabiana, con el rostro encendido, había dado a hurtar sus miradas: pero lenta, paulatinamente fué recorrandose hasta lograr sus gestos la serenidad a que tenía derecho. Le urgía, ahora, la atención del herido, de ese hombre a quien su orfandad tanta dedicación le debía, a quien aprendió a que rezas insensiblemente con la voz más, con toda la fuerza de una juventud sana y pujante; al amparo de ese ya desvanecido complejo que la inhibiera por tanto tiempo. Ahora el recuerdo del hombre cuyo retrato pendía ya del cuello de la Gringuita y que había ilusionado contrediciéndole algunos de sus años juveniles; como la ob-

de rodar, mientras estrechaba fuertemente a la Gringuita. Recordó que los niños eran dos, pero no se atrevió a preguntar por el otro.

Silenciosas lágrimas bañaban el rostro del religioso que no terminaba de contemplar el relicario. Sus ojos iban de éste a la Gringuita, que lo miraba a hurtadillas.

Sentados alrededor del fogón, todos escucharon el breve relato de doña Fe.

—La finadita, su esposa, descansa donde hace más de ocho años en el camposanto que usted vio hoy de mañana. Una de las sepulturas a las que le echó su bendición, es la de ella... Fue enterrada lo mejor que se pudo. A la Gringuita, ahí la tiene. Era l'hija e tuitos nojotros...

—Aura le vía contar como llegaron a la posta.

—Una mañana, luego de llover casi tuita la noche, ese hombre —señaló a don Facundo Ortiz— salió a campar. El Nato, que se había adelantado, pegó la guelta alarmado porque vio una cosa blanca que se movía en el suelo...

Y, así, pasadamente, refirió los pormenores del hallazgo, del velorio y del entierro, que sólo el padre y los viajeros ignoraban.

Cuando dió fin a su relato, los ojos del padre Federico parecían mirar a lo más profundo de su espíritu. El silencio restó de todos, esperó que hablara. Pero se puso de pie, aproximó a la puerta y, tras de santiguarse, entró en la noche sin que nadie osara seguirlo.

Con el sol, llegó a la cocina el padre Kemmer y pidió al maestro de posta que lo acompañara hasta el camposanto. Deseaba conocer la sepultura donde descansaban los restos de su esposa. Y allí lo dejó rezando don Facundo que se retiró sin que el forastero lo notara. Una hora larga pasó junto a esa tumba, el hombre cuya vida truncada para el mundo, parecía que recién comenzaba a serenarse.

—¡Les cosas que habrán tenido que decirse! —murmuró doña Fe, al divisarlo regresando a un paso en que parecían gravitar leguas de camino.

—¡Y no! —afirmó Martina, junto a su madre. La ausencia ha sido larga...

El padre Kemmer regresaba ahora tranquilo. Como si aquella meditación junto a la que en vida fuera su esposa, hubiera dejado en su espíritu la indispensable tranquilidad para encarar la vida desde el nuevo aspecto de su destino. Fué a reu-

nirse con sus cofrades, quienes se congratularon por el término de tan afanosa búsqueda. El padre Federico era un temperamento reservado y tranquilo. Aceso el drama de su vida había incidido en su carácter, adaptándolo a las exigencias de la severidad religiosa. El eclipse de su familia puso límite a toda ambición, a todo arribo con el mundo. Y el mundo le recordaba ahora que no se lo deja tan fácilmente...

Desde la puerta de su rancho, contemplaba María Fabiana el grupo formado por forasteros y habitantes de la posta. Iban en dirección a las vizcacheras, porque el marido de la finadita había querido conocer cuanto detalle se relacionara con los últimos momentos de su infortunada esposa. Parecía deleitarse el sorber la hiel de su amargura a través de esa suerte de vía crucis en que se hallaba empujada.

Desde lejos, María Fabiana revivía el hallazgo.

A poco sintió que el enfermo se volvía en la cama, buscando algo, y se acercó presurosa. En la pieza reinaba una suave penumbra. La joven tomó la mano de Nicasio y la fué oprimiendo carnosamente, como si no aceptara a interrumpir sus sufrimientos. Sus ojos se encontraron con los del enfermo. Algo que no lograba explicarse había notado ya en ellos: algo cuya extraña gravedad barruntaba.

—¿...tá ahí, María Fabiana?

—Sí, Nicasio. Hasta que no se haya compuesto e la herida, no me haré a un leo de usted...

—¿Y después?

María Fabiana permaneció callada. No se atrevía a responder lo que su corazón le estaba gritando.

—¿Habré soñado o estaba ido e la cabeza?... se preguntó el mayoral en voz alta... ¡Se me hace que le oí llamarme de lindol!...

María Fabiana le sonrió. Buscaba responder con una mirada al requerimiento de aquel hombre en quien ya tenía puesta la pasión de su vida. Pero él seguía a la espera de una contestación.

—Recuerda lo que me dijo anteanoche, m'hija?

—Sí... y me parece que lo acaban de repetir mij'ojos.

—No los vide, muchacha.

—Se me hace que va anda buscando la guelta pa que otra vez se lo diga... Que lo quiero. Que siempre lo quisé. Que lo estoy queriendo cada hora más... ¿No efeso, Nicasio? ¿Ansí le gusta?

—Ansí quería escucharla, muchacha. ¡Me hace tanta falta saber que no ando

ido e la cabeza! Acérquese, m'hija. Es de vicio que nojándemos mezuquinando; pa eso me tuteas...

Escasamente una vara los separaba. Por los brazos del mayoral, alargados para estrecharla, erraron en el espacio. Tuvo así María Fabiana la brutal confirmación. Sus manos llegaron a tiempo para ahogar el grito que iba a escapar de su pecho. Y pesó a la espontánea realidad que acababa de palpar, no obstante su desconcierto, María Fabiana fué al encuentro de su tan anhelada dicha.

—¡Vidita! — alcanzó a decir Nicasio.

Ya la joven lo estrechaba fuertemente con un abrazo en que se confundían la desesperación y la vehemencia. Contenido el sollozo que pugnaba en su garganta, lo besó apasionadamente. Lo besó con el ansia por tantos meses reprimida, pero no logró evitar que sus lágrimas cayeran sobre el rostro del enfermo.

—¡...tás llorando, María Fabiana! — advirtió Nicasio. Era ésta la primera vez que la tuteas.

—Ansí de mucho sé quererte — lo imitó ella. Y se puso a acariciarlo con la suavidad que le infundían su pena y el deseo de no lastimar su pobre cabeza herida.

—¿Me echabas de menos, muchacha?

—¡Ah, ja!

—¿Me esperabas?

—Y no!...

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Dende que entré a

quererte, Nicasio...

En esos transportes estaban, ajenos a todo lo que no fuera cariño en la intimidad de una hermosa y acogida rancho, cuando se escuchó el saludo de Doña Fe.

—Y de ahí cómo ha amanecido el enfermo? — preguntó desde la puerta, con un ligero inseguridad en la voz.

—Bien, gracias, ña Fe. Vayan dentro de tuitos. Hay lugar de sobra.

María Fabiana se inclinó. Estaba ella sola, tapando el vano de la puerta. Pero hizo como que no advertía el error del mayoral.

Después de examinar detenidamente la herida y observar con el disimulo que ella sabía hacerlo, pidió a la joven que fuera en busca de agua hervida, a fin de practicar al enfermo la necesaria curación. Quedó escuchando el mayoral hasta que María Fabiana se hubo retirado lo suficiente. Y entonces habló a la curandera:

—Oiga, ña Fe. Tengo como una humadera en lo'ojos. No veo nada... Éjal fuido que andemos curándonos en garraños. Pero no le vaya a decir una palabra a María Fabiana...

—De esta boca no ha'e salir. Pero eso bien puede ser de la fiebre; no ej'el caso de alarmarse ante de tiempo — trató de engañarlo.

—No se haga ilusiones, doña. Si Dios no me la compone, esta vista se acabó...

En eso entraba la joven con la pava de agua que dejó sobre un cajón y volvió a salir, tomando con disimulo a doña Fe por un brazo.

—No sé andar pusieron el algodón...

—dijo para que la oyera Nicasio. Apartadas de la puerta, hablaron ambas mujeres.

—¿Ha visto, ña Fe? — le habló en voz baja... Está ciego...

—¿Quién? — simuló ignorancia la otra, — Nicasio, pues...

—Pero ¿qué me querés decir, muchacha?

—Que don Gauna está ciego e la vista... Que no me devisa ni a un jeme e distancia.

—Bien puede ser la fiebre, che...

—¿De andel Si ya hece dos días que está lindito... e la cara fresca.

LA QUÍMICA Y LA ALIMENTACIÓN

La química, esa maravillosa ciencia que todo la transforma y convierte, creó un compuesto de óxido de calcio y anhídrido fosfórico, cuyo resultado es aumentar el contenido de calcio y fósforo en los alimentos elaborados. Este nuevo compuesto, que es un polvo blanco, muy fino, se le conoce con el nombre de hidroxifosfato de calcio.



—Y... será del golpe, entonces. Cuando cierra la herida...

—¡Pocas! esperanzas me quedan, fe Fe. Si Dios no lo remedia... y ahura Diof está en Rosario, ¿me comprende?

—Sí. Habérase que llevarlo, no más...

—No le vaya a decir nada ¿oyé?

—¡Ah, ja! ¡Aura si que me han fregao!

—No vaya a decir nada... ¡Güen encargo pa una vieja!... Esta vez me ganaron de mano — murmuró.

Y, dejando a María Fabiana sin comprender, se reintegró a la pieza donde el enfermo esperaba que le practicarán el lavado de su herida.



Quedó resuelto que el padre Kemmer volvería a Rosario juntamente con el herido y su hijita, a quienes acompañaría María Fabiana.

—Hará bien en llevárselas con usted a las dos. Aunque vamo! a quedar más tristes que invierno llovido... Son tres cristianos que, en adelante, van a tener que vivir en unos cuantos bolos potredorados.

El viaje del religioso, su propósito esencial, ya estaba cumplido. Los otros proseguirán hasta Córdoba, a cuyo objeto se iba a proceder el canje de diligencias, pues don Facundo deseaba acompañar a Nicasio Gauna y dejarlo en el momento que habiera de proporcionarles el padre Kemmer. Tan fuerte traumatismo había determinado en el mayoral la ceguera que ya no resultaba un secreto para nadie y que podía o no ser definitiva. La capacidad del cirujano y mucho de azar iban a decidir la suerte del mayoral y del futuro de su felicidad. El padre Kemmer estaba resuelto a agotar todos los medios a su alcance para conseguir la curación del hombre a quien María Fabiana había atado ya su existencia.

—Una vez que, Dios mediante, don Nicasio recobre la vista, volveré para llevármelos resos de mi finada esposa — dijo el sacerdote. — Quiero que descanse en Rosario, donde espero que nos quedaremos todos...

—¡Oh! Así la posta va a estar de más... Porque usted ya se va alzando con todo

—expresó tristemente don Facundo Ortiz. Pero, en su fuero interno, culpaba a la vida y al destino. Quería a esa posta como a algo propio. Y, en verdad, lo era. Era su obra, el puntal de civilización que se aguantaba aún contra todos los infortunios; arrecife sobre cuya ostensible debilidad Dios no había pronunciado hasta ese momento su sentencia: "Aquí, también..."

Fuera de la posta, nada le interesaba, porque nada le pertenecía. Ni siquiera un eventual retazo del camposanto.

—Hace unos días que no se deja ver la luz mala... —observó don Facundo viniendo a la oración, prostrada ya sobre los campos.

—Parece que han dentro a sosegar... —aventuró en voz baja María Fabiana.

—¡Dios te oiga! —rogó el Sato.

—¡...y el diablo se haga sordo! —remató, desde el pozo, don Fe.

Efectivamente, consumada la tragedia en la Cañada de los Quinchos Viejos, nadie había vuelto a advertir luces sobre el camposanto. Aunque lo malo, lo funesto no eran precisamente las fosforescencias que, a menudo, se advertían encima de las tumbas; era su esporádico paseo en función de advertencia.

CAPÍTULO XVI

Antes de partir con opuesto rumbo, los sacerdotes quisieron dar cumplimiento a

un deber de religión y de conciencia. Había en la posta quienes vivían al margen del matrimonio, y la unión de María Fabiana con Nicasio Gauna, le proporcionó la oportuna oportunidad para enderezar lo que torcido creciera.

—Esta moza y yo hemos determinado casarnos, padre — había expresado el mayoral de la diligencia, sosteniendo su ceguera en el brazo trémulo de María Fabiana. — Ahura, más que nunca, me hace falta un apuro...

—¿Y a mí? —rió, nerviosa, la muchacha—. Si él precisa recostarse ¿qué diré yo?

Todos aplaudieron la resolución de la pareja. Acaso don Juana, si hubiera estado en condiciones de hacer su voluntad, habría aportado reparos. Mas su hijo ya no existía. Y Canticlio había sido siempre el hijo de su corazón. Gabino, el de su carne...

El padre Kemmer propuso al maestro de posta que santificara su unión con don Juana. Ella salió de hombres. De todas maneras, igual habría de vivir en lo sucesivo: ayudada o casada como Dios manda. Le daba lo mismo.

—Entonces, casémonos... Total, más te va a doler un pinchazo que la bendición — la animó su hombre.

—Si es tu gusto... —asintió la mujer, sin mayor convencimiento.

—¡Y no nos dejan a nosotros? — reclamó Martina que estaba cebando mate.

—Cuanto más, mejor — aprobó uno de los religiosos.

—Hace falta saber qué dirá el condeñado — preguntó riendo el padre Kemmer.

—A ese déjelo e mi cuenta — replicó en el mismo tono la mujer. — Lo tengo bien trabao...

La ingenuidad de María Fabiana necesitaba aclarar previamente un escriptura. Llamó aparte a la curandera.

—Hágame el servicio, ña Fe. Dígale la verdad: ¡loj'hiños de ciegos ¿saben salir sin sina, cieguitos no más?... —

—Y... ¡vaya uno a saber! A lo mejor... —repuso, sin mayor convicción la interrogada.

—Porque, de no... iba a pedirle ese remedio que usted sabe dar en ocasiones.

—¡Di en... —iba a desmentir a la muchacha, cuando recordó que su hija había usado con éxito. Pero, recordada, repuso:

—¡Ah, ja! Yo soy curandera, pero no adina. Nada se pierde con hacer la prueba. Si te le animaj'ahura vaj'a tener la ocasión...

Y se alejó riendo maliciosamente.

María Fabiana fué a recostarse contra el cepo del corral. Había dejado a Nicasio era ya cocinar. Podía, pues, dejarse estar un rato consigo misma. A veces, le hacía falta y, ahora, con más razón. Sus ojos, prendidos al lejano confin del poniente, fueren viéndoselos. Hacía es rumbo habíale señalado más de una vez cuando niña el lugar donde su padre rindiera la vida por salvar la suya.

—Qué está haciendo ahí, muchacha? — le sorprendió la voz de don Facundo.

—Devisando, tata — contestó. Y, sobre los talones, volviéndose para ocultar en el pecho de aquel hombre bendito, su padre adoptivo, la congoja renovada.

Había curido ya los golpes de ese camino que le tocara en suerte. Más amargo no había podido ser con ella esa ruta de machos...

—¡Camino e varones! — murmuró, repitiendo lo que en más de una ocasión habíase escuchado en la posta a forasteros.

—¡Si hasta las mismas! hermanas se amachan cuando se ofrece! — glorió el hombre.

Entre el espacio que dejaban libre corral y pulperia, habían brotado algunas espigas gauchas, como una sugestión del fruto. En el trajín de la desearga o al paso de una tropa de carretas, algún pie se afirmó rudamente sobre las espigas de trigo destinadas a humilde tahona del interior y la rodaja de la pazareña rasgó el vientre grávido de la bolsa que sangró, de inmediato, simiente sin destino. Luego vino el apretar de aquellos ranos a pezuña y ruedas en la tierra húmeda. Y, por los resquicios del plano maltratado de las cruasas, el azúar fue sembrando trochos del camino en tiernos asomos de mieses cernidas.

Ante el milagro de esas semillas, comprendió María Fabiana que la pampa, entonces inhóspita, era capaz de germinar con el tiempo otra cosa que la alarida del desierto. Las heridas más que el rojo aparecía todas las tardes en el ocaso como un permanente alerta. Tuvo la intuición del porvenir, fe en los hombres de la raza. Asoció urgencias, tantas veces reprimidas, a esa misma ley que acuciaba las semillas a darse en ella también, una esperanza que no tenía por el momento sino el color indefinido de esos brotes. Alerados a la tierra que ignoraban como cultivar, no habían sido los hombres fronterizos, sino precursores, jalones de una trágica conquista. ¡Pajueranos condonados a aguar! era el símbolo de los malos, de las inclemencias y del infortunio.

—¡Ah, ja! —oyérase decir más de una vez—. Somos como los güeyes en las carretas. No sabemos abrir otros surcos que las guías del camino. Sendaj'ablandadas con sangre. Que otros vendrán a aprovechar la ceremonia de los casamientos no podía tener allí otra solemnidad que la del acto mismo. Ni celebración alguna. Demasiadas heridas sin restañar, frescas aun, se hallaban latentes. Pero tales actos ataban a los desposados a los desposados de los que se habían supuesto desligados. Sólo María Fabiana y Nicasio entraban al sacramento con la timidez de los no iniciados.

Los niños, creyéndolo un juego, pretendieron que ese los incluyera en la ceremonia.

—No... si esto no es chacota — los contruía don Fe.

Cuando quisieron acordar, todos estaban casados.

—¡Tuitos bien maneaus... como ovejas pa la esquila — había dicho la curandera—. Menos mal que yo soy viuda; de no...

Con la última bendición, partió la galera que iba hacia Córdoba, a completar el truncado viaje de los religiosos. Después de almorzar, haría lo propio la de Nicasio Gauna. Por primera vez, a cargo de otro.



Cuando, dirigida por don Facundo Ortiz, arrancó camino hacia Córdoba la vieja diligencia, pareció como si un penoso desgarramiento sobrecogiera a toda la posta.

—¡Ché, María Fabiana! —llamó, acudiendo junto al carruaje, don Fe.

—Te olvidás la receta... —pretendía desvanecer la tristeza de los viajeros, poniendo en aprietos a la recién casada. Y, de paso, cobrábase la indiscreción de la muchacha...

—No me va hacer falta... —agradeció ésta, con quebrada voz.

Algunas manos agitaron desconolados

UN ARCANGEL BAJÓ A LA TIERRA!...

y las más extraordinarias
aventuras le sucedieron en ella.

Lea en el PROXIMO

LEOPLÁN "UN ENVIADO DEL CIELO",

la novela de ROBERT NATHAN,
que acaba de ser adaptada al cine y
tiene como intérpretes principales a

CARY GRANT

LORETTA YOUNG

y DAVID NIVEN



adioses. Fuertemente tomado de boca Juana, Gabino miraba cómo se consumían aquellos últimos instantes. Los adioses se ahogaron, mudos, en el traqueteo de la partida. Nadie reparó en cómo el muchacho tragaba, silenciosamente, la amargura de ese alejamiento. Hasta doña Fe, empeñada en desear penar, participaba de la nerviosidad que embargaba a todos. La mujer del maestro de posta, sin poder contenerse, ocultó su rostro en el negro pañolón que la enlutaba, y penetró llorando a la cocina. La muerte de Cantalicio parecía haberle ablandado, por fin, el endurecido corazón a aquella mujer fría y calculadora. La muerte de su hijo; o, acaso, el fin de algo más hondamente arraigado en su corazón.

Ya estaba la diligencia a más de dos cuadradas. Al coronar la pequeña loma, sonaron un momento los cascos sobre el suelo duro, y afirmados los tiros, la galera se dejó caer alegremente acunada por un prometido rodar de leguas.

Doña Fe, emocionada, escupió al suelo su amargura.

—¡Bah! La vida... Güena basura... — murmuró.

Y, levantando en alto una vieja damajuana que conservaba en la mano, la estrechó contra el suelo.

—Que la tiré... — remató entre dientes. Junto a ella, Gabino, sin una lágrima, no apartaba los ojos del horizonte. Hasta que la diligencia sólo fue un punto brillante en su retina. Cuando se apagó como una brizna, parecióle a Gabino que sobre ese horizonte había transcurrido una enormidad de tiempo. Sus cansados ojos pestañearon antes de volverse.

Detrás del carruaje, con su eterna actitud defensiva se apapaba a su vez la posta, lo mismo que perseguido charabón que ha agotado sus gambetas y trata de pasar inadvertido.

Tanto ella como sus moradores comenzaron a adquirir para los viajeros esos imprecisos contornos que otorgan el tiempo y el recuerdo. A poco, la nube de polvo levantada por la diligencia en el Camino del Sur, desvaneció todo asomo de personalidad. Nadie había querido mirar hacia atrás, como obedeciendo a un tácito convenio. Y la Posta del Lobotón, curtidura de intemperie, de adversidad y de años, desapareció por fin, hecha horizonte en la sosegada indiferencia de la pampa. Un árbol solitario a la orilla de la cañada de los Algarrobos Viejos, fué siguiéndolos largo rato, con la fija atención de una lechuza.

Dentro del carruaje, sorda congoja se atragantaba en los ajustados sollozos de María Fabiana y la Gringuita, bajo la discreta mirada del padre Kemmer. Escondían su emoción como un perro su hueso; para desenterrarlo cada vez que, a hurtadillas, les fuera dado gustarla. Roerla en angustioso silencio de pobres.

Nicasio Gauna, encerrado en las tinieblas de su asistente ceguera, no hablaba una palabra. Por ratos, se ceñía a la confortante compañía de su flamante esposa, pero iba contemplando en visión intuitiva bache por bache, vuelta por vuelta, detalle por detalle de esa ruta, amarga como la chilca, que tan bien conocía, que como a tantas desventurados, había tocado en suerte.

Detrás, el Camino del Sur desvanecía a la distancia. Un campo verde horizontal,

cerrándose sobre la ruta como el mar sobre la estela de un barco, ocultaba sus secretos. Y la pampa, multiplicada sucesión de horizontes trágicos, disimulaba la finidad de ecalices, prietas ya, como labios sellados por un juramento.

A la zaga, con la lengua de un palmo, el Sur. Atado a la diligencia por su irreductible fidelidad de sombra.

CAPITULO XVII

Cuando doña Juana salió al patio, el campo detrás del cual había desaparecido la diligencia, mostrábase indiferente como la calma superficie de una laguna. Y había en esta otra calma que rodeaba a la posta un ancho y cruz desamparado; la congoja atragantada de un definitivo abandono. El gato, indiferente señor de toda soledad, era el único ser que no experimentaba la dolorosa punzada.

La mujer del maestro de posta, atraída por la intimidad de ese patio donde el se entregaba tantas veces a propios y extraños, volvió la cabeza. En un instante el abandono en que se acababa de hundir la posta. Pero bien pronto, el silencio de ausencia que enfriaba ya ese rincón amable, la tornó a la realidad.

A un extremo del corral, sintiendo esa ofendida y apremiada por quitársela de encima, estaba el Nato y la Manana. El acababa de ensillar su moro y alisaba en el anca un resto de matra para asiento de su prenda.

Pelidicció doña Juana, comprendiendo. Pero de sus labios apretados no salió el mínimo reproche. Dio espaldas al matrimonio y se alejó de allí sin mirar atrás. Doña Fe observaba callada. Levantó los hombros en un gesto comprensivo que le era habitual.

—Y ¿pa qué pago vaj'a llevar a m'hija? — se adelantó, no obstante, a la debida explicación.

—Como señalé el noreste.

—Pa sus mismos pagos, ña Fe. Allí vamo'ja esperarla, si gusta...

En eso asomó doña Juana detrás de la cocina.

—¿Pande están por dirse? — fué su pregunta, dirigida más que a la pareja, a doña Fe.

—Hemos determinao, la Martina y yo, dirno'j'ande nos dejen eriar guacho'ja gusto... — respondió, incisivo, el Nato.

Amargada tardamente, la mujer del maestro de posta los dejó. Comenzaba a medir la angustia de sentirse aislada. Y, gachado la cabeza, se dirigió a la cocina, buscando evadise de sí misma.

Salía de la esquina en cuyo mostrador rumoreaban las moscas, cuando se vio precisada a esquivar un tiro de bolas que le rozó la cabeza. Gabino, sin saber cómo entreteñir su ocio, le había tirado al gallo giro con esas boleadoras de su confección.

—¡Eso es, rompeme la cabeza! Sólo eso me faltaba. ¡Camine, vaya y tráigame una leña e vaca, su pedazo e vago! — le gritó enojada.

Entonces, por primera vez en su vida, Gabino le faltó al respeto.

—¡Oh! Déjese de amolar, también!...

—Repita con evidente malhumor. Y fué a recostarse en uno de los postes del corral.

Es que ese niño ya no estaba con ella. Su espíritu había seguido a la diligencia. Como el perro Sar.

—También vos... — rezongó amargamente la vieja.

Fin de "EL

El rumor de un sobrepeso la distrajo del revés que ya le amagaba.

El Nato, tras un indefinido gesto de despedida, se alejaba con la Martina en anca. Iban rumbo al vado del Carcaratá. Hacía Santa Fe. "Ande pudieran criar chuchoja's gusto..." "Aquerenciado al Nato, los seguía el Norte.

En la puerta de la cocina, doña Juana se cruzó con el gato. Enarcaró el lomo y la cola enhiesta, final de un desperzo, el animal le prodigó su cortejo maulista. Un puntapié que fue a hizo chillar agriamente, fue la recompensa.

Con el despecho anudado en la garganta, la mujer refugióse en un rincón de la cocina. Prefería no ver semejante deserción, la que barruntaba como preparándose. Allí se dejó estar largo rato. Sombria, empacada.

Cuando, por fin, salió, llevaba la cabeza descubierta y el cabello en desorden. Empuñaba su diestra un largo tizón ardiente. — ¡Me van a dejar sola! ¡Ja, ja, ja! Ahurita verán... — gritó enardecida.

Y, haciendo correr el tizón a lo largo de quinchos y aleros, corrió dando fuego a las casas de la posta. Pronto aquellas viejas y rudimentarias construcciones ardieron enloquecidas.

Cuando doña Fe advirtió la obra de esa infeliz extraviada, ya era demasiado tarde para contenerla.

— ¿Qué stá'j' haciendo, pedazo e bruta? — le gritó... ¡Paráte, Juana!

La mujer se detuvo unos instantes para responderle:

— No hago otra cosa que ganarle'e mano, ché. Antes de que me'che'e meno'ella, también...

Y acompañó sus palabras con una agria y siniestra carcajada, que por unos instantes llegó a acallar el fragor de aquel incendio.

— Prestáme que te ayudo — le quitó de pronto el tizón doña Fe. Así alcanzó a salvar del fuego a la cocina, y distraer la atención de la incendiaria. Ambas se habían puesto a mirar cómo las llamas terminaban con la Posta del Lobatón. Gabino, cobijado en los brazos de doña Fe, miraba aterrado la obra de su madre.

En un descuido de doña Juana, su compañera arrojó el tizón a la zanja. — ¡Lo que no pudieron lo'infieles! en veinte años, viene y lo hace ahora esta loca en dos minutos! — murmuró la cundera.

Hasta que el fuego comenzó a ceder por falta de combustible. Doña Fe se aproximó a la mujer del maestro de posta que seguía contemplando su obra con ojos extraviados.

Se van tuitos. Quieren abandonarme... — rezongó la infeliz.

— Sosega, mujer — le habló, entonces, con estudiada calma su amiga... — Entuavía no estás sola. Te queda tu hijo.

— ¡Miente, sotreta! ¡El también quiere dejarme!

Doña Fe, sin inmutarse, puso una mano sobre el hombro de aquella desgraciada e insistió:

— Te queda el último perro, Juana... Entuavía no m'ido yo.

Sus palabras descendieron buscando el tono confidencial de su lealtad insospechada. Doña Juana se volvió con asombro. Un hondo sollozo sacudió su cuerpo y, con el pañolón, cayeron al suelo sus últimos arrebatos. Lentamente, se fue recordando.

Ambas mujeres, sin hablarse ahora, continuaron mirando cómo se descolgaban

al suelo, hechas brasas, las últimas tijeras. Como iban apagándose, canonizados ya, los últimos horcones. Horcones ella también en la desolación que se perfilaba.

De la Esquina y Posta del Lobatón sólo quedaba ahora en pie lo que había sido cocina y corazón de la posta. Pero ese corazón, envuelto en nubes de humo y cenizas, latía aún para defender la vida del reducto que fuera amparo y albergue de tanto desvalido.

Los ojos de Gabino, desmesuradamente abiertos, interrogaban a las mujeres que se debían estar mirando el desastre.

— Cuando güelva el tata... — murmuró,

por fin.

Lo que hizo que ellas, desgarradas, se preguntaran, como despertando:

— ¿Y ¿ahura?

— Y, de ahí... ¿ahura...

Los hombres de Juana Irigoín se levantaron, entonces, por primer vez, como esforzándose por sostener todo el peso de su desgraciada responsabilidad.

Ya había oscurecido. Esa noche pareció que los grillos iban a holgar, porque el silencio había ganado las ruinas.

Accurruados como tres pichones guachos, aquellos seres esperaban bajo las estrellas. Soñaban, acaso, con un milagro.

Inesperadamente, Gabino volvió la mirada hacia el campo. Cuando vieron sus labios: no habrían podido articular palabra alguna. Cuando aquello estuvo más cerca, ya no dudó. La luz mala se les acercaba sin apremio, mas con la inexorabilidad de un plazo angustioso. Llegaba el grupo en forma de algo fosforescente e impalpable. Parecía el ojo irritado de un puma. A poco, se concretó la dirección: iba rectamente al sitio en que se hallaba doña Juana. Se le antojaba a él...

Entonces, la alarma de Gabino llegó a su colmo. Relacionó la amenaza de la luz mala con los estropicios ejecutados por la autora de sus días. Y, así, su angustia alcanzó a romper la mudez que le inhibía.

— ¡La luz...! — logró avisar.

Ambas mujeres se volvieron sobresaltadas. Ya estaba próximo aquello y no acertaban a ahuyentarlo, la superstición podía más en ellas. Y, cuando la fosforescencia llegó a menos de dos varas, doña Juana se irguió, temblorosa y, con el terror fuere más poderoso:

— ¡Cantalicio! — gritó su alarido. Y cayó redonda al suelo.

Desplazada la luz por el movimiento del aire, describió una curiosa pirueta y terminó por alejarse a través de los pajonales.

Gabino, entretanto, mantenía con la cara en el regazo de doña Fe. Hasta que la mujer decidió alejarse de allí. No le era dado establecer si doña Juana se hallaba o no muerta. Habría sido necesario examinarla y, por primera vez, se apoderó de ella el recelo. Esa mujer fuerte que con tantos difuntos había tenido que ver en su vida, no se atrevió a moverla del sitio donde había caído.

Tomó a Gabino de un brazo, lo arrastró casi y fué a ocultarse en el dentro del corral.

En su tribulación, aquellos dos seres, echados ahora sobre el suelo blanco, alzaron la mirada al cielo lleno de estrellas. Y escucharon inmóviles. Desde la enorme bóveda oscura iba descendiendo una voz que no palpaban los sentidos: la desconcertante voz del silencio.

Sobrecogidos, esperaban el alba.

UN ENVIADO DEL CIELO

titulase así la famosa novela de ROBERT NATHAN, que recientemente adaptada al cine tiene a

LORETTA YOUNG

como principal personaje femenino.

Lea en las páginas de

LEOPLÁN

esta obra plena de

GRACIA

TERNURA

y EMOCION



ULTIMO PERRO''



Cuento, por
Gladys B. Eisha

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIONES DE MARIANO ALFONSO

Una ligera brisa levantó las nubes en el horizonte, y el cielo se cubrió rápidamente. La lluvia comenzó a azotar con fuerza y los hombres que se alejaron volvieron presurosos con las herramientas de labranza sobre sus hombros, donde la tela gastada de sus camisas fuera sustituida por un colorido remiendo. Entraron en los talleres, agrupándose en la herrería. El forjador dejó el martillo que blandiera sobre un hierro candente y se reunió al círculo de ociosos, y el capataz, viendo que el carpintero lo seguía, juzgó mejor retirarse, y así lo hizo. Lola, la mulata cocinera, llegó con una cesta de bollos calientes. Todos miraron el apetitoso contenido.

—¿Qué hay de la forastera? —preguntó uno de los presentes.

Lola meneó la cabeza con expresión contrita y se alejó sin decir lo que sabía.

—¡Negra terca! —murmuró con rabia el curioso.

La lluvia había amainado, apareciendo el arco iris, que semejava una herradura en el cielo, otra vez despejado. Los brotes estaban más erguidos en los jóvenes tallos, y los surcos que comenzaban en el terreno alto parecían converger en un mismo punto, formando un ondulante declive.

Cuando don Víctor llegó a esos campos infestados de toda clase de alimañas, parecía un desatino pensar que alguna vez serían tierras cultivadas. La labranza comenzó con el desmonte, siguiendo las obras de canalización: los arados abrieron surcos y se plantaron los postes para las alambradas. Luego, los árboles que ahora bordeaban la magnífica propiedad. Después fué edificado el chalet donde vivía don Víctor. Los techos empinados se divisaban desde lejos, lo mismo que la rueda gigantesca del molino, que giraba como un símbolo de la monotonía. El año de la primera cosecha la uva fué transportada en carros tirados por mulas hasta la bodega, donde se vaciaba en las cubas, para ser pisoteada por los propios pies de las robustas hijas de los contraístas. Más tarde, sobre la desaparecida callejuela, se hizo el camino macadanzado. Los camiones relevaron a los pesados carros, y los puentes, de dudosa resistencia, se construyeron de sólido material.

Los años de paciente trabajo habían rendido el fruto del esfuerzo. Además, don Víctor era considerado como el mejor partido para las hijas de las madres casenteras; pero él no había reparado ni en los violentos colores de los vestidos que las jóvenes usaban para atraerlo.

Habían pasado más de veinte años

DEJARON las cucharas en los platos llenos, olvidaron los jarros de oscuro vino que rodeaban el centro de la mesa limpia.

Ninguno se fijó en el andar de la cocinera cuando retornaba a la cocina. Todas las miradas siguieron a la forastera que cruzó el jardín, subió la angosta escalinata y se introdujo en la primera puerta, mientras una mujer de más edad, que descendió con ella del viejo cabriolet, quedóse del lado de afuera, al parecer, aguardando a que la joven regresara.

Era evidente que don Víctor no esperaba tal visita. Lo revelaba el eco de

sus sorprendidas palabras, que podían oírse desde el ala opuesta del chalet, donde los peones se reunían para comer.

El cochero que condujo a las desconocidas, fustigó los caballos, que trazaron un círculo en la tierra blanda del patio, arrastrando el vehículo sobre las huellas que dejara; después se perdió a lo lejos en el polvo de la carretera.

Junto con el tañer de la campana, los hombres abandonaron automáticamente los bancos puestos al costado de la mesa larga y angosta, marcharon con paso lento a cumplir con sus tareas, llevándose consigo la excitante revelación de lo que furazmente overan.

CLELIA LLEGA

Desde el día en que patrones y jornaleros se reunieron para paladear el vino de la primera cosecha bajo un rústico techado, precisamente donde ahora se erguía la importante bodega. En esa lejana oportunidad, don Víctor les habló de su novia, una joven castellana que esperaba impaciente su regreso.

—Cuando finalicen los trabajos de plantación —habíales dicho en aquel entonces— me ausentaré unos meses para casarme.

No obstante esta pretérita afirmación, el hombre continuaba soltero, como si le faltara el tiempo para emplear en fines sentimentales.

Esa mañana, como de costumbre, antes que ninguno de sus peones, don Víctor se encontraba en los viñedos tomando nota de las zonas afectadas para ordenar su reparación. Regresó en su automóvil, pues hacía mucho tiempo que no montaba en su mula, a la que nunca había podido acostumbrarse del todo.

Detuvo el vehículo frente a su despacho y penetró en la clara y confortable estancia, situada del lado izquierdo del edificio, cuya vecindad con la bodega le facilitaba una astuta vigilancia. La criada entró con la bandeja del desayuno, que dejó sobre la mesa. Permanecía don Víctor en el escritorio hasta después del mediodía, cuando los peones, a los que diera la comida mediante un descuento en sus salarios, abandonaban la mesa para reanudar las tareas de la tarde. El patrón no escatimaba recursos en procura de acrecentar sus ganancias, y su vigilancia impedía que los subordinados bebieran con exceso y resultaran menos útiles en las horas de trabajo. En esa sigilosa tarea, de su propia inventiva, lo sorprendió la bella

viajera que entró por la puerta lateral del despacho de don Víctor, como si conociera la casa y sus costumbres.

El solterón levantó la cabeza, inclinado sobre sus libros de cuentas, y, como deslumbrados, pasóse las manos por los ojos mientras murmuraba:

—¡Pero si es Clelia! ¡Clelia, que ha venido!...

La joven, inmóvil, le sonreía.

—¿Es que estoy soñando?

—No, no sueña. Yo también me llamo Clelia, como mamá. Estamos aquí de

paso —agregó con volubilidad la muchacha— y ella quiso darle una sorpresa.

—¿Eres su hija! ¡Su hija!... —balbuceó el hombre.

La madre había abierto la puerta y aguardaba en el vano.

Don Víctor vio a la mujer pálida y de rostro ajado, que parecía no atreverse a entrar, y murmuró como a su pesar, con voz extraña, sintiéndose, por vez primera, terriblemente viejo y vencido:

—¿Como está usted, señora?... ♦



EL PUGILISTA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 18)

—Todo el mundo te llama Joe —reprochó Genoveva, mientras el ascensor se ponía en marcha—. ¿Por qué no te llaman señor Fleming? Esta familiaridad me disgusta; no es del todo correcta.

Joe pareció no comprender. Contemplaba al ascensorista con aire pensativo.

—¿Qué tienes, querido? —prosiguió Genoveva, con un tono afectuoso, cuyo poder conocía por experiencia.

—¡Oh, nada, nada! Pensaba solamente en algo, en un deseo.

—¿En qué, pues?

La voz de la joven se hizo más tierna todavía. Sus ojos amantes brillaban con mayor atención, como los que los espíritus menos sensibles que el de Joe hubieran cedido. Sin embargo, éste permaneció sin mirarla, absorto en sus pensamientos. Luego, deliberadamente, mirándola con fijez, clavó sus pupilas en las de la muchacha.

—Desearía —dijo— que fueras esta noche a verme luego. Sí, una vez; sólo una vez, que, además, será la última.

Genoveva esbozó un gesto de repulsió mientras dejaban el ascensor, que ya había detenido; y a tiempo que salían a la calle, tuvo nuevamente la visión de la misteriosa rivalidad que venía a interponerse entre ella y el hombre que amaba. Entonces, realizando un gran esfuerzo para atravesar el corazón de Joe, para hacer inclinar la balanza a su favor de manera decisiva, le preguntó con calma:

—¿Es ese, verdaderamente, tu deseo?

—Sí —dijo Joe— el mayor orgullo de mi vida.

Luego, era en ella más poderoso el amor que su natural timidez? ¿O lo era la atracción del ring y de la lucha que iba a conocer por primera vez, y cuyo llamado sonaba a sus oídos, rompiendo la estrecha monotonía de su vida rutinaria en la confitería de los Silverstein? Lo cierto era que sentíase sacudida por un inusitado escalofrío de audacia.

—En ese caso —dijo simplemente—. Iré. Joe no había imaginado que la joven accediera. Sintió cierto embarazo y repuso riendo:

—No esperaba que accedieras. Ya sabes que habitualmente las mujeres no son admitidas en esas reuniones.

—¿Quieres decir que es imposible? —preguntó ella con vehemencia, temiendo ver perdida su audaz determinación.

—¡Oh!, no lo arreglaré. Pero, sinceramente, no creía que consentirías en ir.

Pasó un tránsito. Subieron, y Joe, buscando en sus bolsillos, extrajo el dinero necesario para el pago de dos pasajes.

II

Uno y otro eran hijos del pueblo. Tenían el aspecto dominical y ligeramente torpe de un matrimonio de obreros acomodados.

A respecto de su humilde origen, ambos habían salido conservar, moralmente, una altura superior a la común de su clase.

Genoveva era la hija única de un empleado de oficina, de modesto sueldo, que, finalizado su trabajo, sintiéndose incapaz de aceptar como correspondiente hacerlo entre hombres, permanecía casi siempre encerrado. Era un ser dulce y tierno, sujeto sobre todo a la vida de familia.

Durante todo en compañía de su hija quedaba en la casa un compañero de su padre invitado a quien cuidaba. Nunca había mezclado a las diversiones y juegos más o menos brutales y groseros de los otros chicos de la calle.

Huérfana a los doce años, había sido recogida por un matrimonio judío: los Silverstein, que tenían una confitería muy acreditada. Eran extranjeros educados. A Genoveva, que se pagaba su sustento y sus vestidos trabajando en la tienda, por la noche, dormía arriba, en el departamento de sus patronos. Para éstos,

la muchacha era especialmente útil los domingos, pues siendo judíos, imponían respetar el reposo sabbático, y ella atendía por sí sola el negocio, cuyo cierre hubiera, deparado a los dos una fuerte pérdida.

Era en esa tranquila y modesta tienda, en la que transcurrieron seis años de su vida, donde la niña había desarrollado. No tenía amigas: las únicas que pudo haber tratado la disgustaban por sus malos modales y su desdoro. Por grande que fuera su instinto social, en tales condiciones le era más agradable permanecer sola consigo misma. Tampoco habría consentido, en sus horas libres, charlar con los jóvenes del barrio, y mucho menos en pasearse con ellos del brazo como acostumbraban hacer, pasados los quince años, la mayoría de las muchachas de su misma condición.

Por eso, al hablar de ella, ese mundo enfaldado la llamaba desdenosamente "cabeza de muñeca"; envidiaba su belleza, no le perdonaba su reserva, pero tampoco le rehusaba cierto inconsciente respeto.

Durante a la creencia... la nombraban por sus malos modales, entre admirativos y burlescos, pero sólo entre sí, a media voz, cuando ella pasaba. El mismo oscuro respeto la elevaba a sus ojos y sentíanse intimidados por su belleza. A través de un padre endeble y una madre impedida, reaparecía en ella la pureza de un viejo linaje americano. Su piel, de una blancura perfecta, se coloreaba a im-

EL TETRACLORURO DE CARBONO

Cuando se emplea el tetracloruro de carbono como desgrasador y para la limpieza a seco, es necesario tener muy en cuenta que en el lugar haya una buena ventilación, pues si se usa en ambientes cerrados donde la concentración pasa del uno por diez mil, resulta venenoso.

pulsos de una corriente de sangre rosada, y todo la hacía parecerse en verdad a la crema de la leche, al fruto más delicioso. Dueña de una dulce voz, tenía facciones regulares y una silueta delicada y esbelta. A qué desconocido atavismo se vinculaba aquella maravillosa flor abierta — como suele ocurrir no se sabe por qué — en una baja capa social? Genoveva sabía verse con corrección y buen gusto, ayudada por sencillos recursos. En la soledad en que vivía, sin pie de fuerza, sin confianza en su innata ternura, sentía dormir, confundida en su interior, la amante y la madre. Alguien debería, fatalmente, llegar alguna vez para despertar ese doble sentimiento; y sin que se diera cuenta de ello esperaba al elegido.

Fue entonces cuando apareció Joe.

Entró a tomar un "ice cream" en el negocio de los Silverstein una calurosa tarde de domingo. Genoveva lo había atendiendo a otro pequeño cliente, un chiquillo de seis o siete años que, muy seriamente, estudiaba sus preferencias frente a la vitrina, en la que había maravillosos bombones junto a una etiqueta que indicaba: "Cinco por cinco centavos".

Había oído la voz del muchacho pedir: "Un ice cream, por favor...". preguntando: "¿De qué clase?" sin volverse para observar al que hablaba. No era su costumbre prestar atención a los jóvenes, pues éstos la miraban de una manera que la incomodaba, causándole desagrado sin que supiera exactamente por qué. Sus modales bruscos y audaces, a menudo descoratados, le chocaban. El hombre no había aún despertado su imaginación y ella tampoco intentaba

comprenderlo. Le hubiera sido muy difícil dar una respuesta a quien le preguntara la razón de la existencia del sexo masculino sobre la tierra.

Sólo en el momento en que vería en el vaso la habitual cantidad de crema helada, sus ojos se desviarían al azar en el rostro de Joe, con lo que experimentó, de pronto, una sensación de agrado y satisfacción. Un instante después, fue él quien la miró; pero ya Genoveva había bajado la vista y se volvió hacia el grifo de la soda desde donde, no pudiendo evitarlo, lanzó a hurtadillas otra mirada sobre Joe mientras éste se llenaba. En esa fracción de segundo alcanzó a ver que los ojos del muchacho atisaban con fijez el instante de cruzar sus miradas; y tampoco aquello le desagradó. Causable asombro experimentar tanto placer en presencia de un hombre, mas pensaba: "Es un buen mozo" inocentemente, esforzándose por rechazar aquel poder de atracción cuya fuerza le era inexplicable.

"Pero... ¿es realmente buen mozo?", preguntábase al colocar el vaso sobre el mostrador que la separaba de aquel enigmático cliente y recibir el dinero. Escrutó por tercera vez aquellos esquívos mientras se respondía: "No, no lo es, exactamente. Es hermoso".

Tampoco encontraba satisfactorio ese adjetivo, pues de todos los hombres bien conformados sule decirse que son hermosos, y el término le parecía trivial para expresar lo que ella sentía. Pensaba que no se cansaría jamás de contemplar a Joe, quien experimentaba, por su parte, la misma turbación.

Aunque mejor preparado que la muchacha para comprender el papel recíproco de los sexos, aquel no se había aún determinado seriamente a pensar en la mujer. Por primera vez su imaginación despertaba, como había despertado la de Genoveva, y si ésta no hubiera mantenido en todo momento la mirada baja o evasiva, él mismo habría reído, pero para volver en seguida a su primera contemplación. Entonces, como si se creyera eternamente desdichado mientras había lugar la muchacha de Genoveva, ya recobrada, le hablaba con dulzura, de cualquier cosa, envolviéndolo cada vez más en su encantador hechizo.

Joe se decidió por fin a sorber su helado, con lo que no le quedaba ya pretexto para permanecer en el local. Con gusto hubiera perdido un día de su vida, pero como no se atreviera, salió, y tras decirle a Genoveva: "¡Adiós!", se alejó por la calle, como un soñambulo.

Durante toda la tarde la muchacha permanecía pensativa, comprendiendo que estaba enamorada. Por su parte, Joe hacía consideraciones más extensas. La confitería y su bonita vendadora, que él había visto de mostrar en su apariencia, se le aparecieron como si la sola idea de verla le provocara un dolor de cabeza. Se volvió allí causándole miedo y vergüenza. Diez, veinte, cien veces se repetía: "No, no... Yo no voy a verme afortunado en el amor, y no debo pensar más que en el ring. Sólo en el ring...".

Recién al cuarto día de la semana, ya entrada la noche, se decidió a ir a Joe, en el negocio, como por azar y adoptando un tono preocupado, aunque todo en su actitud delata su desorden íntimo; mostrábase torpe y tímido, y hasta hubiérase pensado que sus piernas se negaban a sostenerlo.

Por el contrario, Genoveva, si bien presa de intensa emoción, aparecía calma y serena. Joe pidió un helado como vez apagada, y tras recibirlo, rápidamente, sin agregar una palabra, se marchó.

Genoveva estuvo a punto de llorar, ¡Cuántos días de espera para recibir tan pequeña recompensa a su amor! Aquel muchacho sería muy gentil, sin duda; pero esta vez había obrado enteramente mal.

—No obstante, ¿cómo se acababa éste de alejarse cien pasos, cuando andaba ya en deseos de volver atrás, poseído por un ansia irresistible de

ver de nuevo a la muchacha y pensando que nunca en adelante podría vivir sin ella.

Se aseguraba que cuando volviera a verla le pediría que fuera del brazo con él, en cuanto tuviera una hora libre, a dar un paseo por el parque de la ciudad, con lo que comprendería que deseaba casarse con ella. Y así lo hizo.

Se encontraron muchas veces, reuniéndose de ordinario al caer la noche, y viendo como los demás enamorados se sentaban en un banco del parque público, uno al lado del otro, Joe tenía el sencillo aspecto de un trabajador y, como Genoveva, gustaba hablar poco, sin abusar de las usuales palabras de amor, aunque sus ojos expresaban por ellos, reflejando la claridad de las estrellas. Así, poco a poco, iban tomando conciencia de sus corazonas.

El joven hacía lo posible por comportarse con galantería. Al andar por las calles, tenía cuidado de marchar del lado de la cazada, dejando a Genoveva el extremo opuesto, pues había oído decir que era costumbre obrar de aquel modo. Si el tiempo amenazaba lluvia y la joven llevaba paraguas, era él quien lo sostenía. En cambio, nunca había aprendido que es de buen gusto enviar flores a la dama que se quiere; pero, como Genoveva, al principio, comenzó a ofrecer frutas a Genoveva. Las frutas eran, según él, un regalo útil. Se comían con agrado, mientras que las flores se utilizaban en los entierros.

Hasta que una tarde apareció Genoveva con una rosa prendida en sus cabellos, y por primera vez en su vida Joe, que, según las flores, contenía un largamente a la rosa, con la misma admiración que sentía por los cabellos a los que se mezclaba, pensando que era tan bella que no podía ser más apropiada a la gracia de la joven.

Comprendió entonces lo que eran las flores: les cobró tanto amor como a Genoveva, y al día siguiente se le dio una rosa de las mejores. La comparación había sido tan espontánea, que desde entonces no dejó un solo día de obsequiar flores a su amada.

La señora Silverstein no había tardado en descubrirlo todo. Cierta vez, como se encontraba frente a frente con Joe, le echó tan furiosa mirada de sus ojos, que, creyendo que había sido herido, se asustó, salió precipitadamente, mientras la señora Silverstein, sola con Genoveva, daba riendo rienda a su indignación maldiciendo a los boxeadores en general y a Joe Fleming en particular.

Intervino entonces el señor Silverstein, tratando de calmar a su esposa, que, según las flores, amaba a Genoveva como una madre y tenía el deber de velar por ella. La muchacha no alcanzaba a comprender toda la enredosa doctrina de la judía, que lanzaba un torrente inagotable de palabras. Sólo comprendía que Joe, su Joe, Joe Fleming, el conocido boxeador profesional, y he aquí que eso era horrible, imposible, denegable, ridículo para ser creído. ¡Oh! Su Joe de ojos claros, de piel de muchacha, era un vulgar boxeador. A decir verdad, nunca había visto ninguno, pero se lo imaginaba como una especie de bestia humana de ojos de tigre y frente deprimida.

—Una joven respetable como tú frecuentar a un "peleador"! —aullaba la señora Silverstein. Pero ¿de qué sirve una cosa de eso?

El juicio comenzaba a irritarse también.

—Digan lo que digan es un muchacho bueno y honrado. Además tiene un oficio provechoso.

—¿Provechoso, eh? ¿Tú que sabes? —gritó la señora Silverstein, fuera de sí.— Sí, ¿qué sabes?

—¿Es que acaso concuerdas a esos lugares sin que lo sepas? ¡Respóndeme! ¡Sí, respóndeme!

Por primera vez Genoveva se vio a Silverstein resistir la cólera de su mujer. El juicio no cedía.

—¡Sí! —repitió— un muchacho bueno y honrado. Cuando murió su padre, él era todavía muy joven, pero en seguida comenzó a trabajar en el telar de Hansen para sostener a sus hermanos y sus hermanas más jóvenes aun, de

los que es un segundo padre. Es el quien da el dinero para el pan y la carne y paga al alquiler. Gracias a él sus hermanas y hermanitos concuerdan bien vestidos a clase, concien hueran pan y buena carne, y tienen una madre guapa y feliz que semanalmente, todas las tardes de sábado, recibe de él diez dólares llena de orgullo por su buen hijo Joe.

Silverstein se había desatado y no existía ya manera de contenerlo.

—Pero ¿qué tarde va al club a boxear. Y ¿qué bello, qué bello cuerpo tienes! "Ach" "Gott" ¿qué bello cuerpo! Posee más fuerza que un buey, más agilidad que una pantera, una incomparable serenidad y unos ojos que lo abarcan todo en un segundo. En el taller de Der Hansen ejercitas con sus compañeros y los vence. En el club, puedes luchar de los combates a "El araña" con un golpe maestro. Inclusive gana dólares, muchos dólares. ¿Qué hace con el dinero? Se lo entrega a su madre. ¿Descuida acaso su trabajo por el box? ¡No! Trabaja durante el día y va a pelear por la noche, en los clubes. Compró una linda casa para su madre y la ha pagado con sus puños. Todo lo ha pagado así, el pago para sus hermanas y hermanitos de las paredes... En las peleas apuesta sobre sí mismo, lo cual es una buena señal. Cuando un hombre apuesta sobre sí mismo, se puede confiar en él sin temor.

Aquí Silverstein se detuvo comprendiendo que su vehemencia lo había traicionado. Su mujer maldecía y echaba chispas contra los que iban a perder su dinero a los clubes de box, mientras el joven intentaba apaiguarla jurando que no perdía jamás, que ganaba invariablemente; y eso gracias a Joe, por quien siempre apostaba.

Pasado el primer instante de sorpresa, Genoveva aceptó el hecho consumado, pues hallaba mil excusas para lo que, a su respecto, se le tenía en claro el descubrimiento que acababa de hacer, seguía siendo digno de su amor.

Al día siguiente no le hizo ningún reproche. Solamente le exigió la promesa de que, una vez casados, renunciaría al ring, a lo cual asintió Joe llevado por su gran amor por la joven, aunque para sus adentros pensaba cuán difícil le iba a cumplir aquel compromiso.

Lo hubiera querido, sinceramente. Mas la existencia imponía necesidades materiales: el mantenimiento de su madre y sus hermanos, su propio matrimonio y los prebales hijos que llegarían. Debería además asegurar a Genoveva una suerte digna de ella, digna del amor que le profesaba; y todo ello a conseguir, evidentemente, una carga demasiado pesada para su solo ring de obrero.

Ambos permanecieron juntos esa vez más de lo acostumbrado durante su noviazgo, alagando en una vaga beatitud sus impulsos sexuales. La caricia de los dedos en un brazo; la larga presión de las manos entrelazadas; el roce de las caras en un estrechamiento y la pasión, en la unión de los labios en un beso, les producían una turbación infinita.

A veces, acortaría a Genoveva una loca ansiedad de rociar a Joe con sus brazos y abandonarse amorosamente en los suyos; pero en seguida rechazaba ese pensamiento como algo condenable y prohibido, como una inconveniencia insaudita.

Más difícil resultaba a Joe resistir los ajuizos de la carne y sus extraños deseos, de los cuales el primero era imponerse a Genoveva usando con violencia su fuerza de hombre. Así, cuando tras largos y sinuosos rodeos llegó a apresarle el tallo, sintió el impulso de estrechar aquel abrazo hasta hacer girar de dolor a la muchacha.

No era, sin embargo, de los que se complacen con el sufrimiento de otros seres. Aun en el ring, jamás golpeaba a su adversario con intención de herirlo. Combatía lealmente, y su única mira era la de acortar al rival en la lona durante diez segundos. Peleaba, pues, sin ningún deseo de lesionar; si resultaba alguna herida, era sólo por accidente.

Pero Genoveva no sentía lo mismo. Si Joe que acertaba a explicarle por qué cuando le rozaba la muñeca entre su pulgar y su índice, hubiera deseado apretar en torno de aquella hasta reventar la carne y los huesos. Y era entonces cuando descubría en su naturaleza abismos de brutalidad cuya existencia nunca había sentido.

En una ocasión, al retirarse la joven, la abrazó con brusquedad, reteniéndola duramente.

Un grito de sorpresa y dolor le devolvieron la razón y permaneció en su sitio, lleno de vergüenza, pero estremece por una especie de jilulio indefinido, inexpressible. También Genoveva temblaba. En un medio del sufrimiento que la rudeza provocaba, la esencia misma del macho, sentía ella también una indecible delicia. En ese momento, sin que se explicara su naturaleza ni su origen, había conocido el pecado.

III

Aquella noche Genoveva había ido secretamente a casa de Joe.

Avudada por Lottie, una hermana de su novio que se hallaba en complicidad con ellos, habíanse puesto debajo de las enaguas unos pantalones del muchacho, cuyas piernas, demoradas largas, reflejaban en los brazos.

Los dos amigos fueron descendiendo a la cocina donde las esperaba Joe, el rostro iluminado de alegría, cuyos ojos resplandecieron de amor al ver aparecer a la joven.

—¡Bien, muy bien! —dijo—, así está perfecto. Ahora Lottie, recíbelme la falda con firmeza. Aquí tienes una arañosa que se te cae toda; ¡québraveta Genoveva! La pedí a un compañero del taller que accedió gustoso a prestármela. Es un hombre pequeño, por lo que me parece que te irá a las mil maravillas.

La avudá a ponerse el mencionado abrigo que le sentaba como si hubiera sido cortado a su medida por el mejor de los sastre; y haciéndole encoquecetes una goma y levantando el amplio cuello de la capa, ocultó totalmente los cabellos de la muchacha. Las puntas del cuello abotonado por Joe enliraban las mejillas de Genoveva y hacían desaparecer su mentón y su boca en oscuras profundidades. No se le veían, mirándola muy de cerca, más que los ojos que brillaban en la sombra y la nariz que sobresalía ligeramente. Así vestida, la joven echóse a andar por la habitación. Tan bien cubriera estaba, que sus pies y el extremo de los pantalones sólo aparecían cuando un paso más largo que el otro desplazaba el ruedo del abrigo.

Joe no pudo contener la risa al contemplar su propia obra.

—Un hombrillo resfriado —dijo—, que se ha envuelto con el mayor cuidado para no tomar una gota de frío. Eso parece, Genoveva.

—¿Levas dinero? —preguntó Lottie. Una noche tendrás una magnífica ocasión de traer un buen botín.

—¿Y por quién debo apostar? —dijo con simpatía Genoveva.

La frente de Lottie se contrajo.

—¿Por quién? —exclamó cólicamente—. ¿Por mi hermano, diablos! ¡No hay nadie que por él no apueste diez contra seis!

—¡Es natural —respondió dulcemente la joven—. Deben perdonarme, pues estoy un poco turbada, y además no se nada de eso.

Consultando su reloj, Joe advirtió que era la hora de partir. Lottie se levantó entonces sobre su hombro, cubriéndolo de besos en las mejillas; luego también a Genoveva y los acompañó hasta la puerta de calle rodeando con un brazo la cintura de su hermano.

—¿Qué significa "diez contra seis"? —interrogó Genoveva mientras se alejaban y el ruido de sus pasos resonaba en el aire helado.

—Significa —repuso Joe—, que se me considera el más grande campeón. Sin el favorito. Cuando un espectador apuesta seis dólares a

BUENA PESCA

Por C. RODRIGUEZ



¡ATENCIÓN!

Por SOLLE



—Si sigues dejando que se lleven recuerdos tuyos, pronto vas a dejar de parecer un gran jefe.

que será derrotado, hay otro que apuesta diez a que será el vencedor. ¡Eso es!

—Pero —protestó ella—, si te consideras el más grande campeón, ¿cómo hay otra gente que hace apuestas contra ti?

—He ahí —dijo él riendo—, lo que constituye justamente la atracción del encuentro y la riqueza de las apuestas empeñadas. Siempre existe el riesgo de un buen golpe por parte del adversario que ha sufrido meros caídas, o bien el de un accidente al favorito.

Y agregó gravemente:

—Aquí abajo, todo está lleno de riesgos.

Genoveva, asustada, se apresó contra su novio como si pretendiera protegerlo de un eventual peligro; pero Joe, recordados su buen humor y su confianza en sí mismo, se apresó a tranquilizar a su compañera.

—La verás todo eso de cerca, en seguida. No te asustes sin motivo, pues los comienzos son a menudo desconcertantes. Los primeros rounds con Ponta tienen algo de terrible. Es ahí donde él se destaca. Pelea salvajemente, golpeando a diestra y siniestra, sordo como un torbellino, y casi siempre domina en el acto a su hombre. Así ha vencido a numerosos adversarios más hábiles v, en realidad, mejores que él. Lo principal es aguantar el comienzo. Ya me verás resistir v dejarlo hacer. Luego atacaré a mi vez, y entonces se desencadenará el infierno. Observa bien, y cuando me veas arrojarme sobre él, será la señal de que me tomaré la revancha v lo tendré en mis manos.

A través de una oscura calle, llegaron hasta un edificio en cuyo frente un cartel indicaba un instituto de cultura física, según la ordenanza de los reglamentos policiales. Era el club. Joe se apartó de Genoveva, diciéndole:

—Pásate a la larga v lo ancho de la calzada, distraídamente, con las manos en los bolsillos. Es cosa de dos minutos.

Marchó hacia el inspector, que se hallaba de pie en la puerta, charlando con el policía de servicio. Los dos hombres lo saludaron familiarmente.

—Tengo ahí —les dijo— un amigo que he traído conmigo. ¿Pueden dejarlo pasar?

El inspector v el policía asintieron moviendo afirmativamente la cabeza, y Genoveva entró con Joe sin que éstos se hubiesen vuelto siquiera a mirarlos.

—Ya ves —dijo Joe mientras subían por una escalera interior—. Tienen muchas atenciones conmigo. Ni se han fijado en ti. Aun cuando hubieran descubierto que era una mujer se habrían desviado por serme agradables.

La introdujo en una habitación que tenía el aspecto de una oficina v se marchó, dejándola sentada en una silla desfondada v polvorienta.

Cuando regresó, cinco minutos después, venía envuelto en una larga "robe" v traía los pies calzados con zapatillas. Ella corrió hacia él, toda trémula, acercándose con su pecho mientras él la abrazaba con delicadeza.

—He hecho lo necesario —le dijo, tranquilizándola—, para que puedas ver la lucha sin que te molesten. Todo saldrá bien.

—¡Oh! Si temble de este modo no es por mí. Es por ti por quien temo —contestó ella.

El miró con asombro. Un prodigioso espíritu de mujer estallaba en sus ojos con insospechada gloria. Aquella tímida muchacha, había cobrado en lo que a ella concernía, una fuerza repentina, y se enfrentaba sin miedo la reprobación que recibiría si su identidad era descubierta. ¡Se sacudimiento de emoción que la recorrió era sólo por él!

La estrechó largamente, en silencio. Luego murmuró:

—¿Qué, es por mí por quien temías?

Un golpe seco resonó en ese instante sobre la puerta, y una voz más seca aun gritó:

—Vámonos, vámonos. ¡Rápido, Joe!

Eso lo volvió a la realidad.

—¡Pronto, Genoveva! Un último beso... Ten confianza en mí. Esta noche pelaré como un-

ca lo he hecho, porque sé que tú estarás allí mirándome.

Ella lo siguió hasta un corredor cercano donde se separaron y donde instantes después, conservando aún en los labios el calor del beso de despedida de Joe, se sintió arrastrada por un oleaje de gente que se atropellaba sin reparar en ella. Muchos entre ellos, para mayor comodidad, se habían despojado de sus sacos v levantado las mangas de sus camisas. Con aquella gente, entró en la sala que hallábase repleta, formando un verdadero enjambre.

La sala, mal iluminada, parecía un graneto, a través de cuya atmósfera impregnada de humo de tabaco, las cosas adquirían extrañas formas. Genoveva sentíase ahogado v ahogado. Aquello era un jaleo de graves voces masculinas, entre las que sobresalía el tono penetrante de los pequeños vendedores de programas v sodá, v la voz de un "crupier" que invitaba a los aficionados a hacer su juego sobre Joe Fleming a diez contra seis. Era monótona, y Genoveva la encontraba falta de entusiasmo. La joven se estremeció. Un nuevo temblor poderoso de ella v la sangre afluyó a su rostro cuando pensó que estaba sola en esa guarda de hombres, prohibida a las mujeres. Había quebrado, para llegar hasta allí, las rutinarias-reglas sociales; y por el riesgo de esa aventura desconocida, novelesca v temible, se había opuesto a la tiranía de la señora Grandv.

Un momento antes no pensaba más que en Joe; ahora se espantaba por sí misma.

Malaginalmente, empujada por otros, subió una media docena de peldaños que conducían a un pequeño palco, que estaba ya tan colmado que el aire era allí materialmente asfixiante. Apenas habíase instalado cuando, pasados unos instantes, apareció una joven que acercándose a ella, le dijo con voz ruda e imperiosa:

—¡Eh, usted! ¡Venga conmigo!

Genoveva obedeció v salió tras su guía pisándole los talones; y seguida a su vez por otro hombre que parecía tener la misión de cuidar de ella, volvió a descender los peldaños, justamente hacia las cuevas del ring, el cual notó que se hallaba recubierto por una lona acolchada.

Abriéndose camino entre la multitud de espectadores, el joven la condujo a una habitación situada al nivel del cuadrado, en un extremo del salón, y una vez en su interior le dijo:

Ahora no se mueva de aquí hasta que yo o el propio Joe vengamos a buscarla.

Y señalándole un agujero en el tabique, agregó:

—Por ahí lo verá usted todo.

IV

Genoveva corrió hacia el orificio v vio ante ella el ring, que se extendía en toda su longitud.

Estaba vivamente iluminado por varios picos de gas recién encendidos, y que colgaban del cielo raro, sobre él. En cambio, sólo veía una parte del salón, que permanecía oculto en una brumosa penumbra. En la primera fila de espectadores, ocupando sus sillas, distinguía a unos hombres que empuñaban lápices v hojas de papel; supuso que eran los reporteros de los diarios locales. Había uno, particularmente próxima a ella, que mascaba chicle.

En la fila de atrás se hallaban alineados los hombres de la guardia del cuartel de policía, v los guardias de uniforme. El jefe de policía de la zona, un hombre todavía joven, estaba en la primera fila entre los periodistas.

Más lejos, mezclado con el público, reconocía sorprendida al señor Clausen, el encargado de sección con el que había tratado la tarde de ese mismo día. Si, era el propio Clausen, grave y digno, con su cara de niño bajo v rosada, y sus grandes patillas. Algunas buracas más

(1) Prototipo americano de la pequeña burguesía de ideas eclecticistas v convencionales.

allí descubrió a Silverstein, excitado de antemano.

Aplausos dispersos saludaron entonces la llegada de algunos jóvenes, en mangas de camisa, que travencdo cuerdas, botellas y todas inclinándose para pasar debajo de las cuerdas, y atravesando el ring vuedo a instalarse en uno de sus ángulos, epuesto al sio en que se hallaba Genoveva.

Un hombre de robusta apariencia que tenía con ellos tomó un taburete y sentíse de espaldas a las cuerdas. La muchacha notó que éste tenía las piernas desnudas, que calzaba zapatillas y llevaba puesta una gruesa chiqueta de lana blanca. Casi en seguida, otros jóvenes hicieron su entrada al ring de la misma manera, siendo éstos recibidos por un cerrado aplauso del público.

En ese grupo, que fué a situarse en el extremo más próximo a ella, Genoveva vió a Joe. Cubierto aún con su "robe", tomó él también un taburete y se sentó a un metro escasamente de la joven que podía distinguir los cortos rizos de su cabellera castaña.

Luego apareció un señor de extraordinaria altura, que vestía fraq negro, llevaba una espesa peluca y un cuello postizo muy almidonado, y que a su vez avanzó hacia el centro del ring. Levantando una mano para pedir silencio, dijo:

Señores, les ruego que dejen de fumar.

Su invitación fué recibida con gruñidos y silbidos, y no obedeció, lo cual llenaba de indignación a Genoveva. En el preciso momento en que el señor del fraq negro hacía su pequeña exhortación, la joven vió a Clenser, que tenía un fósforo entre sus dedos, encender con toda tranquilidad su cigarro. En ese instante le cobró odio. ¿Cómo podría su Joe batirse en esa atmósfera asfixiante? Ella misma, que sólo hacía un momento que esta allí, apenas podía respirar.

El anunciador aproximóse a Joe que se levantó, dejando caer su "robe" y avanzó hacia el centro del ring, desnudo, a excepción de los pies calzados con zapatillas, y de un breve pantalón blanco.

Genoveva bajó los ojos. Estaba sola en su escasez en donde nadie podía verla y, no obstante, su rostro había enrojecido de ardiente vergüenza ante la bella desnudez de su anado. Luego volvió a mirar, esta vez deliberadamente culpable, con el placer absoluto de contemplar una cosa prohibida.

Si, culpables deían ser las palpitaciones de su corazón y el pulso que todo su ser experimentaba hacia Joe, pero tan delicioso como el pecado, que no hubiera tenido valor para negar aquel goce a sus ojos.

En vano la afectada pequeña burguesía que había en ella le hacía enérgicos reproches. Estaba ya poseída por el vicio pecado original y las fuerzas insintivas de la naturaleza. El atañido maternal y el de todas las madres que habían precedido a la suya, la hacían inconscientemente y sentía elevarse en su seno el orgullo de los futuros hijos. Entonces, llena de clamor, levantó la cabeza resuelta con desesperación a pelear hasta el fin.

Nacida en medio de una civilización en la que vestirse constituía una costumbre, consuetudine era como inferencia a la concepción humana. Jamás le había imaginado a través de los vestidos las formas del sexo masculino y el hombre era para ella un bipedo cubierto de ropas, con dos manos y una cara, y un cráneo calvo o peludo.

Siempre que pensaba en Joe, era un Joe vestido. El que se le aparecía, de ojos azules y mejillas frescas, con una aureola de luz. Y le aquí que, de pronto, surgía éste desnudo a sus miradas, hermoso como un Dios, bajo el resplandor de las luces. Si. Aunque esta comparación le parecía un sacrilegio y una blasfemia, Joe tenía en ese momento algo de Dios. Simultáneamente, comprendía la estética de una desnudez hermosa como la de él, cuya piel era blanca y satinada cual la de una mujer, sin ve-

lidades que aherazaran la pureza de su brillo. ¡Oh! ¡Qué subterfugio era Joe así! ¡Qué perfección la de sus líneas! ¿Cómo preconaban juventud sus labios entrecabiertos por una sonrisa!

Joe sonreía al público, pose el anunciador, posando familiarmente la mano sobre su espalda, como si exclamara:

—Joe Fleming, el orgullo de West-Oakland!

Los aplausos y los hurras estallaron como un trueno, mientras, mil veces multiplicados, llegaban hasta Genoveva los amistosos gritos de: "¡Bravo, Joe! ¡Viva, Joe!"

Joe saludó, regresando a su esquina y sentándose en el taburete, a dos pasos apenas de la muchacha que había quedado inmóvil, y, menos que nunca descubierta en el tipo de boxeador. Encontraba sus ojos demasiado dulces y de mirar demasiado fino; su cara demasiado fresca y traviesa; su cuerpo demasiado esbeto y frágil. No había nada de bestial ni de brutalidad en su persona; parecía más bien una fina porcelana, a la que había que manipular con mucha precaución, pues al primer golpe se hubiera roto en pedazos. Faltábale a Genoveva el ojo experto del conocedor para juzgar sabiamente la amplitud del pecho de Joe, sus fosfos grandemente dilatadas que denotaban la solidez de sus pulmones y su potencia respiratoria; la resistencia y flexibilidad de los músculos bajo su envoltura de raso, y toda esa mínima destrucción que se encerraba en él.

A su vez, llegó el turno de John Ponta. Avudado por dos de sus segundos se despojó de su chaqueta de lana blanca, y adelantóse hasta el centro del ring.

Genoveva se horrorizó de su aspecto. El si representaba el prototipo del boxeador: la bestia bruta, de ojos negros y brillantes como granos de azabache, de nariz achatada y boca áspera de labios gruesos. Su mandíbula era cuadrada; su cuello semeaba el de un toro, y sus cabellos cortos y espesos le parecían a la espantada Genoveva las púas de un puerco espín. Tan curdida era su piel, que se la veía negra, como la de un africano. Su cuerpo estaba revestido de un largo vello, que en el pecho y la espalda se resaca hacia los pelos de un perro; tenía un tórax voluminoso, piernas rechonchas, y sus músculos sobresalían como gruesos nudos. Además hallábase lleno de cicatrices y asperezas, desprovisto de línea y esbeltez, desfigurado, en fin, por el mismo exceso de su fuerza.

Del club Atlético West-East-

Aunque tuvo que Joe aplausos y aclamaciones, éstos fueron mucho menos nutridos, y era evidente que el primero contaba con la simpatía de la multitud.

Sobrevenio entonces un silencio, en medio del cual se elevó una voz que gritaba:

—¡Arriba, Ponta! ¡Cáele encima y devorale!

Alcaba exhortación fué recibida con gruñidos y púllas que desagradaron a Ponta, quien contrató la boca con una huraña mueca, y regresó a su taburete.

Daba la impresión de un animal sin inteligencia y sin espíritu, que espereciera el terror en torno de sí como una amenaza viviente, como una bestia dañina a la que se quisiera mejor encerrar que habitar la voz se le cerró en la garganta y se encogió sobre sí mismo como si hubiera visto arder ante él la boca de las hornallas del infierno.

Este pequeño intermedio tragicómico no pasó inadvertido a Genoveva, que habría estado a punto de reírse, si esa misma mirada que Ponta pateaba a su alrededor no se hubiera cruzado con la suya un instante después. Sintió frío en

la espalda y, como el hombricillo, replegóse sobre sí misma, retrocediendo en su escondite.

Cuando volvió con presteza a pegar su ojo al orificio del tabique, alcanzó a ver las pupilas de Ponta detenerse largamente en Joe, y medirlo con insolencia. El bruto parecía arder y consumirse en su propio odio. Joe levantó sus ojos azules y echó un alegre hacia aquellos ojos sombríos, y Genoveva pudo ver que, de pronto, su cara se contraía.

Una vez más se adelantó el anunciador exclamando a un tercer personaje de rostro jovial, que estaba en mangas de camisa.

—Eddy Jones —dijo—, que dirigirá el encuentro.

Eddy! Eddy! Eddy! —aritaron los espectadores, aplaudiendo, por lo que Genoveva comprendió que aquel hombre era, como Joe, querido por el público.

Los segundos ayudaron a ambos boxeadores a colocarse los guantes. Uno de los que estaban con Ponta examinó previamente los de Joe, y después echó una rápida ojeada. El árbitro llamó a los dos grupos al centro del ring, donde Joe y Ponta se colocaron a ambos lados de Eddy, adelantando sus guantes, rudados por los segundos, que habíase pasado uno al otro el brazo sobre el hombro y se inclinaban en círculo con el cuello tenso.

Eddy Jones les hablaba, y todos le oían con atención hasta que, habiendo concluido, regresaron a sus puestos, y el anunciador se dirigió al público con estas palabras:

—Señores, Joe Fleming y John Ponta se batirán a fondo. No se declarará match anulado y las vueltas serán inmediatas. —Y agregó enfáticamente: —Los adversarios continuarán la lucha hasta el límite de sus fuerzas!

Los segundos se adelantaron a ambos lados de las cuerdas y saltó el ring a la sala. Siguió un momento de general agitación mientras los segundos se retiraban a su vez en la misma forma, llevándose baldes y taburetes.

Solo quedaron en el ring los dos boxeadores y el árbitro.

¡Señal! ¡Gong! Ambos adversarios avanzaron uno hacia el otro con paso rápido, el brazo del derecho extendido, para efectuar el saludo de práctica.

Casi en el acto, Ponta comenzó a accionar salvajemente sus puños a diestra y siniestra. Con un veloz salto hacia atrás, Joe evitó el ataque mientras, como un bólido, el otro se precipitaba sobre él. La lucha había comenzado.

Con una mano crispada sobre su pecho, Genoveva observaba trastornada por la brutal rapidez del ataque de Ponta y el número de golpes que dirigía, pensando que Joe iba a sucumbir inevitablemente. La cara de su promotor se apesadumeció por momentos, como si aquel revuelo de guantes, y ella sólo escuchaba la resonancia de los golpes, cada uno de los cuales le producía en la boca del estómago una dolorosa repercusión.

Ignoraba que aquel ruido provenía de los guantes al chocar entre sí, y que los dos campeones no sufrían nada alguno.

De repente, ella se había vuelto hacia dentro en una nueva fase. Ambos hombres habíanse entrelazado en un fuerte abrazo sin cambiarse un solo golpe.

Aquel era, como Joe le explicara, en "clinch", del cual Ponta, semiatráfado, intentaba en vano soltarse; pues su rival lo atenaceaba con fuerza.

—¡Sepáralos! —gritó el árbitro.

Joe apresósele a obedecer cuando, liberada apenas una mano, el otro intento atacar rápidamente aunque sin lograrlo, pues el joven volvió a apretar con no menos celeridad.

Genoveva vió entonces que la palma de uno de los guantes de Joe aplastaba la boca y el mentón de Ponta y que, al oírse por segunda vez la orden del árbitro, aquel rechazaba violentamente la cabeza de su adversario y se despegaba con un breve movimiento.

Hubo entonces una corta pausa, durante la cual Genevieve contempló a su enamorado de pies a cabeza replegado sobre sí mismo, la piernas izquierda adelante, las rodillas ligeramente dobladas y la cabeza sacia, protegida por los hombros. Con los puños en guardia en posición reglamentaria estaba presto al ataque o a la defensa; y ella distinguía bajo su piel blanca la tensión de los músculos que parecían verse vivir.

Nuevamente la ofensiva partió de Ponta. Volviendo a su técnica habitual, precipitose lleno de furia sobre Joe que, pensando sólo en culirse, dobló un poco más las rodillas y, con puños, codos y antebrazos en sólido bloque, detuvo los golpes. Estos caían sobre él ciertos como una granizada, y hacían temer a Genevieve por la misma vida del joven; aunque recibidos sin moverse, con sabia elasticidad, balanceándose alternativamente de atrás hacia adelante o de adelante hacia atrás, como un árbitro bajo la tempestad.

Presas del entusiasmo los espectadores comenzaron a aclamar.

Por entre las manos que se batían, Genevieve volvió a Silverstein subido a su silla, gritar su júbilo y su admiración mientras todas las gargantas rugían:

— ¡Bravo, bravo Joe!

Entonces comprendió que lejos de ser demolido por aquella andanada, Joe salía perfectamente librado de la batalla. De vez en cuando emergía del torbellino de puños de su adversario, para desaparecer nuevamente bajo su ráfaga inútil y letal.

V

Sonó el gong. Parecía a Genevieve que el combate había durado media hora por lo menos, aunque su novio le hubiera advertido que cada vuelta no se prolongaba más de tres minutos.

Al toque del gong, los segundos haciendo tirruirón en el ring corrían hacia Joe, de nuevo en su rincón.

El descanso era de un minuto. Una vez sentado sobre el taburete vuelto a su sitio, uno de sus segundos, inclinándose entre las estrías piernas del joven, se las levantó una tras otra; y haciéndolas luego descansar sobre sus rodillas se las masajó con vigor. Joe se sostenía en los brazos extendidos sobre las cuerdas y la cabeza echada hacia atrás para favorecer la expansión de su pecho. Con la boca muy abierta, aspiraba a pleno pulmón el aire fresco que le proporcionaban sus otros asistentes abanicándolo con sus toallas, mientras el manager le bañaba cara, hombros y tórax, sin dejar de deleitarle en voz baja algunos tílidos consejos.

La misma operación tenía lugar con Ponta en el otro extremo del ring.

Todo fue cumplido con tal rapidez, que Genevieve pensó que el descanso reglamentario había sido injustamente cortado; que del

minuto concedido no habían transcurrido en realidad más que algunos segundos.

Otra vez sonó el gong. Los ayudantes desaparecieron a travé de las cuerdas con todos sus accesorios mientras ambos pugilistas volvían al centro del ring. Como siempre, brutal, John Ponta retomó su ofensiva de derecha a izquierda con tal imperio, que, aunque contenido por Joe, lo obligó a retroceder varios pasos, precipitándose entonces sobre él como una fieta montañesa.

Joe debió realizar un esfuerzo para conservar el equilibrio, descubriéndose durante un segundo en que uno de sus brazos avanzó involuntariamente y la cabeza quedó fuera de la protección de sus hombros. Ponta, que lo aconchaba, vio suya la ocasión de asestarle un terrible "swing" en la mandíbula descubierta; pero ya el joven habíase agachado y el puño derecho de su rival pasó sin tocarlo por encima de su cabeza.

Apenas se había aprovechado de ello para recuperar su aplomo, cuando ya el otro puño de Ponta abatió sobre él en un golpe capaz de lanzarlo fuera del ring por sobre las cuerdas. Poca fue la fracción infinitesimal, su agachada fué más veloz aún que el directo, y el puñetazo, rozándole la curva de la espalda, fué a dar en el vacío.

Una vez más el infatigable bruto volvió a la carga y avanzó su derecha. Ahora Joe se apresuró a refugiarse en la seguridad de su "clinch", por lo que Genevieve, los nervios intensamente distendidos, desfallecida de emoción, lanzó un suspiro de alivio.

El público había vuelto a aplaudir locamente. Silverstein, sobre su silla, gritaba y gesticulaba fuera de sí. El mismo Clausen aullaba de entusiasmo entre los demás, con toda la fuerza de sus pulmones.

Una vez más el "clinch", la lucha prosiguió por parte de Ponta, a quien Joe contenía, retrocediendo, parando el huracán de puños, desfilándose alrededor del ring y, finalmente, sorteando siempre el peligro.

Rara vez conseguía colocar un golpe, pues su adversario era tan hábil para la defensa como para el ataque. Joe no esperaba por su parte anular directamente la enorme y poderosa vitalidad del monstruo; su juego consistía, como va lo había previsto a Genevieve, en dejarlo agotarse en inútiles esfuerzos. No obstante, ésta se fue impacientando viendo retroceder constantemente a su enamorado. Le disgustaba que no reaccionara más enérgicamente y ardía en deseos de asistir a su revancha sobre el bruto que lo aconcha.

Empezaba ya a desesperar, cuando Joe, en un instante propicio, pegó con violencia en la boca de Ponta. El golpe fué formidable. Vió su cabeza revolverse espasmodicamente, y el ruido de la sangre caliente expandiéndose sobre sus labios. Otro impacto semejante y Ponta hubiérase quedado en la luna; pero éste, intensificada su furia por el dolor y los aplausos de los asistentes, se arrojó contra Joe con nuevos

asaltos de duplicada violencia obligándolo una vez más a recurrir al "clinch".

La situación cada vez crítica para Joe, no obstante que Genevieve y los restantes espectadores lo creían ya seguro, pues no había logrado apretar su toma lo suficiente como para inmovilizar a su rival. Por el contrario, Ponta, cuyo mentón calzaba sobre el hombro de su adversario, consiguió zafar el brazo derecho, asestándole con el puño libre un terrible golpe en el dorso, justamente a la altura de los riñones.

Joe sintió rotundamente el impacto. El público gruñó despedido y en ese instante sonó el gong.

Pasado el veloz minuto de descanso, el match prosiguió.

En el lugar donde fuera golpeado, la piel blanca del muchacho habíase tornado amarillenta. Aquella mancha sangrienta adquirió el tamaño del guante que la había producido, creando en Genevieve tal espanto y fascinación que no podía resistirse a mirarla. Persecución de uno, fuga del otro, recomenzaron los cuerpo a cuerpo, y Ponta, pese a los esfuerzos de Joe, logró por tres veces, en el transcurso del round, repetir el golpe en los riñones, con lo que el joven sufrió horriblemente.

Siguió luego otro descanso y se inició el cuarto round que no arrojó resultado alguno. Por fin, en la quinta vuelta, Joe tomó ventaja. Apoyado contra las cuerdas fingió intentar un "clinch"; mas en el preciso momento en que el otro levantaba los brazos para atreverse a su cuerpo, retrocedió un paso golpeando en el vientre de Ponta que se le ofrecía sin protección.

Luego, con la velocidad del relámpago, lanzó otros cuatro pesados golpes a los flancos de su adversario que dejó caer brazos y hombros, tropezó y riñebó como si fuera a hundirse, pagando el costo.

Ponta, empero, intentó enderezarse. Joe, a su vez, aprovechó ese instante para descargar un directo a la mandíbula que, al no dar en el blanco, sólo alcanzó la mejilla de aquél que cayó hacia su costado.

El público comenzó a patear y todos los espectadores vociferaban, aullando como un solo hombre:

— ¡Lo tiene! ¡Lo tiene!

Genevieve sentía que aquél era el principio del fin. Tampoco contenía ya.

Cada macizo golpe asestado por Joe le causaba alegría.

Lo que guardaba en ella de dulce y de tierno había desaparecido.

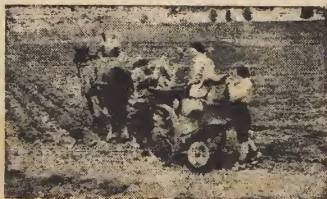
Lo increíble resistencia de Ponta no había dicho sin embargo la última palabra. Estaba nuevamente de pie y así como antes, convertido en una bestia montañesa, persiguió a Joe. Joe lo perseguía ahora: cercándolo, tratando de asestarle en la mandíbula un impacto fulminante que lo pusiera definitivamente fuera de combate.

Pero ahora había recuperado su sangre fría. Cuando el directo partió de Joe, se arrojó de cabeza, como zambulléndose en una súbita agachada, tal como lo hiciera su enemigo en las vueltas precedentes para evitar su propio castigo. Apenas el puño violentamente lanzado fué a dar en el vacío, el enamorado de Genevieve perdió su aplomo por el tremendo impulso, giró sobre sí mismo y sintió la izquierda de Ponta abatiéndose sobre su cuello descubierta. Jadeante, la muchacha vio entonces a su prometido, los brazos colgando a lo largo de su cuerpo, vacilar, tratar en vano de enderezarse, y luego caer blandamente al suelo como un saco vacío.

El árbitro hizo cesar la lucha. Inclinado sobre Joe comenzó a contar los segundos acompañándose con movimientos de una mano que subía y bajaba alternativamente. La concurrencia, tan exaltada hacia poco, habíase tornado de pronto impasible como la muerte. Ponta, que saludaba, a fin de recibir las muestras de apor-

EL NITROGENO Y LOS CEREALES

En la Estación Agrícola de Michigan, Estados Unidos, se comprobó que aumentando la cantidad de nitrógeno a los sembrados de cereales se triplica la producción. Tal comprobación, en estos críticos momentos de escasez de alimento, es realmente hazaña.



bajicé que le eran debidas, sólo halló un silencio general, helado como el de un cementerio.

Aquello era notoriamente injusto. Sólo su adversario, golpeare quien golpeare, recogía los votos del público; y él, Ponta, que desde el comienzo del match dominara la lucha, no había recibido una palabra, un gesto de aliento. Su odio hacia Joe crecía en él. En sus ojos brillaba una oscura llama, y con agobio cerca del enemigo caído, con el codo derecho echado hacia atrás, y el puño tendido, ardía en deseos de atacar tan pronto como el árbitro hubiera contado los segundos reglamentarios y Joe comenzara a incorporarse... si se incorporaba. Tan amenazante era su actitud, que aquél debió hacerlo retroceder y colocarse entre él y el hombre postrado.

—...cuatro, cinco, seis... —contaba Eddy Jones.

Con la cara perdida a la luna, Joe se retorció débilmente, logrando con un esfuerzo apoyarse en las rodillas. Luego, sostenido por las manos y con una pierna plegada bajo su cuerpo, trató de levantarse.

—¡Apúrate! ¡Apúrate! —gritaron varias voces en el salón.

—Por el amor de Dios, apúrate! —gritó a su vez con voz cálida, pero estrangulada por la emoción, uno de los segundos de Joe, de pie detrás de las cuerdas.

Genoveva echó una mirada y vio que tenía la cara pálida y teñida por la angustia mientras contaba juntamente con el árbitro, por lo bajo.

—...siete, ocho, nueve...

Los segundos caían uno tras otro y el tiempo pasaba. Al noveno, cuando Eddy contaba otra vez a Ponta, prestó a arrojarle contra su presa. Joe se puso por fin de pie y se recogió, sobre sí mismo, en guardia.

Estaba débil, pero tranquilo, muy tranquilo. El árbitro retrocedió y Ponta se precipitó hacia Joe, que, con sucesivos ataques, echó las acometidas del bruto que, no obstante, echando espumarajos de rabia, lo acorraló prontamente en una de las esquinas del ring bajo un diluvio de golpes.

Joe estaba débil, extremadamente débil; pisaba mal y se tambaleaba de atrás hacia adelante como un hombre ebrio o semidormido, con la espalda contra las cuerdas. No tenía escapatoria.

Seguro de su triunfo, Ponta se detuvo durante una fracción de segundo y simulando atacar con la izquierda, lanzó en cambio el puño derecho.

La serenidad salvó a Joe que apelo nuevamente a su recurso superior, el "clinch". Ponta se debió precipitar para librarse de aquel pulpo que lo paralizaba.

—¡Sepárate! —ordenó el árbitro.

Lejos de obedecer, Joe oprunó más.

—¡Haga que me suelte! ¿Por qué no lo hace soltar? —jadeaba Ponta, casi asfixiado. Eddy Jones repitió su orden:

—¡Sepárate!

Intentó desprender a Joe que no se daba por aludido.

—¡Suéltelo, Joe! ¡Suéltelo!

Y sin embargo no lo soltaba. Sentía durante la tregua así obtenida, que recobraba poco a poco las fuerzas, que su cerebro se esclarecía y disipábanse las telas de araña que nublaban su vista. Sostiene así durante dos o tres minutos aún, sería su salvación. Genoveva comprendió que en el "clinch" Joe era invencible. Pero, ¿por qué entonces el árbitro pretendía, como en ese momento, hacerle soltar su presa? ¿Había tomado, pues, secretamente, partido a favor de Ponta? ¡Oh! ¡Qué canalla era aquel Eddy Jones, con su cara alegre y sus ojos de ámbros! ¡Qué crías para las manos y clavó las uñas en las palmas, hasta gritar. Eddy Jones, en efecto, afferandó por los hombros a ambos rivales los había desprendido violentamente. Para acabar de separarlos pasó con ra-

pidez entre ellos y los rechazó hacia uno y otro lado.

Apenas libre, el bruto demoleador se lanzó sobre su adversario que, al instante, repitió la toma volviendo a apretarlo contra su cuerpo. Sin dejarse atrapar a su vez, Joe hacía su juego admitiblemente y lo seguía haciendo hasta que fuera necesario. Ponta había llegado al colmo de su exasperación. Volvió a debilitarse con el rostro congestionado, buscando en vano un recurso para alcanzar a Joe, sacudiéndolo por momentos furiosamente.

—¡Muérdelo! —se burló en el silencio la voz azuda de Silverstein—. ¿Por qué no lo muerdes?

Todo el mundo oyó la humorada y la sala en pleno, olvidando por un momento la angustia que sufría por su favorito tan a mal traer, estalló en una tumultuosa risa, casi histérica.

—¡Muérdelo, Ponta! —gritaron varias vo-



Los fumadores de pipa afirman que el dorado vicio del tabaco alcanza su mayor delectación cuando se fuma en esos ambientes que tantos adeptos tienen. Y como no podía faltar en esta época de reinos y campeones, acaba de consagrarse campeón de fumadores durante ochenta y ocho minutos sin renovar la provisión de tabaco en la pipa.

ces—. ¡Arráncale una oreja! ¡Devóralo! ¡Trágatele crudo! ¡No lo vencerás de otro modo!

A despecho de su emoción, Genoveva tampoco pudo evitar la risa. Fue ese un alivio, al menos momentáneo para la opresión que la ahogaba. Sentíase débil, enferma, excedida de horror por lo que había visto y lo que ahora veía. Azzapada en su escondite sentía decaer totalmente su anterior entusiasmo. El box, con todos sus atractivos, volvía a ser extraño. ¿Qué oscuro placer podría hallar en aquel espectáculo inabordable de gente allí reunida? Y Joe, qué satisfacción encontraba en ese grosero despliegue de fuerza física, en esos bárbaros abrazos, en esos golpes más inhumanos aún?

Angosto era, sí, mejor que lo que ella podía ofrecerle... La vida reposada, las dulces alegrías del amor y sus caricias. ¿Cómo iba él a dudar entre el corazón y el alma que le se entregaban y aquel maldito box, aquella vieja, incomprensible arena que lo atraja sin cesar? Genoveva vive en ello un pasmoso quisiéramos.

El goce había vuelto a sonar y los asistentes de ambos pugilistas cumplían ahora sus tareas. El joven, pálido, saltando con rapidez las cuerdas, sostuvo, a Joe, avasallándole a zancada hacia su rincón, donde los otros segundos lo atendieron agilmente, frotándole piernas y

muslos, palmándole el abdomen, extendiéndole con los dedos la cintura de la malla para facilitarle la respiración. Genoveva veía expuestas y batió el pecho desnudo de su prometido. Pensaba que producía un jaco semejante al de su propio pecho cuando le tocaba correr un tránvía. Pero, ¡qué extrañamente más poderosos eran los espasmos rítmicos que levantaban el tórax de Joe!

La actitud del amonico, cuyas ardientes emanaciones aspiraba Joe de una esponja, llegaba a hacerle ver la muerte en las narices. Y le vió hacer unas gárgaras, después sorber un limón, mientras las toallas lo abanicaban enloquecidamente para enviar a sus pulmones un oxígeno más puro que le ayudara a volver a la lucha, recuperado, refrescado por las esponjas deshidratadas sobre su ardida piel, y el agua de los balles y las botellas vaciadas sobre su cabeza.

VI

El gong anunció el sexto round y los dos hombres, el cuerpo todavía chorreando, fueron uno al encuentro del otro.

Ponta ansiaba "tener" a su hombre, a tal punto que ahora, prevenido, avanzó hacia Joe sin precipitación.

Pero éste había revidado: devoto varios golpes bajos, castigó a su vez a Ponta, enviándolo, tambaleante a buena distancia.

Su primer movimiento fué el de seguirlo y repetir la acción, más abstiniéndose prudentemente, se conformó con cubrirse y bloquear el torbellino de golpes que el suyo había desencadenado. En apariencia, la lucha se resumía en forma similar a la de sus comienzos: con Ponta en el ataque y Joe a la defensiva. Pero la situación, en realidad, se modificaba. Las cosas estaban lejos de marchar del todo bien para Ponta. Sus feroces asaltos erraban el blanco o lo alcanzaban mal; y rara vez su puño llegaba hasta Joe. Este, por el contrario, pegaba poco, pero casi siempre sobre seguro.

Ponta había atemperado su natural brutalidad, comprendiendo que no podía abandonarse ciegamente a su instinto de destrucción. Joe se hacía ahora respetar. Luego, repentinamente, sobrevino con el noveno round un completo cambio en el combate. La concurrencia lo admiró inmediatamente y tampoco se le escapó a Genoveva. Joe tomó la ofensiva. Fué él quien en otro "clinch" consiguió descaer su puño en la espalda de Ponta, castigándole duramente los riñones. Ponta, en cambio, no conseguía librarse. Estando cara contra cara, aquél le lanzaba va formidables "uppercuts" al estómago, ya zunchos a la mandíbula, ya directo a la cara hasta que, viendo a Ponta ya bastante vertido en torbellino, no insistía más; saltaba prestamente a un costado, en guardia.

Dos rounds, luego tres, se sucedieron sin que Joe lograra desgastar completamente el empuje de su adversario. Se empleaba incansablemente en perseguir a su turno, sin ninguna tregua, a aquella enorme fuerza que se debilitaba.

¡Falta preceder cada uno de sus ataques con un golpecito del pie izquierdo sobre la cubierta del ring. Tap... Tap... Tap...

Nadie dejaba de oírlo. Encomenzó un salto hacia adelante, un golpe descargado, o bien muchos, y otro, salto atrás. Y de nuevo el tap, tap, tap.

Siempre que Ponta intentaba reaccionar, Joe se cubría. Después, tap, tap, tap, y reanudaba la persecución.

Ante este juego, Ponta debilitábase poco a poco. Para el público, en adelante la suerte estaba ya echada.

—¡Bravo, bravo, Joe! —gritaba la multitud en el fondo, ante su idólatra campeón, mientras las palmas caían sobre Ponta.

—Se le ha dicho bien que lo devoraras; no lo hiciste y ahora él te devorará a ti. ¡A los que apostaron a tu favor les han robado su dinero!

En el minuto de descanso los segundos de Ponta se multiplicaron, esforzándose, con una confianza a cada instante disminuida, por recomenzar a su hombre; pero no escapaba a Genoveva, el día señalado a la muerte, que sentíase alicado. Desde su escondite escuchaba al joven pájulo decir a Joe, a media voz:

—De verdad que lo tienes esta vez. Pero no te apures; tómate el tiempo necesario. Yo ya lo he visto pelar. Siempre tiene un golpe de reserva para el fin, un golpe inesperado. Lo he visto ya "knock out" y con anterioridad pesando. Eso ocurrió con Mickey Sullivan, Mickey lo había derribado seis veces, volviéndolo a tirar cada vez que se levantaba. La séptima, creyendo que Ponta estaba terminado, descuidó su guardia. Al instante siguiente, los ojos fuera de las órbitas por el asombro, se preguntaba qué le había ocurrido. Era Ponta que le había costado un golpe tal a la tribuna que Mickey Sullivan quedó tendido en la lona. Ten mucho cuidado, Joe; que a estas horas no haga lo mismo contigo. Comprende que eso sería terriblemente tonto. Por supuesto que he apostado por ti, y estoy seguro que vencerás. Pero hasta tanto no tenga mi dinero en el bolsillo no podré decir que he ganado.

—Sí, sí, ya se ve — repuso Joe, meneando la cabeza —. No lo tengo seguro aun, pero lo tendré. Al menos, así lo espero.

Cuando sonó el gong para otro round, Ponta apareció totalmente mojado por sus asistentes, y adelantóse por el ring seguido de uno de ellos, que empuñaba una nueva botella de agua y pretendía derramársela sobre la cabeza. Ante una imperiosa orden del árbitro de abandonar con urgencia el cuadrado, aquél obedeció precipitadamente, soltando así la botella que rodó sobre sí misma y dejó escapar por su cuello el agua gorgoteante.

Genoveva había podido leer en la cambiante fisonomía de Joe todas las etapas sucesivas del match. Su cara conservaba al principio del encuentro su aire encantador y travieso. Cuando la avalancha de golpes descargada por Ponta tornóse más temible, veíase triste y sombría; y había estado angustiado después en los "cuerpo a cuerpo", mientras Joe se jugaba el todo por el todo. Ahora, salido ya del apuro, recuperado el dominio de la pelea, su cara había transfigurado de tal modo que espantaba a Genoveva.

El hombre de acero ya entrevistó por ella había respaldado. Frente de acero, boca de acero, ojos de acero, veía en Joe algo de arcángel exterminador, imposable instrumento de los decretos de Dios.

Ponta trataba aún de utilizar su método favorito de precipitación en torbellino, pero ya no tenía ninguna efectividad. Joe, en cambio, lanzaba rápidos "uno-dos" con los que, acosando el otro sin descanso, retrocedía ante él.

El décimo tercer round finalizó con una inminente derrota de Ponta. Acorralado en uno de los ángulos del ring, cayó de rodillas. Trató de incorporarse y apelar al "clinch", pero esto no le sirvió. Luego, habiendo recibido cuatro directos al estómago, se hundió, literalmente, con la boca arriba, en los brazos de sus apurados ayudantes.

Joe volvió a su rincón y con su pájulo compañero:

—Ahora es mío.
—Ojínalo lo mismo — repuso el otro —. Está corriendo. A menos, siempre que un golpe imprevisto... Desconfía hasta el fin, Joe.

Apenas hubo sonado el gong iniciando la décima cuarta vuelta, Joe se lanzó como una capatula y cayó sobre Ponta casi sentado todavía sobre su taburete en medio de sus seguidores.

El proceso y heroico a la vez, resplandeciente y gimiendo, los ojos vidriosos, con apariencia de no mantenerse en pie y el peso oblicuo de una bestia acuada, aceptó la lucha.

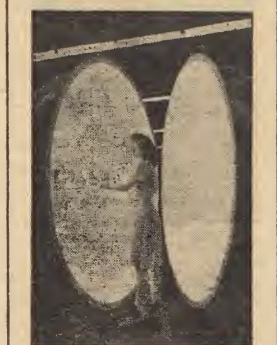
En lo que dura un minuto, fue puesto en fuga por Joe, que volvió a su persecución. El des-

enlace se aproximaba. Con el puño levantado, semejante a una maza, dispónase a aplastar a su adversario derribándolo "knock out", cuando su pie resbaló en la lona mojada.

Relamieguaron las abultadas pupilas de Ponta, que se le ofreció a la oportunidad inesperada que se le ofrecía. Hizo acopio de sus últimas fuerzas y mientras Joe oscilaba, le asió en el extremo del mentón un golpe rápido, certero.

Cayó hacia atrás. Genoveva vió distenderse sus músculos y percibió el choque de su cabeza contra el suelo. El clamor frenético del público cesó como por encanto. El árbitro, inclinado sobre el inerte cuerpo de Joe, contaba los segundos. Agorato por el tremendo esfuerzo que cumpliera, también Ponta hallábase en un deplorable estado. Una vez descargado su puño, había oscilado por reflejo del golpe, doblegándose sobre sus rodillas aunque, consiguiendo incorporarse sin embargo y mantenerse así, balanceando el cuerpo para reconstituir el equilibrio. Sus piernas temblaban, respiraba con dificultad, jadeando. Solo aferrándose ciegamente de las cuerdas evitó otra caída.

LA LUZ FLUORESCENTE Y LOS RETRATOS



Los marcos con luz fluorescente permiten ver mejor los retratos que enmarcan y también aumentan la riqueza de tonos y la belleza de las fotografías.

da, mientras aguardaba que Eddy Jones contara el fatal y último segundo que iba a proclamarlo vencedor. El anuncio de su victoria no obtuvo ningún aplauso de la multitud atardecida. Si alguno de los pocos que apostaron por él se hubiera dado a expresar en voz alta su ímpetu, habría sido apuñalado. Ponta retiróse, pues, en medio de un completo silencio, sostenido bajo los brazos por sus seguidores y escuipo al público su odio, calladamente.

Joe permanecía donde había caído. Sus compañeros acudieron en su busca para sentarlo en su rincón mientras, advertida con rapidez, la policía contenía violentamente al público que trataba de invadir el ring.

Genoveva observaba, perdida el ojo al aguiro del tabique. No estaba singularmente preocupada por lo ocurrido. Su prometido había sido puesto "knock out" y su simpatía por él compartía su contrariedad. Pero eso era todo. Desde su punto de vista personal, hasta experimentar una cierta satisfacción. El box, tan

grato a Joe, lo había traicionado, y éste le pertenecería casi mayor seguridad en adelante. Habíale explicado a menudo en qué consistía un "knock out" y no temoraba que una consecuencia que lo ha sufrido necesitara cierto tiempo para volver en sí. Sólo comenzó a asustarse cuando vino a los segundos reclamar un médico y cuando, tomado de pies y hombros y conducido fuera del ring, Joe desapareció del campo de su vista.

No habían transcurrido dos minutos cuando alzóse la puertería de la habitación donde se hallaba Genoveva y el purgista, era colocado allí, sobre el piso polvoriento, la cabeza apoyada en la rodilla de uno de sus hombres.

Nadie hablaba ocupado de ella. Se aproximó hincándose junto a Joe, que tenía los ojos cerrados y los labios ligeramente entreabiertos. Empapados de agua y sudor, los cabellos se le pegaban en largos mechones sobre la cara.

Le levantó una de las manos; era asombrosamente pesada, y a ella le pareció también trágicamente inerte. Entonces echó una rápida mirada a las personas que se hallaban a su alrededor. La inquietud aparecía en todos sus rostros. Uno de los hombres profería en voz los horribles juramentos. Reconoció a Silverstein. Al advertir la presencia de la enfermera, el judío avanzó hacia ella. Colocó su mano sobre uno de sus hombros y se lo optimó entre los dedos, con simpatía. La enloqueció aquella muda presión y sintió, de pronto, que su cabeza giraba. Sucedióse en ese momento un gran tumulto y apareció un nuevo personaje.

—¡Fuera todos, todos afuera! — gritó éste de entrada.

Algunas de las personas presentes obedecieron en silencio; otros se quedaron, ávidos por saber.

—Y usted, ¿quién es? — dijo el recién venido a Genoveva —. Por lo que veo, es usted una mujer.

El joven que la había acompañado a su llegada y a cuya reconocía bien, intervino respondiendo en su lugar:

—Es su prometida.

—¡Ah... ah... ¿Y éste? — preguntó el hombre, que era el médico, señalando a Silverstein. El joven intervino por segunda vez:

—Es su patrón. Déjela.

El médico se arrodilló, gruñendo. Puso la mano sobre la húmeda cabeza de Joe, giró nuevamente y se puso de pie.

—Este no es asunto mío — declaró —. Llamen a una ambulancia.

Genoveva sintió que a partir de ese momento perdía la exacta noción de las cosas. Como en medio de un sueño, notó que Silverstein presistía el brazo alrededor de la cintura y que la sostenía como si estuviera a punto de desvanecerse. Las caras que la rodeaban le parecían irreales. A su oído llegaban fragmentos de conversaciones que la atormentaban. El joven que la había ayudado hablaba con los reporteros, que trazaban en sus libretas no sabía qué. Con vaguedad a Silverstein preguntarle: —¿Desea usted que su nombre figure mañana en los periódicos?

Ella sacudía la cabeza. Luego otros rostros hicieron irrupción en el cuarto y tras lo que colocaban a Joe sobre una camilla, vio lo que Silverstein adelantaba hacia ella y le abotonó su amplio abrigo, subiéndole el cuello alrededor de la cara. Poco después, sintió el frescor del aire nocturno, y alzando los ojos, vió por encima de su cabeza las estrellas claras y frías.

Afuera había un coche. Subió a él y se aplastó sobre una banqueta. Silverstein se hallaba a su lado y también Joe, las cobijas echadas sobre su cuerpo desnudo. Un hombre de uniforme azul le hablaba dulcemente, pero ella no le entendía. Los rostros de los caballos resonaron sobre el pavimento y tuvo conciencia de que rodaba hacia cualquier parte, en la noche.

Luego luz, voces, olor de vodo...

Pensó que debía ser el hospital. Las voces

(CONTINUACIÓN EN LA PÁGINA 114)

EL HOMBRE DE ARriba

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 11)

guien hubiera estado allí buscando algo.

Bajó trotando la escalera, aferrándose a la barandilla con ambas manos para sostenerse. Quedaba una comprobación más por realizar. El cerrojo, en la parte de adentro de la puerta de salida. Si Mr. Davis había abandonado la casa caminando con sus propios pies, indudablemente la puerta estaría abierta aún. No había modo de cerrarla desde afuera.

Llegó a la puerta, el cerrojo estaba bien cerrado, completamente cerrado en su encaje.

No había la menor sombra de duda ahora. No había salido vivo de aquella casa. Y lo que era más probable, ni siquiera había salido de ella.

Se arrastró por los oscuros escalones hasta la puerta del sótano. Se detuvo, quedó escuchando. Pudo oír un pesado pie que golpeaba sobre algo. Una y otra vez. No como cuando se camina, sino como cuando se aplana o se nivela algo.

Quedóse allí, temerosa de moverse. El debió oírlo. El ruido cesó. Hubo un silencio cauteloso, cada uno de ellos, separados por la puerta, prestaba atención al otro; ninguno de los dos hacía el menor ruido.

Por fin ella golpeó la puerta con las palmas de las manos, asustada.

—¡Jerrv, abre esta puerta! ¡Déjame entrar! Ovíó algo pesado arañar el suelo, como si lo arrastraran. No podía decir si era la parte de una silla, o algún instrumento de largo mango.

Bató la puerta nuevamente, frenética.

—¡Jerrv, por amor del cielo, abra la puerta! Súbitamente la puerta giró hacia atrás, y él apareció. Maniobrando con sus manos, frotaándose las articaciones de los flancos, como para limpiarlas. Se quedó allí, en su camino, como para impedirle entrar.

—¡Déjame entrar — pidió con voz estrangulada.

—¿Quién te apura? — preguntó fríamente —. ¿Qué te parece si tomamos un poco de café? ¿O cómo lo quieres?

Pero se hizo a un lado y la dejó pasar.

—¿Puedes? — dijo asustadamente, mientras pasaba tambaleando junto a él —. ¿Puedes tú, después de lo que...?

—Por supuesto que puedo — dijo, insensible —. ¿Por qué no?

Se comenzó a armar un cigarrillo, encendió el fósforo con el filo del pulgar. Ella vio la uña, estaba negra debajo, junto a la carne, como si hubiera estado cavando tierra fresca...

Miró en torno; el sótano hablaba. El sótano contaba la horrible historia. De modo muy claro, sobrealaba mucho más veraz que él, si ella le hubiera preguntado.

Estaba oscuro, pero había la suficiente luz para ver. El crimen necesitaba muy poca luz para ser revelado. Una lámpara polvorosa colgaba contra la pared, al extremo de un alambire, y a su luz mortecina ella pudo ver la historia que el sótano le contaba.

El catre no estaba en el mismo lugar del día anterior. El lo había cambiado de sitio, lo había llevado de una pared a la opuesta. Y bajo él había ahora en el suelo una extraña sombra, que sobresalía un poco en un extremo. No era una sombra causada por la lamparilla, se dio cuenta; sobresalía por debajo del extremo del catre, más cercano a la luz, y no por el otro extremo, como habría ocurrido con una sombra normal. De modo que quizá fuese un parche húmedo del suelo, donde la tierra había estado cavada y aplanada luego nuevamente. Ella no tenía una vista tan aguda como anterior.

En el rincón había una pala, que ella sola empleara arriba, que no había usado allí antes. La había usado a veces para palcar la nieve que se apilaba junto a la puerta, y la última vez que la viera tenía un color rojizo, desde el filo hasta el cuello, a causa de la oxidación. Ya no lo tenía más. Una línea oscura y ondulada

dividía la hoja, como si hubiera sido introducida en la tierra húmeda poco antes.

—¡Hace frío aquí, ¿eh? — dijo él con brutal fruición —. ¿Por qué tiemblas?

Sus dientes castañetaban.

—¿Dónde está? — preguntó —. No está arriba, en su cuarto.

Tenía los ojos fijos en aquel remiendo sombreado, bajo el catre.

—Y así que no — respondió —. Salí de la casa. Lo vi irse. Tenía la puerta del sótano abierta un poquito.

—Pero nunca se va sin esperar su agua caliente.

—Bueno, esta vez lo hizo. Tonia, dejó algo para ti — Hurgó en sus bolsillos y sacó un arrugado trozo de papel —. Lo puso sobre la mesa de la cocina. Yo lo alcé y lo traje aquí conmigo.

Entonces escribió en la paja y decía:

—"Mrs. C... No regresará esta noche; puede cerrar la puerta de entrada. — Mr. D."

Lo miró, asustadamente.

—Esa no es su letra. Yo he visto su letra.

—Ese es el encogido de hombros, satíricamente.

—¿Quizá sus manos estuvieran demasiado entumecidas con el frío para escribir como otras veces. Lo oí soplarlas mientras estaba allí.

Dejó caer la nota en el suelo. Sólo tenía una pregunta más que hacer.

—¿Cómo pudo cerrar la puerta por adentro, después de salir?

—Yo la cerré, después que él salió. Para que nadie más pudiera entrar.

Ella asintió para sí misma, como si hubiera esperado esa respuesta, antes que él se la diera.

Señaló. Con el dedo extendido, helado.

—Esa, allí abajo, es una sepultura — dijo huecamente.

Ella se volvió a mirar, como si la viese por primera vez.

—Oh, sí, eso — dijo volublemente —. Sí, va sé que lo es. Ese es Rags, el está ahí abajo. Lo sepulté hace poco. Creo que se me fue la mano al golpearlo.

Un perro de tres pies de largo en una tumba de tres pies, pensó Mrs. Collins.

El sótano, como si hubiera leído sus pensamientos.

—Di con una tubería de agua bajo el piso del sótano — dijo —. Tuve que comenzar de nuevo en otro sitio; después que había empezado. Por eso la sepultura me salió el doble de largo.

Ella agnita apuntando rigidamente el dedo, como si hubiera perdido la facultad de moverlo. El debió bajarlo brutalmente de una cachetada, por último; si no, habría permanecido eternamente de ese modo.

—¿Entonces dónde está el perro, si te parece que no está ahí? — gruñó —. ¿Dónde está, ya que eres tan inteligente? No lo ves por aquí, ¿verdad?

Ella no contestó a eso. Era demasiado fácil. El lo había echado de la casa, probablemente, por anticipado, para que el animal no lo delatara. Los perros suelen comportarse extrañamente, cuando se encuentran con alguna cosa extraña.

El comenzó a pasearse febrilmente de un lado a otro, como si se sintiera irritado por su tibia acusación.

—Bueno, no te preocupes — berreó —. Saldré de aquí. Estoy más tranquilo ahora, ellos han perdido el rastro. Me iré esta noche misma, apenas oscurezca lo suficiente.

—Creí que habías dicho no poder irte sin dinero.

—Tengo algo ahora.

Se detuvo, sacó algo de entre sus ropas con una especie de criminal ironía, y dejó que ella le echase una fuzaz ojeada. Después lo guardó nuevamente. Parecía mucho, parecían muchos cientos de dólares.

—¿De quién es — fue todo lo que le dijo —. Sé lo que has hecho.

El se sonrió.

—Comenzó a ser lo que tú piensas — dijo —.

pero no fué así. Ese perro indio le salvó la vida. Hicé funcionar la estufa, pero el muy tonto comenzó a gemir fuera de la puerta cuando olfateó el gas. Debí escorrirme tras de mí sin que yo me diera cuenta. Lo arrastré ahí abajo conmigo nuevamente y le rompí la crisma. Antes de que pudiera subir nuevamente a concluir lo empezado, el viejo se había despertado y apagado la estufa. Le oí salir de la casa. Subí allí, después, y... hallé el dinero.

Mientras, todas mientras, inventadas a medida que hablaba.

—¿Se lo que has hecho — seguía diciendo —. Sé lo que has hecho.

Lo siguió hasta la puerta aquella noche en que se fué. No para darle su bendición de despedida, sino para cerrarla tras él para siempre.

—Nunca vuelvas aquí, Jerrv — le dijo —. Te di refugio cuando viniste, porque eras el hijo de mi propio padre. Matáste a un hombre antes de que te encerraran. Matáste a otro al escapar. Ahora acabas de matar a un tercero, en mi misma casa. Tienes demasiada sangre encima ahora, para que te perdones. Recuerda, si tratas de venir aquí nuevamente...

—¡Aleuya — se burló. La puerta se cerró. Se había ido.

Antes de que hubiera transcurrido media hora sonó un golpe. Pensó que era la policía, buscándolo, pero cuando abrió la puerta cautamente, una o dos pulgadas, era él, de regreso otra vez. Desde la oscuridad exterior su respiró le abanicó el rostro, frío y jadeante, como el de un animal perseguido en busca de un agujero donde meterse.

—Déjame entrar, Tienes que dejarme entrar. Están todos como moscas, rodeándome. No puedo escludirlos, no puedo escaparles. Cansé...

Trató desesperadamente de evitar que entrara. El mayor peso del hombre empujó lenta, implacablemente, desde afuera, la puerta, y con ella su figura silenciosa y forcejeante.

Se escurró por la puerta, y ya no valió la pena tratar de mantenerla cerrada.

—¿Gritas, ¿qué te pasa? — susurró. Corrió el cerrojo que las manos de ella se negaban a tocar. Después se recostó con la espalda contra la puerta, por un instante, enjugándose la frente con el dorso de la mano—. Yo me arreglaré, sólo tengo que ocultarme un poco más y esperar. No saben acetar de ti. Ni siquiera están seguros de que yo esté aquí, en el pueblo. Es, simplemente, que el rastro llegaba hasta aquí, y aquí lo perdieron.



—Lamento tener que hacer esto, pero hoy no he podido conseguir carne en ninguna parte.



—Yo no sabía que era tu madre, querido... ¡Casi que se trocaba de un hipópótamo de goma!

Te dije que no volverías. Su mano abierta le azoró el rostro. —Cierra el pico. Vuelve a tu propia pieza y quédate allí. Yo me hago cargo de esto ahora; ¡si intentas cualquier cosa, te liquido como si fueras uno de ellos!

Algo que él sostenía en la mano chasqueó metálicamente en la oscuridad. No pudo ver lo que era. No era necesario, Ella sabía.

El le dió un empujón. Mrs. Collins volvió a su propia pieza y cerró la puerta suavemente tras de sí. No encendió la luz. Se quedó sentada en la oscuridad, escuchando. Había una ventana, pero no le servía, porque ella sabía que pasara para ella definitivamente la época de saltar ventanas. Habría caído al suelo, habría yacido allí indefensa, y él...

Le ovó ir hasta la puerta trasera, cruzarla, guardarse la llave, para que ella no pudiese salir por allí. Después regresó otra vez a la puerta de entrada. No bajó ya al sótano. Sabía que Mr. Davis no iba a regresar, sabía que estaba seguro quedándose allí arriba toda la noche. ¿Quién podía saberlo mejor que él? Le oyó extender algo sobre el piso, en el *hall*, junto a la puerta de entrada, y acostarse encima.

Permaneció sentada, esperando. El que es vicio tiene paciencia.

Una vez ovó el frote de un fósforo contra la madera, y por un segundo o dos se filtró un débil resplandor a través de las hendijas de su puerta. Después fue una bocanada de humo lo que se filtró. Había armado un cigarrillo, para aliviar sus destrozados nervios. Era su debilidad. Podía matar gente sin escrúpulo, pero no podía pasarse mucho tiempo sin aquellos pequeños cilindros que armaba enrollándose.

No se movió. Permaneció sentada, simplemente, en la oscuridad. Podía esperar. Tenía toda la noche.

Estaba nuevamente en movimiento, en la oscuridad que precede al alba, lo mismo que todos los días de aquellos años precedentes. Pero esta vez su misión era distinta. Nada de agua caliente para llevar al segundo piso. Mr. Davis no estaba más allí. Mr. Davis nunca volvería a estar allí. Mr. Davis vacía en el sótano ahora, querido, inmóvil.

Tras ella la puerta de su habitación estaba estecheamente abierta. Le había llevado mucho tiempo abrirla sin que crujiara, sin que hiciera el menor ruido. Largos y sucesivos minutos enjuagándola un poco, descendiéndola; enjuagándola otro poco más, deteniéndola. Pero tenía

mucho tiempo. Ahora se arrastraba con lentitud de arcazo a lo largo del piso, con las manos y las rodillas, hacia la puerta de entrada, invisible en la fuliginosa oscuridad.

En el silencio reinante pudo escuchar su pesada respiración, y eso la guió. Estaba estirado a lo largo ante la puerta, como una especie de cerrojo humano, impidiéndole la salida, impidiendo la entrada de nadie.

Lastimaba chafarse de ese modo y arrastrarse hacia adelante; hacía doler, pero a ella no le importaba. Sus faldas crujián un poco, ella se detenía, esperaba, para asegurarse de que él no había oído. Después proseguía.

Más cerca, más cerca cada vez, pulgada a pulgada. Casi estaba junto a él ya. El había enrollado su chaqueta y la había puesto bajo los hombros y la cabeza, a modo de almohada. Pudo ver el blanco de las mangas de su camisa atibundada debilmente desde la sombra. Eso la guió también; eso y la pesada, ruidosa respiración.

Había llegado. No podía acercarse más sin tocarlo. Podía distinguir mejor las cosas ahora, sus ojos estaban más acostumbrados a la oscuridad. Y la oscuridad misma comenzaba a adelgazarse un poco; la aurora estaba en camino.

Antes durante el sueño mantenía el revólver fuertemente apretado en el puño. Ahora, al estar ya junto a la puerta, listo para ser utilizado instantáneamente. Habría podido apretar el gatillo aun antes de que sus párpados se hubieran abierto por completo. No habría podido quitárselo aunque lo hubiese intentado, pero, además, no quería eso, no era eso lo que perseguía. Nunca había tenido un revólver en su vida, no había sabido cómo usarlo, él se lo había quitado en seguida nuevamente.

Miró sobre el piso, alrededor de él, con la cara a pocas pulgadas de distancia de las gastadas tablas. Había una cosa diminuta, arrugada, blanca, junto a él. Era una cosa que él mismo antes de irse a dormir. No era eso lo que quería.

Entonces lo vió. Estaba al otro lado de él, en el estrecho pasaje que quedaba entre su cuerpo y la puerta. Nada más que un pequeño cuadrado claro, un librito con un borde blanco. Se había olvidado de guardarlo. La pequeña bolsa de tabaco con un hilo corriendo, que le había visto usar, y que estaba sepultada en algún sitio de la chaqueta, arrollada bajo la cabeza; no podía alcanzarla. Pero era esto lo que ella quería, esto lo que debía tener.

Tres veces su brazo se estiró, tembloroso, tratando de arquearse sobre él y llegar al otro lado, para alcanzar el librito. El ángulo era demasiado agudo, no podía doblar el brazo hasta lograr la posición adecuada. Lo sostenía a una fracción de pulgada sobre su cuerpo dormido, casi rozándolo, tembloroso de miedo. Si él hacía el más leve movimiento en sus sueños...

Hizo un nuevo intento, inclinándose esta vez sobre él con toda la cabeza y el hombro. Las puntas de sus dedos lo tocaron, lo alzaron. Después casi perdió el equilibrio, porque sólo se apoyaba con una mano en el piso, mientras la otra cumplía aquella otra parte de la tarea. Pudo sentir cómo sus músculos tensos amenazaban claudicar, arrojarse de plano sobre él.

Se inclinó hacia atrás, desviando la cabeza justo a tiempo; luego tuvo que quedarse allí un momento a descansar, acurrucada junto a él.

Después se volvió lentamente, y se deslizó por el mismo camino que había venido. Lejana parecía su puerta, pero la alcanzó por fin, sin ver descubierta. La atravesó en cucullas, y una vez al otro lado se puso en pie, Cerró suavemente la puerta, y apoyó la cabeza contra ella, exhausta.

En su mano sostenía un librito de papel de fumar. Eso era todo lo que ella había deseado, eso era todo lo que había ido a buscar allí, donde la muerte dormía.

Metió repetidamente la mano en los bolsillos, y siempre la sacaba vacía.

—Estaba seguro de que me quedaba aún —le oyó ella murmurar—. Debo haberlos extraviado en la tormenta hacia aquí.

Se había olvidado del que encendió antes de dormirse sobre el piso.

Comenzó a caminar de un lado a otro, tras las ventanas, cuyas cortinas estaban cuidadosamente corridas. Ella estaba junto a la cocina, diáfana la espalda, aparentando no darse cuenta. Podía esperar. Tenía todo el día.

Finalmente él no pudo soportarlo más.

—Tengo que conseguir papel de fumar o me volveré loco. Ve a la tienda, haz tus compras como de costumbre, y compra papel también. Si te dicen algo, diles que es para el vicio.

Hacía horas que esperaba eso. Se movió sin prisa hacia la puerta, con la cara desviada, tratando de no demostrar demasiada ansiedad.

Súbitamente la mano de él cayó sobre su hombro, clavándole en el sitio en que estaba.

—Espera un minuto. —Estrechó sus ojos—. ¿Cómo es que puedo cometerse contigo? Me avisaste que estarías de parte de ellos si yo volvía aquí...

Ella soportó pasivamente la mano que la aferraba.

Súbitamente algo pareció ocurrírsele a él. Sonrió.

—Ya lo tengo. Tráeme ese libro de oraciones que tienes en tu pieza.

Lo trajo.

El se lo quitó con una mirada de soslayo.

—Pon tu mano sobre esto y jura que si te dejas salir no dirás a nadie a quien encuentres, sea quien fuere, policía o lo que yo estoy aquí. Compararás tus cosas simplemente, y regresarás derecho aquí, sin detenerte.

Pudo sentir cómo se le desmoronaba el corazón.

El cerró el puño, lo echó hacia atrás, amenazándolo.

—Jura, te digo! —gritó.

Mrs. Collins puso la mano sobre el libro y lo miró a la cara, sin pestañear.

—Juro que no diré a nadie que tú estás aquí. Compararé mis cosas, simplemente, y regresaré derecho aquí, sin detenerte.

—Eso te frenará —armó el libro a un lado—. Yo te conozco. Eres muy estricta en cuanto a religión y otras tonterías semejantes.

Mrs. Collins se movió tranquilamente hacia la puerta de entrada, quedándose esperando. El la siguió, descorrió el cerrojo, con la otra mano los días a la misma hora. Volvió la esquina, la puerta.

Ascendió lentamente la calle, con la cesta de las compras bajo el brazo, igual que todos los días a la misma hora. Volvió la esquina, la casa desapareció de su vista, pero ni siquiera entonces se apresuró. Ascendió una cuádrada más, entró en el almacén donde siempre compraba.

Había dos hombres de pie junto al mostrador, hablando con el dueño, cuando ella entró. No compraban nada, estaban parados, simplemente, hablando en voz baja, como si estuvieran haciendo preguntas. Nunca los había visto antes. Ambos vestían ropas comunes, pero había algo agudo, penetrante, polifónico, en las miradas con que se volvieron a recibirla. Parecían cazadores profesionales de hombres.

Uno de ellos concedió permiso, mediante una señal, al dueño, y éste acudió a atenderla, mientras ellos permanecían donde estaban, esperando.

—Buenas, Mrs. Collins —la saludó.

Ella habló en voz más alta que de costumbre, en una voz que llegaba hasta el extremo opuesto de la tienda.

—...y una lata de sopa. Y... ah, cierto, un libro de papel de fumar.

El almacenero sonrió. Tenía que soltarse su broma:

—No me diga que a usted se le da por armar los suyos, Mrs. Collins!

—No, por supuesto que no —repuso ella con tranquila dignidad.

La sonrisa del almacenero se desvaneció, y

una mirada de sorpresa apareció en su semblante como si se le hubiera ocurrido un pensamiento tardío.

—Ahora que pienso en ello, no sabía que Mr. Davis fumara tampoco. La primera vez que lo oigo. Yo tenía entendido que era un abstemio...

—Lo es—repuso ella con voz clara y cristalina—Nunca toca un cigarrillo.

El tendero se rasgó la nuca.

—Pero si él no fuma, y usted no fuma...

—¿Quiénes más hay en la casa, salvo ustedes dos?

—No contestó. No era necesario. Se volvió y miró fijamente a los dos hombres que estaban

allí, juntos al mostrador, bebiendo ávidamente cada uno de sus palabras. Ellos la miraron con igual fijeza.

De súbito ambos se movieron velozmente, pasaron rozándose, salieron del almacén y se

alejaron por la calle. Mientras esperaba que el

almacenero le envolviera sus compras oyó un

silbato sonar débilmente a la distancia. Se escucharon pesados pasos, que iban y venían por

la calzada, afuera, pero Mrs. Collins no se

volvió a mirar.

Cuando emergió del negocio, un minuto o

dos más tarde, una mano cayó sobre su hombro,

deteniéndolo. Uno de los dos hombres a

quien ella había visto dentro de la tienda estaba

de pie allí.

—Será mejor que espere hasta que termine

—le dijo—. Será mejor que no vuelva inmediatamente. Podría lastimarse, Mrs. Collins.

Parecía saber su nombre, y el sitio donde

vivía.

No le contestó. Debía ser un detective, y

ella había jurado no decir nada a ninguno de

ellos. Un juramento es un juramento; eso es lo

que la diferencia a uno de los asesinos y los

criminales, la obligación de ser fiel a su palabra,

una vez que se la ha empeñado. Aunque

una la haya empujado a un asesino.

El detective llamó al tendero, y le encargó

que cuidara de ella.

—Vea que se queda aquí un par de minutos,

¿quiere? Es probable que haya algún alboroto

allá, cerca de la esquina...

Había algunos hombres, allí en la esquina.

Estaban procediendo extrañamente. Se movían

hacia adelante uno detrás de otro, estrechamente

empujados a la pared. Se movían hacia

adelante, medio acurrucados, como si se prepararan

para saltar. El detective fué a reunirseles.

Ella siguió debarbándose, tratando de soltarse

del apretón del almacenero, bien intencionado,

pero testarudo. A él le podía hablarle, sin

embargo, no era un policía o un detective.

—Déjeme volver a mi casa. He hecho una

promesa. Me está haciendo quebrar una promesa.

—Ya oyó lo que él dijo. El sabe lo que

conviene.

Súbitamente estalló un tiro, en algún sitio

invisible, más allá de la esquina. Nunca había

oído un tiro antes. Vida pacífica había sido la

suya. Fué más violento que el chasquido de un

hígalo. Más violento aun que esos petardos

gigantes que los chicos encendían el cuatro de

julio.

Se retorció frenética entre las manos del

comerciante. El se olvidó de aferrarla fuertemente

por un instante, con la boca abierta de

miedo ante los hechos dramáticos que se desarrollaban

en tan pocos pasos de distancia. Mrs. Collins se liberó,

comenzó a correr a lo largo de la calle,

alejándose de él.

El tendero era pesado y corpulento. Dió unos

pocos pasos desanimados tras ella, después se

dió por vencido, la dejó ir. No quería acer-

carse demasiado a la línea de fuego, tampoco. Un segundo disparo sonó antes de que ella

arribara a la esquina, en feroz respuesta al primero.

Dobló la esquina, se lanzó como un dardo por la calle siguiente, la calle familiar que conducía a su casa. Pudo verla allá adelante, con una pequeña nuebecita—de hígalo—suspendida en el frente, como si la chispa no le tirase bien. En los portales y detrás de los setos había

hombres acurrucados, pero Mrs. Collins se

había escurrido por entre ellos antes de que

la viesen siquiera.

Tras ella sobrevino una pausa azorada. Des-

pués quedó el silencio una vez que grito:

—¡Alto el fuego! ¡Traiganla aquí nuevamente!

—¡La matará!

Seguía corriendo, sin prestar atención. Tenía

muy poco camino por recorrer ahora. No había

corrido tan ligero, no había corrido tanto

desde que era una chica. Pero una promesa sobre

el Libro Santo era una promesa. Había jurado

volver derecho allí, y allí volvería, derecho.

¡Ni todos los revólveres, ni todas las

balas, ni todos los policías del mundo po-

dían impedirle cumplir su juramento.

Hubo otro disparo. Venía de su propia casa,

de adelante, no de atrás. Algo golpeó en el

hombro, haciéndolo arder, como si una

abacia la hubiera picado. Tanbalceó y cayó.

La caída la angustió más que el objeto que la

golpeó. Se sonrojó, avergonzada.

—Una mujer de mi edad, caerse en la calle

de este modo, delante de todo el mundo!

—Se lanzó—. Qué pensó la gente!

Detrás de ella la misma voz que había oído

antes rugió, furiosa:

—¡Agárrenlo por eso! ¡Tiren a matar! ¡Sin

cuerello!

Y entonces se oyeron tantos tiros todos a

la vez que ella no pudo ya contactarlos, ni

distinguir uno de otro. Permaneció tendida,

del mismo modo en que había caído, con los

ojos fijos en su propia casa, pocos pasos más

allá. La puerta giró abriéndose lentamente.

Pero nadie salió. Quedó de ese modo simplemente.

En el umbral, estirada, vacía una ma-

no. Se abrió y de ella descendió un revól-

ver. Después de eso la mano no volvió a mo-

verse, permaneció inmóvil.

La lluvia de disparos cesó y todo estuvo

tranquilo nuevamente. Muchos hombres vi-

nieron corriendo y se inclinaron sobre ella.

Los miró y vio entrecoastadamente:

—Por favor, levante a mi... Faltó ahí

no más, adelante. Prometí volver derecho a

ella... y debo guardar mi promesa.

La alzarón suavemente y la llevaron. Cu-

brieron algo que vacía más allá de la puerta,

adentro, para que no lo viese. Pero ella sabía

qué era, de cualquier modo.

Los susurros.

—Póngame en el sofá, en la sala. —Después,

cundo lo hubieron hecho, les indicó que se

acercaran más. Se inclinaron para poder oírlo.

—Mr. Davis. Abajo, en el sótano, justamente

debajo del catre. Tendrán que llevar la pala.

Por favor, háganlo en seguida. No lo dejen

permanecer en semejante lugar, no está bien.

Alguien dió una orden, lúgubremente, en voz

baja, y oyó cómo dos o tres hombres des-

cendían en tropel los escalones del sótano.

Mrs. Collins cerró los ojos y exhaló un sus-

piro de satisfacción. Por lo menos él no ten-

dría que quedarse allí ahora...

Vino un refresco y le exhaló el hombre.

—Se mejorará—le dijo—. No es más que

una mala lastimadura.

Le puso una venda y le aconsejó que trata-



—Veo que los ruegos de Anita
a San Antonio se han cumplido
a medias...

Repentinamente un confuso murmullo de voces en *ball* la despertó. Los hombres habían subido nuevamente. Uno de ellos asomó la cabeza y dijo inexpressivamente al capitán de los detectives, que estaban junto a ella:

—No, señor. No hay nada más que un perro. Su cráneo ha sido aplastado con una pala.

Alguien lo apartó a un lado y apareció Mr. Davis en el portal, mirándolos fijamente. Traía

un paquete en forma de libro fuertemente apretado bajo el brazo, como si fuera sumamente

precioso. Sus mejillas tenían un reflejo pálido, como si hiciera varios días que no se

hubiese afeitado.

Se acercó a ella, asustado.

—Mrs. Collins, ¿qué hay? ¿Qué ha ocurrido aquí? Todos esos hombres... Y oí tiros mientras venía de la estación...

Sus labios se movieron, incrédulos:

—El no lo... Entonces usted se fué de casa,

como él dijo...

—Me fui aver a la mañana, antes del alba,

quería estar seguro de llegar allí a tiempo,

antes de que esta Primera Edición se me esca-

pasase. Hasta allí sin esperar el agua caliente

para afeitarme. Le escribí una pequeña nota a

usted, para que supiera, pero mis manos es-

talian tan entumecidas que apenas podía soste-

ner el lápiz en ellas.

Después añadió:

—Fué la cosa más extraña. Encontré la estu-

fa encendida en mi cuarto. Supongo que la

habré encendido yo mismo, mientras estaba

medio dormido, y que después me olvidé. La

apagué en seguida, acordándome de lo que casi

pasó el día antes. Y justo antes de despertarme,

soné que oía a un perrito gemir por allí cer-

ca...

Ella volvió la cara, consternada, al jefe de

detectives.

—Era toda verdad—dijo, contrita—. Hasta

la última cosa que me dijo era verdad, y yo

no le menté.

El capitán le puso la mano en el brazo,

consolándola:

—No se aflija demasiado, Afán es cómo oc-

urre. Hasta cuando dice la verdad nadie le cree

a un asesino. ®

EL HOMBRE DE ARRIBA, de William Irish, forma parte de un volumen de cuentos del mismo autor, que con el título de "Si muriera antes de desesperarme", publicó la Biblioteca de Bolsillo, de la Editorial Hachette, de Buenos Aires



Mi perro Salib tenía unos ojos maravillosos color de ágata. Unos ojos terribles, fríos e inmóviles como dos faros en la noche. Dos faros obsesivos. Al menos, para mí.

Porque Salib me vió cometer la única acción villana de mi vida.

Yo era ayudante de Alvarez, el contador, y lo odiaba. Ambicionaba su puesto, su posición social, su poder. Quería tratar de una manera infame a los subalternos, como él. Cruzarles el espíritu a latigazos. Gozar, viéndolos sufrir,

envilecidos y esclavos, sin osar el gesto de rebelión por miedo a perder el empleo.

Yo tenía alma de canalla. Lo confieso. Alvarez había sido siempre muy amable conmigo. Pero había cometido el horrendo pecado de ocupar aquel cargo. Y eso era imperdonable.

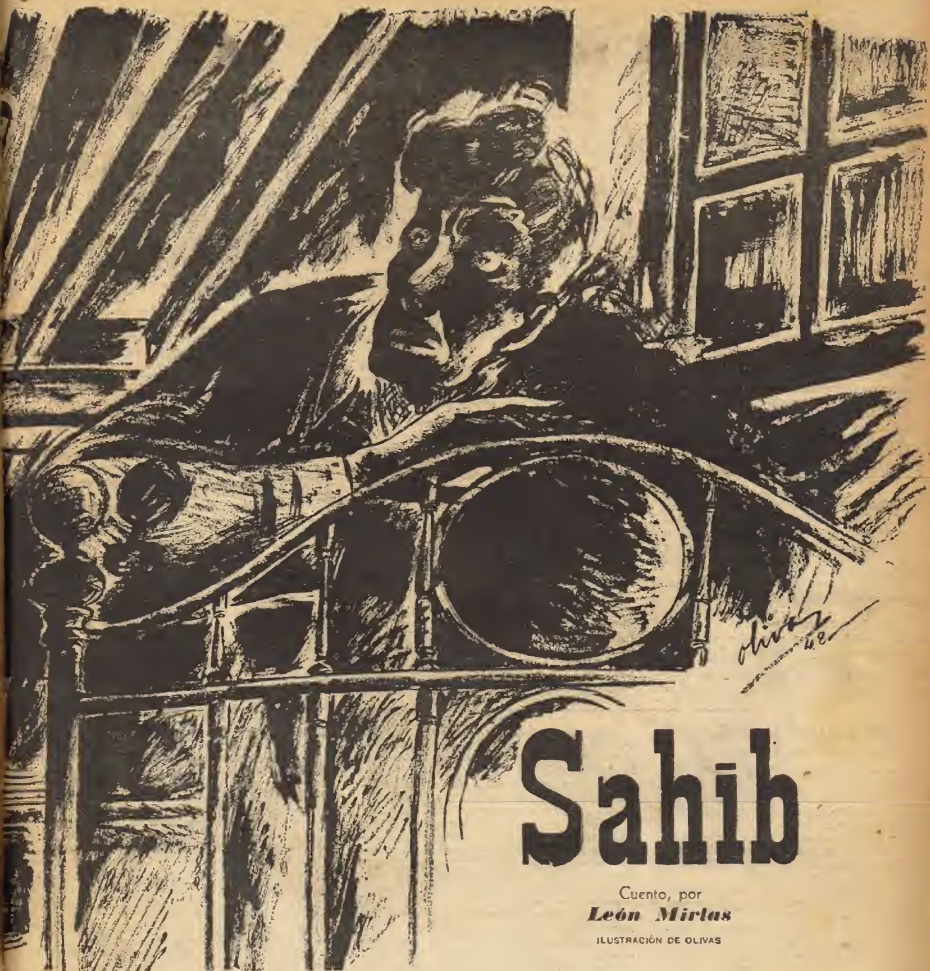
Yo acechaba sus menores desfallecimientos, síntomas de enfermedad, indecisiones. Vivía pendiente de una tosecilla suya, de una ocasional palidez de su semblante. El día en que oí una voz seca que le descajaba el pecho, fué el más feliz de mi vida, porque lo creí tubercu-

loso. ¡Vana esperanza! A los pocos días estaba más lozano que nunca. Aquel maldito, evidentemente, no se quería morir. Era de una vitalidad desesperante.

Entonces, resolví intervenir. Tanta salud era anormal. Aquel hombre trabajaba demasiado. El día menos pensado iba a sufrir un síncope.

Me dediqué a acechar la oportunidad propicia, con la paciencia de una fiera voraz, que está segura de su presa.

Después de muchas semanas de tensión, atisbé



Sahib

Cuento, por
León Mirtas

ILUSTRACIÓN DE OLIVAS

por fin un resqueijo de luz, y me turré por él.

Esa noche, debí llevarme unos libros a casa, para terminar un trabajo urgente.

Con legítimo deleite, me calé la visera sobre la frente, me senté sobre un taburete, y, con el tórax deprimido sobre las cifras, como tantas veces, falsifiqué con gran habilidad la letra del contador en unas anotaciones.

En tanto, Sahib se había sentado frente al escritorio, y me miraba con severidad. Conmovida severidad, sí, y hasta un tenue reproche en las pupilas.

Parecía el propio contador, testigo de su asesinato civil.

Cuando hubo concluido, ladró lastimeramente, me miró con los ojos velados por las lágrimas, como se mira a un muerto, y se fué a un rincón.

Allí permaneció inmóvil, durante largo tiempo. Como un espejo empañado. Como un acto de iniquidad.

La falsificación, lo afirmo sin falsa modestia, era una obra de arte, y no se descubrió nunca. El contador, acusado de desfalco, fué

desituido y encarcelado. Permaneció tres años en la prisión, y salió envejecido, lánguido, acalado. Su mujer murió de pena. Yo obtuve el puesto. Tengo la satisfacción de comprobar que mis subalternos me consideran más canalla aun que mi antecesor...

Desde entonces, en los ojos de Sahib quedó inmovilizada la lucra.

Una locura misma, como la de un hombre que se hubiera quedado a solas con su secreto para toda la vida.

DELGADANA EN SAN SILVESTRE

(CONTINUACIÓN DE LA PAGINA 27)

salida de don Martín, y Liberato, Casas se me acercó y me dijo por lo bajo:

—Al viejo hay que correrlo pal lao que dispara. Aguárde no más que luego le retreco.

Pero ya don Martín terminaba otro bordonero y cantaba:

*Tiene un rancho un alero
pal lao en que el sol se escondé;
alli vivo como un conde
y con naides me entreviero.
No soy guapo ni mañero,
pero a naides me le atrevo;
no soy truco ni cogello,
pero tampoco raigón,
y llegando la ocasión
soy gallo, gallina y pollo.*

Las risas fueron grandes cuando Liberato Casas arastó una pala de puntear y fingiendo pulsar una guitarra, respondió a don Martín:

*Su canto me ha satisfido
muy mucho, creanlelo.
Pero abna pregunta yo:
¿De ande diablós ha salido?
Porqué antes naides lo vío,
moñao en yegua o en muilo.
Le digo sin ditiñulo
y con la conciencia sana:
uno pierde y otro gana
cuando la taba ecba...*

—¡Jiii...¡jii! —gritó uno de los peones tapando el vocallo final de la rima. La algaraz crecía. Don Martín carraspeó fuerte, aseguró algunas clavijas y después de un ragucito altanero, replicó con voz desafiante y alta, un poco gangosa por el énfasis:

*Me canto lo ba sa-si-jí-la
tamtanto, como ba dirto.
Entonces, jozen, ¿qué bieho
lo picó que le ba dolido?
Y le digo de cumplido,
no por buscarle cuestión:
Quedé en ese rincón,
no sea que se arne alguna...
El gallinero a la una
sabe certarlo el patrón.*

Finalmente, Liberato Casas tuvo que darse por vencido y optó por distraer a los trigueños con una interminable improvisación biográfica en pareados, que se desarrollaba más o menos así:

*Yo he nacido en Ayacucho
y me ba servido de mucho.
Y aunque ando medio bualgo,
soy mejor que cada cual.
Y tenía salidito
me la casé una tia...*

Esto podía seguir hasta el año veinte, "ya que nadita se pierde"; o terminar en cualquier punto "sin el temor al difunto". Pero los jugadores de truco no estaban dispuestos a que la coseguiera, e hicieron callar a kokazos al monito no improvisador. Don Martín se puso a armar un cigarrillo sin hacer caso ya de su contrincante; encendió en un tizon cargado de humo, y luego dijo:

—Por qué no cantó algo, Hilario, que ténez tan buena voz?... Pero algo como la gente, no como esos ladridos que sébenos largar algunos cuzcos abrididos.

—Cantare la "Repetida" —solicitó Liberato sin hacer caso de la pulla del viejo.

Serianamente ya se preparó el canto. Desde mi lancha de la puerta del galpón, yo observaba al hombre. Todo era de rula armonía en él; su actitud en el asiento, la inclinación del cuerpo, la cabeza un poco hacia un lado y mirando atento el cuello de la guitarra, donde los dedos de la mano izquierda subían y bajaban

sobre los trastes; la mano derecha ligeramente quebrada y floja en la muñeca hería hábilmente las cuerdas sobre la boca del instrumento. Había tomado esa seriedad melancólica que ensombreció los ojos sin tomar color el ceño. Los que jugaban al truco en el fondo del galpón dejaron las cartas y se allegaron al cantor; éste levantó la voz, que sonaba un poco en falso al procurar hacerla sentenciosa y triste:

*Alma mía, estás más triste
que la tarde cuando muere...
Porque ya nadie te quiere,
alma mía, estás más triste
que la tarde cuando muere.*

*Con un rajito de arena
yo te digo adiós, llorando...
Y desde entonces pensando,
con un rajito de arena
yo te digo adiós, llorando.*

*Cuando se pone a llover
con ese llanto del cielo...
Yo pienso en mí descomulgo,
cuando se pone a llover
con ese llanto del cielo.*

*Y qué has de hacerle, alma mía,
si el dolor no dice cuándo...
Así la vamos pasando,
porque sabí, alma mía,
que el dolor no dice cuándo.*

*Como esas flores del campo
que se quedan tan solitas...
Mis esferas marichas
son esas flores del campo,
que se quedan, tan solitas...*

Los dos octosilabos finales se alargaban como en un lamento de amargura infinita, sonando así espaciados:

*...sooon-ssas flooores del caaampoooo...
que-reee queeaaan... tan soooñitaaas...*

Había cantado el hombre con ese tono gris del agua que cae ya caía como sin esperanza ninguna, y se notaba que una grave laxitud lo ensimismaba y hacía aparecer con el ánimo ubicado en probables lejanías.

—¡Éso es cantar! —gritó uno, entusiasmado. Hilario Rodríguez apoyó la guitarra en la pared y se quedó mirando llover, como fascinado. Los del truco volvieron al rincón; Liberato siguió con un trabajo de brazos en el que venía afanándose a cada pausa de las taras del campo; los demás, formamos un grupo cerca de la puerta, como encantados por el sortilegio de la lluvia.

"Que lluvia, que lluvia, que la vieja está en la cueva", repitió alguien la onomatopéyica cantilena de los antiguos llavíos.

El día se iba y las sombras se hacían más espesas en el interior del galpón. Mirar cómo llueve sobre los campos, sobre los árboles y sobre las viviendas perdidas a la distancia, es cosa verdaderamente especial: hasta me animaría a decir que siento en mí ser el color, el sabor, el olor, la piel y el sonido de esa clase de lluvias.

Ahora en el galpón se hablaba de todo, con tranquilo desgaño. La sala de un un carteco o una flor cantada como Dios manda, levantaba, en el rincón de los trigueños, alguna que otra explosión de voces y risas. Don Martín limó el palmito en un bordonero y me dijo:

—¿Qué le parece, amigo, si nos arimamos al fogón y matamos un poco?

—No estaría mal.

El fuego fue avivado por Liberato Casas, y el mte volvió a circular normalmente. Al rato no más, don Martín Lina había sido "uligado" por alguien, a quien un bordonero me dijo:

—Uno de esos "suicidados" de tantos como le habían ocurrido.

—Cuéntenos algo de cuando sabía andar a las gatas, vicio —bromeó Liberato. Don Martín replicó:

—Hoy no está el día como ya hablar de cenizas... Por eso es que les voy a contar algo de antes, que pasó allá por los tiempos de Sampa, o de María Castaña, pabo más claridá... Es un caso serio, y parece que hubo testigos que lo vieron cuando pasó, porque una vez se lo sentí contar a mí agüelo, que era hombre que como a guiso, nunca se le olvidaba lo que le gustaba hablar al cuento... Decía el finao mi agüelo, que en paz descanse, que hace una ponchada de años vivía allá en medio de la pampa un padre que tenía tres hijastras...

Después de este comienzo clásico, don Martín carraspeó aclarando la voz y prosiguió:

—Había de cuando pa pampa era pampa, y vivía en los no habían espao a guelast. Vivía en esos lugares, si señor, un estanciero muy rico. De mala entraña era el hombre: rezongón y acostumbrao a hacer su santa voluntad en todo. No se le caía el facón de la cintura, y dicen que era bastante ligero de mano...

—Sería como el finao Acevedo, que Dios lo perdón... —interrumpió Liberato Casas. Nadie reparó en su observación y don Martín siguió con su cuento:

—Don Floro Mañara, que así se llamaba el estanciero, tenía tres hijastras a cual más linda... ¡Hermanitos, qué muchachas!... Blancas, como una nuajada, y en cada cachete era como un con pelista como tienen los duraznos pintones, y que cuando las mozas bajan los ojos parece que nos está diciendo: "¡Pa qué te quiero, vergüenza!..." Lindas, pa tirar ya arriba, las hijas de don Floro... ¡Pa...¡janto!... Si de verlas, no más, los paisanos que pasaban cerca de la estancia, se cubían encañuando. La mayor se llamaba Biatriz; Clara, la segunda. Si las dos primeras eran lindas sin guelast, la tercera les mataba el punto con las treinta y tres de mano, sin desajear... Serafina, se llamaba la güena moza... ¡Pobrecita!

Se detuvo don Martín y fingió entretenerse escuchando el ruido que era una manodra destinada a despertar el interés del auditorio.

—Oh, ¿por qué pobrecita? —inquirió Hilario Rodríguez... ¿le pasó algo a la fulana?

—No se me apure, amigo —contestó don Martín—, que para todo hay tiempo, si no es para la muerte... Güeno, solían ustedes que este día de Floro Mañara, así como mi tía que de mala sangre me había salido manejar a rebenque, a los pobres infelices que caían a su establecimiento en busca de trabajo, así como era y todo, tenía mucho cariño por sus tres hijastras. Eso sí, de tan delicado que era en su casa, a las muchachas no las dejaba salir a jugar, ni ir todo a la Serafina, la más chica, que ya andaba por los quince añitos y que se había puesto de linda que daba calor. La muchacha se llamaba Serafina, pero como tenía una cinturita así de finita como un huso, que caía en un punto, le habían puesto de entrecasa la "Delgadita". La Serafina, don Floro era un hombre que tenía más miedo a su marido que de caíre de la cama, con perdón sea dicho. Güeno, las hijastras de don Floro, la Biatriz, la Clara y la Delgadita, según poniéndose lindas, pero educadas así, escondidas de todo el mundo. Lo único que hacían era reunirse las tres con la madre para hacer trabajo de lana, telidos y que séra, en lo que eran muy habilidosas, hay que decirlo. Y el cascarrabla del padrastro andaba allá por el campo entendiéndose con la pima y puesteros a puro grito y rebenque... No yavan a creer que siempre se las llevó de arriba don Floro; hay gente que no le gusta dejarse arricar con las risas de una más desiciada que parecía... Dejuro que así no se puede vivir, y decía mi agüelo que a personas como el don Floro ése, cuando menos la picanse se les miete el demonio en el cuerpo... Así tendrá que haber sucedido con el hombre, pa pasar lo que pasó.

—¿Precia la atención general. Ya seguro del interés de sus oyentes, don Martín entró de lleno en el relato:

—Resultado que seguro que jué el demonio que lo tenía a don Floro Mañara, pa ponerse a pensar lo que se le metió en la cabeza... El

en un queso muy sabroso, hecho con leche de cabra y nueces de los nogales del lugar, comenzo mi tio a contarme la historia aquella que tanto me habia intrigado.

El tio Eleuterio fué durante muchos años uno de los mejores curules al estudio que se han concedido por estos contornos... Era un hombre recto, que jamás se dejaba sobornar aun cuando no ganaba un gran sueldo. Habia enviado a los pocos años de casarse y vivia con su hijo y una sobrina huérfana en la pequeña casa que habia entre los encinares de la dehesa de las aguacillas. El muchacho le habia salido de las aguacillas, y él estudió con el consejo del señor cura y del maestro, se le mandó a Zamora para que cursase el bachillerato. Algo le dolió al padre esta separación, dado el gran cariño que le tenía al chico, y más le hubiera gustado verlo detrás de un arado y no quemándose las pestañas sobre los libros de texto, pero comprendiendo que todo aquello podría traducirse en un brillante porvenir, hizo de tristes corazón y dió su consentimiento. Anduvo bastante triston durante un tiempo, aunque no le duró mucho la cosa, ya sea por las cartas y visitas frecuentes del hijo, como por los cuidados de que le rodeaba su sobrina Ana María. Esta muchacha, que entonces tendría unos dieciocho años, fué para él una mis linda y fresca que una rosa, habia resultado una verdadera joya para el tio Eleuterio. Cuando él la recogió al quedarse sola en el mundo, era una chiquilla, pero ya muy sericita y callada. Después, con el correr de los años, fué el alma y el corazón de aquella casa sin mujer, en la cual ella puso asco, alegría, orden y pulcritud. Era la verdaderamente alma de la casa, la cuidaba de la ropa de los dos hombres, tenía aquí al pueblo a vender algunas legumbres de la huerta y compraba las provisiones necesarias, atendía a las gallinas que estaban empollando, ordeñaba la vaca y todavía le quedaba tiempo para tener la casa hecha una tacita de plata de puro limpia. Su tio estaba chocho y la quería como a una hija, siempre se refería a ella, comenzaba diciendo:

—"La "mi" muchacha..."

"Transcurrido un año, José Antonio, el hijo del tio Eleuterio, aprobó brillantemente todas las materias y no quiero decirle lo orgulloso que andaba su padre con él por todas partes, cuando vino en las vacaciones. Al empezar nuevamente las clases ya fué menos dolorosa esta vez para el guardabosque la separación. Acaso influyera en ello aquella gran preocupación que no dejaba dormir tranquilo al tio Eleuterio. ¡Y vava si no era para estar preocupado! Cerca de veinte años hacía que era guardabosque y nunca le habia ocurrido nada semejante. Siempre su vida era y sea, con la inseparable escopeta cruzada en la espalda, y él tranquilo, fundido, desde lejos, un saludable temor en todos los cazadores furtivos, y ninguno de ellos sonó siquiera con desafiar su autoridad, prefiriendo perder la pieza ya herida antes que tener un encuentro con aquel hombre de pocas palabras y malas puleas. Pero como a todo hay que se atreva, este pécero mundo, hulo en pensándose un fulano que también se atrevió a hacerle frente al tio Eleuterio. Era un divergenzista y borrachín; un tal Gabino, que habia estado haciendo el servicio militar en Marruecos y que regresó lleno de malas mañas, creyéndose todavía en tierra de moros.

"Se pasaba las noches en la taberna, y durante el día dormía tranquilamente, pensando en ganarse el sustento con sus propias manos. Pero no solamente hacer por aquí todas las personas decentes. Sus padres ya ancianos, eran gentes que tenían un buen pasar, y él, viendo que no lo apremiaban para que trabajase, rozaba de la vida sin que nunca le faltase un duro en el bolsillo. Algunas tardes después de haber dormido una buena siesta, se levantó con el consentimiento de su padre, se echó al zurrón al hombro y salió camando afuera en busca de perdices o de liebres, que luego hacía guisar en la taberna,

para comerlas junto con sus amigos. Estos trataron de prevenirle de los riesgos que corría dedicándose a la caza furtiva.

"—Mira, Gabino, que el tio Eleuterio no se ande por las ramas; tiene muy mal genio y si llega a encontrarte alguna vez por la dehesa de las aguacillas..."

"Otro fue muy terminante:

"—Dos cosas pueden sucederte: que te dé una paliza descomunal, o que te meta una descarga de perdigones adentro del cuerpo..."

"A todas estas advertencias, Gabino respondió con aires de suficiencia y sorna:

"—¿Qué me va a pegar ese tio viejo a mí? ¡Vava! chico, tú no estás en tus calas... Y en cuanto a eso de los tiros, no te olvides de que yo he estado en la guerra del Africa, y que allí me he matado cada morazo tres veces más grande que el tio Eleuterio. Así que se ande con cuidado, no vaya a ocurrir que la tortilla le vuelva y sea yo quien le pegue a el cuatro tiros..."

"No faltaron lenguas ofiosas que se encargaron de llevar al guardabosque las palabras del matón. El tio Eleuterio se puso hecho un basilisco, y su primer impulso fué cargar la escopeta y marchar a la taberna para romperle la crisma al sinvergüenza aquel, pero Ana María se le abrazó llorando y en nombre de todos los muertos de la familia le imploró que se quedase. A lo mejor el otro estaba borracho, y las gentes son tan charlatanas..."

"El tio Eleuterio se quedó en casa, pero bien sabía él que el gallito aquí no estaba borracho. Varias veces en el transcurso de sus recordadas por los soros de la dehesa habia escuchado al otro charlar con las descargas de una escopeta. Al principio creyó que se trataba de un cazador que entretenía sus ocios cazando conejos monteses, pero cuando averiguó que el señor estaba en Zamora y que ninguno de los niños de la alquería andaba de caza, no le cupo ya, dada de que se trataba de un cazador furtivo. Además, algunas veces al llegar jadeante al lugar de caza, se oían los disparos, notándose movimientos sospechosos entre los cazadores, y en un claro mortecino del erpiculo le habia parecido entrever a lo lejos la silueta fugitiva de un hombre. Luego, cuando llegaron a sus oídos los relatos de las comilonas que organizaba Gabino en la taberna con las liebres que le hurtaba a él delante de sus narices, sintió que le hervía la sangre en las venas. Y como si todo eso fuera poco, el muchacho aquel andaba diciendo por todas partes que una noche, cuando se sintiera de buen humor, iba a llegarle hasta la casa del guardabosque para robarle las gallinas y después hacer un puchero con ellas.

"Hasta allí habia llegado, pero no pasaría más adelante con el tio Eleuterio no lo pagaba nada.

"Ocurrió en una noche de invierno, —prosiguió narrando mi tio—, de mucho frío, pero no con nieve, sino con un temporal de agua que hizo salirse de madre al regato, cuando el tio Eleuterio creyó oír a eso de la madrugada algunos ruidos en el corral de su casa que le hicieron sentarse en la cama y escuchar con atención lo que ocurría. Si él no se acordaba, alguien andaba por el patio. Y bien sabia el señor que Gabino, el valentón que habia prometido robarle las gallinas al guardabosque y encima pegarle unos tiros. Mas esta vez, si habia venido por lana iba a volver trasquilado. Se lanzó fuera de la cama, púsose la zamarra en la obscuridad —era vestido desde que tuvo el consentimiento de su padre—, se echó a esta —alcanzó a tientas la escopeta y descalo, pero no hacer ruido, pasó a la cocina y de allí al portal. Una tormenta furiosa inundaba de agua el patio y vacuaba fuertemente los árboles. Le extrañó que los perros no hubiesen ladrado al percibir al ladrón, pero pensó que tal vez Gabino se habría envenenado antes de saltar la cerca. Avanzó pensando a las paredes con la escopeta pronta, mientras la lluvia le empapaba las ropas y al llegar cerca del pajar, des-

lumbardo por un relinplago, tropezó con un cántaro grande que habia quedado en el patio encima de un cajón, cayendo todo al suelo con gran estrépito. El tio Eleuterio ahogó una imprecación mientras sentía un dolor intenso en el pie derecho, y en ese preciso instante fué cuando lo vió al otro que trataba de huir al sentir el ruido del disparo, y era nada más que una mancha oscura y borrosa en la noche negra...

"—¡Alto! ¡Alto ahí! ¡Detente o disparo!..."

"El fugitivo no hizo caso de la advertencia y siguió corriendo. A la luz livida de un relinplago, el guardabosque lo vió encaramarse en la cerca. Se echó la escopeta a la cara y apretó los dos gatillos. Casi en el mismo momento de sonar la detonación, oyó un grito agudo, desgarrante, y los perros empezaron a ladrar desahoradamente. El tio Eleuterio corrió hacia la cerca. Le habia dado; el lo vió levantar los brazos y caer del otro lado como si hubiera perdido de pronto el equilibrio. Era doloroso, pero el mismo se lo habia buscado..."

"A la mañana siguiente, el barro, un bulto cono se retorcia gimiendo, quedaba solo allí y entonces sucedió algo que dejó espantado al tio Eleuterio.

"—Padre! ¡Ay, Padre, que me ha matado usted!..." —quejose el supuesto cazador furtivo.

"Ahora si, de una sola mirada comprendió el viejo guardabosque lo que no habian visto sus ojos jóvenes durante muchos años, años, años. Allí estaba Ana María, malamente arrojada en un montón negro, los cabellos revueltos, los ojos desparpados. Ella era la que habia dado aquel grito horrible cuando el tio Eleuterio le apuntó a su hijo con la escopeta. Y allí estaba también José Antonio, con los labios manchados de sangre y la espalda llena de agujeros, por donde se escapaba la vida. Del dormitorio de Ana María habia salido cuando lo vió su padre y le dió la voz de alto... Y en medio de su intensa angustia, amilquilado por el gran dolor, no tuvo reproches ni recriminaciones. Tan sólo les preguntó:

"—¿Por qué no me lo habia dicho antes?"

"El tio Eleuterio, con esa simplicidad de las gentes rústicas para no hacerse entender, no se habia dado cuenta de que, conforme los dos primos iban creciendo, se desarrollaba entre ellos una atracción mutua que, favorecida por las circunstancias, fuése transformando primero en tierno idilio y después en violenta pasión. Ni el cambio de vida, ni las atracciones que José Antonio ejercía un lujerito como él cuando fué a cursar al el bachillerato, hicieron que José Antonio dejase de amar a su prima, y así ocurrió que, no pudiendo sufrir aquella separación, hiciera frecuentes viajes nocturnos a la casa paterna, favorecido por la distancia relativamente corta que habia entre la dehesa y Zamora.

"El desgraciado muchacho murió aquella misma noche, sin llegar a ver la luz del nuevo día. Su padre, durante el entierro, manifestó —como era de esperar en un hombre de su temple y reciedumbre— una gran fortaleza de ánimo; mas apenas pasados algunos días, visiblemente abatido y sumido en sí mismo, pareciendo que algo se trasturara por dentro, no sólo en su espíritu, sino en su cuerpo, continuó allí para siempre aquella apuñalada erizada, quedando encorvado por el peso de una carga invisible.

"Al poco tiempo renunció a su puesto de guardabosque, y junto con Ana María —que también parecia un fantasma de lo que habia sido— se trasladó para Aranda de Duero a emprender una nueva vida. Desde entonces, han pasado muchos años y nunca más hemos vuelto a tener noticias de ellos. Ni una carta, ni un saludo enviado por intermedio de cualquiera de los muchos inmigrantes que retornaron a estas tierras; nada, leíla que si el año se los hubiera trascurrido tal vez les habia ido mejor, aunque lo dudo. ¡Ay el pobre hombre a laucha vencido ya de antemano..."

ANGUSTIA EN LA MONTAÑA

cuento, por
Antonio Pacheco Bórquez

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIÓN DE VALDIVIA

A 5000 metros sobre el nivel del mar, en la región de las nieves eternas de la plena cordillera, el grupo de seis hombres avanzaba dificultosamente. Sorteando las mil anfractuosidades del terreno, deslizándose por entre aquellas masas colosales, los seis pintaban apenas sobre la blancura de la nieve como un insignificante punto oscuro afectado de movilidad. Transportados hasta esa desierta altitud, en la cual la Naturaleza crudamente expresaba su inmovilizable poderío, su eterna maldad, eran quizá la única manifestación de la vida. Después, lo demás, llevaba en sí esa como indiferencia que aparentan las cosas infinitas para el hombre. Cuatro de ellos eran técnicos venidos del Superior Instituto Geográfico, y los restantes, dos paisanos conocedores de la región; esos últimos iban contratados como baquianos al par que prestaban ayuda manual en las tareas topográficas que venían realizando desde dos meses atrás. En aquel momento, todos, sin excepción, no obstante la pesadez de la nieve, andaban a prisa en una retirada estratégica hacia el refugio que tenían empleado ese cuerpo de la montaña, iban tictucinos; preocupados por llegar a tiempo, por evitar, pues, de esa sorda angustia que parece estrangular al corazón cuando nace ante un peligro conocido, frente al cual sólo queda una posibilidad: la muerte.

Pronto, tal como lo pronosticaron los baquianos, empezó a nevar y el viento se desató en segunda arremetida crudamente sobre aquel tumultuoso reino de montaña. Ante la tortuosidad de la senda en esos momentos, el grupo tomó definitivamente la formación india, y por trechos no quedaba más contacto entre hombre y hombre que las huellas del anterior. Frente a la tormenta, cada uno no pensaba sino en sí mismo, aunque todavía no se había alterado el orden de marcha impuesto por el jefe de la expedición: los dos baquianos, Romero y Bernabé, haciendo cabeza y retardaguarda respectivamente, y entre ambos los cuatro técnicos, Bonipet, el jefe; Talbot, Mendizábal y Machado. Todos iban arrecidos de frío, aun bajo el grueso abrigo de pieles; el termómetro marcaba 180 bajo cero, por lo que se hacían frecuentes baños en las cantimploras provistas con bebidas alcohólicas de alta graduación.

Pronto, de los seis integrantes de la expedición, el quinto en el orden de avance, el topógrafo César Machado, empezó a rezagarse, y se retiró excesivamente progresivo, dada la estrechez del paso, vino a imponer al baquiano Bernabé, que cerraba la marcha, un compás de espera nada grato en aquellos momentos. En esas condiciones anduvieron un largo rato sin que cruzasen siquiera una palabra, pero en la delantera ya no se perdió de vista. Machado hizo un gesto desdichado y continuó con su paso cansino. ¡Bah! Qué otra finca podía esperar de aquel asno! Después, sin mayores alternativas siguió andando a lo largo del rastro de los que le precedían. Habría transcurrido un cuarto de hora de marcha, cuando al

iniciar el cruce de una repisa cortada en abismo sobre el flanco de la montaña, se enfrentó con Bernabé que regresaba. En el primer momento pensó que volvía para ofrecerle ayuda, pero el otro por segunda vez pasó a su lado sin dirigirse la palabra. Machado de nuevo hizo un gesto despectivo y siguió. No anduvo ni unos ochenta metros por aquel angosto precipicio, cuando tuvo que detenerse. Una enorme masa de nieve y piedra, producto de un alud, obstruía el paso. Machado tuvo entonces un arranque de inquietud. Desde la altura contempló a sus compañeros, lejanos ya, que desaparecieron descendiendo al barranco, y comprendió que era inútil dar voces en demanda de auxilio. Debía buscar otro paso, y desconocedor del terreno, no le quedaba más recurso que seguir las huellas de Bernabé. En aquel momento analizó su situación y comprobó que era por demás crítica para él. Su destino, su vida, debía ahora considerarla como acorrelada y deudora de las pruebas de aquel individuo... Era como una ironía del destino...

Cuando la comisión del Superior Instituto Geográfico arribó al pueblito del Valle Añelo, situado en las inmediaciones del pico Centinela, fue a alojarse, como era de rigor, en el único hospedaje y alacén que existía. A esto se debió el que César Machado conociese a Amanda, la hija del posadero. Después, las continuas conversaciones que sostuvo con ella, fueron lo suficiente para que quedase establecida entre ambos una relación diferente a una común simpatía. Aquí, fue más vale una mutua adhesión de simpatías e intenciones. En la mirada de los dos, fluyó, cuando estaban juntos, esa tristeza que surge a los ojos cuando se contemplan un bien que nos hallamos desiertos de alcanzar tan sólo por el hecho de haberlo conocido demasiado tarde; aunque en el fondo germinaba el amor; ese que no se caracteriza por la acción, sino por la nostalgia, por la dulzura con que de continuo está invadida el alma...

Este tácito idilio no pasó inadvertido para los más cercanos. Y entre los que observaban no podía faltar el baquiano Bernabé. Ese tipo de espíritu rústico, inculto, era el novio de la muchacha. Un ser incapacitado para generar tal como el que aguardaba sedienta el alma de Amanda. El fue quien primeramente advirtió con su nalgica el entendido entre ambos; en esta oportunidad se plantó torvo, aun sin pruebas a la vista, y escrutó a los dos cual si los emplezara a una explicación; pero el caso no pasó a mayores.

Ahora, aislados en el nevado de la montaña, Bernabé y Machado, por igual, se debatían en defensa de su existencia. El primero en superiores condiciones, ya que conocía palmo a palmo el terreno, en tanto que el topógrafo venía a convertirse en su tributario al orientarse en sus pisadas. Aquellas marcas en la nieve, que a toda costa hubiese querido Bernabé que se borraran tras de sí, eran su ruta. Como si fuese un ciego, lo conducían por las más

perigosas y complicadas sendas, por abismos impresionantes, a través de pasos inimaginables. Al rato, el viento amainó, y Machado, por más que se empeñó en dar alcance siquiera de vista a su guía, no lo consiguió. Pero no anduvo mucho cuando una característica que iba acentuándose en las pisadas de Bernabé despertó su curiosidad. Las correspondientes al pie derecho se deformaban, como si fuesen ligeramente arrastradas en la nieve. A medida que avanzaba, más notorio se hacía este detalle. Todo daba a entender que era penosa la marcha del baquiano, porque esa piedra debería llevarla a la rastra.

Efectivamente, no pasó mucho cuando se encontró con él. Estaba senrado en el suelo de espaldas contra una roca. El corazón de Machado tuvo entonces como un momento de malsano regocijo. El odiado rival vacía derrotado; estaba en tierra, agoradas sus fuerzas no obstante su soberbia. Iba a pasar por delante de él sin siquiera dirigirse la palabra, cuando el otro lo detuvo con un gesto:

— No me abandones. ¡Tengo una pierna herida! — le clamó.

Machado se paró entonces y contempló al baquiano. La bota derecha la tenía rota; abierta entre capellada y suela como si fuese la boca de un pescado al que hubiesen arrastrado de nieve. Sólo le costó muy secamente:

— No puedo. Ayusaré en cuanto llegue. En esa seguridad que es solamente producto del orgullo y que en el fondo va poco menos que a ciegas llevada por mano de la suerte.

La nevada y el viento habían cesado desde rato atrás y la marcha se hacía relativamente fácil. Pero los tramos advertía sencillamente las huellas de sus compañeros. Esto lo llenaba de ánimo y había que se enfusase en marchas forzadas en el ansia por llegar al refugio. Pero al emprender el descenso de una proletrada pendiente, todo rastro aparecía borrado. No obstante, confiado en su buena estrella se lanzó por donde mejor le cupo. Al rato, como no diera con las huellas, una cierta impaciencia comenzó a apoderarse de él. ¡Las pisadas de sus compañeros se las habría tragado la montaña! No volvían a aparecer. Ya entonces, francamente el desconcierto comenzó a apoderarse de él. Andaba y desandaba sus propios pasos. Trepada a cuanto prominencia encontraba. Decendía a los valles... Y siempre igual... Todo a la distancia le parecía conocido y familiar, pero en cuanto se hallaba cerca, comprobaba su error y entonces la ruta que había abandonado se le antojaba la correcta, la de su salvación. ¿Dónde estaba el refugio? ¿No lo habría tapado la nieve? Después fue tarea fácil para el pánico advertirse de él. A Machado, como si recién lo advirtiese, se le venía el mundo encima. Andaba aislado, solo, indefenso entre la ambiente hostilidad de los elementos naturales. Estaba irremisiblemente perdido en aquel confin de las nieves eternas, en el que el frío y el hambre muy pronto darían cuenta



LEOPLAN. III

de su debilidad existencial. Una angustia ahogada lo subía a cada momento a la garganta, las lágrimas le bañaban el rostro y hubiera en aquellos instantes dado un brazo de su cuerpo con tal de tener por compañero, siquiera a un animalito fiel; un simple culezco. Por último, cansado de tajar en balde, cayó de brazos envuelto en crepitoso llanto. En esto, en un intervalo, creyó percibir una voz. El corazón le dió un vuelco tan grande que se quedó como paralizado. Se agachó a escuchar... Era un quejido profundo, de hondo dolor humano... Un gemido de esos que toman forma en el abrasamiento torturante de una fiebre...

Corriendo y rodando como un loco por las pendientes nevadas, se fué aproximando al grito: «¿Cuál de sus compañeros sería? ¿Qué suerte habría corrido el resto? Cuando llegó junto al hombre que gemía sufrió un verdadero contraste. ¡Era el baquiano Bernabé! Había rodado por los alrededores durante todo ese tiempo que le pareció un siglo, tal como si una misérgica atracción; un invisible cordel, le hubiese mantenido polarizado en aquel sujeto.

Sin embargo, ahora, deshecho su ánimo por el terror pasado, se hubiese mostrado pleno de afecto hasta con el último representante del género humano. Y a Bernabé le ocurría otro tanto. Aun atormentado por la fiebre, lo recibía con una débil, pero amable sonrisa. Enloquecido por el dolor de la garganta que se apoderaba de su miembro helado, parecía haberse convertido en un hombre sensible y bueno. Ya no era el mismo: Hasta su habitual egoísmo se había suavizado. Oponía reparos a que Machado lo llevase en hombros; ¿Qué se salvara solo, qué bien trabajo le costaría! ¿Qué fuese feliz con Amanda! En fin, que para él todo había concluido. Pero Machado se resistía enterrocado, llenos los ojos de lágrimas. Antes morirían juntos. ¿O los dos o ninguno! Por fin, Machado consiguió echárselo sobre la espalda y emprender el camino bajo las indicaciones de Bernabé, quien en medio de todo seguía protestando por el sacrificio que consideraba estéril. En el delirio de la fiebre el baquiano daba rienda suelta quizá a todo el impenetrable mutismo de su vida. Hablaba sin cesar, incoherentemente. Pero al rato, de a poco, comenzó a hacerse tardía la voz y al cabo enmudeció. Entonces Machado, ya en el

REFRIGERADORES MODERNOS



Mediante un termostato especial bimetálico en circuito eléctrico con una campanilla se avisa cuando en los refrigeradores de alimentos se eleva la temperatura, y para evitar daños en los mismos. El contacto permanece cerrado a bajas temperaturas y se abre cuando ésta se eleva. Entonces funciona la campanilla de alarma.

fondo encogido de miedo, le preguntó: —¿Qué te pasa?

Ahora se tureaban. El otro le respondió apenas: —Me está entrando el sueño.

A estas palabras Machado lo bajó en el acto, fué como una sacudida eléctrica. El concia perfectamente a donde conducía aquella somnolencia, y la sola idea de la muerte que en ese instante, con el frío sigilo de una sierpe, se estaba anudando del baquiano le paralizó por un instante todo la sangre del cuerpo. Pero en seguida reaccionó e intentó despertarlo con palabras ansiosas, con energías negativamente la cabeza dando a entender la complacencia que aquel estado le producía. Entonces Machado, ya perdido todo control, al borde mismo de la desesperación, emprendió a sacudirlo con fu-

ror, a gritarlo a pleno pulmón, sin que esto bastara para que Bernabé quisiera a toda costa seguir durmiendo. A aquella altura, Machado llegó al límite de la locura en su pánico desatado y se lanzó en descargarle una lluvia de golpes hasta que, extenuado, cayeron los dos como un solo cuerpo...

2 2 2

Cuando el topógrafo Machado abrió los ojos, se encontró en el refugio rodeado por sus compañeros. Era de noche y nevaba apenas. Sus primeras palabras fueron:

—¿Y Bernabé?

Bonipet se limitó a señalarle un cuerpo cubierto con una manta que se veía rígido hacía un rincón...

Pocos días después la comisión regresaba a la capital. Machado, durante todo el tiempo que medió hasta entonces, estuvo afectado como de una enorme nostalgia, no obstante el empeño de sus compañeros por distraerle. Solamente pareció sacudir esta preocupación del alma por un instante, cuando se despidió de Amanda. Los dos estaban envueltos como por el embarzo de un recuerdo doloroso. Se miraron hondamente, con los ojos preñados de esa triste dulzura con que se suelen empujar en aquellas despedidas que nos tocan el corazón. Más tarde, durante todo el viaje a la capital, Machado no hizo otra cosa más que contemplar el paisaje envuelto en sus meditaciones.

Y el tren llegó a destino, y Machado regresó a su casa en compañía de su madre y de su hermana; el resto de los suyos, en la mesa lo hallaron más raro que nunca, y él, bajo el pretexto del cansancio del viaje, se fué a acostar en cuanto pudo. Estuvo, no supo nunca cuanto tiempo despierto. Lo sorprendió lo avanzado de la hora, cuando oyó sonar la medianoche. Recién entonces se dió cuenta de que yacía desde cuatro horas atrás sin conciliar el sueño, invadido por el recuerdo de aquel paisaje nevado, del cual no podía excluir los ojos de dulzura infinita que le contemplaron llenos de lágrimas al partir... ♦

LA LIBRETA DEL BORRACHO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 31)

Pronunció una interjección soez para ella, y vuelve a reír como un loco en medio de la angustia y solitaria calle. Un gato negro la cruza a saltos y se encarama por los tejados vecinos maullando.

De pronto siente Montagout que se le oscurece la vista, se lleva las manos al rostro y cae de bruces en medio de la calle.

La ambulancia lo recoge y lo conduce al hospital. Apenas lo bajan de la camilla, llaman: —Doctor Montagout...

EL ALEGRE PUCK...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 29)

de la zarzuela, o más exactamente, del género chico español.

Eran los días de mayor esplendor de este género teatral, que en Buenos Aires tuvo una aceptación fabulosa. Precisamente el año anterior — 1894 — La Verbena de la Paloma, recién estrenada en Madrid, se representaba simultáneamente en cuatro teatros, en salas de aficionados y ha-

la en festivales de casas particulares. Eran días de enorme trasiego de actores y tipos de género chico entre la calle de Alcalá y la avenida de Mayo.

Su aventura teatral de los quince años, que él ha contado con chispeante gracia, fué un fracaso, pero un regocijado fracaso. Sin embargo, el resultado adverso de su primera aventura no podía significar que renunciase al camino emprendido. De ningún modo. Había abrazado aquella pro-

fesión, pese a sus pocos años, como Don Quijote la de caballero andante, y llevaba sobrada fe para hacer todo el camino, sin importarle los tropiezos que tuviera en él.

Tres años después vuelve a estrenar, en el mismo escenario del teatro de la Comedia, otra obra de género chico: su sainete Gabino, el mayoral, cuyo éxito lo consagra autor. Se incorpora de ese modo, con una obra nacional, al mundo teatral español. Porque la que le ha estrenado es-



LA BARRA SIMBOLICA DE
HORACIO QUIROGA

eran las del cirujano y sus ayudantes que examinaban a Joe, tendido sobre una mesa.

El cirujano, un hombre de ojos negros, barba sombría y acento extranjero, que hallábase inclinado sobre el pugilista, se incorporó.

—El caso es raro — dijo —, y excepcionalmente grave. Hundimiento total de la parte posterior del cráneo.

Genoveva sentía los labios secos y ardientes; un dolor intolerable le oprimía la garganta. Mas, ¿por qué no lloraba? Tendría que estar llorando y no lo estaba, sin embargo. En su sueño penetró después una nueva forma; Lottie estaba presente del otro costado de la estrecha camilla donde yacía Joe, sollozando. Ahora sí, ella también lloraba desconsoladamente.

Alguien hablaba del coma de la muerte; no el cirujano de acento extranjero, sino otro hombre. Por otra parte, le importaba poco quien hubiera hablado. ¿Qué hora podría ser? La pildora luz del alba, aclarando los vidrios, parecía haber escuchado su pregunta y responder a ella.

—Era hoy — dijo a Lottie — cuando iba a casarme.

—¿Gillette, Genoveva? Gillette — repuso ella —, en nombre del cielo.

Y volvió a sollozar, escondiendo el rostro en las manos.

Entonces aquello era el final de todo. El final de los cortinados, de los muebles, de la cama alquilada. El final de las citas y los paseos, de las noches estremecedoras en el parque de la ciudad, bajo la claridad de los astros. ¡Adiós las delicias de abandonar a uno al otro con el goce de amar y sentirse amado!

¡Era el box quien había desencadenado esa catástrofe! ¿Por qué extendía así sobre el alma del hombre su espantosa garra, sus riesgos y sus azarces y toda su cruel ironía? Le había impedido al hombre que amara permanecer totalmente a la mujer que a su vez amaba: la mujer que había soñado rodearlo para toda la vida de cuidados maternales y de abnegación y que sólo fuera un pasatiempo.

Cuando el box prendía en alguien su fascinación misteriosa, el ring, el ring maldito ocupaba sus pensamientos día y noche, desviaba todo vuelo, todo arrebatado de su ser, absorbía todos los deseos de su corazón.

Genoveva sintió que Silverstein la ayudaba a incorporarse, y lo dejó hacer, automáticamente, mientras él la tomaba del brazo conduciéndola hasta la puerta.

—¿Por qué no lo best usted? — gritó Lottie con razón, volviendo hacia ella sus grandes ojos profundos y tristes.

Décil, Genoveva se inclinó sobre la inmóvil arcilla en que hallábase convertido Joe, y apretó los labios contra los suyos ajenos ribos.

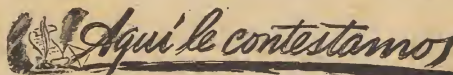
Luego salió, viendo en la antelata a la señora Silverstein, que había venido a buscarla y aguardaba. Cuando la buena señora contempló a la muchacha vestida de hombre, sus ojillos hundidos pestañearon de cólera. En vano su espuso le echó una mirada suplicante. Bruscamente estalló.

—¡Ah! — Te lo había dicho, locuela! Te había prevenido de tu afición por ese inútil. ¿Tu juventud, como tú en un combate de box y así vestida? ¡Qué bonito! ¡Ah... no miña!

La señora Silverstein no pudo agregar más, pues un río de lágrimas brotóle de los ojos y ahogó sus palabras. Extendiendo sus cortos brazos, ridicula aunque conmovedora, corrió hacia la muchacha, que permanecía en su sitio como atontada y le apretó contra su pecho.

Luego, murmurando incomprensibles palabras de consuelo y ternura, comenzó a morder dulcemente cual una madre al hijo, mientras le acariciaba el rostro con sus manos gordas de dedos también gordos, como morcillas.

Fin de "EL PUGILISTA"



RICARDO CAMPOS, Capital. — La novela que usted cita se publicó en el número 71 de *LEOPLAN*; cuya edición se agotó hace ya tiempo. Lo mismo ocurre con la última edición del libro, razón por la cual no ha podido usted hallarlo. Pásele en las librerías de viaje.

ANNY SÁ, Resistencia. — La preparación de una groma como la que usted desea, no es posible realizarla si no se cuenta con los elementos indispensables, y proveerse de ellos le resultaría sumamente costoso. Le aconsejamos que use una de las muchas que se expenden en el comercio.

RIQUANITA TRISTE, La Rioja. — 1º Es indispensable la partida de nacimiento para dar cumplimiento a la nueva ley de empadronamiento femenino. En su caso puede solicitarla por carta: es gratuita. En cuanto al detalle que usted menciona, pida rectificación de partida, aportando los datos que le solicitan para probar el nuevo estado civil de sus padres.

POETISA, Capital. — Aparte varios de ellos, que se efectúan sin carácter permanente, los más importantes son el municipal y el nacional. Puede intervenir cualquier persona y en cada oportunidad se publican las bases de los mismos.

BENITO R. PERDOMO, Destacamento Naval Azul. Debe revelar su título, para lo cual es necesario rendir examen en una de las escuelas técnicas del Estado.

GRAZIELA ODRUBI, Santa Fe. — Escríbalas a la Sociedad General de Autores de la Argentina, Santa Fe 1243, Buenos Aires.

En esta sección contestamos todos las preguntas de carácter general que nos formulan nuestros lectores. No se desvelan las originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a:

Emeraldita 116, Buenos Aires



ANTONIO FERNANDEZ S. del Estero. — Esa anomalía que usted nota en el gusto de la leche, se debe, en muchas ocasiones, a los alimentos que ingieren las vacas, pues ellos alteran su sabor. Inclusive varia cuando la yegua pastó seco o cuando su alimento es solamente verde.

NAZARENO PATARCA, Casalepno. — No conocemos ninguna publicación de esa índole. Le aconsejamos, más bien, que forme una buena biblioteca con libros de autores clásicos.

IGOR SATCHOK, Montevideo. — Por supuesto, esos países tendrán su legislación al respecto y lo lógico es que usted se dirija a las autoridades competentes, exponiéndoles su problema. Pero, desde luego, deberá usted, ante todo, adoptar la nacionalidad uruguaya; si es que desea seguir en la carrera en el p, donde reside actualmente.

JULIO ZANTINI, San José. — La obra que usted menciona no fue publicada en las páginas de *LEOPLAN*. Tendremos en cuenta su pedido para cuando se presente una ocasión favorable a sus deseos.

NERER NOEMÍ H. CASCADE MAYOL. — El hecho no tiene la menor importancia legal. Por otra parte, renovar un hecho, pasado y sin trascendencia, sólo podrá ocasionarle una serie de ratos y contratiempos que no conducirán a nada práctico, pues allí no existe la trasgresión legal que usted supone.

E. HERIBERTO ROHRER, Uruguay. — La gran cantidad de originales que espera turno de lectura y publicación impide, por ahora, aceptar nuevas colaboraciones espontáneas.

ASÍDULO LECTOR DE "LEOPLAN", Capital. — Se refiere usted sin duda a la llamada ginebra holandesa. He aquí su fórmula: Esencia de cardamomo, 0,5 gramo; esencia de coñac, 4 gr.; esencia de enebro, 2 gr.; esencia de ajeno, 0,5 gr.; licor, 10 litros.

LUIS PANISA, Perú. — 1º Lea lo que contestamos en esta misma sección a E. Heriberto Rohrer. 2º Dicho autor nació y murió en Inglaterra. Escribió muchas obras y fue nombrado sir. Era, efectivamente, espiritista y en su testamento legó cierta cantidad de dinero para destinarlo a tales prácticas.

PORFIRIO, Capital. — Su amigo tiene razón y pierde usted la apuesta. Su error proviene de que confundió usted el fósforo blanco con el rojo. Como usted no lo sabe, debe usted adoptar muchas precauciones, pues aquella es una materia sumamente peligrosa de manipular.

PRECIOS DE SUSCRIPCION "LEOPLAN"

Anual \$ 19.—
Semestral \$ 9.50
Estos precios rigen para todo el país, América y España.